

FOLLETIN DE «FIGARO»

BORRASCAS

NOVELA

POR

M. BAHAMONDE



BUENOS AIRES

IMPRESA A VAPOR, CALLE CHACABUO N° 64

1893

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Alferriute Corona
Dr. Andres Cadena
in appun
M. Bahamón

BORRASCAS

Tenia D. Ventura Saavedra cuarenta años, y era casado con Armenia.

Despnes de la muerte de los padres de Armenia, ella y su hermana menor Nestoria, quedaron bajo la proteccion de su hermano Segesto, viudo y padre de tres niños; Martiniano, Andrés y Natal.

Saavedra era un hombre bien educado y con bastante instruccion.

Habia heredado una pequeña área de campo, y con lo que producía el arrendamiento, llenaba las exigencias de la vida.

Los vecinos del Partido, lo elegían para desempeñar los puestos públicos, y él aceptaba sin retribucion.

Poco á poco, fué siendo hombre necesario, y apenas dejaba un empleo ya estaba nombrado para desempeñar otro.

No se expedía una guía, ni se hacía un boleto de venta, sin que en la operación interviniese don Ventura.

Deslinde de campos, servidumbre de caminos, todo era dispuesto por él y aceptado por los vecinos.

Además, conocía la medicina homeopática y la administraba gratis á los enfermos pobres.

Si nacía un niño, el padre se apersonaba á don Ventura para que dispusiese lo necesario para el bautizo, y por lo regular, concluía siendo padrino.

Nadie se casaba sin consultarle, y ningun cadáver salía del Partido sin que don Ventura hubiese hecho las diligencias que preceden al entierro.

Saavedra y su mujer vivían en la estancia de Segesto, que era también de las dos hermanas, por cuanto los bienes hereditarios estaban indivisos por culpa de don Ventura.

Muchas veces le había dicho Segesto:

—Saavedra, es necesario que te ocupes del reparto de los bienes. Yo tengo hijos, y no quiero que estén viviendo de la herencia de sus tías.

—Viven de tu trabajo, Segesto. Tus hermanas no necesitan su pequeña herencia. Armenia no tiene hijos y le bastan mis escasos bienes.

Nestoria es una niña. Tu sigue trabajando; á tus dos hermanas nada les falta.

—Viven bien con tu protección; pero mañana puede casarse Nestoria y pensará su marido, que soy un explotador.

—Esos son escrúpulos pueriles, Segesto. Si se casa, haremos la particion de bienes y recibirá lo que le corresponde.

—¿Y los arrendamientos?

—No te los han de pedir, y si los piden, los pagaré yo.

Segesto se enternecía y D. Ventura le posaba una mano sobre el hombro, diciendo:

—Eres exageradamente honrado, Segesto.

Así concluían siempre las conversaciones de los dos hermanos políticos, sobre cuestiones de interés.

Saavedra era el oráculo del Partido y el idolo de su familia.

Armenia estaba convencida de que no tendría hijos. Don Ventura sabía cuál era la causa de la esterilidad.

La existencia del árbol matrimonial era lánguida, triste, por ausencia de los frutos que debían embellecerlo.

El cariño de los dos esposos parecía melancólico, por faltarle las novedades y alternativas de la sucesion.

Acariciaban á los niños de Segesto como si fueran suyos, pero entre esas mismas caricias, aparecía con mas fuerza el deseo de la propia descendencia.

Trabajada por la secreta pena de su esterilidad, la salud de Armenia decaía, sin que Saavedra conociese el origen del mal.

Pasaba dias enteros acostada, y no sabía explicar la postracion de sus fuerzas ni el abatimiento de su espíritu.

Esperando mucho del cambio de topografía y del re-

novamiento de relaciones, don Ventura decidió trasladarse con su mujer al pueblo cabeza de Partido, esperando de la asistencia de un médico y de la distracción de una sociedad nueva, la mejoría de la enferma.

Pero don Ventura no pudo estar muchos días tranquilo; los vecinos de la estancia no podían pasarse sin él, y con frecuencia se veía obligado á salir del pueblo para zanjar alguna dificultad entre ellos.

Armenia se entristecía mas, al verse separada de su familia, especialmente de Nestoria, á quien quería con ternura.

La jóven también estaba inconsolable, no solo por la ausencia de su hermana, sino también por la de Don Ventura, de quien no podía separarse sin llorar.

Segesto se afligia y rogaba á Saavedra, que le viese á Nestoria al lado de su hermana, pues de otro modo, en lugar de una enferma se esponían á tener dos.

Resistía don Ventura las súplicas de su mujer y de su cuñado, sin dar razones de su resistencia, por delicadeza, hasta que ostigado por Segesto y compadecido de la tristeza de Nestoria, dijo:

—En la estancia la vida es barata y sin exigencias; en el pueblo los gastos son muchos. Una jóven soltera debe vestirse con algun esmero, y mi posición no podría soportar gastos pesados.

—De las necesidades de Nestoria, y de una parte de las de Armenia, me encargo yo, dijo Segesto.

La estancia está dando buenos resultados, y las dos terceras partes son de mis hermanas.

—Piensa en tus hijos, Segesto. Nesteria se irá acostumbrando á sobrellevar la ausencia de su hermana.

Segesto rebatió las ideas de don Ventura y exigió que se llevase á la joven, declarando que si no lo hacia, renunciaba al usufructo de los bienes indivisos.

En auxilio de los deseos de Segesto, vinieron las lágrimas de Nestoria, que no pudo ocultar mas el pesar de verse separada de Armenia, y suplicó á don Ventura que la llevase á su lado.

Saavedra, ocultando su contrariedad, prometia llevarla en el término de dos meses.

Fijó tan largo plazo, esperando que su mujer se mejorase y volviese á la estancia, antes de verse obligado á llevar á Nestoria.

Después de esta promesa, la joven se reanimó. Contaba las horas y los dias con estremecimientos de esperanza.

Saavedra apuró al médico, y éste le dijo, que la cura no se podía hacer solamente con drogas; era necesario recurrir á la medicina moral, haciendo acompañar á la enferma con la persona de su familia por quien tuviese mayor afecto.

Trascurrieron los dos meses, sin mejorar Armenia, y al fin don Ventura fué á la estancia y dijo á Nestoria que se preparase para ir al pueblo.

La joven cambió las lágrimas del pesar por las de la alegría.

Montaron á caballo y salieron de la estancia.

El pueblo distaba diez leguas; el camino era llano y en cinco horas llegarían.

Don Ventura no desplegaba los labios y Nestoria no apartaba sus miradas de él.

Embargada por la alegría, dejaba galopar libremente su caballo picaso, que lleno de brios acompañaba el movimiento de sus remos, con la ruidosa emisión del aire que salía de sus pulmones.

Levantaba y bajaba la cabeza con vanidosa gallardía, enfiladas las orejas hácia el horizonte, rojas y abiertas las ventanas de la nariz, los ojos brillantes de coraje, la boca á medio abrir y la cola tendida al viento.

Nestoria parecia clavada en su montura.

Criada en los anchos lomos de aquel mismo caballo, compañero de su infancia, dócil, manso, de suave y gracioso andar, podia hacer largas jornadas sin fatigarse.

Don Ventura montaba uno de sus mejores parejeros, que sin escarceos ni alardes de fogosidad, podia galopar treinta leguas sin fatigarse.

Los gauchos decian, que en el moro de don Ventura, se podia coger un avestruz del pico, antes de correr tres cuadras.

Estaban los dos viajeros en la mitad de la jornada, cuando el viejo picaso dió un resopido y un corcovo, arrojó de la silla á Nestoria y emprendió una furiosa carrera, perseguido por un avestruz clueco que abria las alas y castañeteaba con el pico.

Nestoria habia caido de pié, sin mas perjuicio que la pérdida de la pollera flotante como una nube enganchada en lo montura.

Don-Ventura desmontó y corrió hácia la jóven, pero al verla sonreir, y oirle afirmar que no se habia hecho daño, montó de un salto en el moro, le hincó las espuelas y partió como una flecha en seguimiento del picaso.

El moro acortó la distancia con rapidez asombrosa. Se acercó á veinte varas del caballo fugitivo. Era imposible acercársele mas, mientras el avestruz se interpusiese.

El moro empezaba á levantar la cabeza y á dar resoplidos, asustado de las gambetas del avestruz.

Don Ventura sacó una pistola, apuntó tiró del gatillo, y al sentirse la detonacion, el picaso dió dos botes y cayó moribundo.

Habia dirigido la punteria al avestruz y desviada por los movimientos del caballo, la bala atravesó el corazon del picaso.

El avestruz dejó el enemigo muerto y se dirigió al enemigo vivo.

Don Ventura hizo fuego por segunda vez. en el momento que su caballo se paraba en las patas traseras y la bala se alojó en la cabeza del hermoso parejero, que tambaleó y cayó.

De los labios de don Ventura salió una enérgica interjeccion, seguida de estas palabras:

—Presentia que este viaje seria desgraciado.

El avestruz se paseaba á corta distancia, como si desafiase á su enemigo, y Saavedra hizo otro disparo tendiéndole muerto.

Movió la cabeza ensangrentada de su parejero y vió que no tenia vida.

Entonces se cruzó de brazos, pensando en su estraña y dificultosa situacion.

Faltaban cinco leguas para llegar al pueblo, y eran mas de las tres.

Desensilló los caballos, cogió la pollera y se dirigió al parage donde habia quedado la jóven en enaguas.

Ella sintió las detonaciones y vió caer los caballos; pero la distancia le impedia darse exacta cuenta de lo sucedido.

Cuando lo supo, ni dió muestra de sorpresa, ni de disgusto.

— Ata como puedas la pollera á la cintura, mientras oculto las monturas, y prepárate para marchar á pié; no queda otro recurso.

— Marcharemos á pié. Todo se reduce á llegar mas ó menos tarde, dijo Nestoria.

Don Ventura cortó alguna paja, amontonó las monturas, las tapó lo mejor que pudo y volvió al lado de la jóven.

Consultó su reloj y eran las cuatro. Por muy apresuradamente que marchasen, no llegarían al pueblo antes de las dos de la mañana.

La jóven quiso ver á su viejo picaso y don Ventura no se opuso.

Tambien él tenia deseos de contemplar por última vez á su moro

Nestoria movió la cabeza de su caballo, le contempló los ojos opacos y empañados, donde momentos antes ardía el fuego de la vida y derramó una lágrima.

El sol descendía sobre el horizonte; la yerba exhalaba perfumes deliciosos y los pájaros saltaban de mata en mata hablando el misterioso lenguaje de sus alegrías.

Los tallos de las yerbas secas crugían bajo la planta de los viajeros; suaves é intermitentes ráfagas de aire movían la verde cabellera de la Pampa.

A lo lejos se divisaba una selva abultada, clavada, en las claras ondas que se arrastraban giñendo.

Entre el bordado de la arboleda brillaban las últimas sonrisas del sol. Fatigado de correr todo el día, reclinaba la frente y entrecerraba los párpados en el tibio regazo de la tarde.

Don Ventura marchaba sin levantar la cabeza.

Nestoria, con el rostro sonrosado, los labios sonrientes, la mirada brillante y el corazón contento, marchaba á la par de él.

La fiesta mas seductora de toda su vida, era aquel viaje.

Marchaba despacio, por cálculo, por avaricia; no quería derrochar el tesoro de su ventura; deseaba prolongar las horas del viaje para pasar mas tiempo al lado de Saavedra.

¿Por qué? Ella solamente sabia, que si el mundo estuviese desierto, seria mas bello, siempre que en él estuviese don Ventura.

— ¿Estás cansada?

— No. Desearia beber.

— Estamos á pocas cuadras del arroyo. Beberás y en seguida apresuraremos la marcha, porque pronto oscurecerá y falta mucho camino que recorrer, dijo don Ventura, con impeciencia.

Nestoria no comprendia el apuro de aquel hombre. De todos modos llegarían de noche, y una hora mas ó menos no importaba nada.

Él parecia un fugitivo, por lo inquieto y apurado.— ¿Tendrá miedo? pensaba Nestoria.

Si; tenia miedo de verse solo con ella. Despues del accidente, don Ventura sentia impresiones estrañas; pensaba demasiado en su compañera y temeroso de sus pensamientos, no queria ni mirarla.

Ya no era la niña mimosa, que co'gada de su cuello le besaba con entusiasmo infantil.

Ahora se quebada absorpta contemplándole, y sus mejillas se coloreaban fuertemente cuando él la hablaba.

Los dos meditaban; los dos ignoraban sus propias ambiciones.

Llegaron al arroyo. Don Ventura buscó hojas de camalote para improvisar un vaso.

Nestoria, apurada por la sed, no esperó. Hincó las rodillas primero, se apoyó en las manos, bajó lentamen-

te la cabeza hasta tocar el agua con los labios y bebió.

En esta posición, su ropa se arrolló sobre las corbas, descubriendo las pantorrillas.

Don Ventura dejó de buscar camalotes, miró á Nestoria, se estremeció de piés á cabeza y sintió un incendio en la cara, mientras el corazón le golpeaba el torax precipitadamente.

La noche avanzaba. El arroyo no ofrecia paso enjuto, y don Ventura se descalzó y pasó con Nestoria en los brazos.

Muchas veces la habia senta do en sus rodillas, sin parar la atención en sus infantiles caricias, y ahora.... El peso de su cuerpo, su respiración, sus cabellos, que le rozaban la cara, y la presión del seno le producian una turbación profunda.

¡Y el al cómo apretaba su rostro contra el de él, cómo le ceñia el cuello con los brazos y le comprimía el pecho con su pecho!

Cuando don Ventura depositó su carga en el suelo, no podia respirar. Él, un hombre vigoroso, en lo mas recio de la edad, acostumbrado á las fatigas, desfallecia de cansancio por haber dado veinte pasos con una jóven en los brazos.

Sin decirse nada, como si hubiera precedido un acuerdo mutuo, se sentaron á un tiempo sobre la alfombra de gramilla que cubria las raíces de un corpulento sauce.

Los pájaros y la brisa murmuraban en las hojas,

disputándose el abrigo, y la noche ennegrecia las blancas aguas.

—Vamos, dijo sin moverse don Ventura.

Nestoria apoyó su rostro contra el pecho de su compañero, le oprimió los hombros con los brazos y guardó silencio.

—Vamos, volvió á repetir Saavedra, buscando con sus labios la frente de la jóven, mientras ella alzó un poco la cabeza y recibió el beso en la boca.

Los dos cuerpos se enlazaron en un estrecho y prolongado abrazo, sus bocas se confundieron en una sola; los acentos se apagaron, y el mundo desapareció de aquellas dos cabezas delirantes.

.....

Llegaron al pueblo á las siete de la mañana.

Don Ventura volvió á buscar las monturas.

Cuando regresaba, se sentó en el cesped, al pié del viejo sauce, y preguntó á la gramilla, si era un sueño lo que habia visto.

Al pronunciar mentalmente la pregunta, sintió ruido en las hojas, miró, y vió que dos gilgueros, con los picos casi unidos gorgeaban sus amores.

Don Ventura no se movió; no quiso interrumpir á la alada pareja.

Los gilgueros se alejaron volando juntos y alegres, y

él entonces, dando otro vistazo al tapiz de gramilla, montó á caba lo y continuó su marcha, de regreso al pueblo.

El incidente del viaje no tuvo comentarios maliciosos, porque en don Ventura no se cebaba la crítica, ni la desconfianza.

Armenia sintió notable mejoría, con la llegada de su hermana; pero no se levantaba de la cama; estaba muy débil.

A Nestoria no le habia probado bien el cambio de residencia.

Frecuentemente se sentía atacada por fuertes vómitos, dolores lumbares é inapetencia.

Don Ventura se habia vuelto taciturno y distraído.

Sus amistades se esplicaban, sin esfuerzo, la tristeza del estimable Saavedra, al ver que Armenia no mejoraba del todo, á pesar de la presencia de su hermana.

Una fiebre lenta y pertinaz la consumia; el médico dijo que se habia declarado la consuncion ética, con caracteres malignos.

Seis meses hacia que Nestoria acompañaba á la enferma, sin que el mal cediese.

Don Ventura seguia siendo reclamado por los vecinos del Partido para aclarar sus incertidumbres.

Segesto llevó sus hijos dos veces al pueblo, para ver si su presencia mejoraba á la enferma.

Todo era en vanó. Se animaba un momento y volvía á caer en letargo.

Nestoria lloraba copiosamente, y por mas preguntas que le hacia don Ventura, no descubria la causa de sus penas.

La situacion se hacia insoportable.

Un temor asaltó á Saavedra; y dispuesto á saber á que atenerse, increpó á la jóven su falta de franqueza, declarándole que si no le esplicaba la causa de su llanto, la volveria á la estancia, quedándose solo con Armenia.

Asustada Nestoria por la actitud resuelta de don Ventura, se puso de pié, cruzó las manos sobre el vientre, bajó la vista, y dijo:

—¡Mirame!

D. Ventura se quedó mudo de sorpresa. Muchas veces habia sospechado la verdad; pero de la sospecha al hecho, mediaba tanto como de la tristeza al dolor.

Los apuros de Saavedra eran matadores.

Muchos dias meditó sobre lo que haria, y al fin resolvió mandar á Nestoria á la capital, á pretesto de que una tia de él, estaba muy enferma y sia persona de la familia que la atendiese.

Saavedra tenia en efecto una hermana de su padre establecida en la capital; pero, aunque muy anciana, gozaba de salud.

Él mismo acompañó á Nestoria, y franqueándose con su tia, dejó á la jóven en la capital, con gran contento de la anciana, que vivia sola y aburrida.

Desde entonces don Ventura hacia frecuentes viages á Buenos Aires.

Estos gastos y la asistencia de su mujer, le obligaron á vender el campo, cuyo importe vió ir desapareciendo en tres años.

La enfermedad de Armenia hizo crisis, y en un mes consiguió lo que no habia alcanzado en cuatro años: abandonar la cama.

Desde ese momento, la mejoría su acentuó y á los dos meses estaba del todo restablecida.

La tía de don Ventura tambien habia recobrado por completo la salud, y Nestoria volvió al lado de su hermana.

El físico de Nestoria habia cambiado mucho.

Estaba mas gruesa, era menos tímida y ruburosa, y sus pechos tenian un desarrollo notable.

Y sin embargo, recién cumplía quince años.

Don Ventura volvió á sus antiguos empleos, recibiendo la remuneración que antes habia rechazado.

Cinco años hacia que Armenia estaba sana, cuando la tía de don Ventura escribió á su sobrino, diciéndole que tenia una nietita algo delicada, y deseaba mandarla por un año á una estancia.

—Si yo no hubiera vendido el campo... dijo Saavedra, como si estuviese solo.

—Que la mande, contestó Segesto.

Aquí hay comodidad de sobra, y Nestoria, que ya no necesita cuidar á sus sobrinos, que son grandes, se puede encargar de la niña.

—No hay inconveniente, contestó la jóven. Tendré una

compañera para arrancar flores, y buscar nidos de teru-teros, perdices y avestruces.

—Es demasiado trabajo, observó don Ventura.

—Qué trabajo ha de ser, dijo Armenia. Yo le ayudaré á Nestoria, y los mismos muchachos, cuando estén en casa jugarán con la pueblerita.

Don Ventura escribió á su tia avisándole que él iba á buscar la niña.

Saavedra hizo su viage y volvió con una chicuela de cinco años, delgadita, débil, y tan parecida á él, que al verla, todos, menos Nestoria, exclamaron:

—No puede negar el parentesco.

La niña lloró desesperadamente, al verse entre personas desconocidas, llamando hasta en sueños á su abuelita.

Con los únicos que empezó á encariñarse mas pronto fué con Armenia y los muchachos, que la seducian con pajaritos y flores, y un corderito criado sin madre.

Nestoria, por mas que acariciaba á la niña, no conseguia su afecto. La repulsion infantil les arrancaba lágrimas, á una por querer y á la otra por no querer.

Nestoria adoraba á Esmirna, y Esmirna huia de Nestoria, refugiándose en el regazo de Armenia.

Ni flores, ni pájaros, ni golosinas, ni besos, aceptaba la niña, siendo de Nestoria.

Segesto y sus hijos, se acostumbraron pronto á la presencia de la niña en el hogar, y recomendaban á don Ventura, que escribiese á su tia, suplicándole, que no la llevara.

Otro tanto pedían Armenia y Nestoria.

Los deseos de todos quedaron satisfechos, por un acontecimiento fatal. La tía de don Ventura dejó de existir repentinamente.

Desde esa fecha, Esmirna perteneció á la familia por adopción tácita y por cariño.

Segesto la quería tanto como á sus hijos, y Nestria se moriría si le faltaran los infantiles desdenes de la niña.

Esmirna se había robustecido notablemente, y á medida que crecía en años, crecía en hermosura. Era la niña más bella del Partido, y como todos sabían su parentesco con don Ventura, la trataban con acentuados mimos.

Aprendió á leer, escribir y contar, y echó formas de mujer antes de cumplir catorce años, adquiriendo gran parecido con Nestoria.

Los hijos de Segesto le habían domado un potrillo picaso y en él aprendió á montar Esmirna.

Nadie ensillaba el picaso, aunque ardiese la estancia, si no era para su dueña.

En él iba á las hierras y á las esquilas, cuando la familia era invitada, y el caballo la conocía tanto, que nunca llegaba la noche, sin que apareciese relinchando en el guarda-patio y camiese un puñado de maíz en las manos de su dueña.

Con el último grano, daba un corcovo y volvía retozando á la tropilla.

Los hijos de Segesto, mozos ya, y aficionados á correr

carreras, entusiasmaron á Esmirna para que les dejase varezar el picaso, diciendo que tenia estampa de parejero y que debia correr mucho.

Ella consintió; pero el picaso se volvía potro en los vareos.

Solamente, al acercarse Esmirna se sossegaba.

Cuando lo montaban en pelo corcoveaba hasta cansarse, y viendo que no se libraba del ginete, se boleaba.

Cuanto mas el caballo se resistía, mas seguridad tenían los muchachos, de que saldría un parejero famoso. Pero ¿cómo adiestrarle en el camino?

—Yo lo voy á varezar, dijo Esmirna. ¿Quién me acompaña?

—Yo, con el saino viejo, dijo el mayor de los mozos.

En cuanto Esmirna montó, el picaso empezó á escarcear.

Parecía otro caballo.

Empezaron á partir, y el picaso se mostró tan maestro como el saino, siendo mucho mas lijero.

Prometía ser un gran caballo; pero era inútil, puesto que solo Esmirna lo podía montar.

Este hecho insignificante, dió mas notoriedad á la jóven.

En la eampaña se comenta todo.

La novela palpita en la fantasia del gaucho. Él hace de cualquier incidente una payada ó un *sucedido*.

El nombre de Esmirna andaba en los lábios de todos los mozos del Partido, por su belleza, por su deseavoltu-

ra y por su valor para los ejercicios de equitacion, pues solo ella habia podido varear el picaso.

¡Qué feliz era Nestoria oyendo estas alabanzas!

Esmirna gozaba de gran libertad; iba á donde queria, y jamás halló un hombre que la faltase el respeto. La protegía el nombre de don Ventura, conocido y respetado de todos, por su conducta ejemplar y su bondad inagotable.

Los jóvenes no se atrevían á requebrarla de amores, temerosos de desagradar á don Ventura, y tampoco ella parecia inclinada á escuchar galanteos.

Un solo hombre, á quien no conocia ni de vista, le ocupaba toda la cabeza. ¡Se decían de él tantas cosas!

Le llamaban *el estudiante*, porque seguía la carrera de abogado.

Su nombre era Roman Ilirio, hijo del estanciero mas rico del Oeste, con escepcion de don Hermógenes Ez peleta.

Donde se reunían dos mozos ó dos muchachas, era seguro que sonaba el nombre del *estudiante*, agregado á una conquista amorosa.

Para él no habia imposibles.

Ver una joven bonita, hablarla y seducirla, era una misma cosa.

Todas las muchachas le criticaban duramente; pero todas deseaban ser galanteadas por él, y la que lo conseguía era mujer al agua.

Esta especie de corsario de las estancias, tenia intri-

gada á Esmirna. No comprendia cómo un hombre, por mucho que valiese, podia disponer á su autojo del albedrío de las mujeres.

—Me gustaria conocer á ese vanidoso, á ver que tiene de seductor é irresistible. Me parece que no ha de pasar de cualquier cosa, decia una ocasion Esmirna, hablando con el hijo mayor de Segesto.

—Yo lo conozco; no tiene nada de particular. Es un mozo como cualquier otro; mejor vestido y nada mas, contestó el jóven con acento desabrido.

—¿Cómo es?

—Delgado, de regular estatura, afeitado de bigote, con cara de cordero flaco; el pelo negro, los ojos castaños, y . . . muy tieso para andar, como si él solo fuera gente.

—¡Y esa figura les hace perder el juicio á las muchachas!

—¡De locas! Solo algunas dejadas de la mano de Dios... Y quien sabe si es verdad lo que se dice. Hay gente muy conversadora.

—Habia de dar conmigo el estudiante ese! ¡Lindo iba á salir! exclamó aquella niña de 14 años.

El jóven miró la cara de Esmirna, y en la brillantez de sus ojos, vió retratar la altanería de su carácter.

—Me gustaria á mí tambien, que hallase una jóven como tú, para que se le acabaran los humos.

—¿Cómo haríamos para verle?

—Él no viene á la estancia, sino en las vacaciones, y

como su padre no tiene relacion con nosotros, nunca vendrá á casa?

Esmirna calló.

Si yo tuviese una novia y me la quitara ese vacaray.....

—¿Qué le harías? preguntó ella, mirándole con fijeza.

—A ella le cortaba la trenza, y á él..... Le haria cantar el grillo, contestó el jóven, frunciendo el ceño y golpeando con una mano la culata del revólver.

—Oye, Martiniano. Si tu novia te deja por otro. desprecia la.

—Por cualquier otro, lo haria; por el estudiante, no.

—¿Le tienes odio?

—Me revuelve el estómago.

—¿Tienes novia, Martiniano?

—Hablada, no.

—¿Pero elegida, sí?

—Es cierto.

—¿Es linda?

—La mas linda de la Provincia.

—¿Rica?

—Es pobre como yo, y por eso la quiero mas.

—¿Sabe ella que la quieres?

—Nunca se lo dije.

—¿Y si otro te gana de mano?

—Entonces le diré que la quiero, y elegiré entre los dos.

—¿Y si el estudiante la enamora?

—¡Oh! esa no es de las que enamora el estudiante.

—¿La conoce él?

—No.

—¿Y ella á él?

—Tampoco.

—Cuida que no se conozcan. Ese mozo parece protegido por el diablo.

—Con la que yo pienso, ni el diablo le serviría de nada.

—No te fies de las mujeres, Martiniano. Tienen la cabeza hueca, dijo Esmirna, riendo y alejándose del jóven.

—Indudablemente, deben ser locas, las muchachas que se dejan engañar por un estudiante de figura tan vulgar como la que pintó Martiniano, pensó Esmirna.

Un amigo de Segasto invitó á sus relaciones con un baile.

Allí estaba la hermana del célebre estudiante.

Esmirna estuvo tan amable con la jóven, se le supo hacer tan simpática, que le prometió una visita.

Se llamaba Obdulia. Su padre decia que se parecia mucho á su hermano.

Esmirna la miraba con atencion, para darse cuenta, por la fisonomía de la jóven, de la de su travieso hermano, y despues de un atento exámen, le pareció que el estudiante no era un mozo tentador, si en realidad se parecia á la hermana.

El jóven estaba en la capital continuando sus estudios.

Al mes del baile, Obdulia era íntima amiga de Esmirna.

Saavedra le aconsejó que no fuese á casa de su nueva amiga, para evitar murmuraciones. Que al fin volvería Roman á la estancia, y su reputacion de calavera perjudicaba á las amigas de Obdulia.

—Si vuelve Roman, no visitaré á Obdulia; pero mientras él esté ausente, nadie criticará mis relaciones con una jóven tan simpática y buena, contestó Esmirna.

Nestoria intervino en la conversacion, apoyando el parecer de la jóven, y quedó convenido, que solo cuando volviese Roman, Esmirna no visitaria á su amiga.

Entre tanto, las dos jóvenes se veian continuamente, estrechando cada vez mas su amistosa intimidad.

En ese cambio de objetos insignificantes á que las niñas llaman recuerdos de afecto, Obdulia regaló á su amiga un medallon.

—Puedes sacarle esa miniatura de mi hermano, dijo, apercibiéndose de que el medallon tenia el retrato de Roman.

—Tóma; me hacias un doble regalo, dijo Esmirna, devolviéndole la fotografia.

—Tengo mas de dos docenas iguales. Roman es muy amigo de retratarse.

—Como es buen mozo, quiere lucirse.

—No es por eso. Ya ves que nada le debe á la hermosura; es de gastador que hace esas cosas.

—¿Gasta mucho?

—Como un loco. Papá se cansó de reprenderle y ahora le deja hacer lo que se le antoja.

—Si no tuviera tan mala fama, te pediria uno de sus retratos.

—Si te interesa, ahí tienes donde elegir, contestó Obdulia, poniendo sobre la mesa una montaña de retratos, de diferentes tamaños y posiciones.

—¿Todos estos son de él?

—Y muchos mas que tengo en mi escritorio. ¿Cuál te parece mejor?

—Este de cuerpo entero.

—Pues lleva los que gustes.

—Llevaré uno de estos, por tratarse de tu hermano, pero quiero alguno tuyo tambien.

—Mios hay solo dos. Una vez sola me retraté; dijo Obdulia, dándole el retrato.

Esmirna guardó el de Roman, y se quedó contemplando el de Obdulia.

—Eres mucho mas bella que tu retrato, dijo al guardarlo.

—¡Lisonjera! Veremos cuando me regalas el tuyo.

—Aun no me retraté y tengo deseos de hacerlo.

—En el pueblo hay retratistas. Pide permiso y nos vamos con papá; te retratas, y en el mismo dia estamos de vuelta.

—¿Cuándo va al pueblo tu papá?

—Todos los sábados, para arreglar las cuentas de la estancia con las casa que nos surte. ¿Irás?

—Si me dan permiso. . .

—¿Quieres que yo se lo pida á don Ventura?

—Si te acompaña tu papá, sí.

Ya lo creo; el viejo hace cuanto le pido.

Esmirna se despidió.

Al verse sola, contempló con sonrisa placentera el retrato de Roman.

Volvió á guardarlo y animó su caballo, que emprendió el galope.

Habría galopado veinte cuabras, cuando vió un caballo ensillado y un hombre tendido sobre la yerba. Era Martiniano.

—¿Qué haces ahí? le preguntó Esmirna.

—Te esperaba. Cuando sales sola, tengo temor de que te suceda algo malo, y vengo á esperarte.

—¿Siempre haces lo mismo?

—Siempre.

—¿Cómo te veo por primera vez!

—Algunas veces te miro de lejos, hasta que llegas á casa. Si fuera necesario, me verías á tu lado, cuando menos lo pensases.

Esmirna se sorprendió de la declaracion de Martiniano.

Cuando ella se creía sola, habia ojos que espiaban sus pasos.

Siguieron hablando de cosas sin importancia, hasta muy cerca de la casa.

Desde allí, retrocedió Martiniano para arrear el rebaño.

Esmirna enseñó á su familia el retrato de Obdulia, pero no el de Roman.

Un viérnes de tarde, apareció Obdulia con su padre en casa de Segesto.

El viejo pidió á don Ventura que diese permiso á la niña para ir con ellos al pueblo.

Como Roman estaba en la capital, don Ventura accedió, y el dia siguiente muy temprano, partieron en un breeck.

Esmirna se retrató, dejando recomendado el envio de los retratos.

Volvió contenta. Roman iba á ver su retrato, y buscaría ocasion de hablarla.

—Cuando ese caso llegue, ya aprenderá el estudiante á saber lo que vale una jóven fuerte.

Dicen que todas se enamoran de él..... No saben, que hay una capaz de volverle loco, por el solo placer de reirse, se decia.

Esmirna, convencida de sus encantos, para seducir, y de su voluntad para no ser rendida, calculaba la sorpresa de Roman, cuando volviese á la estancia y pusiese los ojos sobre el retrato de la nueva amiga de su hermana.

El ya tendria noticias de que era bella; pero el retrato era superior á los elogios.

En sus proyectos de coqueta, solo veia una sombra: Martiniano

Aquel hombre la seguia y la vigilaba en todas partes. En el momento mas inesperado, le veia aparecer como un

fantasma salido de la tierra, siempre ceñudo, armado y escaso de palabras.

Tenia fama de valiente, sin haberse batido con nadie, y parecía guardar en su ancho pecho un secreto, que le velaba el semblante de tristeza.

Sus dos hermanos eran alegres, comunicativos, y tenían novia.

Martiniano declaró á Esmirna, que tambien él tenía su elegida; pero nunca le dijo el nombre.

Andrés y Natal se reían, cuando se hablaba de la posibilidad de que Martiniano fuese capaz de galantear á una moza.

—¡Miren quien! decía Andrés; por no abrir la boca se morirá soltero.

Martiniano, no hablaba mal ni bien de nadie; todo le era indiferente, á no ser el estudiante.

Las veces que le miraba era con señales de desagrado, y sin embargo, el joven le trataba con afabilidad.

Esta antipatía no dejó de alarmar á Esmirna.

Para coquetear con Roman, sería necesario tomar precauciones.

Su eterno guardian, podía confundir las bromas con la realidad, y sabe Dios que determinacion tomaria aquel hombre de 25 años, resorvado y sombrío.

Como lo previó Esmirna, cuando Roman vió su retrato quedó admirado.

No presumia que existiese en el partido una jóven tan hermosa.

Muchas veces habia oido alabar la belleza de Esmirna; pero creyó que la exageraban, por cariño á don Ventura,

Preguntó á su hermana, si el original se parecia á la copia, y ella le contestó, que la copia era un mamarracho, comparada con el original.

—¡Diablos! No hay en la capital una mujer tan linda.

—No empieces á entusiasmartes, Roman. Esta no es como las *otras*. Pertenece á la familia de don Ventura, y es mi amiga; respetala, dijo Obdulia con acento de reconvenccion.

—¿Serás capaz de estorbarme que la enamore?

—No seas local Soy capaz de decirle que eres un calavera incorregible; que no te haga caso.

—No, Obdulita. Tu no haras eso, porque me quieres mucho, contestó Roman con zalameria.

—¡Vamos! Ya tienes veinte y cuatro años. Empieza á ser formal.

Al viejo lo tienen fastidiado tus travesuras.

—Esta vez no mas, no me desacredites con tu amiga. Te prometo enmendarme; pero yo quiero este prodigio.

Obdulia se rio del aire cómico de su hermano y cambio el tema de conversacion.

Roman no apartaba la mirada del retrato de Esmirna. Estaba ansioso de conocer personalmente, aquel raro ejemplar de belleza pampeana.

Tambien Esmirna ardia en deseos de hablar con Roman.

¿Que seducion tendrian sus palabras? ¿Que influencia irresistible ejerceria sobre la voluntad de las muchachas, aquel estudiante travieso, que siempre salia victorioso en sus campañas amorosas?

Ella aun no habia escuchado los arrullos de Cupido. Se imaginaba lo que podian decirse dos amantes, y no comprendia la perdida del albedrio, por los aturdimientos de la pasion.

—Me reiré en grande, cuando me hable de su amor. Debe ser cosa muy divertida, ver á un hombre suplicante, ponderando la belleza de la victima elegida.

¿Pero donde podremos vernos á solas? Martiniano es mi sombra; todos los miembros de la familia juzgan mal á Roman

La relacion de ese jóven les parece un peligro para las muchachas.

¡Un peligro! No lo entiendo; no ha muerto á nadie; no es pendenciero, segun dicen.

Su delito consiste en galantear mujeres, cosa bien inocente por cierto.

No es feo, dijo contemplando el retrato de Roman, guardado cuidadosamente en una carterita.

T ene ojos de chusco; debe ser muy gracioso.

Obdulia hizo bien en regalarme el retrato de su famoso hermano; asi al menos, no me será del todo desconocido.

No sospechaba Roman las preocupaciones de Esmirna; mas bien presumia que jamas pronunciaba su nombre.

Obdulia no le dijo que habia regalado su retrato.

Es necesario que yo te acompañe, cuando vayas á casa de tu amiga, decia Roman á su hermana.

—Es inútil tu insistencia, no iré mientras estes en la estancia.

—¿Es posible, adorada hermana?

Tu, que tanto me quieres, te empeñarás en privarme de la contemplacion de esta maravilla! No lo creo; es por jugar, que te niegas á mis instancias.

Iremos, si? No le diré náda; recordaré que es tu amiga. Me limitaré á mirarla.

—Eres incorregible, Roman; no te creo. No tienes fuerza de voluntad para reformar tus costumbres. No te llevo, no te llevo.

—Si, Obdulia del alma. No creas los dichos de las malas lenguas; me calumnian, No soy yo el autor de los daños que se me atribuyen; son *ellas*.

Empiezan por enojarse, y temblar, y concluyen por fingir desmayos. Despues . . . no puedo detenerme; me odiarian si me alejase de ellas.

—Esa es una mentira indigna de tus labios, Roman. Eres tu quien las aturdes, no se como, hasta disponer de su voluntad.

Eres un magnetizador de inocentes jóvenes; las hundes en el desprecio y la desgracia.

—Te juro Obdulia, que soy inocente. Todas esas mu-

eres son unas perversas. Se cansan de intimidades con los gauchos, y por orgullo, me atribuyen á mi el delito de sus primeros amantes.

No he conocido ninguna, de cuya seducción me acuse la conciencia.

Por eso amo á Esmirna; la creo inocente, y su cariño me enorgullecería; al fin sería solamente mía.

—Piensa en lo que estas diciendo, Roman. Es una ingratitude despreciable, pagar con columnias el cariño de una mujer.

¡Ah! infelices! Si supieran la poca importancia que dan los hombres, á los sacrificios que hacen por ellos, se dejarían matar, antes de pertenecerles.

Lo mismo dirías mañana de Esmirna, si fuese tan insensata como las otras; pero está bajo mi protección...

—¿Piensas que debo morir soltero?

—No, y harás bien en casarte, cuando concluyas tu carrera. La vida que llevas es digna de vituperio.

—Si Esmirna me quiere, me casaré con ella. Ya ves si son nobles mis intenciones.

—Estoy segura, de que con iguales promesas engañas-te á muchas.

—Es la primera vez que se me ocurren. No podía hablar de estas cosas con gauchas, indignas por su educación, y otras causas, de casarse con un hombre como yo.

—Si eran indignas de casarse contigo, también lo eran de que les pidieras favores.

—Abandonemos una discusion inútil. Volvamos al principio. ¿Iremos á casa de Esmirna?

—Pediré permiso á don Ventura para presentarte, á condicion de que serás hombre de bien.

Me darás palabra de honor de portarte como caballero; de otro modo, no irás conmigo.

—Palabra de honor, Obdulia. Seré juicioso; no te haré quedar mal, en ningun sentido.

Se entiende, que no entra en este convenio la promesa de no casarme. ¡Es tan linda!

Tiene una espresion de inteligencia, que me parece imposible escapar á la tentacion de casamiento, despues de tener amistad con ella.

—Muy bien; te deajo libre para resolver esa cuestion: pero exijo que no se lo digas.

Yo seré la mediadora, si se trata de un acto tan digno y razonable.

—Aceptado: Tú serás la mediadora y la madrina, y el viejo el padrino.

La seriedad de Roman, hacia reir á su hermana.

Antes de que Obdulia pidiese permiso para presentar á su hermano, ya Roman entretenia las tardes pescando en un arroyo, á donde Esmirna, solia pescar tambien.

Esmirna ignoraba la ocupacion del estudiante, y se dirigia al arroyo, sin pensar que alli podria conocer al dueño del retrato que guardaba en la cartera.

Una tarde, mientras sostenía con una mano la caña, sacó con la otra el retrato.

Lo estaba viendo, cuando sintió un leve ruido á sus espaldas.

Volvió el rostro, y vió á Martiniano tan cerca, que no pudo dudar de que había visto lo que ella miraba.

El gigantesco gaucho no desplegó los labios; pero sus chispeantes ojos y nublado semblante, confirmaron las sospechas de Esmirna.

—Mira, Martiniano, lo que hallé al pié de este sauce, dijo ella, dándole el retrato.

Martiniano lo cogió, sacó el cuchillo, cortó el carton en pequeños pedazos y los arrojó en el arroyo, diciendo:

—Este es el retrato del estudiante; es lástima que no sea el dueño.

—Pero, dime, Martiniano, ¿por qué le aborreces tanto?

—No sé.

—¿Te hizo algun daño?

—Si me lo hubiera hecho, ya no viviria, contestó el paisano con aire sombrío.

—¡Como le quieres tan mal!....

—Me anuncia el corazon, que algun dia...

Martiniano retrocedió, montó de un salto su flete, y desapareció.

—Este muchacho, tiene cosas de loco, murmuró Esmirna, tratando de descubrir sobre las mansas aguas los pedazos de la tarjeta.

Un lejano rumor de carrera de caballos, la hizo levan-

tar la cabeza, y vió á mucha distancia dos ginetes apurando sus cabalgaduras, una en seguimiento de otra.

El que llevaba la delantera parecía volar; el segundo perdía velocidad.

Tres detonaciones seguidas sobresaltaron á la jóven, que inmediatamente se alejó asustada del arroyo.

Al dirigirse á su casa, volvió los ojos para ver los dos ginetes, y vió á uno solo á pié, como si estuviese apretando la cincha al caballo.

El otro, no aparecía en ninguna direccion.

Esmirna se detuvo. El hombre montó á caballo y se dirigió rectamente al arroyo.

Ella estaba muy cerca de su casa y esperó la aproximacion del jinete.

Era Martiniano, que volvia con el caballo jadeante y el ceño contraído.

¿Qué habia sucedido?

Esmirna no pudo saberlo, porque Martiniano, al verla, se dirigió á un puesto de la estancia.

A la jóven no le quedaba duda, de que era Martiniano uno de los dos hombres que habia visto, pero no presu-
mia quien fuese el otro, ni los motivos del hecho que acababa de presenciar.

Sin embargo, cuanto mas pensaba, mas curiosidad tenia de conocer los pormenores de tan estraño suceso y con-

tando con el visib'e atecto de Martiniano, se propuso interrogarle.

Al oscurecer volvió Martiniano, y mientras desensilaba, Esmirna se le acercó, diciendo á media voz.

—Qué susto me diste. ¿Te han herido?

—¿A mi? preguntó con sorna el gaucha.

—Como te ví á pié, despues de haber oido tres tiros...

—Se los tiré á un zorro, que anda *rendando* el gallinero.

—¡El gallinero!..... ¿A dos leguas de las casas?.....

—Bueno; es para que vea que no estamos sin perros.

—Vaya un zorro estraño, que anda á caballo....

El gaucha siguió amontonando el recado sobre la carona; lo envolvió, lo ató con el cinchon y echándose al hombro, marchó sin pronunciar otra palabra.

Esmirna le seguía.

—No sé por qué te espones de ese modo; podrian haberte lastimado.....

—¿A mi? *¡De ande yerba!* Ese zorro no tiene dientes para moderme, dijo Martiniano con desprecio.

—Dale con el zorrol ¿Crees que yo no he visto al ginete, en un caballo de carrera?

Martiniano miró á Esmirna, y le preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Lo conociste?

—¿A quién?

—Al ginete.

—Sí, lo conocí, y es inútil que estés hablando de zorros.

Martiniano tomó á la niña por un brazo, la hizo girrar como un muñeco, y mirándole á la cara, exclamó con terrible cólera.

—¡Ah! lo conociste, ¿eh?

—¡Ay! Me rompes el brazo, Martiniano. Suéltame.

El gaucho la soltó y volvió á decir de una manera espantable:

—¡Conque lo conociste!.....

—No, Martiniano; no lo conocí. Era por ver si me decías el nombre, contestó la jóven, asustada del aspecto de aquel gigante.

—Era un carneador, dijo Martiniano con acento mas tranquilo.

Hace tiempo que hallé vacas carneadas en el campo, y recién hoy pude ver de cerca al ladron. Si hubiera ido en tu picaso, habria *carneado* yo tambien.

—¿Y conoces al ladron?

—Sí.

—Será algun puestero.

—Si. Un puestero....

—¿Por qué no lo hacés aprehender?

—Creo que no le habrán quedado ganas de carnear.

Si vuelve....

—Si le matas te llevarán preso.

—No importa; lo mismo es estar aqui que en la cárcel.

—Eso no es razonable.

—¿Qué falta hago yo? Ahí están mis hermanos para atender la estancia.

—¿Y nuestras lágrimas?

—¿Llorarias tú por mí?

—¡Y me lo preguntas! No quiero que te espongas.
Deseo verte siempre.

Martiniano miró á la jóven con ternura, y dijo:

—Por tí soy capaz de todo. Si vuelvo á ver al carneador, le daré una soba de lazo, y nada mas.

Esmirna ya no tenia curiosidad; se trataba de un puestero ladron, y poco le importaba lo que sucediese.

De todos modos, Martiniano le infundia terror, y si le prendian se veria libre de un acompañante que no la dejaba.

La manera con que había cortado el retrato de Roman; el temblor de las manos; el fuego de la mirada del gaucho, en el instante que ella le dió la tarjeta, y la precipitacion conque montó á caballo....

Aquel hombre la amaba sin duda, pero ella se hacia la desentendida para evitar que se lo dijera.

El amor de un hombre tan feroz, le daba miedo, y sin saber por que, le veia constantemente entre ella y Roman que ocupaba su imaginacion, como objeto de coqueteria.

Presumia que Martiniano le iba á estorbar la gloria de burlarse del temible estudiante, y esta presuncion la martirizaba.

¡Renunciar á enloquecer á un tenorio que llevaba hechas tantas conquistas! No verlo á sus pies, humilde, suplicante, para lanzarle una carcajada al rostro, era doloroso.

Esmirna se encaprichó en conocer á Roman, á despecho del terrible Martiniano.

No podía decir; pensaba en él y en Martiniano; en la luz y la sombra; en Otelo y Lovelace.

Dos días despues de esta aventura, decia Obdulia á su hermano:

— Hoy voy á casa de don Ventura, á pedir permiso para presentarte; pero cuidado, Roman; tengo tus promesas y tu palabra de honor, de que has de respetar á mi amiga.

— Hermanita querida; lo he pensado bien, y veo que tú tienes razon. Es tan linda tu amiga, y tengo tan mala fama, que prefiero no ir á casa de don Ventura.

— Aplando tu resolucion; veo que vas teniendo juicio. Esto te reconcilia conmigo. Dejala ser feliz. ¿A qué turbar con otra calaverada la paz de una familia? Estoy contenta de tí, Roman. Busca en cualquier parte una niña buena y casate, para no dar á tu padre nuevos disgustos y á la sociedad nuevos escándalos.

— Si, Obdulita mia, si; pero deseo al menos ver á ese astro de las Pampas una vez; trata de traerla á casa, ¿oyes? Una vez sola, y te prometo no turbar sus sueños de inocencia. Solo deseo admirarla, sin espantar á su familia con mi presencia; el italiano no debe acercarse al palomar.

—Roman, Roman; ahora te tengo mas miedo. El hombre que desea ver una señorita sin conocimiento de su familia, no tiene buenas intenciones.

Humilias á tu hermana, á quien pretendes hacer instrumento ruin de tus miras criminales. Eres un infame, Roman.

—Pero hermanita del alma. Mi dulce Obdulita, talvez espliqué mal mis deseos. ¿Cómo crees que pueda ofender-te, yo, que tanto te adoro?...

Hablaré con Esmirna, en presencia tuya, y te convenceras de misbuenos propósitos. No quiero ir á su casa por guardar su reputacion.

Iré cuando vaya á pedir su mano, si me agrada en trato y persona.

Ya ves que pienso con juicio, hermanita del alma, decia Roman con acento dulce y actitud zalamera, estrechando con efusion la mano de su hermana.

—¿Pero qué cambio es este? ¿No me digiste que deseabas ir á casa de don Ventura? ¿No me pediste, casi de rodillas, que te presentase? ¿Por qué has cambiado de parecer tan pronto?

—Mira, Obdulia, no me lo preguntes; todo esto que hago es por complacerte, porque te quiero mucho. No seas mala. Haz lo que te pido.

—No lo hago. No me perdonaria jamás haber contribuido á un daño irremediable, y menos si ese daño lo recibe una amiga.

Las entrevistas que no llevan el sello de la franqueza,

son impropias de una señorita. Busca á esas gauchas de quienes me hablaste con tanto desprecio y diviertete con ellas; con Esmirna no; es mi amiga.

—Pobre hermana; tu exagerada honestidad te extravía.

¿Qué mal hay en que yo hable con esa jóven, si tú vas á estar con nosotros?

—Hasta cierto punto lo ignoro; pero tengo miedo de ser causa de su desgracia.

—Pero es acaso alguna loca, que vaya á enamorarse de un hombre por el solo hecho de hablar una vez con él?

—Pienso que es una señorita, y que es mejor que la veas al lado de su familia. Hoy pediré permiso para presentarte y el domingo iremos juntos á su casa.

—¡Dios mío! ¡Qué desgraciado soy! Tengo una hermana adorada, y no me entiende, ó no me quiere.

—Desconfío de tus zalamerías, Roman.

—Bueno, no la traigas. No quiero conocerla.

—Eso es lo mejor que puedes hacer, y no hablemos mas del asunto.

—Está bien; sea lo que tú quieras. Calumníame cuanto te parezca, dijo Roman, saliendo de la habitacion de su hermana y dando orden á un peon para que le ensillase su caballo, en el cual se dirigió muy despacio hácia el arroyo.

Examinó el revólver detenidamente, y soltó una carcajada.

—Esta mi hermana es un lince. ¡Demonios! El que trate de hacer con ella lo que yo trato de hacer con Esmirna, se va á ver perdido.

Si no fuera por este elefante de Martiniano, habria ido á casa de la *próxima*; pero despues de lo que ocurrió. no es posible. Es tan animal, que cometeria una barbaridad en su propia casa.

Estos brutos creen que la mujer ha nacido para....

Roman detuvo su caballo y miró en todas direcciones. Estaba á veinte cuadras del arroyo, y divisaba una mujer pescando.

No se veia mas persona en gran distancia. Aquella pescadora debia ser Esmirna; se lo decia la agitacion de su cuerpo.

Faltarían cincuenta metros para llegar al arroyo.

La jóven le miró sonriente y sin sorpresa; parecia estarle esperando.

Roman se quedó asombrado de la belleza de la pescadora.

Signió marchando hácia ella. y ella mirándole de hito en hito.

—Buenas tardes, gentil pescadora. Felices los peces que puedan morder ese anzuelo.

—Buenas tardes, señor, contestó Esmirna con una sonrisa seductora; es V. muy galante.

—Soy un torpe, mi bella señorita; apenas el asombro me deja hablar.

—¿De qué se asombra V?

—De hallar en este desierto á la mas bella de mis compatriotas.

—Siento no conocer el nombre de tan lisonjero caminante.

—Yo soy Roman..... A V. la conozco: sus encantos publican su nombre. Es V. Esmirna..... Me permite que le ayude á pescar? preguntó Roman, apeándose.

—Temo que su presencia haga huir los peces, dijo Esmirna, poniéndose de pié.

No habia concluido de manear su caballo, cuando el formidable brazo de Martiniano descargó su arriador sobre el estudiante con una furia de huracan.

El gaucho parecia haber brotado de las entrañas de la tierra. Ninguno de los interlocutores le habia visto ni sentido.

En vano Esmirna trató de defender al jóven; Martiniano descargaba su hérculeo brazo con la constancia y regularidad del aspa de un molino de viento.

El caballo huyó espantado y su dueño quedó como muerto en el campo.

—Puedes acercarte y curarlo, dijo el gaucho á Esmirna; pero tal era la espresion de su rostro y el ronco estruendo de su voz, que la jóven huyó despavorida hácia su casa.

Roman no se movia.

El gaucho le contempló un instante, puso la mano en el mango del puñal, lo sacó de la vaina y..... iba á inclinarse sobre el jóven, cuando retrocedió dos pasos, dió

un profundo suspiro, volvió el puñal á la vaina, montó y se alejó.

Esmirna, sin sospecharlo, acaba de salvarle la vida al estudiante.

Martiniano recordó la promesa de no matar al *carneador*, y la declaracion de la jóven: Le habia dicho que lloraria si le viera preso.

Cegijunto, sombrío, estremeciéndose sobre su caballo, el colosal ginete parecia una estatua de piedra, llevada con dificultad por la cabalgadura.

Quizá no sabia á donde iba, á juzgar por su abandono de las bridas.

De repente se detuvo, volvió grupas y pareció dirigirse al punto donde yacia Roman.

Alguna idea terrible acababa de fijarse en el cerebro de Martiniano; pero bien pronto volvió á caer en profunda distraccion, y el caballo abandonado á sí mismo, se dirigió á la estancia.

Cuando el animal se detuvo al lado del guarda patio, Martiniano se apeó y le castigó rudamente.

—Tenemos tormenta fuerte, dijo Segesto, viendo la cara de su hijo.

Martiniano miró á su padre, bajó la cabeza y se dirigió á su cuarto.

Iba tan distraido que se dió un golpe feroz en el marco, cuya altura escedia en mas de una vara.

Esmirna le vió entrar, pero no se atrevió á dirigirle la palabra. Su conciencia le decia que era causa de lo

ocurrido, y aunque temblaba por el río de Roman, se encerró en su cuarto y calló.

—El toro está escarvando. ¡Desgraciado del que le ponga el lazol dijo Segesto, mirando hacia el cuarto de Martiniano.

El capataz de la estancia de Roman, vió gran alboroto en el campo.

—Algun boleador de avestruces, marmuró montando á caballo.

Pocos momentos despues, veia el caballo de Roman.

—Lo ha *basureado*. Yo no sé para qué montan estos mozos *maturrangos* caballos puros. . . .

Durante este monólogo, dirigió hácia el corral la manada de yeguas mansas, seguidas del caballo ensillado.

—«Afortunadamente, no ha volteado al jinete, tiene un anillo de la manea prendido, prueba de que Roman no estaba á caballo cuando disparó el tostado. Sí, eso es; se bajó á manearlo, se le asustó; quiso sujetarlo y rompió el *cabresto*», dijo el capataz, desensillando el caballo.

Montó de nuevo, y fué en busca de Roman.

Mucho tiempo galopó; le hubiera sorprendido la noche sin alcanzar su objeto, á no ser por un trozo de ganado que balaba en la orilla del arroyo.

Se acercó y al desparramarse el ganado vió á Roman.
—¿Qué le sucedió? ¿Está lastimado?

—No mucho. Me bajé á manear el caballo y no se cómo se asustó y huyó, llevándome algun trecho enredado en el cabestro y dándome algunos golpes. Despues me desmayé, y no sé mas nada. ¿Dónde está mi caballo?

—En la estancia. Monte en el mio, yo iré á pié.

—No; lléveme en ancas.

—Bueno; pise en el estribo.

Roman apenas pudo montar. Pidió al capataz que nada dijese á su padre, y á su hermana, y antes del oscurecer, llegó á su casa.

Este accidente, quedó en secreto para todos en la casa de Roman, y en la de don Ventura, solo dos personas lo conocian.

Roman estuvo unos dias en cama, á pretexto de dolor de cabeza; pero sin querer tomar remedios.

A los ocho dias estaba sano de las magullaciones; pero un temor fantástico se apoderó de él. Veia á Martiniano en todas partes con el brazo euhiesto y la mirada de fuego; y mas lejos, hermoso, sonriente, el rostro de Esmirna. Ella le llamaba, y él gaucho. . . ¡Oh! el gaucho parecia resuelto á matarle.

Obdulia creyó que Roman se habia olvidado totalmente de Esmirna. No le hablaba de ella; no manifestaba deseos de pasear, y el término de las vacaciones iba á concluir.

Obdulia tenia la buena intencion, de salvar á la hermosa niña de un peligro inminente.

Por ninguna amiga sentía tanto cariño como por aquella jóven, apesar de su belleza, que es por lo regular, manzana de discordia entre mujeres.

Pocos dias faltaban para que Roman volviese á la capital.

Obdulia fué á visitar á su amiga, sin que Roman mostrase deseos de acompañarla, ni la encargase darle recuerdos.

Esmirna estaba menos alegre y comunicativa con Obdulia. Una ligera palidez le cubria el rostro y sus miradas vagaban con melancólica distraccion, mientras su amiga le hablaba.

De repente, como si despertase de un profundo sueño, dijo en voz muy baja:

—¿Se fué tu hermano? Vas á pasar un año sin verle, á menos que vayas á la capital. ¿No has ido desde que empezó á estudiar?

—Yo no. Papá suele ir con frecuencia.

—¿Es muy linda la capital?

—Preciosa. ¿No la conoces?

—He nacido y he vivido en ella, pero era tan chica cuando me trajeron aquí, que no me acuerdo de nada.

—¿Deseas volver á ver la gran ciudad?

—Con toda el alma; pero mi tío no sale de la estancia, y mis tias hacen lo mismo.

—Si te dejaran ir conmigo y con papá, solo por complacerte, iria yo á pasar unos meses al lado de Roman.

Los ojos de Esmirna brillaron como ascuas un momen-

to, pero amortiguándose en seguida, murmuró con desaliento:

—¡Imposible!.....

—¿Por qué?

—No lo sé; pero mi tío no me dejaría ir sin él, y despues.....

—Despues, ¿qué?

—Obdulia, soy muy desgraciada. Una sombra me persigue por todas partes; esa sombra iria en pos de mí, y me aterra, me hiela el corazon de espanto

—¿Estás loca, amiga mia?

—Si no lo estoy aun, tal vez llegue á estarlo.

No voy á pescar, que era mi diversion favorita..... No voy, porque tengo miedo; la sombra brota en todas partes.....

—¿Qué criatura soñadora!

—¡Soñadora. Tienes razon; parece un sueño.... ¿Qué dia se va Roma ?

—El sábado. Pasado mañana.

—Nos digeron que estuvo enfermo.

—Un insignificante dolor de cabeza. Esta vez le desconoció el sol de las Pampas; pero ahora no sale de casa, y esta perfectamente.

—¡Ah!... Sí; el sol de las Pampas es terrible, matador; à mí tambien me hace mucho daño, dijo la jóven con una tentonacion estraña.

—En efecto, te hallo algo cambiada, desde la última vez que nos vimos. ¿Estás enferma?

—Enferma, no; estoy triste y asustada.

—¡Es estraño!

—Dicen que todas las mujeres, padecemos de hipocondria, desde los 12 años.

—¡Qué ocurrencia! Yo estoy siempre lo mismo.

—Tú eres feliz; ninguna sombra te persigue; ninguna sol te abrasa. No tienes el cielo á un lado y el infierno al otro.

—Vamos, estás muy enigmática hoy. Vendré á verte despues de la partida de Roman, y aun espero darte una sorpresa agradable. Tengo el presentimiento de que pasaremos algunos meses en Buenos Aires. Papá hace cuanto yo le pido, y don Ventura no se ha de negar á un pedido de mi padre.

—Si tal es tu proyecto, no lo digas á nadie. Las sorpresas me encantan; pero..... ¡La sombra!.....

—Esmirna, déjate de bromas. Me hacen daño tus misteriosas reticencias. Hasta la semana próxima. Espero hallarte mas alegre, dijo Obdulia, dando un beso á su amiga.

—No me olvides, y saluda á tu hermano en mi nombre.

—Gracias.

Cuando las dos-jóvenes se acercaron al coche, Martignano cruzó el patio, saludó á Obdulia y fué á sentarse bajo la ramada, donde se entretenia en lonjear un cuero.

A la vista del gaicho, el semblante de Esmirna se nubló.

Aquel gigante barbudo, adusto y escaso de palabras, le parecia anuncio de un de-tino pavoroso.

¿Cómo librarse del amor agresivo, tempestuoso y tenaz de Martiniano? No le decia que la amaba, pero ella lo comprendia, y el amor de aquel hombre era el amor del tigre, siempre en acecho y pronto para desgarrar su presa.

Estos temores impedian á la jóven hablar con el gaucho: le temia.

El coche partió.

Martiniano dejó su asiento, y al pasar rozando con Esmirna, dijo:

— Parece que el *carneador* se nos va del pago. Mas vale asi.

Parecia haber escuchado la conversacion de las dos amigas.

La jóven tembló de espanto, y Martiniano volvió á su ocupacion tranquilamente.

El dia de la partida de Roman, Segesto y sus hijos debian ir á un aparte de hacienda. Martiniano dijo que no podia montar á caballo, y se quedó en casa con don Ventura, sus tias y Esmirna.

Un jóven de la estancia de Roman, que se acercó á preguntar por un caballo, dijo á Martiniano, que el niño habia partido con su padre al amanecer, para alcanzar la galera que salia á las nueve.

Desde ese momento, el gigante pareció mas alegre y comunicativo. Habló largo con don Ventura, y su conversacion debia ser muy estraña, atendiendo á los gestos del oyente.

En seguida montó á caballo y siguió la direccion que habian tomado su padre y sus hermanos, esa madrugada.

Don Ventura se paseó algunos minutos en actitud meditativa, y fué despues á reunirse con las tres mujeres, murmurando:

—¡Nunca lo hubiera creido! ¡Es una barbaridad!

Intentó hablar varias veces, pero volvió á guardar silencio murmurando:

—¡Qué barbaridad!

Nestoria comprendia que algo grave preocupaba á don Ventura, y esperaba una explicacion.

Esmirna estaba absorta; su tia arreglaba los cuellos á unas camisas de Segesto, y Nestoria no perdía de vista á don Ventura, que iba y venia de un lado al otro del patio, frunciendo el ceño y moviendo los labios, como si hablase.

Cada vez que se detenia, exclamaba:

—¡Es una barbaridad!

La vuelta de Segesto y sus hijos reanimó el frecuente bullicio de la casa, y don Ventura pareció menos pensativo.

Obdulia cumplió su promesa. ▲ los dos días de la partida de Roman, fué á visitar a su amiga.

Esmirna estaba mas tranquila, aunque siempre melancólica.

El súbito cambio operado en las costumbres de Martiniano, reanimaba á la jóven. El gaucho se mostraba expansivo; su ceño era menos duro y dejaba libre á Esmirna, cuando iba á pescar acompañada solamente de Sultan, hermoso terranova que le habia regalado un amigo de don Ventura, y que siempre la seguia.

La partida del estudiante devolvió la paz á Martiniano.

En cambio, la jóven perdía el apetito; crueles insomnios atormentaban sus noches, y multitud de quimeras hervian en su cerebro. Veía á Roman en sueños, y su ambicion ya no era la de humillarle con el desden, despues de hacerse amar con la coqueteria.

Estaba subyugada por una pasion imprevista, como todas las pasiones contrariadas.

Maidecia y odiaba á Martiniano, porque le veía interpuesto entre ella y el estudiante, como una fatalidad incommovible.

Y no habia que pensar en destruir el obstáculo, porque aquel hombre llevaba en sus ojos una valentia temeraria y en sus músculos una fortaleza indomable.

El mismo padre y los hermanos, temian el enojo del terrible Martiniano.

El estudiante era un muñeco, al lado del centauro de la Pampa. El día del encuentro le vió levantar el brazo esterminador y dejar medio muerto al jóven.

Y á ella, sacudiéndola del brazo con una sola mano hubo de hacerla desmayar.

No había esperanza; la vida de aquel hombre era el infierno de su vida; el sepulcro de sus ilusiones doradas.

Sus únicas horas de dicha, eran las que pasaba en el arroyo, pescando y recordando, porque el gaucho ya no la seguía.

Dos meses habían pasado desde la partida de Roman.

Esmirna, sentada, con la caña tendida sobre el agua, pensaba en el estudiante, cuando los espesos sauces que bordaban el arroyo se agitaron á impulsos de una ráfaga de aire, y un leve rumor le hizo volver los ojos.

Un hombre á pié avanzaba hácia ella.

La jóven no pudo hablar. Su corazón latía con una violencia irresistible; la caña se le escurrió de la mano, y se alejó boyando.

Esmirna miró en distintas direcciones, como si temiese ver aparecer otra persona, pero convenida de que estaba sola con el recién venido, se sonrió sin temor, y encendido el rostro y dilatada la pupila, dijo:

—Por Dios, Roman, cómo se atreve V. á venir por aquí después de? . . .

El estudiante, para disimular la vergüenza del castigo que recibiera de mano de Martiniano, creyó prudente contestar con una baladronada, y golpeándose la cintura con una mano, dijo:

Hermosa Esmirna, hoy vengo armado, y antes de privarme de su compañía, alojaré una bala en el cráneo de los que me estorben.

He salido furtivamente de la capital, por verla á V. por decirle, que la adoro y . . .

—Roman, no siga V. Sé que á muchas jóvenes ha dicho lo mismo.

—Jamás, Esmirna. Las jóvenes á que V. se refiere, no me entenderian si les hablase así.

La prueba de cariño que le doy á V., no puede ponerse en duda; me espongo á matar á un hombre, á perder el año universitario; pero todo me parece poco, comparado á la inefable dicha de poderle decir á solas; ante ese puro y magestuoso cielo que nos sonríe, al son del cadencioso rumor de esas aguas que retratan los encantos de V.; á la sombra del verde follage, donde tal vez se besan los pájaros mas dichosos que yo, que sin esos ojos que me abrasan, sin esos labios que acaricio en mis sueños, la vida me es odiosa.

Yo se que tengo mala fama. Se me acusa de inconstante, de seductor y sin embargo, no soy mas que un esclavo para V., dispuesto á sacrificarlo todo por oírle decir que me ama.

—Y despues, correría V. á escribir en el libro de sus conquistas una víctima mas!

—¡Víctima! La víctima soy yo; V. es el tirano, que puede darme la muerte ó la vida con una palabra.

—Cállese, Roman, aléjese de aquí. Este sitio será fatal para V. y para mí; lo presiento. Vaya á saludar á su padre y á su hermana; huya de este lugar.

—Mi padre! Mi hermanal Nunca sabrán que estoy tan cerca de ellos. De aquí me vuelvo á la capital con la felicidad ó la desdicha.

—No sea temerario. Roman, dijo la jóven mirando con recelo hácia el interior del bosque de sauces. ¡Ah! si él nos viera!

—¿Qué me importa? No me defenderé; me dejaré matar, para legarle á V. mis últimas miradas; el postrer suspiro de un hombre que solo vive para adorarla.

—Roman. Roman, siento ruido en el bosque. Váyase V. ó me voy yo.

—No, no. Dígame que me ama. ó me quedo aquí para siempre, dijo él tomando de la mano á la jóven y rodeándole la cintura con el brazo.

—¿Qué hace V? ¡Ah! Dios mio! El ruido se aproxima.....

—Dígame que me ama, repetía Roman sin soltarla.

—Huyal exclamó la jóven con aturdimiento, desasiéndose de los brazos del estudiante.

Entre el bosque de sauces se sintió un gruñido, y un bulto negro parecia arrastrarse hácia la orilla.

El jóven palideció y Esmirna se estremeció de pavor. Quiso huir y sus piernas se negaron á moverse.

Roman miraba hácia el bosque con ojos espantados, puesta la mano derecha en la culata del revolver que no acertaba á sacar del cinturon.

El rumor seguía y el bulto negro avanzaba.

Esmirna cerró los ojos y se sentó. Su palidez aumentaba, y a fin se tendió desmayada sobre la yerba.

Roman no se atrevió á moverse; sus ojos y su corazon estaban en el bosque. Amor, deseos, ilusion, esperanza,

todo habia desaparecido; solo existia el miedo para el jóven estudiante.

A cada momento esperaba ver salir del bosque al feroz Martiniano, y dividirle el corazon de un tajo,

Por fin, hizo un esfuerzo supremo; pudo moverse, é iba à emprender la carrera, cuando apareció el enorme terranova que siempre acompañaba à Esmirna.

Roman se detuvo, se serenó y dijo:

—¡Maldito animal!

Corrió hácia Esmirna, la llamó, y viendo que no volvia en sí, le desprendió el corsé y las cintas que le oprimian la cintura.

En aquella tarea, Roman se acabó de enloquecer. Su fisonomia se desfiguró, y sin saber lo que hacia abusó del desmayo de la jóven....

Le apretó de nuevo el corsé, le ató las cintas de la ropa interna, llenó su sombrero de agua y le roció la cara.

La jóven no volvia en sí, y él temeroso de que hubiese muerto, huyó de aquel lugar.

¿Qué le importaba al libertino la muerte de la jóven? Un compromiso y menos una victoria mas.

—Hé aquí un perro que vale mas que Martiniano, decia Roman, galopando en direccion al pueblo.

La mitad del triunfo es del hermoso terranova; sin él quién sabe si mi viaje hubiera sido inútil.

Hecha esta reflexion, solo pensó en volver pronto à la capital.

El hermoso terranova se aburrió de estar esperando á su ama y empezó á lamerle la cara, hasta que la jóven dió un suspiro, se restregó los ojos, se sentó miranda en su rededor con espanto y exclamó:

—¡Solal..... Ni uno, ni otro....

Se levantó temblando; se internó en el bosque y no vió nada.

Llamó suavemente primero, y fuerte despues, á Roman, y nadie le contestó.

¿Será un sueño?.... Pero le vi; me habló. Sus palabras aun suenan en mis oidos. Y él, Martiniano.... ¿Dónde está? Salió del bosque cuando Roman me estrechaba la mano. Le ví blandiendo su facon... Despues no vi, ni oí nada. Le habrá muerto?

Esmirna caminaba despacio; parecia causada, entorpecida por un dolor físico. Salió del bosque, miró en todas direcciones, y nada; ni un rumor, ni un bulto, estaba sola, con su perro.

En su cerebro debilitado se albergó la duda. ¿Se habria dormido y soñado?

—No, no; él estuvo aquí. Me dijo que me amaba; me rodeó la cintura con su brazo, y le supliqué que huyese. ... Martiniano venia. ¿Pero, dónde está Martiniano? ¿Por qué no vuelve alguno de los dos?

Esmirna se oprimió la cabeza entre las manos y se sentó en el tronco de un sauce.

Pálida, ojerosa, débil y fatigada, se durmió un instante, y al despertar tué mayor la confusion de sus ideas.

¶ Emprendió la marcha hácia su casa, recelosa y abatida, pero al ver que nadie se sorprendia de verla, se convenció de que habia sido víctima de un sueño.

Y sin embargo, ella juraria que habia visto á Roman.

Contó á su tia que se habia dormido sentada á la sombra de los sauces, y que habia visto á Martiniano pelear con un tigre, que amenazaba devorarla.

—El es capaz de eso y mucho mas; pero por fortuna, no es mas que un sueño. Martiniano se pasó toda la tarde aquí trezando un lazo, dijo la señora de don Ventura. Sin embargo, bueno es no dormirse en el campo.

—Es la primera vez que me sucede.

—Y deseo que sea la última, Esmirna.

Y á propósito de Martiniano. Hace pocos dias, le habló á Ventura de tí, de tal manera, que nos asustó.

—¡Cómol

Está empeñado en casarse contigo.

—¡Conmigo! dijo la jóven retrocediendo.

—Sí, pero no te asustes; Ventura cree que no insistirá. Es un buen muchacho; pero es demasiado hombre para una mujer como tú.

—Yo no quiero, exclamó la jóven, llorosa y afligida arrojándose en los brazos de su tia. ¡Le tengo miedo!

—Sí, sí; ya lo sospecha Ventura, y creemos que la petición no pasará de una estravagancia de Martiniano. Ventura le dijo, que antes de todo era necesario que obtuviese tu asentimiento, y Martiniano, que es capaz de

derrivar un toro de un *moquete* y de pelear á toda la policia junta, tiembia delante de tí, sin atreverse á decir nna palabra .

—Antes mé tiraría al pozo, que casarme con Mart' niano. Cuanto mas le miro, mas horror me causa; no me parecé un hombre, sino un gigante de los libros de cuentos.

—No pienses mas en eso, dijo la señora riendo.

Desde ese dia, Esmirna abandonó la pesca. No se sentia bien. Las fuerzas le faltaban y los dolores de cabeza eran muy frecuentes.

—Obdulia la visitaba siempre.

Un dia le dijo que Roman le mandaba recuerdos.

—Gracias; retribúyeselos cuando le escribas, y dile que cuando nos véamos, le he de contar un cuento que le hará reir mucho.

—Tendrá que esperar las vacaciones, Don Ventura no quiere que vayas conmigo y con papá á pasar un mes en Buenos Aires.

—Paciencia. Nunca tuve fé en el éxito de tu empresa. Estoy destinada á vivir y morir en el campo como las vizcachas. De todos modos, agradezco tus esfuerzos.

La salud de Esmirna se quebrantó sensiblemente y hubo necesidad de llamar un médico.

El facultativo, despues de examinar á la enferma, habló á solas con Armenia, y ésta se indignó tanto de las opiniones del médico, que lloró de desesperacion.

El médico se retiró disgustado y sin recetar.

Al cerrar la portezuela del coche, le oyó murmurar don Ventura:

—No sé para qué me llaman, si saben mas que yo.

Cada mes que pasaba, la jóven se sentia peor y su tia empezó á creer las afirmaciones del médico.

Un dia que las tres mujeres estaban solas. Armenia dijo á Esmirna lo que el médico habia asegurado.

La jóven se puso colorada como una grana y aseguró que la declaracion del médico era absurda.

En vista de las razones de la enferma, y temiendo el desarrollo de una enfermedad peligrosa, la condujeron al pueblo y la hicieron examinar con tres médicos.

Todos opinaron como el que habia ido á la estancia, y sin embargo, las protestas y lágrimas de la enferma eran sinceras.

La jóven se halló en el último mes de un embarazo, de que ella no tenia ni sóspechas.

E plazo llegó, y por mas que las señoras quisieron ocultar, los hombres se enteraron del asunto y una tempestad furiosa se cernió sobre la cabeza de Esmirna, en el instante que daba á luz un niño.

S-gesto queria arrebatár al recién nacido y estrellarlo contra el suelo, y don Ventura penetró violentamente en la pieza de la enferma, con aspecto amenazador.

Dos víctimas iban á caer al golpe ciego de la ira, cuando Martiniano entró en el cuarto con el facon en la mano, se colocó al lado del lecho, y con voz ronca dijo:

—¡Naides la toque!

Aquel grito y el aspecto de ferocidad del gaucho, fueron la luz que descubrió el misterio.

—¡El es el padre! exclamaron á un tiempo todos.

—¡Mentira! gritó la enferma con desesperado acento.

Martiniano permaneció silencioso y terrible al lado del lecho.

Cuando el gaucho se vió solo entre mujeres, envainó su facon, asió una silla, la colocó del lado de afuera de la habitación, se sentó, lió un cigarro y se puso á fumar.

La madre y el hijo tenían la vida asegurada contra las iras de la familia.

Allí estaba el coloso, ceñudo, mohino, para impedir toda agresion; pero su guardia no podia ser perpetua.

Nestora especialmente, queria salvar á la madre y al hijo, aun á costa de su vida, y al efecto, habló á Martiniano en secreto.

El escuchaba, asintiendo con pausados movimientos de cabeza.

Don Ventura y Segesto declaróron, que no querían ver ni á Esmirna ni á su hijo.

Martiniano hizo la guardia tres dias y tres noches, á los dos seres amenazados.

El dia lo pasaba paseándose, ó sentado en la silla colocada al lado de afuera de la puerta, y de noche, tendía el recado delante del umbral y allí dormía, vigilante como enorme mastin, con el facon bajo de la cabecera y el brazo resuelto.

La cuarta noche del alumbramiento, á las 12, la enferma, su hijo, y Nestoria entraron en un coche, y Martiniano guió los caballos en direccion al pueblo.

Esmirna quedó instalada en una casita pobre, y Nestoria volvió á la estancia con Martiniano.

Durante el camino, el gaucho juró á su tia, que nada tenia que ver en la desgracia de Esmirna, pero que la defenderia á ella y al hijo, fuese de quien fuese.

Nestoria, enternecida abrazó á su sobrino.

Cuando Esmirna se vió sola, despreciada, abandonada de los suyos, y convencida de que su pretendido sueño era amarga realidad, maldijo el infame proceder de Roman, y un odio profundo se apoderó de su corazon.

¡Cobarde y traidor! Ni siquiera se acordaba de ella, que á no ser por el inesplicable amor de Martiniano, hubiera perecido con su hijo, á manos de la irritada familia.

¡Qué diferencia, entre aquel gaucho ozco y rudo, y el miserable estudiante!

Cuanto mas pensaba, mas sentia no poder querer á Martiniano, siquiera para pagar su nombre conducta; pero le era imposible.

Al siguiente dia, volvió el gaucho al lado de Esmirna.

Se sentó cerca de ella, y de aquellos ojos de leon brotaron dos lágrimas, tal vez las únicas despues de su infancia.

Esmirna las vió y tomó una mano de Martiniano la estrechó entre las suyas.

El gaucho, viéndose sorprendido en un instante de enternecimiento, se avergonzó, y por secar las lágrimas, casi se arranco las barbas de un puñado.

En seguida arrojó un rollo de papel moneda sobre la cama y desapareció.

—¡Amor salvaje! murmuró Esmirna al verle salir.

Pocos días después se bautizó el niño, siendo padrinos Martiniano y Nestoria.

El estudiante, no se acordó de Esmirna, y Obdulia, juzgándola indigna de su amistad, la olvidó.

Estaba sola con su hijo y el cariño de Nestoria y de Martiniano, que la visitaban con frecuencia.

Sus recursos se reducían á los de sus dos protectores, que no eran muchos, y pensó en buscar los medios de atender á su subsistencia y la de su hijo; pero no sabía hacer nada.

El gaucho iba cada semana á visitar á la jóven; y su conducta era la admiración de su protegida.

Nunca le preguntó quién era el causante de su desgraciada situación, ni la dirigió el mas leve reproche. La servía y callaba.

Nestoria supo por las esplicaciones de Esmirna, que era Roman el miserable, que abusando de su desmayo la precipitó en un abismo, privándola del cariño de su familia, reduciéndola á la miseria y dejándola por fin abandonada á una cruel situación.

Luchando y sufriendo, Esmirna esperaba las vacaciones, creyendo que Roman se apiadaria de ella y de su hijo é iria á verles.

No era la ambicion la que alimentaba esta esperanza; era el deseo de decirle todas las injurias que merecia. Le llamaria cobarde, traidor, perdido y . . . le prohibiria que volviese á presentarse ante sus ojos.

Pero hasta en esto le era ingrata la suerte: el estudiante no fué á pasar las vacaciones á la estancia.

El pequeño Martiniano era parecidísimo á Esmirna, estaba sano y alegre é iba dulcificando los rencores de su madre con las primeras sonrisas.

Esmirna olvidaba su triste situacion y sus ideas de venganza para pensar en su *nene*.

La mirada dulce é inteligente á la vez del niño le hacia soñar un porvenir dichoso, y proyectaba consumir los mas duros sacrificios para criarlo y educarlo.

Lentos y tristes pasaban los años para la infeliz madre, arrojada de casa de los suyos, tan despiadadamente como la madre de Ismael.

Ya el pequeño Martiniano iba á la escuela, donde aprendió á leer y á escribir, al mismo tiempo que tambien aprendia á sufrir.

Todos los habitantes del pueblito conocian la corta historia del hijo de Martiniano, y los niños, testigos de los comentarios de sus padres, los repetian en la escuela.

El niño vengaba las pullas de sus compañeros, batiéndose todos los días y recibiendo mas de un golpe doloroso en cada refriega, porque era el mas débil y pequeño de la clase.

A los nueve años, no obstante su aplicacion y adelantos, fué despedido de la escuela con el calificativo de penderciero é incorregible.

Esmirna sabia cual era la causa de las pendercias infantiles, pero no se atrevió á esplicársela al maestro y menos á Martiniano

El generoso gaucho no sabia pronunciar arengas, ni tenia paciencia para oirlas, y concluiría rompiéndole un brazo al preceptor.

Además del carácter, intimidaba á Esmirna, la sombra de tristeza que manifestaba el semblante de su compadre. Hacia tiempo que apenas hablaba; se distraia á cada momento, y se le humedecian los ojos de llanto.

Si le preguntaba que tenia, se levantaba apresuradamente, y salia para no regresar en dos ó tres dias.

Esmirna temia que el gaucho estuviera afectado de locura y comunicó su temor á Nestoria.

—Ya sabes que siempre ha sido de carácter taciturno, decia Nestoria.

—Pero nunca como ahora. Se pasa horas enteras sentado delante de mí, sin mirarme ni decir una palabra; ni el ahijado, que antes le entretenia con su charla infantil le saca de ese ensimismamiento.

—Lo mejor que puedes hacer es no preguntarle nada. Si te habla, hablale y si se calla, callate.

Pocos dias despues de esta conversacion, una terrible noticia vino á ensanchar las heridas de Esmirna.

Martiniano, el generoso gigante que tanto la amaba, fué hallado en el campo, con su propio facon clavado en el pecho.

Al rededor del cadáver no habia señales de lucha, y su caballo estaba maneado.

Indudablemente se trataba de un suicidio; esta creencia era general.

¿Quién hubiera sido capaz de herir al terrible javalí de las Pampas, sin haber pagado con la vida su atrevimiento?

Esmirna lloró la muerte de su único amigo.

No le quedaban mas que Nestoria y el pequeño Martiniano.

Pobre, sin saber en qué ganar el sustento, ni cómo seguir educando á su hijo, se consolaba con sus lágrimas.

Pocas relaciones tenia; su situacion no era aparente para inspirar simpatias, y sus pocas amistades eran mujeres habladoras, libro viviente de cuentos y chismes que no interesaban á la pobre desamparada.

Estaba por ese tiempo de paso en el pueblo, un hom-

bre muy rico llamado Hermógenes Ezpeleta, de quien Esmirna había oído hablar.

Era un hombre de cincuenta años, alto, grueso, de barba larga y gris, de ojos bondadosos y tranquilos, y porte sencillo.

Esmirna le veía pasar por delante de su casa, saludándola con cortesía. En los pueblos pequeños se saluda á todos, aunque no se conozcan.

Un día, detuvo don Hermógenes su caballo, echó pié á tierra y llamó.

—Disculpe V., señorita; deseo decirle dos palabras.

—Pase V. adelante caballero, y sírvase disculpar la falta de comodidades.

—No busco comodidades, señorita, observó don Hermógenes, entrando y sentándose en la única silla decente que le ofreció Esmirna.

Martiniano, que estaba entretenido en concluir su plana, miró al visitante con insistente curiosidad.

—No quiero molestarla mucho tiempo, dijo don Hermógenes. Conozco su historia, su posición y su familia. Es V. pobre y desgraciada; yo soy rico y tal vez mas desgraciado que Vd.

La causa de mis sufrimientos, no necesito referírsela; en este pueblo se sabe todo; la maledicencia se encarga de descubrir las heridas para ahondarlas, y no dudo que le habrán contado cuanto á mi se refiere. Soy Hermógenes Ezpeleta.

—Conozco su nombre.

—Y mis trastornos del hogar. Lo adivino en sus miradas. Tal vez le habrán dicho que soy un mal hombre. No importa, cada uno es dueño de sus mentiras; ni me defiendo, ni me irrito; me acostumbré á tomar las cosas como vienen. Pero esto es demasiado fastidioso; vamos al objeto de mi visita.

Estoy cansado de estar solo con peones; necesito una persona inteligente que se encargue de la direccion de mi casa, y vengo á proponerle que acepte un plato en mi mesa, y una participacion en los quehaceres domesticos.

Dejéme V. el derecho de asignarle el sueldo que ha de ganar, para librarla de los pormenores de un ajuste, que su educacion y sus condiciones personales, le impedirian efectuar con buen resultado.

Esmirna comprendió el fin del ofrecimiento; pero ni las palabras, ni la actitud de don Hermógenes, daban asidero al enojo y por lo tanto, se limitó á dar las gracias y deshechar la propuesta.

—Piénselo bien. Volveré mañana. Tiene V. un hijo; es necesario instruirlo, labrarle una posicion para conquistar un nombre que la sociedad le niega. Soy viejo y cumplo mis promesas, y si bien es V. jóven y talvez aspira á vivir al lado de una persona de su edad, debe tener presente, que el reposo que dan los años, es firme y agradecido.

Su hijo me servirá para recordar los mios, y V. dará mas luz á mi oscura existencia.

—¿Y qué lugar ocuparé yo al lado de un hombre solo?

—El que V. quiera.

—No veo ninguno honesto. Además, por mi mala fortuna, no sé hacer nada, si no es leer, escribir y contar malamente.

—Basta y sobra, para dirigir una casa.

—Es decir, que me ofrece V. un empleo de sirvienta de mas categoria que los demás?

—Le ofrezco un sueldo, para que V. sea lo que le parezca mejor.

—¿Y mi hijo?

—Lo será mio tambien, como tal al menos lo trataré.

—Voy á meditar su propuesta.

—Medite, pero no la consulte; la envidia es mala consejera, dijo don Hermógenes, despidiéndose de la madre y del hijo.

Esmirna comprendió que se le exigia el sacrificio de su belleza en una forma disimulada; pero, ¿qué era ella para hacer escrúpulos á la ocasion de educar á su hijo?

Su nombre habia servido de ludibrio; su familia la habia arrojado á la calle; vivia de los recursos de su madre; causándole sufrimientos que ocultaba.

No tenia mas mision que preparar un porvenir á su hijo; ella ya no era nada, Martiniano era el todo. ¿Qué le importaba el sacrificio del cuerpo, cuando tenia valor para sacrificar hasta el alma, en aras del amor maternal?

Aquel hombre le parecia sincero; decia verdad, puesto

que sus amigos le habian contado mil veces los pesares de don Hermógenes.

Ella no tenia que hacerle confesiones difíciles, desde que él sabia todo. La aceptaba tal cual era, con su aparente delito, con Martiniano, sin condiciones ni reproches.

El padrino de su hijo no existia y á casa de Segesto estaba dispuesta á no volver jamás, aunque muriese de hambre.

Esmirna cerró los ojos, se enrojeció y dijo:

—Sí; aceptaré.... todo por él. Cúmplase mi destino, y sea lo que Dios quiera....

Al dia siguiente de la entrevista, un coche condujo á la madre y al hijo á la estancia del imprevisto protector.

Esmirna dejó una tierna carta á Nestoria explicándole su resolucion y el punto donde iba á residir.

Hermógenes Ezpeleta era el único hijo de un vasco enriquecido por el trabajo.

El padre envió al hijo á Buenos Aires, á fin de darle una carrera en relacion con su fortuna.

El joven fué recomendado á don Jorge Kent, catedrático de filosofia, caballero muy escéntrico que se interesó en los progresos del recomendado y le indujo á seguir la carrera del foro.

Hermógenes era bueno, tenia talento y pronto concluyó el bachillerato, dando principio á los estudios de abogado.

Comia todos los juéves en casa del profesor Kent, trataba con intimidad á su señora y sus dos hijas, Flora y Mizar, no siéndole indiferente la segunda, que era la menor.

Tenia Hermógenes diez y siete años, cuando el catedrático se volvió loco, dió muerte á su esposa y se suicidó.

Las niñas quedaron á cargo de una parienta, y Hermógenes siguió frecuentando su trato.

El catedrático no dejó mas bienes de fortuna que una casa.

El Congreso votó una pension para las jóvenes, que disfrutarían mientras estuviesen solteras.

A los 18 años, estudiando Hermógenes segundo año de derecho, fué sorprendido por la muerte de su padre, y á fin de poder alcanzar la mayoria de edad, se casó con Mizar Kent, y tomó posesion de su gran fortuna.

Quiso tener á su lado á Flora, pero ella se negó á salir de la casa paterna donde vivia encerrada y en continua lucha con su parienta, la cual tuvo que abandonarla por intratable.

La señorita Flora Kent quedó sola.

Tenia los ojos redondos, pequeños y saltones de su padre, y buena parte de sus extravagancias.

Cuando don Hermógenes conoció á Esmirna, hacia año y medio que estaba judicialmente separado de su mujer.

Tenia tres hijos: el mayor se llamaba Espartaco, habia estudiado en el colegio militar el arma de artillería y era subteniente.

La segunda, se llamaba Rea, era el retrato de su madre: de estatura regular, de formas mórvidas, blanca, rubia, ojos verdes leonados y pequeños, boca grande, nariz recta y corta, dientes picados, labios carnosos, frente despejada, cuello corto y senos abultados.

La tercera se diferenciaba tanto de Rea que no parecia su hermana.

Se llamaba Siberia: tenia el cabello negro, los ojos castaños y grandes, tez encendida y trigueña, nariz larga y fina, boca regular, labios muy rojos, rostro oval y cuello algo largo, pero bien formado.

La mujer de don Hermógenes decia sin reservas, que Siberia era hija del ingeniero X., y no faltaban personas que lo creian, incluso el señor Ezpeleta, mientras otros aseguraban, que la señora desbarrancaba de ese modo su dignidad, por causarle disgustos á su marido, á quien odiaba.

¿Cómo se habia separado Ezpeleta de su mujer?

Vamos á saberlo:

A los dos años de casada, la conducta de Mizar fué reprehensible.

Ezpeleta luchó mucho para modificar el carácter y las costumbres de su mujer, sin poderlo conseguir, conclu-

yendo por dejarla hacer cuanto queria, esperando ocasion de concluir de una vez tal estado de cosas.

Ya tenia Mizar 38 años, cuando manifestó deseos de ir á pasear con los dos primeros hijos á la capital donde residia su hermana Flora, y don Hermógenes no se opuso.

En cuanto llegó, se convino con un abogado y entabló el juicio de separacion conyugal.

El juez que entendia en la causa tuvo una entrevista con Mizar, y desde ese momento, el pleito fué tan de prisa que causó la admiracion de los litigantes viejos, acostumbrados á esperar dos ó tres años una sentencia.

Figuraban en los autos las acusaciones mas terribles contra el marido, y en la casa de la litigante, se veia diariamente al Juez.

Hermógenes no se presentó por sí ni por apoderado á defenderse.

Habia resuelto no decir una palabra y lo cumplió, siendo condenado á la entrega de varias propiedades de venta para alimentos de su mujer, y privado del trato de sus hijos, que ya eran tres, porque á los seis meses de su salida de la estancia, Mizar dió á luz una niña.

Entregó en usufructo lo ordenado y se encerró en la estancia.

Desde entonces Mizar escandalizó la capital, con sus aventuras amorosas.

Se habló del abogado que la habia defendido, del juez, de un médico, y sobre todo del ingeniero X... como de otros tantos amantes de Mizar.

Se pintaba el rostro, se teñía los cabellos para ocultar las canas; se ennegrecía las cejas, y gastaba un lujo en el vestir, que chocaba á las personas de su sexo.

A sus dos hijos mayores les enseñaba á odiar á su padre, y á la mas chica le llamaba *ingeniera*, explicando por qué le daba ese nombre.

Tal era, á grandes rasgos, la historia matrimonial de don Hermógenes.

La estancia de don Hermógenes tenia poblacion de azotea que ocupaba una manzana formando cuadro.

Habia algunas habitaciones con ventana de reja al exterior, y circundando una de ellas, un pequeño jardín, y al lado Este de la casa una quinta muy descuidada.

Ni una planta de hortaliza, ni una flor se veia en la ancha quinta.

Fuera del cuadrado de azotea estaban dos inmensos galpones y una ramada.

Al llegar don Hermógenes, Lorenzo el capataz, hombre de 36 años, alto y seco. Micaela, vasca de 22 años, de regular estatura, rubia y flaca, con mirada satírica, y aire desenvuelto, se acercaron al coche, sorprendidos de ver á su patron acompañado de una bella jóven y un niño.

Francisco, el cochero de la casa, jóven de 21 años extraordinariamente alto y grueso, se ocupó del coche y los caballos de alquiler, diciendo al conductor, que dejase todo á su cuidado.

A la mañana siguiente, don Hermógenes presentó á Esmirna á todos los servidores, diciéndoles, que la obedeciesen y respetasen como á él mismo.

Así quedó instalada en aquel domicilio, al cual empezó á embellecer cuanto pudo, mandando construir un estante en la quinta, para regar y lavar, y cubriendo la tierra de flores y hortaliza en menos de dos meses.

Los primeros dias, Lorenzo, Francisco y Micae'a, comentaron con disimulada picardia la aparicion de los dos nuevos habitantes de la estancia, pero bien pronto se acostumbraron al trato agradable del ama de llaves y á las inocentes gracias de su hijo, y las indirectas maliciosas cedieron su lugar á la simpatia.

La llamaban Doña Esmirna, ó solamente la señora.

La familia de Segesto sabia ya, que el padre del niño era el estudiante, y estaba convencida de que no habia existido el desmayo, sino que ella lo habia inventado para disculpar su falta, por consiguiente, era mas culpable que Roman, pues él al fin era hombre, y al hombre se le perdonan los mas negros crímenes, cuando los comete en daño de una débil mujer.

Rotos los lazos de cariño, entre la jóven y su familia, sin esperanza de reanudarlos, e imposibilitada de tener á su lado á Nestoria, la cual en horas de mútua espansion y mezclando sus lágrimas con las de Esmirna, le

había confesado que era su madre, se dedicó de buena fé á complacer á su protector, y aun llegó á creer en algunos momentos que le amaba.

Don Hermógenes, era un buen hombre; poseía gran fortuna y una instruccion sobresaliente, y se complacia en dar á Esmirna el cariño que no podía ofrecer á sus hijos.

A Martiniano, vivo y alegre como una ardilla, si bien no le acariciaba mucho, dejaba ver bastante satisfaccion en ofrecerle cuanto su anhelo infantil podía desear.

Las intimidades del estanciero con Esmirna, no podian ser francamente visibles, atendiendo á la posicion del hombre, pero los empleados de la estancia los conocian, y ni don Hermógenes ni Esmirna tenian empeño en disimularlas.

Para los estraños, ella era una sirvienta de alguna categoria; así lo decian él y ella; pero el mundo, que tiene millares de ojos, se sonreía, dando á entender que no se chupaba el dedo.

Martiniano perdió su nombre de pila, para la gente de la estancia. Le llamaban el hijo de la señora, solamente.

Los vecinos le apellidaban el hijo de doña Esmirna, ó Martiniano de la Estancia grande

Tenia un preceptor en la casa y hacia grandes progresos, cuando se operó un cambio profundo en la conducta de su madre.

Esmirna, que tanto amaba á su hijo, empezó á sen-

tir por él cierto desvio, que poco á poco, fué degenerando en tedio.

El niño le estorbaba; era la muestra viviente de una falta cometida con un hombre que no era don Hermógenes.

El pobre chicuelo lloró al principio, pero despues, irritado por las continuas agresiones de su madre, le cobró aversión y huía de su lado, como huye la paloma de las uñas del milano.

En cambio, desde el capataz al último peon, todos idolatraban al niño.

Era afable, generoso, intrépido é inteligente, hasta el punto de pasmar al mismo don Hermógenes, que solía decir suspirando:

— ¡Si fuera hijo mío!

Estas exclamaciones se clavaban en el corazón de Esmirna, como un dardo de fuego, aumentando su repulsión hacia Martiniano.

Él veía á las otras madres acariciar á sus hijos; y recordando las caricias que su madre le había prodigado en otro tiempo, rompía á llorar, sin decir por qué.

Sabía que don Hermógenes no era su padre, porque Esmirna le obligaba á llamarle *patron*, y á penas se atrevía á pronunciar el título de madre, temeroso de incurrir en una falta.

¿Quién era él? ¿Por qué estaba en aquella casa?

¿Por qué le castigaba su madre cruelmente y se reían todos los peones, una vez que preguntó donde estaba su papá?

¿Por qué le preguntaban dónde dormía su madre?

¿Por qué á él no le mandaban á *repuntar* la majada, cuando ya sabía montar á caballo?

Estas preguntas que no podía contestar y el aislamiento en que vivía, le hicieron tan reflexivo como si fuera un hombre.

Un día, el más feliz de su infancia, le dijo su madre que le iba á mandar por un mes al lado de su familia.

Martiniano dió un salto de gozo. También él tenía familia. El, que jamás había oído hablar de tal cosa, que se imaginaba solo, sin más parientes que su madre, tenía también una familia.

M hubiera querido preguntar si también tenía hermanos; si vería á su padre, de quien jamás oyera hablar, pero el miedo de ser castigado le paralizó la lengua.

En todo ese día, y gran parte de la noche, Martiniano no tuvo más deseo que ver el día señalado para la partida.

Iba á verse libre de su madre; iba á correr y á jugar con sus hermanitos que le besarian. Iba á estar en medio de su familia, nombre mágico que le hacía saltar el corazón de gozo.

Mecido por estos pensamientos se acostó y se durmió.

Despertó, y al ver la clara luz del día al través del vidrio de la ventana, lloró desesperadamente. Era tarde y nadie venía á decirle que se levantase para partir á casa de su familia.

Llorando le sorprendió la sirvienta que fué á despertarlo.

—¿Por qué lloras?

—No sé.

—Levántate; ven á tomar el café, que ya Francisco tiene el coche pronto para llevarte á ver á tu familia.

¡Mágica palabra! El niño saltó de la cama y en un decir Jesús estuvo lavado, peinado y vestido.

Fué al comedor, donde le esperaban su madre y don Hermógenes, pero no pudo tomar el café; se le detenía en la garganta, sin poderlo hacer pasar.

Por fortuna, ese día, Esmirna, estaba mas cariñosa que de costumbre. Apenas don Hermógenes se levantó de la mesa, la adusta madre se enterneció; miró á su hijo con los ojos llenos de lágrimas, le tomó la cabeza con las dos manos, le besó y dijo:

—Dale á tu abuela este beso.

—¡Abuelal ¿Tambien yo tengo abuela? hubo de preguntar el niño, admirado de tal noticia.

--Dile que la quiero mucho, continuó Esmirna con voz entrecortada y los ojos húmedos.

El niño tambien lloró, sin saber por qué lloraba.

Los pasos de don Hermógenes resonaron cerca del comedor, y Esmirna se levantó, apartó de sí al niño bruscamente, y enjugándose los ojos se dirigió á la puerta.

—Esmirna; Francisco está pronto, dijo don Hermógenes.

Inmediatamente entró el niño en el coche, y ... el gran día llegó para el alegre chiquilin.

— ¡Adios, Martiniano!

— ¡Adios!

— ¡Adios! repetian los peones, mientras el niño asomaba su rosada y sonriente fisonomia por la ventana del carruaje.

Esmirna le veía partir, sin dirigirle una palabra.

Cuando se internó en las habitaciones, sus ojos volvieron á humedecerse.

Era la primera vez que se separaba de su hijo, y por mas que se esforzaba en parecer contenta, sentia un peso en el pecho, que la incomodaba.

Martiniano era toda su vida, con sus horas de alegría y de tristeza, con sus dolores y su salud, sus desengaños y esperanzas.

— ¡Si fuera hijo de Herimógenes! dijo entre dientes.

¡Pobre inocente! Sin saberlo, ni tener parte en ello, se hallaba embutido como un extraño importante entre dos seres que ya se querian, y todos los desagrados caian sobre él.

El tiempo y los acontecimientos, habian apagado los rencores de la familia de Esmirna, asi que el niño fué disputado por todos los brazos, cuando el coche se detuvo en la puerta del guarda patio de la estancia de Segesto.

La única que faltaba allí para recibirle era Armenia.

Su vieja enfermedad habia vuelto con mas vigor, y en ocho dias le arrebató la vida.

—¡Qué hermoso y que crecido está! Parece que tuviera 15 años, decian todos.

—Nada se parece á *él*. Es el retrato de su madre, dijo don Ventura, besando al niño.

Nestoria lloraba y reia al mismo tiempo, sin poder articular una palabra.

—Para tí, abuela, le dijo el niño al oido, te traigo esto, y le dió una docena de besos en la cara y en el cuello.

Para tí solita; eh! Mamá te quiere mucho, dijo siempre en voz muy baja, y al oido de Nestoria.

Admirable discrecion en un niño de nueve años. Ya sabia envolver en el secreto las palabras peligrosas!

Su madre le habia dicho quién era su abuela, recomendándole que no dijese á nadie lo que sabia, y Martiniano obraba con la prudencia de un hombre.

¿Cómo habia aprendido á ser discreto? Sufriendo: esa es la escuela de los desdichados.

El niño vió desaparecer una de sus más dulces esperanzas; no habia allí niños, por consiguiente, no tenia hermanos, pero tenia familia, tenia á su abuela Nestoria, que llenaba con sus caricias todos los vacios.

¡Qué feliz se sentia el pequeño Martiniano, en medio de los suyos!

Una sola nube empañó su alegría. Una ocasion se oyó llamar el *hijo del estudiante*.

En la escuela le llamaban el hijo de Martiniano.

En casa de don Hermógenes el hijo de la señora, y en casa de Nestoria, el hijo del estudiante.

—Abuela, dijo un día que estaba solo con Nestoria, ¿dónde está mi padre?

—Se murió.

—¿Y por qué me llaman el hijo del estudiante?

—Porque . . . porque él estudiaba.

—¿Quién?

—El estudiante.

¿Y era mi padre?

—Sí.

—¿Y don Hermógenes, qué es? ¿Estudiante también?

—Sí. También fue estudiante.

—¿Pero, él no es mi padre?

—No. El es . . . don Hermógenes.

—¿Y por qué abraza á mamá? . . .

—Mira, Martiniano, ves aquel pajarito que lleva una paja en el pico?

—Sí, lo veo.

—Fíjate en la dirección que toma.

—Se posó en el techo de la ramada.

—Pues vamos á ver si tiene allí el nido, dijo Nestoria, saliendo con el niño de la mano.

—Hijo del estudiante, repitió el niño al ir marchando.

—No te distraigas, Martiniano, porque no daremos con el nido.

La precocidad intelectual del chicuelo tenia preocupada á Nestoria, que no sabia cómo contestarle á sus preguntas.

—¡Abuela! le dijo al oido, y al ver que Nestoria se turbaba. agregó: no temas, ya sé que no debo llamarte así, sino cuando nadie mas que tú me oiga. Me lo mando mamá, y si no lo hago así, me pegará.

—Bueno, no lo olvides..... ¿Qué ibas á decirme?

—¿Quieres que duerma contigo?

—Sí, mi querido, sí.

—Así te hablaré toda la noche al oido. Yo te quiero mas que á mamá.

—¿Y por qué me quieres mas que á mamá?

—Porque tú me besas y ella me pega.

—Pobre angelito mio. Yo escribiré diciéndole que no te castigue.

—Eso no, porque sabia que yo te lo dije y me pegaría mas. A ella tambien la quiero, pero á tí..... A tí te quiero mucho, dijo Martiniano rodeando el cuello de Nestoria con sus brazos.

—¿Y á tío Ventura, no lo quieres?

—Sí; los quiero á todos.

—Tío Ventura te quiere mucho.

El niño miró á su abuela de un modo particular, y no dijo una palabra.

Desde el día de la entrevista de Roman y Esmirna en el arroyo, el jóven no apareció en la estancia de su padre, temeroso de un encuentro con Martiniano, á quien creia conocedor de lo ocurrido.

Roman estaba siempre dispuesto á juzgar mal á todas las mujeres, incluso á las de su sangre.

Decia que su madre le habia sido fiel á su padre, porque era muy fea y no halló quien la requebrase; que su hermana haria como las demas, cuando hallase un hombre que supiera engañarla.

Con este criterio media el desmayo de Esmirna; desmayo que para él era una comedia.

¿Cómo habia podido olvidarse del perro que la acompañaba?

Al recibir carta de su hermana, dandole noticias del alumbramiento é indicios de que el niño era de Martiniano, segun creian en el Partido, Roman se rió estrepitosamente.

—¡Miren que socio me depara la suerte! exclamó con acento burlesco. Me conviene dejarle el capital y las ganancias, antes de entablarle pleito.

No quiero verle la cara; pasaré las vacaciones aqui, cenando con coristas y bailando con *loras*.

A los dos años, otra carta de su hermana le hacia saber que la jóven habia declarado que el hijo era de él; pero ni ella ni su padre podian creerlo, computando la fecha del parto con la de su ausencia.

Suponian que Esmirna tenia vergüenza de declarar que

Martiniano era el autor de la obra, y prefería atribuirla á un jóven rico y elegante, esperando sacar partido de la credulidad del padre del presunto delincuente.

Esta carta alarmó á Roman. Martiniano podía resolverse á buscarla en la ciudad y en ese caso, el pleito no tendría buenas consecuencias.

Estaba dispuesto á sostener, y aun á probar con testigos falsos, que no habia salido de la capital y que por lo tanto, mal podia ser autor de la calaverada que traidoramente le atribuian.

¿Pero se daría por satisfecho Martiniano, con esta farsa? ¿Quién podia convencer á un hombre mas duro que un adoquín, y mas atrepellador que un toro?

No le daría tiempo para esplicarse; si le hallaba era hombre muerto.

Las inquietudes de Roman eran atroces. Salía siempre en coche, y se fijaba en todas las fisonomias *ganchescas* con una ansiedad atormentadora.

Escribía á su hermana con sorprendente frecuencia preguntándole si Martiniano estaba en la estancia; y al contestarle que sí, respiraba dos ó tres dias con libertad, hasta que el miedo volvía á dominarle.

Tan persuadido estaba de que Martiniano le iria á buscar, que habiéndose disfrazado de ganchero otro estudiante en el Carnaval, y yendo á invitarle para un baile, Roman huyo por los fondos de su casa y se reencó un pié, pensando que el visitante era Martiniano.

Estaba resuelto á no volver á la estancia en toda su

vida, á pretesto de sus tareas universitarias, de que jamás se acordaba. Ya no habia estudiantes de su tiempo; todos eran doctores, y él seguia perdiendo años entre las mujeres y el vicio.

A los ocho años del lance en el arroyo, casi lo enloqueció una carta de Obdulia.

Saltaba, hab'aba solo, besaba la carta y se reia como un insensato.

—¡Martiniano ha muerto! ¡Oh! dia feliz!

Ya puedo volver á la estancia. Muchas chicuelas serán mozas y hasta la bella Emirna me recibirá con lágrimas de emocion. Ya no se hará ¡la desmayada; pasaremos las horas en dulce coloquio y despues. . . . Que busque otro amante para indemnizarse de mi ausencia. . . .

¡Muerto Martiniano! Parece imposible que la muerte haya dominado aquel monumento!

Pero no cabe duda: aqui lo dice claro; se suicidó el muy animal. ¿Cómo se entenderán con él en el infierno? Entrará allí blandiendo su terrible arriador y desafiando á pelear á todos los ayudantes de Satanás. Por fortuna, aun no pienso viajar por esos pagos; tardará en verme, y el diablo le irá domando de aquí allá.

¡Noble y generoso Martiniano! bien has hecho en morirte, así: viviré tranquilo, con luyó diciendo Roman, entre e-trepitosas carcajas.

Ese dia paseó á pié toda la calle Florida, y dió un convite á una docena de horizontales y de estudiantes.

Los desordenados comensales pidieron champagne para

brindar por Roman, pero él se puso de pié con una copa en la mano y dijo:

—No brindéis por mí; brindad por Martiniano.

—¿Quién es Martiniano? preguntaron los concurrentes.

—El hermano mayor de Luzbel.

—Bien por Martiniano, hermano de Luzbel, gritaron todos, acercando las copas á los labios.

—¡Hurra! Por Martiniano.

Roman pasó las vacaciones de ese año en su estancia, pero Esmirna ya estaba en casa de don Hermógenes, y el miserable no pudo insultar á su víctima con fingidas caricias.

Pasó el tiempo requebrando á pobres gauchas, que se consideraban honradas oyéndose llamar las siervas del estud ante, y dejó mas de un recuerdo de sus malas costumbres, entre aquellas infelices jóvenes.

La carrera de Roman no se concluía.

Hacia doce años que estudiaba y nunca llegaba al último año.

Sus compañeros decían, refiriéndose á él, *que era un embrión de abogado, hecho piedra por la acción del crapulismo.*

Jugaba desenfrenadamente.

Su padre, viéndose amenazado de ruina, por los excesos de su hijo, había dado su parte de bienes á Obdulia y se entregaba á la embriaguez.

Cuando el pequeño Martiniano fué á visitar á su abuela, Roman no tenía mas fortuna que los recursos que

graciosamente le daba Obdulia, que tambien sostenia á su padre del todo perdido por la borrachera.

Lo contrario sucedia en la estancia de Segesto, donde la fortuna y comodidades iban siempre en aumento.

Don Ventura con su inteligencia, y Segesto y sus hijos con el trabajo, alcanzaron la opulencia.

Roman ya no estudiaba; seguia visitando las jóvenes del pago y obteniendo la confirmacion de su fama, con alguno que otro triunfo de escaso mérito, entre mujeres muy infelices.

Siete meses hacia que Esmirna no veia á su hijo, á pesar de sus repetidas cartas y de los viajes de Francisco para volver el pequeño Martiniano al lado de su madre.

Nestoria unas veces, y don Ventura otras, despedian al cochero con una carta para Esmirna, diciéndole que se quedaban con el niño un mes mas.

Martiniano tampoco deseaba irse; su abuela le encantaba, y el recuerdo del gesto de su madre le hacia llorar.

Tenia un caballo, una escopeta y una caña de pescar, y acompañado siempre de Nestoria, pasaba los dias sin sentir.

Don Ventura le hacia leer en un libro de hermosos cuentos; pero poco tiempo cada dia, de modo que, lejos de serle fatigoso el estudio, le era agradable.

.

Sabia bien las cuatro reglas de la aritmética, algo de geografía, y su letra era ya la de un pendolista.

Su natural inteligencia, libre de temores, brillaba cada vez mas, y don Ventura hallaba en aquel niño un talento de primera magnitud.

Su cuerpo era esbelto, ágil y de fuerte musculatura.

Su fisonomía abierta, risueña é ingénua cuando estaba contento, tomaba un tinte sombrío y enérgico al menor disgusto. En estatura no aumentaba mucho. Montaba á caballo como un hombre; era intrépido y bravo en la contrariedad, y sensible y tierno á las caricias; tenía todos los rasgos físicos y morales de los seres privilegiados; prometía ser un hombre notable.

—Abuela, dijo un día, mientras pescaba, ¿cómo es tu apellido?

—Segesto.

—¿Y el de don Ventura?

—Saavedra

—¿Y el de mamá?

—Ella..... Se llama Esmirna.

—¿Y el padre de mamá, cómo se llamaba?

—Mi padre se llamaba Segesto.

.. —Yo te pregunto el padre de mamá.

—¡Ah! sí..... El padre de mamá, repitió Nestoria

—¿Cómo se llamaba?

—Tira de la caña, Martiniano, creo que ha caído un pez.

El niño tiró, y al ver el anzuelo con la carnada, azotó el agua con la línea y volvió á preguntar:

—¿Don Ventura no tiene hijos?

—No.

—¿Y por qué no tiene hijos?

—No se los habrá querido dar Dios.

—¿Quieres mucho á don Ventura, abuela?

—Que preguntas tienes, Martiniano. Aquí todos le queremos, porque es muy bueno.

—Mamá no le quiere; no le mandó besos como á tí.

—Se habrá olvidado. Ella tambien le quiere; debe quererle como á mi.

—Como á tí no, porque don Ventura no es mi abuelo y tú sí.

—Ahí vuelve á picar el pescado. ¡Tiral!

—El niño tiró y al ver un sapo clavado en el anzuelo, arrojó la caña léjos de sí, cogió una piedra y corrió á golpear al batraceo hasta deshacerle la cabeza.

—¡Canallal Toma, toma, vuelve ahora á comerme la carnada.

Iba á cebar el anzuelo otra vez, cuando Néstoria le dijo:

—Ya es tarde; vamos.

La pobre mujer tenia miedo de prolongar la pesca, preveia que el niño reanudaria sus preguntas.

En momentos de dar sus lecciones Martiniano, ha llándose solos don Ventura y Nestoria, dijo el anciano:

—Este niño no estudia, y sin embargo, siempre sabe sus lecciones. Singular organizacion cerebral debe tener.

—¡No desmiente su origen! contestó Nestoria con intencion. Los Saavedra todos fueron inteligentes.

—Menos el último, dijo don Ventura con modestia.

Martiniano miró fijamente á su abuela y en seguida á don Ventura, y se sonrió.

—¿De qué te ries, Martiniano?

—¿Recuerdas madrina, lo que te pregunté en el arroyo?

El niño llamaba madrina á su abuela, cuando no estaban solos.

—¡Me preguntaste tantas cosas!

—Ne te volveré á preguntar.

—¿Por qué?

—Porque ya sé lo que deseaba, contestó él volviendo á dirigir la mirada al libro.

Nestoria guiñó un ojo á don Ventura, y se oprimió el labio inferior con los dientes, en señal de admiracion.

Don Ventura iba á hablar, pero se detuvo á una seña de Nestoria.

Concluida la hora de clase, don Ventura salió de la habitacion y Martiniano, abrazando á su abuela le dijo:

—¿Sabes quién es el padre de mamá?

—¿Quié?!

—Don Ventura Saavedra.

Fué tal el estupor de Nestoria que no supo qué decir.

—No tiembles así, abuela; yo sé callar.

—Martiniano de mi vida, me pareces un hombre. Calla, que pronto sabrás cuanto deseas, respecto á nuestra familia. Cuando tengas dos ó tres años mas, te diré muchas cosas.

—¡Oh! puedes decirme cuanto quieras; á mí no me arranca nadie un secreto.

Mamá me castiga muchas veces, para que le repita las conversaciones de los sirvientes, y nunca se las digo.

Los peones dicen: *Para vivir y gozar, se ha de oír, ver y callar; y ya oigo, veo y callo.*

—Niño querido, tú serás algún día el orgullo de tus parientes, exclamó Nestoria, abrazando aquel hombrecito de nueve años, y murmurando: Dios sabe compensar todos los dolores.

Un acontecimiento trascendental, ocurrido en la vida de Ezpeleta, obligó á Esmirna á mandar á Francisco por quinta vez en busca del niño.

Acababa de morir la señora de don Hermógenes.

Esta circunstancia le ponía en posesion de nuevos bienes de fortuna, y llevaba al hogar dos hijas.

El hijo era oficial de artillería y estaba destacado en una provincia lejana.

Martiniano abandonó aquel hogar cariñoso con los ojos llenos de lágrimas, dejando pintado en todos los semblantes el pesar de verle partir.

La hija mayor de don Hermógenes, jóven de 18 años, recibió al niño secamente, pero la menor, que solo tenía 4 primaveras, no se apartaba de su lado.

Entre Esmirna y la hija mayor de don Hermógenes se

estableció bien pronto una fria reserva, y entre Martiniano y la menor un compañerismo fraternal.

Jugaban los dos niños una mañana, tuteándose con esa ingenuidad infantil que no se parece á ninguna otra, cuando apareció Esmirna con un rebenque en la mano, y castigando cruelmente á su hijo, le dijo:

—¡Canalla! tuteando á la hija del patron. ¿No sabes que tú eres hijo de una sirvienta?

La niña lloraba como si también á ella la hubiesen azotado. Su hermana la tomó de la mano y se alejó con ella mientras Esmirna se dirigia al comedor.

Martiniano fué á ocultar la vergüenza en su cuarto, próximo al de las niñas y oyó este diálogo:

—¿Por qué lloras, Siberia?

—Porque pegaron á Martiniano.

—Muy bien hecho. ¿Quién le manda tratarte como si fueras su igual? Yo fui la que le dijo á papá, que era necesario corregir eso, y creo que *ella* me oyó, y vino como una furia á golpear al muchachuelo. De buena gana me hubiese golpeado á mí.

—Yo lo quiero á Martiniano.

—Vamos, no seas imbécil. ¿Querer á ese porqueria, hijo de una mujer cualquiera. Sabe Dios quién será su padre. Algun bandido como ella.

Las niñas callaron, pero el niño acababa de absorver el veneno de esta conversacion, y un proyecto instantáneo se le grabó en el cerebro.

Entretanto, Esmirna, con los ojos rojos y el gesto duro, seguia disponiendo los quehaceres de la casa.

A la hora del almuerzo, no comió nada, y el niño no se presentó en la mesa. Estaba acostado.

Don Hermógenes no habló ni una palabra, y la niña mayor se sonreía.

Concluido el almuerzo, Esmirna fué al cuarto de su hijo y le halló dormido, con la cara encendida y la respiración anhelosa.

Le puso una mano en la frente, inclinó la cabeza, le dió un beso, y salió en puntas de pié, cerrando tras sí la puerta.

El amor materno no había disminuido. La situación excepcional que ocupaba Esmirna en aquella casa le estraviaba el entendimiento.

Ella veía claramente, que la hija mayor de don Hermógenes la detestaba. Comprendía que don Hermógenes sufría al verse asediado por dos afectos antagónicos, y por hermoso, bueno é inteligente que fuese Martiniano, siempre sería el hijo de una sirvienta.

El niño era un inconveniente para la tranquilidad de Esmirna, así como la posición de ella era un estorbo para la felicidad del niño.

Podía volverse á su casa, pero no olvidaba que la despidieron como una miserab'le, sin querer oírla. A no ser por el noble Martiniano, la hubiesen asesinado junto con su hijo.

Don Ventura, á pesar de su buena reputación, había sido el peor de sus acusadores, olvidado que era su padre, como supo ella después.

Mandar á su hijo, sí; pero ir ella, jamás, y menos vivir de lo que no fuese de ella exclusivamente.

Por otra parte, todo el mundo sabia sus relaciones con don Hermógenes, y no era cosa de cambiar ya de dueño, sino de educar é instruir á su hijo.

La violencia de tan estraña situacion era la causa de su proceder con Martiniano.

Era el único sér que le pertenecia y sobre él descargaba los disgustos.

Cuanto mas grandes eran las contrariedades de Esmirna y mas tiempo pasaba, mas crecian sus odios contra el malvado estudiante, causa de sus sinsabores.

A mas de su infame conducta, aquel canalla demostraba por ella el mas profundo desprecio.

Ni una carta, ni una muestra de compasion le habia dedicado.

Y ella, tan orgullosa de su juventud y de sus gracias, se veia en los brazos de don Hermógenes, sin condiciones, para no morir de hambre y no ver á su hijo cubierto de andrajos, vagando por el campo, sin instruccion y sin porvenir.

Era delincuente á los ojos de todos, y sin embargo, su voluntad no habia intervenido en su falta.

Estos y otros pensamientos análogos, tenian constantemente irritada á Esmirna. Su carácter tranquilo y bondadoso, no reaparecia y el pobre Martiniano llevaba una existencia desdichada.

La madre y el hijo eran igualmente desgraciados.

Un solo rayo de luz llegaba al cerebro de Esmirna.

Don Hermógenes era bueno, y acababa de quedar viudo. . . . Pero Rea, la hija mayor del rico estanciero, era orgullosa y mala; tenía veneno en el corazón.

Si su padre pensase en honrar una sirvienta con el nombre de esposa, ¿qué sucedería? . . .

Espartaco, el hermano de las niñas, sostenía frecuente correspondencia con Rea, y se decía que era de carácter impetuoso, y en cuanto al modo de apreciar la conducta de su padre, no era tranquilizador, pues ni le escribía, ni había ido á saludarle, despues de la muerte de su madre.

Seguramente, el jóven pensaba como su hermana, y debía manifestarlo en sus cartas, puesto que ella las ocultaba.

Rea era inteligente, de genio violento, y reservada.

Siberia no era mas que una niña; pero su hermana trataba de inculcarle sus ideas y probablemente concluiría siendo igual á la maestra, si el despego glacial conque la trataba su padre, por la sospecha de que no era su hija, no la arrojaba en el bando de los desgraciados, esperanza halagadora para Esmirna, egoísta como todos los doloridos.

Siberia podía ser el aliado del porvenir, y Esmirna le profesaba cariño.

Apesar de los esfuerzos de Rea, Martiniano y Siberia, casi siempre estaban juntos; pero el niño observaba una conducta muy respetuosa con ella.

—¿Por qué me llamas señorita? preguntaba de vez en cuando la niña.

—Porque *yo soy el hijo de una sirvienta; tal vez mi padre es algun bandido*, y usted es la hija del patron.

—No entiendo esas cosas; somos dos niños y debemos tratarnos de tú.

—Imposible, señorita. Los niños pobres tienen el deber de tratar con respeto á los niños ricos. Mi madre me lo ordena, y la señorita Rea no tendrá el disgusto de decir al patron que soy atrevido.

—A nosotros no nos quiere nadie. Rea me reprénde; papá jamás me acaricia. . . . Solamente Esmirna me besa algunas veces.

—Al único á quien nadie quiere, a no ser los criados, es á mí. A usted nadie le pega y á mí.....

—Yo le pediré á Esmirna que no te pegue; yo te quiero, Martiniano, y cuando lloras, me dan ganas de llorar á mí tambien. ¿Por qué pegan á los niños como á los perros?

—¡Oh! hay perros bien felices! ¡Cuántas veces, señorita Siberia, he deseado ser perro!.....

—¿Qué están haciendo? preguntó Rea desde el umbral, dirigiéndose á Siberia.

—Conversando, contestó la niña, mientras Martiniano se sacó la gorra, saludó a la jóven y se alejó, dirigiendo una mirada de dulce agradecimiento á Siberia.

—¿Qué te decia ese chico?

—Hablabamos del perro.

—¡Vaya una conversacion de señorita! Si no anduvieras entre sirvientes, tendrías algo mejor en que entretenerte; no harías á los perros objeto de tus conversaciones.

—Siempre me reprendes, Rea.

—Tú tienes la culpa. Huyes de mi lado y del de papá, para vivir en sociedad con *jentusa*.

—Papá nunca me llama . . .

—Porque eres una necia; te dejas acariciar por esa mujer y juegas con su hijo.

—Esmirna me quiere, y Martiniano también.

—¡Esmirna! ¡Martiniano! ¿Sabes tú quién es esa Esmirna? Ella tiene la culpa de que papá no te llame. Ella es la . . . Cuando venga tu hermano, él te dirá quién es esa mujer.

—¿Dónde está Esmirna? preguntó don Hermógenes, que recién se apeaba del caballo.

—Estará haciendo tender los manteles, contestó Rea.

Don Hermógenes se dirigió al comedor y Rea murmuró:

—No pregunta mas que por ella. Parece que no hubiera mas gente en esta casa.

—Anda para la sa'a, Siberia, mientras preparan el almuerzo, dijo en voz alta Rea, siguiendo los pasos á su padre.

Siberia se dirigió á la sala con los ojos llenos de lágrimas.

¿Por qué lloraba? No lo sabía; pero las palabras de su

hermana, la mirada indiferente de su padre y el recuerdo de la tristeza de Martiniano la conmovían.

— ¡Mamá! ¡mamá! exclamó la niña con abatimiento, sentándose en el sofá y soltando el llanto.

Medía hora después, todos estaban sentados á la mesa. La madre y el hijo, comían en familia con sus patrones.

El viaje de don Hermógenes, para tomar posesión de los bienes quedados al fallecimiento de su esposa, empezó á prepararse.

Quería llevar á sus hijas, al niño y á Esmirna, pero esta se negó, explicando su negativa con buen éxito, y don Hermógenes partió con las dos niñas.

La ausencia debía durar algunos meses.

Desde el día de la partida, Martiniano recuperó algunas de las antiguas caricias. Su madre hablaba con él, solía besarle alguna vez, y no le pegaba.

Un día, al empezar la noche, el capataz se presentó á Esmirna, diciendo que un caballero pedía permiso para desensillar.

— ¿Quién es?

— No lo conozco, señora; pero tiene figura de hombre decente. Viste como la gente de ciudad, y monta un caballo puro con montura fina. La población más cercana dista ocho leguas, la noche está encima, y este caballero no trae poncho ni recado para dormir en el campo.

—Está bien; que desensille, dijo Esmirna asomándose á la ventana mientras el capataz iba á llevar el permiso solicitado.

El ginete permanecía á caballo.

Usaba espuelas de plata y vestía un traje de jaquet, llevado con elegante soltura.

Los rasgos de su fisonomía, á pesar de la distancia y las tintas del oscurecer, parecían distinguidos. No era viejo ni joven, y su bigote y pera le daban aspecto militar.

Esta última observación hizo palidecer á Esmirna. ¿Sería el hijo de don Hermógenes, instruido por su hermana de la ausencia de la familia?

Estrechó á su hijo contra sus faldas como si le amenazase algún peligro, é hizo llamar al capataz.

—Lorenzo, no sabemos quien es ese hombre. Bajo las más distinguidas apariencias, puede ocultarse un malvado.

Los patrones no están, y en el escritorio hay papeles de importancia. Es conveniente que esté usted prevenido; no me deje un momento sola con el forastero.

Vengan usted y Francisco á cenar con nosotros, y desde allí le acompañarán al cuarto de los huéspedes.

Lorenzo hizo una seña de inteligencia con la cabeza, se dirigió al galpón, sacó el revólver, lo examinó y se lo puso con la canana en la cintura, encaminándose al encuentro del forastero.

—Dale un ración de maíz al caballo del señor, y trae

la montura para el cuarto de la alfalfa, Francisco, dijo Lorenzo y agregó, dirigiéndose al forastero:

—Aquí tiene usted lo necesario, si quiere lavarse, señor; entre tanto le haré servir un té.

—Gracias. Preferiría mate amargo. Lo tomaré en la cocina, si es posible.

—Como usted guste, contestó Lorenzo, dejando solo al huésped.

El capataz habló algunas palabras en voz baja á Francisco, y siguió marchando hácia la cocina.

Francisco dejó la montura en el cuarto de la alfalfa, se trasladó despues al galpon y fué á reunirse con Lorenzo.

—Vos vas á cebar el mate, Francisco. Cuanto el hombre se encoja, le volcas el *chifle*, que aquí estoy yo para *cornear con cuero*.

—No hay cuidado, Lorenzo; decile á la señora que no es la primera *lonja* que saco.

Lorenzo se dirigió al cuarto de huéspedes.

El forastero se cepillaba la ropa tranquilamente, sin dar ningun indicio de malas intenciones.

Sobre una cómoda tenia su revólver y un puñal de cabo de plata.

—Cuando guste, señor; el agua está caliente.

—Estoy á sus órdenes, dijo el viajero saliendo sin recoger sus armas.

Ningun detalle hacia presumir que el huésped fuese un bandolero. Tendria unos treinta y dos años, y era de fisonomia simpática y maneras distinguidas.

Sus labios descoloridos, las ojeras pronunciadas y principios de alopecia, denunciaban una vida agitada.

A Lorenzo le fué tan agradable, como antipático le pareció á Francisco.

—Parece que el señor no es de este pago, dijo Lorenzo.

—Es la primera vez que cruzo estos hermosos campos.

—Irás para el pueblo?

—Así es. ¿A quién pertenece este lindo establecimiento?

—A don Hermógenes Ezpeleta. Se llama la estancia grande, porque el patron tiene tres mas con menos ganado y menos campo.

—¿Qué estension tiene esta?

Son veinte y dos leguas.

—¿Está lleno de ganado todo el campo?

—Tiene cien mil ovejas, setenta mil vacas, y como veinte mil yeguas, y todavia cabemas ganado.

A Lorenzo le era agradable tener á quien asombrar con la fortuna de su patron, y hallaba muy de su gusto las preguntas del huésped.

A Francisco, todas las preguntas le parecian sospechosas y las escuchaba con cuidadosa atencion, observando los mas insignificantes gestos del forastero.

Cuando Micaela entraba en la cocina para preparar la cena, el caballero la miraba fijamente, como si quisiera reconocer en ella una persona de su relacion. Francisco estaba tan fastidiado por estas miradas, que mas de una vez estuvo á punto de decir una barbaridad.

Esmirna no apareció en la cocina; tenía miedo de hallarse frente al huésped.

Un triste presentimiento le decía, que aquel hombre la buscaba á ella y á su hijo.

—¿Por qué tiembblas así, mamá? preguntó el niño, que iba cobrando confianza con las caricias de su madre.

—Tengo frío.

—¿Quieres ponerte mi saco? Yo tengo calor.

Esmirna besó á su hijo y no contestó.

Cuanto mas se aproximaba la hora de la cena, mas miedo tenía, á pesar de la presencia de Lorenzo y de Francisco.

—¡Ah! murmuró entre dientes. Si estuviera aquí Martiniano, no tendría miedo.

—¿Me hablas, mamá?

—No; recordaba á tu padrino. ¡Qué corazón y qué brazo era el suyo!

—¿Dónde está mi padrino?

—Murió.

—Todos lo que te querian han muerto. Mi padre tambien murió.

—¿Quién te dijo eso?

—Abu-la.

—¡Ah! si ella te lo dijo..... Tienes razon, todos los que me querian han muerto; por lo menos para mí.

—Pero yo te quiero, mamá, y estoy aquí.

—Si, tú me quieres, y me martirizas á la vez.

—¿Por qué, mamá? ¿Qué mal te hago? preguntó el niño con tristza.

—No estudias como yo deseo. Es necesario estudiar para no ser engañado por los infames. La ignorancia nos hace sufrir mucho.

—Señora, la mesa está cubierta y la cena pronta, dijo Micaela entrando.

Esmirna se estremeció, y dijo:

—Avisa á Lorenzo y á Francisco, para que vengan á comer con el viajero.

—¿Lorenzo y Francisco cenarán con la señora? preguntó con tono despechado Micaela.

—Por esta noche, sí.

La sirvienta se alejó con ceño adusto.

Pocos momentos despues, Lorenzo delante, el forastero enseguida y Francisco el último, penetraron en el comedor.

El caballero se inclinó respetuosamente y la señora le señaló un asiento en medio de Lorenzo y Francisco, sentándose ella y Martiniano enfrente de ellos.

Mientras la señora servia la sopa, el viajero miró con curiosidad al niño, y despues clavó sus ojos en Esmirna, que en ese momento le pasaba el plato.

—Gracias, dijo él poniendo el plato en la mesa y desdoblando pausadamente la servilleta, sin apartar los ojos de la señora.

Cuando Esmirna oyó la voz de aquel hombre, creyó reconocerla, y aunque tímidamente, irguió la cabeza y miró por primera vez á su huésped.

Él tambien la miró, sonriéndose con disimulo.

Haria un segundo que se miraban, cuando Esmirna empezó á palidecer intensamente primero, y á enrojecerse en seguida.

Lorenzo y Francisco no advirtieron el cambio de color de la señora; su atencion estaba fija en el huésped.

El niño comia, mirando á hurtadillas al forastero, y Esmirna no probó la comida.

Tenia el rostro encendido, los labios apretados y las manos temblorosas.

Un huracan furioso bramaba en su cerebro.

Ahora era ella la que fijaba á intervalos la mirada irritada en aquel hombre, que bajaba los ojos confundido, humillado, ante los altaneros y agresivos ojos de Esmirna.

Ni una palabra se pronunció durante la cena.

Apenas concluido el café, dijo Lorenzo, poniéndose de pié.

—El señor ha de venir fatigado, voy á servirle de guia hasta la habitacion.

—No tengo sueño, contestó el aludido sin moverse.

Francisco lo miró de reojo, y dijo:

—Aquí se duerme temprano. No somos puebleros.

El forastero comprendió que no debía hacerse esperar, y haciendo un saludo á la señora, salió del comedor, precedido de Lorenzo y seguido de Francisco.

Al trasponer el umbral, exclamó Esmirna sin poderse contener:

—¡Miserable! ¡Canalla!

—¿Con quién estás enojada, mamá?

— Con ese perro, que se atreve á venir al comedor, dijo ella señalando al Turco que movia el rabo en el umbral.

Martiniano se levantó y retó al perro, cerrándole la puerta.

Esmirna deseaba decir á aquel hombre todo lo que pensaba, pero era imposible hablarle á solas.

Ni Lorenzo ni Francisco le dejarían sin vigilancia, durante la noche.

Podía hacerle desaparecer; una leve indicacion hecha á los dos hombres bastaba para matar al forastero; pero, ¿qué diría don Hermógenes de un crimen cuyo origen no podía ella confesar?

Un hombre jóven, buen mozo, recibido en la estancia durante la ausencia de don Hermógenes y asesinado por el capataz y el cochero, por orden de ella, traeria como segura consecuencia la sospecha de unos amores ocultos, y hasta de relaciones ilícitas con los mismos asesinos.

Esmirna pasó la noche sin dormir.

Al forastero debió sucederle otro tanto.

Lorenzo y Francisco, que se acostaron del lado de afuera de la puerta, le sintieron revolverse en la cama toda la noche, y antes de amanecer se levantó.

Esmirna y el niño también madrugaron.

Cuando el caballero fué á ensillar su caballo, al ver pasar al niño, le tomó de una mano, le dió un beso y una libra esterlina y le preguntó:

—Cómo te llamas?

—Martiniano.

—Y yo Roman. No te olvides de mí.

—El niño corrió á contarle á su madre el hecho.

—Oye, Martiniano. Cuando ese señor vengan á despedirse, le arrojas la moneda á la cara y le dices:

«El dinero de los infames mancha los dedos de sus víctimas.» A ver si sabes decirlo bien y con energia.

El niño repitió con viril entonacion las palabras de su madre.

—Bien; no olvides ni una sola sílaba.

—Ya verás que no las olvido, mamá. ¿Quieres que le escupa la cara? preguntó con fiereza el niño.

—No. Eso me toca á mí.

Al concluir de decir estas palabras, entró Lorenzo diciendo:

—Señora, el hombre y pide permiso para despedirse.

—Que entre.

Poco despues entró Roman, y estirando el brazo para coger la mano de Esmirna, dijo:

—Ya no me quieres; me voy.

Esmirna, retirando la mano, le escupió el rostro, exclamando:

—¡Cochinol ¡Cobarde!

Martiano no esperó mas. Ejecutó las órdenes de su madre, y repitió las palabras aprendidas, con actitud tan agresiva, que Roman retrocedió y se fué corrido de aquella casa, á donde le llevó únicamente un inmundo

deseo, y el conocimiento de que Esmirna estaba sola con los sirvientes.

—¿Te fijaste bien en ese hombre, Martiniano?

—Sí, mamá; tiene un aspecto desagradable.

—Pues ese hombre es tu padre. No lo digas á nadie.

Martiniano abrió los ojos extraordinariamente.

—¡Mi padre! ¿No ha muerto, entonces, como me dijo abuela?

—Para tí y para mí, ha muerto. Entiende bien lo que te digo.

—Sí, mamá. No quiero verle mas, y cuando yo sea grande.....

—¿Qué harás?

—Le preguntaré.....

—No, no. Desprecie siempre y..... Nada mas.

Esmirna llamó al capataz y á Francisco, y les dió las gracias por la inteligencia y puntualidad con que habían obedecido sus órdenes.

—¡Valiente! señora, no vale la pena. Estamos para servirla, dijo Francisco. Además, bien podía ser un ladrón, y á nosotros, no nos *pita ningún ñato*, por mas narigón que sea.

—Mientras estemos en la estancia, agregó Lorenzo, hemos de cuidar los intereses del patron, como si fuesen nuestros.

--Yo le diré al patron hasta dónde puede confiar en ustedes, dijo Esmirna.

— Muchas gracias, señora.

Micaela, que desde la hora de la cena, tenia el gesto avinagrado, se dulcificó en el almuerzo, al ver solamente á la señora y á su hijo, sentados á la mesa. Sin embargo, no pudo prescindir de exclamar sacando el mantel:

—Será bueno cambiarlo, señora, porque en este lado tiene olor á potro. Aludia á la parte ocupada por Lorenzo y Francisco.

—Vamos, Micaela, no seas mordaz.

—Qué quiere, señora, no puedo con mi genio. Estos gauchos zafios, me dan asco. Sí, sí. Yo no sé cómo V. los puede tolerar.

—No veo por qué les he despreciar. Hay gauchos mejores que algunos canallas de levita y guantes.

El padrino de este niño era un gaucho, y no hay hombre en el mundo tan noble, valiente y bueno como él. Era un caballero.

—Lo dice V. y lo creo, pero el gaucho, señora, es desleal y grosero como el hambre.

Desde que vine de Vizcaya, por mi mala suerte, siempre me tocó lidiar con gauchos, y no les conozco palabra cumplida, ni obra buena.

—Habrá de todo mujer, como en tu tierra.

—¡En mi tierra! Ah! allí no hay gauchos, dijo la vasca saliendo del comedor.

Iba corriendo el tercer mes de ausencia, cuando Esmirna recibió la última carta de don Hermógenes, anunciándole el regreso, y arreglo de intereses, concluido á fuerza de dinero.

Esmirna deseaba ver á don Hermógenes; pero con él volvía Rea, y con ella, las amarguras de la madre y del hijo.

Pensando en el modo de vivir mas tranquila, concibió la idea de poner á Martiniano á pupilo.

Ya tenia once años; sabia leer, escribir y contar bien, y por lo tanto, era tiempo de darle instruccion mayor.

Ausente el niño, los disgustos cesarian, y en caso de seguir no irian á chocar contra él.

Tambien á Martiniano le afectó la noticia de la vuelta del patron.

Se acordaba con p'acer de Siberia; deseaba verla; pero temia á Rea y á don Hermógenes, por mas que él ni le reprendia ni le castigaba.

Sus tres meses de paz y de caricias eran los efectos de la ausencia del patron, y Martiniano veia con terror reaparecer sus dias negros.

Desde la última carta, notaba inquietud y mal humor en su madre; empezaba á parecerle madrastra, como antes.

—¡Cuidado, con el secreto! Martiniano, Si dices una palabra de tu padre, te mato.

—Aunque me pusieran un puñal en el pecho, no revelaria un secreto tuyo, mamá.

—Veremos como te portas. Pienso mandarte al colegio.
¿Qué carrera te gusta mas?

—La de pintor.

—El pintor ha de ser notable, y para ser una notabilidad, se necesita mucho talento.

A mi me gustaria que fueses abogado; esa ciencia se reduce á hablar mucho; debe ser una profesion muy cómoda.

—Yo he leído un cuento sobre un pintor, hijo de padres muy pobres, que admiró á los que le despreciaban de niño.

—Eso no sucede todos los dias. Tú no sabes aun si te seria fácil ese estudio.

—Yo sé hacer figuritas, y los peones dicen que están muy bien hechas.

Hice á Francisco en el pescante del coche, y en cuanto vieron el dibujo, todos gritaron:

¡Francisco! Francisco, con libreal . . .

—¿Y cómo no me has dicho eso antes?

—Por no disgustarte.

—Anda; traeme todos los dibujos.

Martiniano ipé y volvió trayendo un libro.

Lo abrió y estrajo de entre las fojas una infinidad de dibujos.

—¿Pero cuándo has hecho todo esto?

—Hace mucho tiempo. Todos los dias hago dibujos.

Esmirna veia allí á todos los peones, unos á pié, otros á caballo.

A Micaela con una cacerola en una mano y una gallina desplumada en otra. A Lorenzo en cuclillas abriendo un peludo, y á Francisco, vestido de parada, sobre el pescante del coche

Todo se parecia y aunque Esmirna no conocia el arte, le parecieron muy bien los dibujos.

—Y ¿quien te enseñó á dibujar?

—Nadie. Viendo las láminas de los libros he tratado de imitarlas.

Esmirna le devolvió los dibujos.

Él los colocó en donde antes los tenia, abrió el libro algunas fojas mas adelante, sacó otro dibujo y dándosele á su madre le dijo:

—Este no te lo queria mostrar, pero... Lo romperé, si no te gusta. Nadie lo ha visto.

Esmirna quedó asombrada.

El dibujo representaba la mesa del comedor, en la cual se sentaban ella y él juntos, y Roman en medio de Lorenzo y Francisco.

El cochero mirando de reojo con la astuta espresion del zorro, á Roman; Lorenzo comiendo y con el oido atento, y ella irritada, altiva, dominando con los ojos á Roman, que no levantaba los suyos del mantel.

—¡Quema esto, demonio! gritó Esmirna al momento; pero luego, como reflexionando, agregó:

—No, no lo quemes; yo me quedo con él. ¿Lo has mostrado?...

—A nadie, mamá; tú lo ves por casualidad; estaba des-

tinado á no salir de este libro, hasta el dia que yo supiese pintar. Ese dia pensaba pedirte permiso para hacer un gran cuadro.

—¿Tienes mas?

Otro solamente, pero es horrible, y te pido me permitas tenerlo oculto.

—Quiero verlo, sea como sea. De todos modos yo no entiendo.

El niño sacó con mano temblorosa el otro dibujo.

Alli estaba él, coronado de laurel, y Rea de rodillas, suplicante, tratando de asir una hoja de la corona, mientras él lanzaba sobre ella una mirada desdeñosa

—¿Por qué hiciste esto? Es bonito, pero es cruel!

—Lo hice sin pensar, un dia muy triste.

—¡Ah! sí. El dia que te castigue por tutear á Siberia, no es verdad?

—Sí, mamá.

Esmerina contempló largo tiempo aquel dibujo; ella lo hubiera hecho igual, si supiera dibujar.

Después de tan larga contemplacion, suspiró tristemente y dijo:

—Es necesario romper este; alguien podria verlo. Y sin embargo ¡qué bello es! Parece una profecía, añadió de un modo casi ininteligible. Rompe, Martiniano, rompe este. Te haré estudiar para pintar.

Entre tanto, no pintes á las niñas, ni á su padre.

No se puede ser ingrato; tú y yo comemos en esta casa.

Pinta á tu abuela. ¿Te acuerdas de su fisonomía?

—Tengo casi hecho su retrato. Tú dirás si está parecido.

—¿Cuándo lo concluyes.

—Mañana.

—¡Oh! ese sí, desearia que fuese bello para ponerlo en un cuadro á la cabecera de mi cama.....Por ahora, en mi costurero, añadió como si estuviese sola. Mas tarde, tal vez pueda ponerlo sin rubor á la cabecera de la cama.

Concluye el retrato de tu abuela; veremos como lo haces.

No olvides que tiene un lunar en la megilla derecha. Que sus ojos son grandes y negros; su frente elevada y tersa; su boca pequeña y carnuda, su nariz fina y recta y sus dientes menudos y bellos.

—Tú la retratas mejor que yo, mamá, dijo Martiniano sonriendo de gozo, al ver la alegría que á su madre producía el recuerdo de Nestoria.

—¡Ah! espera. Me olvidaba, dijo Esmirna, sin hacer caso de la observacion de su hijo.

Recuerda que en la barba, tien un gracioso oyuelo. En él le dí muchos besos cuando me contó llorando, quienes eran mis padres.

Al pronunciar estas palabras, Esmirna dió la espalda bruscamente al niño, y le dejó solo.

Don Hermógenes y sus hijas volvieron.

Los primeros días, Rea parecía corregida de su orgullo, pero poco á poco, los dos desheredados volvieron á su via crucis.

—Señor, deseo pedirle un gran servicio, dijo un día Esmirna á don Hermógenes.

—Habla Esmirna, y pide cuanto quieras.

—Quisiera mandar este niño á un colegio de enseñanza superior.

—Mañana mismo. Tú dispondrás lo necesario.

—No sé si el pupilaje será muy caro.....

—Eso corre por mi cuenta. Irá al mejor colegio de la República, ó al mejor de Europa, si te parece.

—Mi objeto es gastar poco.

—Pues mi deseo es que gaste tanto como un príncipe. ¿Para qué soy millonario yo? ¿O me me crees tacaño é ingrato?

—Bien sé, señor, cuan generoso y bueno es V. conmigo, y por lo tanto no quiero abusar.

—¡Abusar!..... Vamos, no hablemos de este asunto. La instruccion y gastos de Martiniano son de mi exclusiva incumbencia, y te prohibo toda observacion en contrario. ¿A qué carrera piensas dedicar el chico?

—Le gusta la pintura, y yo estoy conforme.

—¡Vaya una carrera! ¡Pintor! ¿Qué vale eso? Si fuese un buen geógrafo. La geografía es la ciencia de las ciencias. ¿Conoces tú á Malte Brum?

—No, señor.

—Pues ese es el primer hombre del mundo*.

¡Pintor! ¡Un pintorcillo!

Cuando don Hermógenes estaba contento, se le ocurría bromear, mezclando la geografía en sus conversaciones, ya usando de perifrasis muy pintorescas, ya tomando á lo sério su convencional admiración por Malte-Brum.

Teniendo esto presente, podría saberse á punto fijo, cuando el estanciero estaba de buen humor.

Si no hablaba de geografía, ni de Malte-Brum, malo; era necesario tenerle miedo.

—¿Y tiene disposiciones el chico para pintar?

—Tiene gran afición por lo menos. Vea V. este retratito. Yo no sé si está bien, pero el niño lo hizo sin recibir lecciones de dibujo.

Diciendo esto, Esmirna sacó del costurero el retrato de Nestoria y se lo dió á don Hermógenes.

—¡Diablos! ¿Esto hizo el chico solo?

—Sí, señor.

—Pues me parece una obra maestra, por mas que á decir verdad, yo no sé cómo se coge un lápiz. Si fuera un compás...

¿Y de dónde consiguió el retrato de su abuela?

—Lo hizo de memoria.

—¿De memoria! ¿Pero no tiene once años este chico?

—Los cumplió el mes pasado.

—Encuentro esto muy interesante. ¿Y no hizo mas dibujos?

—Sí, señor; tiene varios.

—A verlos. Nunca me has dicho nada sobre el particular.

—Yo misma ignoraba los entretenimientos del niño, dijo ella saliendo, para volver con todos los dibujos, seguida de Martiniano.

El primer dibujo que vió don Hermógenes fué el de Francisco y le arrancó estas palabras:

—Está hablando, con sus chuletas de inglés, su aire fanfarron y su uniforme de gala, que le dá aspecto de rey congo.

Y la vasca, con su fisonomía de hoja de cuchillo, sus ojos maliciosos y su nariz de poroto..... Bien, muy bien Este es Lorenzo, destripando un piche con la gravedad de un estudiante de medicina.

Qué lástima de muchacho; hubiera eclipsado á Malte-Brum, si se dedicase á la geografía!

Nosotros no tenemos ni un geógrafo.

¿Conque quieres ser pintor, muchacho? preguntó don Hermógenes, dando un cariñoso pescozon á Martiniano.

—Si, señor, si mamá me lo permite.

—Bueno, muchacho; iras á estudiar pintura; tenemos bastantes cueros y lanas en el campo para pagar tus gastos.

Cuando seas un gran pintor, harás mi retrato, de pié, teniendo á mi derecha un globo terráqueo y á mi izquierda el busto de Malte-Brum.

—Con mucho gusto, señor, dijo Esmirna substituyendo á su hijo en el uso de la palabra.

—Llévate tus dibujos y muéstraselos á las niñas, dijo don Hermógenes poniendo punto final á la conversacion.

Cuando el niño abandonó el salon, Esmirna abrazó á don Hermógenes con gratitud.

—Pero muchacha ¿cómo podias creer que yo no tratase á tu hijo como si fuera mio, si asi te lo prometí? ¿Acaso soy hombre yo para faltar á mi palabra?

Esmirna bajó la vista y se sonrojó.

Se hicieron los preparativos para la marcha de Martiniano, y á fin de no demorar su partida, su madre no lo envió á despedirse de su abuela, limitándose á escribirle ella y el niño, dos tiernísimas cartas, que hicieron llorar á Nestoria como si llevasen el anuncio de una desgracia.

Don Ventura leyó las cartas, y vió que Esmirna no le dedicaba ni una línea. Martiniano le mandaba un abrazo.

—¡Es justo! exclamó, despues de un largo silencio.

He sido un mal padre; merezco este castigo.

—No, Ventura, ella te quiere, y si no te escribe, es por temor.

—¡Despues de once años! Cuando la reflexion me hizo arrepentir!.....

—Ella ignora tu arrepentimiento.

—Y deseo que siga ignorando, para que mi castigo sea igual á mi culpa.

—No lo ignorará; se lo diré yo.

—Te lo prohibo seriamente, Nestoria.

—Por esta sola vez, no te obedeceré.

—Renegaría de tí.

—A ese precio, no hab'aré. Deseo vivir para ver mozo á nuestro Martiniano.

—Ese niño tiene un talento colosal.

—¿Qué te parecen los dibujos?

—¡Admirables. Yo estudié dibujo tres años y jamás los hice tan correctos.

En cuanto al parecido, no puedo hablar; no conozco á ninguno de los que figuran en ellos, pero si se parecen tanto como te pareces tú en esta miniatura, el pintor mas diestro, no habria hecho nada mejor. Cuesta creer que un niño de once años sea el autor de este trabajo.

—¡Pobre ange ito mio! Y sin padre! Si su padrino viviera.....

—Mas vale que haya muerto sin saber quien fué el seductor, de otro modo hasta un asesino habríamos tenido en la familia, dijo don Ventura con precipitación.

—Por ese recelo, no le dije nada de la confesion de Esmirna.

—Fué un rasgo de sabia prudencia.

Que viva el canalla para el remordimiento que Dios guarda á los últimos dias de nuestra vida.....

—¡Ventura! murmuró Nestoria con amoroso reproche; ¿te arrepientes de haber amado.

—Me arrepiento de ser la causa de muchas lágrimas; de haber amado no, porque no puedo reformar la naturaleza de las cosas, ni torcer el destino de las criaturas.

—Yo estoy contenta con mi suerte. Soy feliz porque te veo.....

—Eres un ángel de resignacion y de amor. Merecias mejor destino.

—Tengo el único que ambicioné, contestó en voz baja Nestoria, al ver acercar á Segesto.

En todo ese dia y parte de la noche, solo se habló de Martiniano y de Esmirna.

De tarde en tarde los dos hijos de Segesto pronunciaban el nombre del estudiante.

—Dios lo castiga, hijo Segesto. Al fin vive de lo que le dá su hermana, y todos lo miran como á un sarnoso.

—Pues así y todo, todavia se dá corte, y hace viajes para enamorar mujeres, añadió Andrés.

—Buen caso le han de hacer! dijo Natal.

La mujer del puestero Juan le derramó una pava de agua hirviendo en la mano derecha, el lunes pasado.

—Eso es cruel, dijo Nestoria.

—Bien hecho. ¡Quién le manda ser *manoteador* dije el mozo.

—Con reprenderle seriamente bastaba, contestó Nestoria.

—¡Pues no! Mirá quien, para que le basten represen-

siones; es lo mismo que hacérselas á esa olla. Tú no lo conoces.

—Bueno, basta del estudiante. Siquiera hubiera reventado hace once años, dijo Segesto con disgusto.

—Ha tenido suerte. El tigre que lo habia de comer, se murió de rabia, agregó con tristeza Andrés, pensando en **Martiniano**.

La alusion, comprendida por todos, puso el silencio en los labios y la tristeza en los semblantes.

Don Hermógenes y Esmirna convinieron en que el niño estudiase dos años en Buenos Aires, y si los progresos eran de consideracion, al año siguiente iria á Europa, para seguir estudiando en un colegio especial para pintores.

El dia en que debia partir el niño, Esmirna se levantó antes del amanecer, no obstante estar todos los preparativos hechos desde la noche anterior.

Hizo ella misma el café, mientras Micaela ordeñaba, y fué tres veces á la puerta del cuarto de Martiniano, sin atreverse á llamarle.

Martiniano no dormia, soñaba con sus futuros triunfos; acostado de espaldas, creia ver en el techo grandes cuadros.

Micaela, casi se peleó con su señora, por llevar el

café al niño, y no sin grandes dificultades, se apoderó Esmeralda de la bandeja, mientras la vasca refunfuñaba.

—Reniega una todo el año, y cuando llega el momento de hacer las cosas con placer, se entrometen los demás.

Sí, sí, mucho te quiero ahora, porque se va, y entre tanto le han curtido el lomo a palos, teniendo la vasca Micaela que recibir mas de uno, por defender al pobrecito muchacho.

Bien podía haberme dejado llevarle el café, por esta vez.

—Ya está rezando Micaela, dijo Lorenzo al pisar el umbral de la cocina.

—Mas vale rezar que carnear vacas ajenas, contestó ella con intencion.

—Siempre brava la vasquista, contestó Lorenzo con cariño.

—Sí, vengame á mí con pavadas. Yo no soy gaucho carneador.

—No sea mala, Micaela.

—A mí no me busque la boca, porque no tengo pezeza en la lengua.

—Jesucristo! exclamó Lorenzo al salir de la cocina. Es una fiera.

—Mas fiera será su abuela, dijo ella siguiendo con la vista los pasos de Lorenzo.

Envolvió algunos fiambres en un papel, llenó una

botella de leche, la tapó y colocando todo en un cajoncito, exclamó:

—Ya está. Ahora el pan.

Una buena parte de todo esto, lo comerá el animal de Francisco.

Don Hermógenes acababa de levantarse y se apareció en ese momento en la cocina.

—¿Preparaste lo necesario para el camino, vasquita?

—Aquí está todo, dijo ella señalando el cajoncito.

—¡Francisco!

—Señor. Ordene.

—Llévate eso y acómodalo en el coche. ¡Cuidado! Ahí van botellas.

—No hay cuidado, patron; todo irá bien.

—Tápale los piés con una manta, si el día refresca.

—Sí, señor.

—¡Lorenz!

—Ordene, patron.

—Tú precederás el coche, hasta pasar el arroyo, por si acaso necesita cuarta.

—Está bien.

Don Hermógenes complacia su amor propio de rico protector, no dejando olvidado ningun detalle, para la comodidad de Martiniano, pues sin nombrar al niño,

todos entendían que las órdenes, los preparativos y las advertencias, se relacionaban con él.

Unos por adulación á don Hermógenes ó á Esmirna, y otros por cariño hácia el niño, todos tomaban parte en los preparativos.

Rea era la única indiferente, en medio de la agitación general. En su cabeza latía un nuevo pensamiento.

El hijo de la sirvienta iba á estudiar á costa ajena; partía como un príncipe, rodeado de comodidades y adulado por la servidumbre.

—¡Tanto alboroto para ver partir á un hijo sin padre!

¡Si mi hermano viera cómo gasta papá el dinero!

¿A dónde vas tú? preguntó la jóven á su hermana, que corría hácia el comedor.

—Voy á ver á Martiniano. Quiero despedirme de él.

—¿Por qué no le limpias los zapatos, y le sirves el desayuno? preguntó Rea con ira.

La niña, ó no oyó ó no hizo caudal de las palabras de Rea, y siguió corriendo.

—¡Vamos! Al coche, al coche; todo está listo, gritó don Hermógenes golpeándose las manos.

¡Vamos! señor geógrafo, ó digo, futuro pintor, dijo tomando al niño de la mano. Despidase de su madre; pocas lágrimas y mucho coraje. Yo te llevaré hasta el coche.

Esmirna y su hijo se abrazaron en silencio.

—¡Adios! Aplícate! dijo ella separándose del niño y huyendo á ocultar sus lágrimas.

—Ahora, despídete de Rea, dijo don Hermógenes, volviendo á tomar de la mane al niño.

Rea estiró el brazo, pero él se sacó su gorrita de viage, se inclinó con respeto y dijo:

—Señorita, le deseo felicidades.

—Bueno, bueno! Muy bien está el discurso; no lo diria mejor Malte-Brum, cuando tenia tu edad. Ahora despídete de....

A don Hermógenes se le atravesó el nombre de Siberia en la garganta.

La niña se precipitó hácia Martiniano, y le abrazó apasionadamente.

—Ahí viene la vasca! Vamos muchacho, acaba con esta despedida; ya el sol está alto.

Micaela estrechó al niño contra su seno y le dijo:

—¡Adios Martiniano! Dios te proteja, y aquella mujer de carácter adusto, lloró.

—¡Canastos! exclamó don Hermógenes. ¡La vasca llorando! Yo crei que solo sabia gruñir.

Micaela se alejó refunfuñando.

—Adios!

—Adios! Buen viaje. Cúidalo bien, Francisco.

—Cuidado con volcar.

—Apuren, que se hace tarde.

—¡Felicidad!

Sonó el látigo, arrancaron con vigor los caballos, y el coche rodó precedido por Lorenzo, en direccion al pueblo.

Y allá fué el hijo sin padre á disputar al destino un nombre honroso.

6

Don Hermógenes habia entregado una carta á Martiniano, para un banquero porteño.

Apenas se detuvo el tren, en la estacion Once de Setiembre, un caballero entró en el dormitorio señalado con el nombre de la última estacion, y acercándose al niño le preguntó:

—Caballerito, ¿es usted Mártiniano?

—Yo soy.

—¿Trae alguna carta?

—Sí, señor.

—¿De quién es?

—De don Hermógenes Ezpeleta.

—Muy bien; vamos.

—¿Trae usted equipaje?

—Traigo.

—A ver la guia.

—Aquí está.

Pocos minutos despues entraban en un coche.

—¿Será usted el señor don Raimundo? preguntó el niño.

—Soy el gerente del Banco. Pronto verá usted al banquero y su familia, en cuya casa le tienen alojamiento preparado. Entendia que don Hermógenes no tenia hijos de tan poca edad.

—Tiene una niña mucho menor que yo.

—¿Es usted el menor de los varones?

—Yo no soy hijo de don Hermógenes.

—¿Será su sobrino, ó su nieto?

—Tampoco. Yo soy Martiniano.

—Martiniano de....

—Martiniano, solamente.

El caballero no preguntó mas. La contestacion seca del niño, le pareció un reproche á su curiosidad.

Esmirna, libre del cuidado de su hijo, se propuso legalizar sus relaciones con don Hermógenes; no solo por ella, sino por su familia y por su hijo.

—¡Oh! señor, bien feliz soy con el afecto que me prodiga, sin merecerlo. Nada me falta, pero....

—¿Pero qué? Habla. No te comas las palabras.

—Todos murmuran. Tengo un hijo y desearia tener un nombre mas digno que el de sirvienta.

—¡Sirvienta! Acaso lo es la que dispone de mi cariño? ¿No te dije mil veces: Eres la señora de la casa?

—Si, señor; no le pago sus bondades con toda mi sangre. Pero.....

—¿Qué te falta? ¿Qué deseas?

—Llevar el apellido de mi providencia y la de mi hijo.

Don Hermógenes se quedó pensativo, y despues de un corto silencio, dijo:

—No se me habia ocurrido esto. ¡Canastos! He aquí una zona geografica nueva.

—Señor, tal vez soy ingrata al hablarle asi....

—El caso es que no esta esto en la geografia universal, ó lo pasé por alto en mis estudios.

De todos modos, no estamos apurados; hay tiempo para pensar.... ¡Has pensado que cumplí cincuenta y tres años.

—Contando sus beneficios, no he tenido tiempo de contar sus años. El amor no tiene partida de bautismo.....

—Has dicho una gran verdad. Malte-Brum dice, que la tierra es mas jóven, cuanto mas años cuenta.

De todos modos, es necesario pensar en el mañana.

No debemos dejar à las personas estimadas en situaciones embarazosas. Es razonable. El mundo se rie cuando un viejo se casa con una jóven, pero el mundo comete muchas necesidades.

Voy à dar un paseo. Veremos si se me ocurre algo mientras vuelvo.

—Señor. Si mi indicacion puede causarle la menor contrariedad, me someteré à mi destino.

—De ningun modo me contrarias, es cuestion de pensar, dijo don Hermógenes poniendo una mano en la espalda de Esmirna, y disponiéndose à salir.

—Si usted rechaza mis indicaciones, le ruego que no lo sepa la señorita Rea.

—Mis cosas, son mias solas. Rea no ha de resolver esta cuestion. Hasta luego.

Al salir, don Hermógenes frunció el ceño, y movió la cabeza en demostracion de disgusto.

Acababa de ver huir á Rea precipitadamente, y comprendió que les habia estado escuchando.

Siberia corria de una en otra habitacion, como si creyese hallar á Martiniano, y Rea sin cuidarse de nada, escribió una larga carta para su hermano.

En cuanto á Esmirna, ya fuese por confianza en el éxito de su empresa, ó porque el viudo se mostrara afectuoso, estaba muy animada.

Iba a concluir el año de la partida de Martiniano. La madre esperaba con profunda ansiedad, el primer exámen del estudiante de dibujo.

Martiniano alcanzó la nota de sobresaliente. Se habia puesto á la cabeza de sus condiscipulos, entre los que figuraban jóvenes de veinticuatro años de edad, y seis de estudios.

Su aplicacion era igual á su talento, y en vez de aprovechar las vacaciones, pidió al profesor le siguiese enseñando, mediante una buena remuneracion.

El banquero escribia á don Hermógenes, que el niño estaba delgado y algo pálido á causa de sus enormes fatigas, pero no habia medio de llevarle ni al teatro, ni á paseo, ni de aficionarle á los juegos propios de su

edad. Vivía con el lápiz sobre el papel, y acababa de ensayar su primera acuarela con éxito completo.

«Tiene toda la circunspección de un hombre; ha crecido algo y nada pierde en belleza varonil.» Así concluía su carta el banquero.

Esmirna pidió permiso para leer la carta á los peones y sirvientes, tan gozozos como ella de los progresos de Martiniano, especialmente, la vasca Micaela y Francisco.

—Señora, para que Martiniano engrose necesita dar muchos paseos en carruaje, dijo Francisco.

—¡Buena receta! Que juegue á la pelota y tome bastante leche, verá usted que espaldas echa, observó la vasca mirando al cochero con desprecio. Si yo pudiera ir á cuidarle, pronto se pondría grueso.

Esas comidas con muchas especies y la carne cansada de los grandes pueblos, no sirven para nada.

Churrascos jugosos, leche pura y fresca, huevos, manteca y queso de estancia, es lo que necesita Martiniano para crecer y engordar.

—¡Oh! A la familia del banquero, nada le falta, Micaela, dijo Esmirna.

—Consiste en el coche. ¡Si yo estuviera allí! agregó Francisco.

—Estos brutos, todo lo componen con caballos, contestó la vasca dando la espalda á Francisco.

Francisco iba á contestar, cuando Siberia llegó saltando á preguntar si Martiniano le mandaba recuerdos.

—Esta carta no es de él, queridita; es del señor en cuya casa está, dijo Esmirna acariciando á la niña.

—¿Y él no escribirá?

—Seguramente, y no olvidará un párrafo para tí.

—Me los dejarás cortar todos; yo los quiero guardar, Esmirna.

—Si, mi querida, si.

¡Qué diferencial dijo mentalmente Esmirna, llevando la niña de la mano hácia la sala.

—¿Conque te quieres ir á la capital vasquita? preguntó Francisco.

—No ha de ser para comprar guarniciones de coche á ciento veinte pesos, y hacer poner en el recibo doscientos.

—Vasca habias de ser para no ser bruta, dijo Francisco alejándose.

—Anda no mas, raspa como el otro, que carnea vacas ajenas y marca la cria con su marca, murmuró Micaela siguiendo al cochero con la mirada.

Agachan la cabeza y disparan, ¡eh!... La vasca será bruta, pero no tiene por qué morderse la lengua. No se apodera de lo ageno.

El acuerdo de cuando y cómo debia Martiniano partir para Europa, entretuvo á don Hermógenes y á Esmirna sin darles tiempo á resolver su propio destino.

A los dos años de aquella fecha, Martiniano iría á pasar dos meses en la estancia y otros dos con su abuela y partiría en seguida para Italia.

Del proyectado casamiento, no se habia vuelto á decir una palabra. Don Hermógenes parecia olvidado del pedido de Esmirna.

Rea salia poco de sus habitaciones; escribia cartas á menudo, y á penas hablaba á su padre y á Esmirna.

Una mañana se levantó muy temprano, contra su costumbre y se le vió alegre y risueña hasta con los sirvientes, á los cuales trataba por lo regular con aspereza.

— ¿Por dónde irá á salir el sol? murmuró la vasca viendo á Rea tan afable. Cuando las fieras retozan, es señal de que se acerca la presa.

Siberia estaba encantada de la amabilidad de Rea.

El almuerzo estuvo animado por su conversación.

D Hermógenes la miraba de vez en cuando, para ver si podia explicarse aquella novedad?

— ¿Empezaste el estudio de la geografia, Rea?

— Si, papá.

— Ahora comprendo tu alegría. Estudia, estudia á Malte-Brum. Asi sabrás que las mas altas montañas de hoy, han sido humildes colinas ayer, y talvez abismos de lodo en épocas lejanas.

— Es encantador el estudio de la geografia, papá.

— Encantador! Es sublime. No hay ciencia mas grande. Malte-Brum abandonó la carrera eclesiástica y la

ciencia del derecho, para consagrarse á la geografía, y desde entonces data su celebridad universal y su ventura.

Si Martiniano se inclinase á la geografía se haría inmortal.

Al oír el nombre del niño, Rea se levantó sonriendo.

Serian las seis de la tarde, Rea paseaba con Siberia en la quinta, D Hermogenes leía y Ésmirna planchaba, cuando un oficial seguido de un soldado, echaba pié á tierra frente á la puerta del patio.

Rea corrió al encuentro del militar y abrazándole, dijo.

—Crei que me engañabas tambien esta vez.

El oficial, tomó á Siberia entre sus brazos, besándola con cariño.

—El hijo del patron.

—El patron joven.

—El capitan, repetía la gente de servicio.

D Hermógenes apareció con el libro en la mano, y se dejó abrazar por su hijo, sin demostrar alegría ni disgusto.

Se dirigieron todos á la sala.

Al cruzar delante del comedor donde planchaba Es-mirna, el joven la miró de arriba á bajo, sin saludarla.

Espártaco sentó á Siberia en una rodilla, y dijo á su padre:

—No he podido obtener licencia antes, para venir á verte. El coronel es muy riguroso.

—Sabia que estabas bien y eso me bastaba, dijo D. Hermógenes.

—Espártaco, estás cubierto de polvo, y tienes el bigote y la pera color de raton. ¿Quieres lavarte y cepillarte? preguntó Rea.

—Sí. Vamos. Por un momento papá.

— Si necesitas algo, llama al primero que veas y haste servir, dijo D. Hermógenes.

Cuando sus hijos salieron, se quedó nn momento pensativo, despues continuó leyendo.

Esmirna recogió y guardó toda la ropa planchada, ató la restante en una sábana, la puso sobre dos sillas y se sentó con desaliento.

La presencia de Espártaco era anuncio de tempestad, y Esmirna tenia miedo al rayo.

En aquel momento, el recuerdo de un muerto llenó su memoria.

El gigante de su infancia; el terrible Martiniano; el coloso invencible cuya sola presencia hubiese bastado para inclinar la suerte en favor de la desdichada.

De estas reflexiones la sacaron los pasos de D. Hermógenes.

—Esmirna, dá las órdenes necesarias para arreglar un cuarto para el capitán.

—En el acto, señor.

D. Hermógenes volvió á la sala, con la actitud tranquila é indiferente de todos los tiempos.

Esmirna dió orden á Micaela de arreglar la habitación para el capitán.

—Iré despues de un momento. Ahora, el puma y la zorra están en conferencia. Bien sabía yo, que cuando las fieras retozan olfatean presa.

—No te entiendo, Micaela.

—Ye sí me entiendo. Si el perro viejo escapa de esta, la gallina y el pollo se salvan.

—¿Qué estás diciendo, Micaela?

—Que dentro de un momento iré á cumplir las órdenes de la señora, contestó la vasca con voz breve y ceño contraído.

Esmirna fué á sacar ropa blanca de un gran armario.

—Francisco, decia Lorenzo en el galpon, me parece que el tiempo amenaza descomponerse. Los cuervos graznan cerca.

—Yono sé nada, mi patron es el viejo y mi patrona ella, y salga lo que *salgáre*.

—Oh! Y acaso has de pitar solo. Yo no soy manco. Las vaquitas que tengo, se las debo al viejo.

—Y á la marca!

—Ya le tomaste los puntos á la vasca. No te vas á dir de arriba vos tampoco. Ella sabe cuanto cuestan los arreos de los coches!

Francisco se rió de mala gana, y volviendo al punto de partida, agregó.

—El milico, ni siquiera dió las buenas tardes cuando se apeó.

—Dicen que es guapeton.

—En la punta de mi cuchillo, todos los hombres son iguales.

—Ella parece asombrada; la vi cruzar hace un instante, y me pareció medio difunta.

—No te dijo nada?

—Me preguntó por ti. Despues me miró con unos ojos tan tristes que me dió lastima, y entonces le dije. Patrona, nosotros siempre estamos aquí pá lo que guste.

—¿Y que te dijo?

—No pudo hablar y disparó con los ojos vidriados.

—¡Pobre patronal ¡Hijunal... gran flauta.

Todavía no estoy muerto.

—Ni yo tampoco

—Mirá Lorenzo, es una canallada, tado esto.

¿Que tienen que meterse los hijos en los asuntos del viejo Todo porque ella es una pobre mujer sin amparo

—Sin amparo, no. Mientras tenga mi cuchillo hoja y mi revolver balas, ningun hombre, por mas grados que tenga le ha de faltar.

—Lindo, Lorenzol Los peones son nuestros.

La señorita se hace, aborrecer. Los trata como á perros.

—Paisano ¿donde pongo la montura? preguntó el asistente.

—Póngala aquí no mas; despues la acomodaré yo, dijo Lorenzo.

—¿No me necesitará el capitán?

—Está entretenido con las niñas. Si lo llama, le avisaremos.

—¿Donde ato los caballos?

—Suéltelos en el potrero.

El asistente salió y los peones empezaron á llegar, interrumpiendo la plática de Lorenzo y Francisco.

Esmirna dijo á D. Hermógenes, que ella no cenaria en la mesa.

—Tú ocuparás el lugar de siempre.

—El señor capitán no lo tomará á bien

—El señor capitán manda en su cuartel, aquí mando yo.

—Dios quiera no le cause á Vd. algun disgusto.

D. Heromogenes miró á Esmirna de tal modo, que ella le desconoció.

El rostro franco y bonachón del viejo, tenía espresion imponente, un aspecto de fiereza que nadie hubiera sospechado.

Esmirna inclinó la cabeza y se calló.

D. Hermógenes recuperó su calma habitual.

La cena fué servida.

—¡Micaelal diga Vd. á las niñas y al capitán, que la cena está en la mesa, dijo D. Hermógenes.

El se sentó en la cabecera, Esmirna á su izquierda y el capitán á la derecha, seguido de sus hermanas.

—La disciplina del ejército romano se quebrantó, cuando los asistentes se sentaron en la mesa de los oficiales, dijo Espártaco mirando á Esmirna.

—Ya se había quebrantado antes; cuando los oficiales no guardaban la debida compostura ante sus superiores, dijo D. Hermógenes clavando la mirada en el rostro de su hijo.

El militar bajó la vista y empezó á comer.

Los demás guardaron silencio.

—No puedo.....Me siento mal. Papá disculpa. Después de la cena deseo hablarte, dijo el joven levantándose.

—Cuando gustes, contestó D. Hermógenes, sin dejar de comer.

—Yo voy á acompañar á mi hermano dijo, Rea.

D. Hermógenes se encogió de hombros y siguió comiendo.

Siberia imitó á su padre.

Esmirna apenas probaba la comida. Su aspecto de victima conmovia.

Cuando Rea y Espártaco pasaron para las piezas interiores de la casa, Lorenzo y Francisco, se guiñaron los ojos. Los dos hermanos ni siquiera los miraron. Micaela hablaba sola en su lengua natal. Ella había presenciado la escena del comedor.

Cuando concluyeron de cenar, dijo D. Hermógenes á Micaela.

—Dile al capitán, que estoy solo.

Esmirna y Siberia se retiraron.

D. Hermogenes encendio un habano y esperó.

Cuando Micaela fué á cumplir la orden de su patrón, Espártaco decia á su hermana.

—No te equivoques, Rea; el viejo es terco, como buen hijo de vizcaino.

—¿Tienes miedo, Espártaco? ¿A que has venido entonces?

—¿Miedo yo?....

—Deshonran las cenizas de tu madre.....

La presencia de la vasca, cortó la conversación.

Espártaco se encamino al comedor sin mirar siquiera á Lorenzo y á Francisco, que desde la llegada del joven iban de un lado á otro sin apartarse.

— Sientate ahí, dijo D. Hermogenes al ver á su hijo, indicando una silla situada delante de él. Espártaco se sento.

—¿Tenias que decirme, pregunto el padre?

—Papá;no te parecerá estraño mi interés por tu buen nombre.....

—Me parece muy digno de un hijo semejante proceder, cuando hay motivos legitimos para usarlo, pero tu padre conserva buena reputacion.

—He tenido noticias desagradables, y en cuanto llegué las vi confirmadas, dijo el joven desentendiendose de las palabras de su padre.

D. Hermógenes seguia mirando á su hijo, como si no tuviese nada que contostar.

Bajo el nombre de sirvienta, prósiguió el jóven, hay aquí una mujer que aspira à ser esposa de un hombre superior à ella, guiada por la avaricia. Tu gastas gruesas sumas en educar al hijo de esa mujer, y ese niño es el producto de la corrupcion.

Ahora bien; un anciano de posicion elevada; de noble origen y con tres hijos, no puede mancharse partiendo su lecho con un ser abyecto y explotador.

—¿Has concluido? pregunto D. Hermogenes con el acento algo alterado.

— Si, señor.

—¿Era eso todo?

—Eso era.

—Pues bien, ahora escucha.

Hermogenes Ezpeleta, es un hombre libre, tan dueño de sus acciones como de su fortuna. Tu madre no ha traído mas dote à la sociedad conyugal, que su mala cabeza

Soy viudo, y tengo en mi casa à las personas que me combienen.

Educo à un niño. porque se me antoja, y gasto lo que se me ocurre gastar.

Soy hijo de un vasco tan ordinario como honrado y trabajador, y por lo tanto, no es mi origen, ni el tuyo el que ha de mancharse con el contacto de una mujer descendiente de los ilustres Saavedras y Araujos, y en cuanto à tu abuelo materno, Jorge Kent, si bien tuvo ilustres ascendientes y fué catedrático de filosofia en la

universidad de Buenos-Aires, murió atacado de locura agresiva.

La mayor de sus hijas está atacada de la monomania de solitarismo, y tu madre.....A esa la conociste.

Ahi tienes toda la nobleza de tu sangre.

Nadie ha venido á preguntarme, porque te asigné á ti una renta mensual, diez veces mayor que tu sueldo, ni yo te pregunté porque no has escrito una carta á tu padre, siquiera fuese acusando recibo del dinero.

He recibido, cuido y educo á una niña, que segun las declaraciones de tu madre, no es hija mia, si no del ingeniero X. . . . y he tenido, como una muestra de moderacion, la paciencia de oír á un hijo, palabras impropias.

Nada autoriza á un joven mal aconsejado á erigirse en tutor de sus mayores, haciendo un largo viaje para tomarse con ellos licencias intolerables, dijo D. Hermogenes con creciente energia, y poniéndose de pie.

¿Desde cuando los hijos se creen tutores de sus padres?

Hermogenes Ezpeleta, puede ser padre complaciente, pero no se deja apostrofar, por nadie.

Retira tus atrevidas palabras. Retíralas, o aléjate ahora mismo de esta casa, y olvidate de tu padre para siempre.

—Te alteras sin motivos, no quise ofenderte, ni he venido á provocar una escena violenta; pero vengo si, dispuesto á no consentir en un casamiento humillante

para mi y para mis hermanas, dijo el jóven con firmeza.

—¿Y de que modo impedirás la voluntad de tu padre?

—Los medios me los reservo.

—¿Me amenazas? preguntó Don Hermogenes rojo de indignacion y acercandose tanto á su hijo, que este temió un ataque.

—¡Papa! gritó levantandose y retrocediendo un paso, repara que llevo uniforme militar.

—Ese uniforme lo acabas de manchar. Retírate inmediatamente, agregó cerrando los puños D. Hermogenes.

No es posible presumir como hubiera concluido aquella entrevista, á no sentir Espartaco á sus espaldas una tos bronca, seguida de estas palabras.

—Patron, ¿se paran los rodeos mañana?

El capitán volvió el rostro y vió a Lorenzo y a Francisco con el sombrero en la mano, en aptitud humilde y respectuosa, pero con los facones en la cintura y las cananas del revolver ceñidas.

Espartaco conocia bien las aparentes humildades de los gauchos.

—Cuando te serenes, reconocerás la buena intencion de mis respetuosas ¡palabras. Buenas noches, papa. Lorenzo y Francisco, abrieron paso al joven, y D. Hermogenes esclamo:

—¿Pero quien ha dicho que se pare rodeo mañana?

—Me lo dijo Vd. A lo menós así entendí yo, dijo Lorenzo con admirable aplomo.

—Pues señor, ó yo hablé sin saber, ó tu oiste mal. No le veo objeto à la parada de rodeo, agregó D. Hermogenes mirando de hito en hito á los dos hombres.

—Siendo así, buenas noches, patron.

—Hasta mañana, muchachos.

Cuando don Hermogenes quedó solo, Esmirna entró en el cómedor llorosa y abatida, diciendo:

—Todo por mil ¡Perdon! Me iré mañana, señor.

Sufre Vd. demasiado por ser bueno con migo.

—Vamos ¿Que significa todo esto? ¿Se han propuesto hacerme perder la paciencia, ó estamós haciendo comedias?

¿Que tienen que ver aquí mis bondades, ni mis conversaciones, para que sueltes el llanto como una Magdalena y me vengas á decir: me voy de su casa?

Oye, Esmirna; limpiate esas lágrimas; no me gusta verte llorar, dijo don Hermogenes sentandose.

Escucha. Tengo un proyecto. De aquí á dos meses viene Martiniano, y para esa fecha, en vez de mandar el niño solo á casa de su abuela, lo llevaremos tu y yo, para que me presentes á tu madre como su yerno.

Esmirna ahogó un grito de alegría y de sorpresa.

Pero un súbito pensamiento pavoroso le hizo latir las sienes y el llanto brotó de sus ojos.

—¡Como! ¿Acaso desapruebas mi proyecto?

—¡Ah! no señor; la realizacion de ese proyecto seria toda mi felicidad.

—Pues entonces, basta de lagrimas; yo cumplo siempre mi palabra. Quiero ver que hacen esos muñecos.

—¡Ah! señor, señor, que desgraciada soy! Mi presencia, atrae los truenos.

—No temas, yo soy un gran para-rayos.

Media hora despues de estas escenas, el silencio y la oscuridad, reinaban en la estancia.

A la mañana siguiente, la fisonomia de don Hermogenes, parecia tan bondadosa, y tranquila como si nada le hubiera ocurrido.

Paso por delante del cuarto de su hijo, y al ver la puerta cerrada la golpeo con los nudillos de los dedos diciendo:

—Vamos, señor capitan, arriba, que ya echaron diana.

—Me estoy vistiendo, papá.

—Elcuarto de las niñas estaba inmediato al de Espartaco, y Rea, oyendo las palabras de su padre, dijo cuando le sintio alejar.

—¿No ves, Espartaco? Ha de haber reflexionado. Ya es nuestro.

—No hables tan alto, Rea, contestó el joven acercando los labios á la cerradura. ¿Estás levantada?

—Sí; me estoy peinando.

—Abre la puerta entonces.

—Rea abrió la puerta y con risueña fisonomia dijo acercandose al lavatorio, mientras Espartaco hundia la cara en la palangana.

—¿No ves como yo tenia razon? El viejo cede.

—¡Que poco lo conoces! exclamó él, mientras se refre-

gaba la cabeza con la toalla. Ahora es cuando está todo perdido. Estoy seguro, que si aun no tenia el casamiento concertado, lo concertó esta noche, y ni el mismo Dios le haria retroceder.

—Si no me hablase, si le viera irritado y taciturno, tendria esperanza. pero su tono afectuoso y chancero y su calma bonachona, indican una resolucion inquebrantable,

—Bah! A ti te impresionó su actitud violenta de ayer noche. Estás derrotado sin pelear. ¡Vaya un militar aguerrido! Si yo fuera hombre, y llevase espada al cinto.....

—¿Serias parricida? pregunto Espartaco con fastidio

—Me impondria.

—A tu padre no se lo impone. Tiene cabeza y corazon de vasco.

—¿Ahora te vas á enojar?

—No me enojo; pero tienes unas salidas, que si no tuviera fé en tu cariño, creeria que tratabas de perderme.

—Porque te acuso de debil? ¿Está herido tu orgullo de soldado?

—Nunca podria estarlo en casos como el presente; nose trata de dos enemigos, sino de un padre y un hijo, contestó Espartaco secamente.

—Pero bien, dado caso que sea como tu dices; ¿que hacemos?

?Nos cruzamos de brazos ante la amenaza de un casamiento deshonorroso y comercial?

—Yo se lo que, he de hacer.

—¿Te volverás como has venido, dejando á tus hermanas á merced de una sirvienta ensobrevuecida con los mimos de un viejo chocho?

—¡Rea! Tu conducta es estraña.....

—¡Eso me faltaba! Tu tambien te declaras mi enemigo, porque me opongo á que se insulte la memoria de mi madre?

—No seas niña, Rea. Confía en mí.

—Dime tus proyectos.

—Te los diré despues.

—No quiero; ha de ser ahora.

—Me estas haciendo parecer un niño. Haré que ella misma se niegue á casarse.

—Señor, capitán. Señoritas, el café esta servido, dijo la vasca desde el umbral.

—Vamos, dijo Espertaco. ¡Nen ita! despierta.

Siberia abrió los ojos y preguntó.

—¿Es muy tarde?

—Está el sol muy alto. Te esperamos en el comedor, contestó Espertaco.

—Alla voy al instante, dijo Siberia.

El padre y los hijos tomaron el café solos, porque á esas horas, Esmirna estaba siempre ocupada en distribuir las tareas del día entre la gente de servicio.

Desde su entrada en la casa, no tratándose del trabajo del campo, todo lo disponia ella, sin descuidar el libro donde asentaba los gastos y el dinero recibido.

Dn. Hermogenes no queria ocuparse de detalles; ponia su firma en los recibos presentados por Esmirna y enviaba los fondos à su banquero, cuando eran de consideracion.

El pago de sueldos tambien era incumbencia de Esmirna.

Su afabilidad, sin bajeza, la moderacion en las ordenes y observaciones, y la igualdad con que atendia todos los reclamos, la habian hecho simpatica, hasta el punto de no escitar envidia, ni ser escarnecida su equivoca posicion.

Lorenzo, Francisco, y Micaela, tenian por ella verdadera simpatia.

—En los dos primeros, algo influa la circunstancia de buscar un defensor, caso de ser descubiertas sus infidelidades, pero la vasca la queria con verdadero desinteres, pues nada temia, ni solicitaba.

Estas secretas aficiones, no las conocia Espartaco, y la misma Esmirna, solo veia en la buena voluntad de todos, una consecuencia lógica del trato que les daba.

Por eso ignoraba la activa vijilancia de Lorenzo y de Francisco, desde la llegada del militar, à quien suponian mal dispuesto para la señora.

Salian menos al campo y frecuentaban poco la cocina de los peones.

Esmirna se creía librada á la proteccion de Da. Hermogenes solamente, y temia que al fin se sobrepusiesen los hijos y el anciano la abandonase á las iras de Espartaco y Rea.

Espartaco y Rea se miraron, al ver en la mesa á su padre solo, y la jóven con voz imperceptible dijo al oido de su hermano.

—La victoria es nuestra.

—¿Hablabas Rea? preguntó don Hermogenes.

—Le decía á Espartaco, que me causa mucho placer el estudio de la geografía.

—¡Ya lo crees! Es una ciencia que deleita y educa; ahoga los malos pensamientos y quebranta el orgullo del hombre, en la contemplacion del universo.

Tu debes tener algunos datos preciosos para nuestra embrionaria geografía, Espartaco.

—Detalles insignificantes, suministrados por los naturales de la provincia donde esta destacado mi cuerpo.

Pero estas noticias incompletas y mal trasmitadas, de poco pueden servir á nuestra geografía?

—Es una lástima. ¿No te gusta la geografía?

Los oficiales del ejército debieran conocerla al dedillo.

—La hemos estudiado en el colegio, pero los textos son muy deficientes y los mapas inesactos.

—¡Oh! nuestro sistema pedagógico es una mistificación.

Malte-Brum quiso seguir la senda de los recopiladores

y sus trabajos fueron pobres. Se lanzó despues en el buen camino; estudió, pensó y produjo una obra monumental.

Nosotros necesitamos un Malte Brum argentino. ¿Que dice Vd. de esto señor capitán?

Mientras don Hermogenes hablaba, Rea le tiraba de la manga á Espartaco y le guiñaba los ojos como si quisiera decirle.

—¿No ves? Esta hecho un caramelo con nosotros; la sirvienta sucumbe.

—Piensas con gran acierto; nos envanecemos mucho y sabemos muy poco, contestó el joven.

—Sobre todo; en geografia. No hay texto que nos diga donde está el hierro magnetico, cuyos productos probó Luque en la fundicion.

Nadie precisa los depósitos de azufre y alumbre, conocidos por los exploradores españoles hace mas de doscientos años. Ignoramos donde está el gran criadero de perlas, cuya muestra llevó un cautivo á Santa Fé, en tiempo de los jesuites.

Hemos trastornado los nombres de rios, arroyos y montañas conocidas y descritas por los primeros exploradores del Rio de la Plata, bautizando algunos con el nombre de hombres públicos, por adulacion.

Las minas de metales preciosos, son otros tantos misterios, y sin embargo, fueron explotadas hace trescientos años.

De nuestra flora no tenemos otras noticias que las publicadas en Europa.

No hemos alcanzado á fijar de un modo definitivo, ni los límites de la nación, á pesar de los protocolos y las comisiones científicas internacionales, por falta de una geografía completa y verídica.

Estamos en pañales, respecto á la gran ciencia base única y firme de todas las naciones. Aun no tenemos nación, Espartaco, y sin embargo, mantenemos un numeroso ejército; una armada costosísima y varios colegios militares. Parece que aspiramos á ser potencia guerrera y conquistadora, sin conocer nuestro país.

Esto se llama en el lenguaje de los estancieros; hacer el aparte antes de tener señuelo.

—Papá; has hecho una crítica picante, de nuestra pretenciosa educación.

—A ti no te parecerá bien, pero escucha.

Los ejércitos, son una sangría hecha al cuerpo de las naciones.

El ejército, forma una cantidad de hombres jóvenes, que dedicados á las ciencias, las artes, la industria y el comercio, darían lustre y riqueza á la patria, mientras ociosos, y ensoberbecidos con el uniforme y las prerrogativas, entorpecen el libre ejercicio de los poderes públicos, violentan las leyes y atropellan el derecho.

¿Cuánto nos cuesta cada oficial del ejército ó de la Armada?

Le instruimos en el colegio; le damos paga y grados en el ejército, lo enterramos por cuenta del Estado y todavía le mantenemos después la viuda y los hijos.

¿Y cuánto nos produce ese oficial?

El placer de verle cubierto de galones pavoneándose al frente de sus soldados. He ahí todo.

—En época de paz, será como tu dices, pero cuando pelagra el honor de la patria ó su integridad territorial, cada uno de esos ociosos es un héroe, un mártir. Derrama su sangre por el bien estar y el provecho de sus conciudadanos.

Es una máquina de guerra, pronta al primer redoble del tambor, para lanzarse sobre el enemigo común, olvidando intereses, familia, comodidades.....

—En épocas de guerra, todo los ciudadanos son soldados; es un deber, y cualquier sacrificio es justo y llevadero.

Pero ¿quien nos amenaza desde hace ochenta años?

¿Que intereses nacionales salva guarda hoy nuestro ejercito? ¿Que escuadra nos bloquea?

—Nuestras propias ambiciones.

—¿Y acaso las contiene el ejercito? Fermentan en sus propias filas y se desbordan en los comicios, en el parlamento, en la judicatura, en el monopolio de la propiedad fiscal, y en los bandos politiqueros.

Hicieron de la disciplina un monstruo de dos cabezas, y del sufragio libre una irrisión.

Pesan sobre el bolsillo del pueblo como la espada de Breno en la balanza del ajuste.

—¿Y como se sostendrían los gobiernos, la lejislatura y el poder judicial, sin apoyo del ejercito?

—Por su propia virtud, y cuando eso no les basta es un crimen apuntalarlos con la bayoneta.

La democracia que se apoya en el ejercito, no es democracia, es despotismo.

—El derecho sin fuerza, es un derecho burlable.

—El derecho con fuerza, podrá triunfar, pero nunca convencerá, y la razon moderna aspira á convencer y no á oprimir y amordazar

—Esa teoria es una utopia.

—Pues esta utopia es la libertad.

Espartaco calló. Habia vivido al lado de su padre cuando era niño; dejó de verle cuando entró á pupilo en el colegio. Despues del juicio de separacion conyugal oyó decir todos los dias, que su padre era un gaucho torpe, y en ese instante le parecia un hombre superior.

Rea, agena á la discusion, pensaba en sus odios, y Siberia jugaba con el dije de la cadena del reloj de Espartaco.

—Rea, muestrale la quinta á tu hermano, si no prefiere dar un paseo á caballo, en cuyo caso le serviré de guia yo mismo, dijo Dn. Hermogenes.

—Mañana te acompañaré, papá, hoy prefiero ver la quinta y sentarme á la sombra de los arboles. El viaje me fatigó.

—Perfectamente. Yo voy á dar una vuelta á caballo, dijo Dn. Hermogenes.

Los jovenes marcharon juntos hasta la quinta y el padre montó á caballo.

—¿La viste, Rea?

—Si: está concluyendo de planchar en el cuarto de la vasca.

— Bueno; tu entretienes á la nena, y yo voy a echar un parrafo con esa mujer, dijo el jóven retrocediendo hacia la casa.

Esmirna, en afecto, estaba planchando la ropa sobrante del dia anterior, en el cuarto de Micaela, por estar ocupado el comedor.

Espartaco entró de improviso, y dando la espalda á la puerta dijo:

—No se quien es Vd. ni deseo saberlo. Se trata de una sirvienta y vengo á decirle, que renuncie á sus proyectos de casamiento con mi padre, si estima Vd. la vida.

—Señor; no me esplico su conducta, contestó con turbacion Esmirna. Si soy una pobre sirvienta, no acierto como Vd. ha dado credito á intrigas.

— Cállese, la mala mujer, falaz y logrera, que abusa de las debilidades de un pobre viejo. Callese, ó le arrancaré la lengua.

—Me insulta Vd., y me amenaza, porque soy debil y sin amparo, pero tengo un hijo, señor; algun dia le han de pesar á Vd. sus palabras de ahora.

—¡Infame! ¡Hipocrita! Si me coutesta otra palabra le haré tragar los dientes.

—O se niega á casarse con mi padre, ó de lo contrario. . . .

Espartaco saco su revólver para amedrantar á Esmirna, que dió un grito angustioso, y cerró los ojos.

Una energica interjeccion, escapada de los lábios

de militar, hizo abrir los ojos á Esmirna y vió á Lorenzo sujetando con una mano la mano armada de Espartaco, y con la otra asestarle el facon al pecho, mientras Francisco, con el revólver montado en la mano izquierda, tenia la punta de su cuchillo en el cuello de Espartaco.

—¡No por Dios! gritó Esmirna interponiendose entre el jóven y los dos gauchos.

—Deje nomas, patrona, nosotros no somos mujeres.

—¡Canallas! Asesinos!! gritó Espartaco, tratando de desasirse de la mano de Lorenzo.

—Cierre la *jareta* patroncito, si no le *estorba el cuero*, volvió á decir Francisco, poniendole la boca del revólver en la frente, mientras Lorenzo mantenía distante del grupo á Esmirna.

Espartaco estaba perdido; en cuanto intentase la menor agresion, era hombre muerto, y hecha esta reflexion dijo con tono tranquilo.

—Matad! matad al hijo de vuestro protector.

—No somos asesinos. Hemos oido el grito de la patrona; la vimos amenazada por el revolver de un militar, y nos dió verguenza que las armas de la patria se empleasen en una mujer, por eso hemos venido, contestó Lorenzo soltando la mano de Espartaco.

—No tuve la intencion de herir, sino de asustar.

No me disgusta la conducta de ustedes. Defiendan asi á mi padre, cuando le amenace algun peligro.

—No seria la *primera vez*, observó Francisco con sorna.

Espartaco comprendió la alusion, y saliendo del cuarto dijo, entre dientes:

—A estas ridiculeces me esponen las exigencias de Rea.

—¡Dios miol que va á suceder aquí, si el patron lo sabe? exclamó Esmirna.

—¿Y quien se lo va á decir? contestó Lorenzo.

—Su hijo.

—¡De loco! va él á confesar una accion tan fea. ¡Lindo, lo iba á poner el viejol Es mas bravo cuando se enoja, que una manga de piedra.

—Dispense, patrona; ahora puede estar tranquila; el milico ya sabe que Vd. no esta sola, dijo Lorenzo saliendo seguido de Francisco.

Esmirna no sabia si darles las gracias ó reprenderles y no pronunció una palabra.

Espartaco se encaminó á la quinta con la cabeza inclinada sobre el pecho y el paso lento.

Empezaba á parécerle extravagante y aturdida su propia conducta.

Desde su entrada en la casa paterna, no habia dado un paso atinado.

¿Quien era él para inponer su voluntad en la casa de su padre? ¿Que consideracion podian tenerle las gentes de servicio, si nunca le habian visto, y una vez que le veian, era para reñir con su padre y con su protegida?

—Indudablemente, es necesario estar loco ó ser un

mentecato, para esponerse á humillaciones como la que acabó de sufrir, murmuró el jóven.

Las palabras de Rea interrumpieron la meditacion de Espertaco.

—¡Cuanto has tardado! ¿Como te fué? ¿Bién?

—Rea, sientate aquí, dijo el jóven sentandose en un banco.

—¡Atajámela! ¡atajamela! ¡Mira que linda! gritaba Siberia corriendo detras de una mariposa

Espartaco se levantó con el pañuelo en la mano, lo agitó y el lepidoptero cayó sobre nua mata de Eliotropo,

—¡Mirál mira como se cae el polvo de oro de sus álas, decia la niña mostrando la mariposa á Rea.

—¡Que chiquilina fastidiosa! Apartate de aqui con tus zonzeras; Anda, trae flores de allá lejos para tu hermano, y dejate de bobadas.

La niña se alejó con tristeza.

—¿Porque la tratas así? Nena; no te vayas; ven á dar un beso antes, dijo Espartaco.

Siberia volvió; echó los brazos al cuello de su hermano y apretandolos rompió á llorar, mientras él la besaba y le golpeaba una mejilla con los dedos;

Rea hizo un gesto de disgusto.

—No llores, mi nenita. Ve si hallas otra mariposa y llamame para cogerla.

La niña sonrió sin haber cesado aun sus lagrimas, produciendose en su fisonomia el especto indeciso de la lluvia alumbrada por el sol.

—Anda vete; dijo Rea con impaciencia.

Espartaco miró á la contrariada jóven y no dijo nada.

Siberia se alejó muy despacio, olvidada de las flores y las mariposas; con ganas de volver á llorar.

De pronto echó á correr y se perdió detras de un bosque de limoneros.

Acababa de ver á Esmirna y á la vasca arrancando lechugas y no se detuvo hasta juntarse con ellas.

—Estoy enojada con tigo, Esmirna.

—¿Porque Siberia? pueguntó la aludida, dando un beso á la niña.

—Porque no fuiste á tomar el café? No he tenido con quien hablar. Estuve aburrida.

—¿Y los demas?

Papá y Espartaco hablaron de cosas que yo no entiendo, y Rea se olvida de mi cuando no me reprende.

—Siendo así siento no haber ido á tomar el café. Estuve planchando, para no dejar amontonar mucha ropa, de otro modo, el planchado no se acaba nunca.

—Si me enseñas á planchar, yo te ayudo; á mi me gusta planchar.

—¡Oh! por ahora no es necsario tan buen auxilio, y en caso de serlo, echaremos mano de Micaela.

—Si, si, no plancho muy bien; pero me daré maña para hacer como las demás.

La canasta estaba llena de lechugas y Esmirna y la vasca, salieron de la quinta.

—Ahora voy yo tambien, Esmirna, dijo la niña ¿Has hecho los biscochos?

—Sí; y tengo algunos guardados para tí.

—¿Y leche cruda también?

—También.

—Bueno, hasta luego.

—Hasta luego, mi queridita.

Siberia empezó á cortar flores.

Entre tanto, Rea y Espártaco sostenían el diálogo siguiente:

—¿Que hubo? ¿Estaba sola? ¿Ha cedido?

—Estaba sola y no ha cedido.

—¿Que le pediste? ¿Que saliera de esta casa? No debiste pedirselo, si no ordenárselo.

—Si no me dejas hablar, me callaré.

—Te escucho.

—Le pedí que renunciase á casarse con mi padre.

—¿Y se negó?

—Poco menos, pues no me lo prometió.

—Y *enseguida* te diste por satisfecho, te inclinaste en actitud respetuosa ante la bella sirvienta de tu padre, y aquí paz y *despues gloria!*

—Tus burlas, Rea, no son oportunas.

—Es cierto, pero escucha y verás si soy oportuna cuando quiero:

Llegaste; estaba sola; cerraste la puerta y le pediste que fuese tan *amable* contigo como con tu padre. Ella, acostumbrada, como las bestias de alquiler, á soportar ginetes nuevos, se hizo la desmayada, como otras veces y... el bravo militar se ha pasado con armas y bagajes al enemigo.

—Rea....Me parece imposible....¿Quién te enseñó ese lenguaje, y esa perversión de juicios, Rea? ¿Te has dado cuenta de tus extrañas palabras?

—Y volvería á repetirtelas; Es necesario decir la verdad por mas dura que parezca. Estoy sola en la brecha, pero no he de ceder ante los extravíos de un viejo relajado, las ambiciones de una mujer despreciable, ni la cobardía de un jóven militar.

—¡Admirable! Insultas á tu padre y á tu hermano. Vuelve en ti criatura, no te dejes llevar del odio; no seas tenaz. Con tus immoderadas agresiones, solo consigues acercar el mal que pretendes conjurar. Si tu estuvieses en las condiciones de papa, harías otro tanto como él; te encapricharías mas, cuanta mayor oposición te hicieran, porque eres terca. Esta campaña intempestiva es obra tuya.

—¡Intempestiva eh! ¿Conque es intempestivo el esfuerzo de los hijos para salvar de manchas la memoria de su virtuosa madre?

—No le repitas esas palabras a tu padre, Rea; te tapará la boca, con una verdad como un templo.

—Y cual sería esa verdad, señor defensor de criminales?

—Repara, Rea, en lo que dices. Recuerda, ya que me obligas á decirlo, las declaraciones de mamá, respecto al nacimiento de Siberia.

—¡Ah! te conviertes en preganero de infames calumnias?

—Pero Rea, ¿has perdido la cabeza? ¿Estas acaso bajo la presión de un acceso de locura? Tu actitud, tu lenguaje y la exaltación de tu espíritu, no están de acuerdo con tu sexo, tu edad y tu educación.

—Estaré loca. Los juiciosos son ustedes, yo soy una insensata, empeñada en evitar á mi hermano la humillación de saludar á su futura madrosta; y,.. *algo mas*, desde este día.

Espartaco se puso de pié. Estaba pálido como un espectro. Apenas podía contener la indignación, y Rea, empeñada en agotar la paciencia de su hermano, agregó:

—No huyas; espera; falta algo mas.

Cuando mis fuerzas se agoten en esta lucha, me queda el recurso de la venganza, y creeme Espartaco, me vengaré de tal manera, que te enrojecerás de vergüenza.

Rea se puso también de pie, desfigurada por la ira.

Espartaco la contempló, indeciso sobre la conducta que debía observar con ella

—No vayas á cometer una locura, dijo al fin Espartaco.

Piensa, moderate, juzgate, si es posible, y te hallarás horrible á tus propios ojos.

—Me vengaré. Lo juro por las cenizas de mi madre.

—Haz cuanto gustes. Yo partiré mañana; no quiero ser complice de miserables intrigas,

—Haces bien; huye de mi, soy una intrigante, dijo Rea en el colmo del delirio. pero ten presente, que el viejo sabrá tu encierro con ella, dijo Rea dando la espalda á su hermano.

—Comprendo ahora tu mala indole; te veo tal cual eres, capaz de una infamia, y para ahorrarte la vergüenza de una calumniosa delacion, te declaro, que mi entrevista con esa mujer, tuvo dos testigos

Ahora, puedes cumplir tus amenazas. Puedes ejercer la venganza contra mi y contra tu padre, para coronar la obra de que quisiste hacerme colaborador.

Y muchas gracias, hermana, dijo el militar con amarga ironia, dirigiendose al fondo de la quinta, en busca de Siberia, sin volver el rostro.

Dn. Hermogaenes acababa de volver de su escursion
El almuerzo estaba listo y la mesa preparada.

—¿Podemos almorzar vasquita? preguntó Dn. Hermogenes al entrar, viendo á Micaela tirando de la cadena del balde para sacar agua.

—Si, señor, por V. se espera.

—Pues aquí estoy; avisa á los demas.

Pocos minutos mas tarde, estaban todos en la mesa, menos Esmirna.

—Micaela, ¿porque no viene Esmirna? preguntó Don Hermogenes.

—No sé, señor.

—Llamala.

La vasca salió, y poco despues entró y se sentó Esmirna con la mirada baja.

Espartaco no se atrevía á mirarla, pero en cambio Rea, le clavó los ojos.

—¿No comes, ni *veena*? preguntó Espartaco á Siberia.

—No tengo ganas. Acabo de tomar leche fresca con biscochos, que me tenía guardados Esmirna.

Espartaco calló, y Rea pasó el brazo por detrás de su hermano para dar un pellizco á la niña.

Afortunadamente para Siberia, su asiento estaba lejos del de Rea, y no fué alcanzada.

—¿Que te pareció la quinta, Espartaco?

—Muy bien cuidada, papá. Muchos arboles, muchas flores y bastante hortaliza contiene ese pequeño pedazo de tierra.

—No es tan pequeño como te figuras. Son diez cuerdas cuadradas.

—Me pareció mucho menos, sin duda por lo bien aprovechado.

—Ya ves cuan facil y sencillamente se pueden tener verduras, frutas y flores en las estancias, y sin embargo, en pocos establecimientos veras todas esas cosas.

Nuestros estancieros se jactan de no plantar un arbol, ni una legumbre. Para comer verdura, mandan traerla de los pueblos y la pagan cara. El mundo al revés, señor capitán; el hombre rural comprando legumbres al hombre urbano!

No hace mucho tiempo, me sucedia á mi como á los demas; la reforma la hizo Esmirna.

—Es una reforma bien pensada, contestó Espartaco sin apartar la vista del mantel.

Rea se movió en su silla como picada por un tábano, y Dn. Hermogenes continuó.

—Hace tres años, la hortaliza se compraba, y el maiz y la alfalfa lo mismo. Hoy todo sobra.

Nos enorgullecemos de ser pastores, y nos da vergüenza la agricultura, estado mucho mas adelantado y próspero.

—Muchos hombres padecen la enfermedad que tu señalas, y no tratan de curarla, observó Espartaco.

— Asi es, por ahora, pero cuando los dueños de las dilatadas tierras vean ganar á un agricultor \$00.000 pesos anuales con el cultivo de una legua de campo, curaran su criterio, y nuestro pais será mas civilizado. La agricultura civiliza y la ganaderia barbariza.

—Sin embargo, tu eres estanciero y tienes el entendimiento cultivado.

—Después de mis estudios universitarios, mi escasa cultura, es obra de Malte Brum. A ese famoso sabio le debo el no haber caído en la barbarie, viendo desde los 19 años golpear animales, y escuchando un lenguaje semi barbaro.

Rea no quiso tomar el café, y se levantó de la mesa fulminando á Esmirna con miradas de odio.

Su victima no la vió. Durante el almuerzo no alzó los ojos de la mesa.

Espartaco puso la mano sobre el hombro de Siberia, tomándole entre el índice y el pulgar el lóbulo de la oreja con suavidad cariñosa, y dijo.

—Papà, traigo pocos días de licencia y deseo conocer algunos pueblos del Partido. Ya tuve el gusto de saludarte, y por consiguiente, pienso partir mañana temprano.

— ¡Cómo! señor, capitán: nos deja Vd. tan pronto? ¿No puede V vivir alejado algunos días del campo de Belona?

— Hay muchos pueblos nuevos y bonitos, y deseo conocerlos.

— Algunos hay en efecto, pero ni son nuevos ni bonitos. Sus habitantes viven del comercio de cambio, y en cuanto reúnen un puñado de pesos, se van á la capital. Las familias se convierten en enemigas unas de otras, criticándose á mas no poder.

El boticario publica las enfermedades de sus clientes; el cura los secretos de la confesion; el juez las trapisondas políticas de sus adversarios; el comisario las del juez de paz y..... es inutil seguir; con lo dicho hay de sobra para formarse una idea de la vida de esos pueblitos.

— La pintura no es muy bella.

— Pues llevé el pincel con distracción.

— Veré de detenerme poco en cada uno de esos pueblos.

— Haz como gustes. Yo estaba contento de verte aquí por mas dias.

— Pronto pediré otra licencia mas larga y si la consigo, pasaré aquí más tiempo.

— Vienes á tu casa. No soy zalamero, pero soy padre, y no de los peores, modestia á un lado.

— ¡Oh! en cuanto á eso, lo se por esperiencia. No son las muchas caricias la mejor prueba de cariño.

— Así pienso yo.

Esmirna se levantó.

—¿Te vas? preguntó D. Hermógenes, y agregó precipitadamente.

—¿Se vá V. Esmirna?

—Si, señor.

Espartaco se sonrió disimuladamente, de la equivocación y la apurada enmienda de su padre.

Esmirna se puso colorada y salió.

—¿Vamos al jardín, nena?

—Vamos. Me ayudarás á recojer flores.

—¿Para que?

—Haré tres ramos.

—Vas á dejar las plantas desnudas ¿Para quien son esos ramos?

—Uno para ti; otro para Esmirna y el otro.... para papá, dijo la niña bajando la voz.

Espartaco le dió un beso y salió con ella de la mano.

—¿La quieres mucho?

—¿A quien?

—A Esmirna.

—Si. Ella tambien me quiere

Espartaco pensó, que no podia ser tan mala la mujer, que entre tanta gente tenia una sola enemiga.

—Dimá, nena; ¿es muy mala esa Esmirna?

—¡Malal! No digas eso, Espartaco.

Yo la quiero. Rea me reprende; papá no me hace caso y á no ser por Esmirna, Micaela y los peones, la estancia sería muy triste;

—¡Pobre mi nena! El amor de los estraños, te com·

pensa de la frialdad de los tuyos! Si yo me caso, le pediré á papá que te deje estar á mi lado.

—¿Te vas á casar?

—Aun no; ni novia tengo, pero no será difícil hallarla.

—Papá es muy bueno, no me reprende; pero nunca me da un beso. Y Rea, es mala, no me quiere nada.

—¡Ah! Ella fué educada por mamá! dijo entre dientes Espartaco.

La niña no entendió las palabras de su hermano y continuó.

—Yo no hago daño; me gusta jugar. Esmirna me acaricia; me baja fruta de los árboles y me prepara golosinas.

—Te apenaria mucho ver llorar á esa Esmirna?

—¡Ah! mucho. Yo lloraria tambien, y le daria muchos besos para consolarla.

—¡Insensato! Y yo.....

—¿De quien hablas, Espartaco?

—De mi asistente, nena; le busco y no parece.

—¡Míralo! ¿No es aquel soldado que viene hacia nosotros?

—El mismo ¡Qué casualidad! ¡Pedro!

—Ordene, mi capitán, contestó el soldado cuadrándose y haciéndola venia.

—¿Dónde diablos te metes, imbecil; hace dos dias que no te veo la cara.

— Con los peones, mi capitán.

—Trata de tener todo en orden. Mañana nos vamos.

—Está bien, mi capitán, dijo el soldado con tristeza, y girando sobre sus talones hizo la *vénia* y se alejó.

Pedro sentía irse de la estancia. En día y medio había ganado veinte y tres pesos á la *taba*, y estaba convencido de hacer su fortuna en poco tiempo, *pelando* á los peones.

Espártaco pasó la tarde corriendo mariposas y cortando flores con Siberia.

Ella hizo tres ramos. Llevó dos á la casa, dando uno á Esmirna, poniendo otro sobre el escritorio de su padre, y volvió á la quinta para presentar el tercer ramo á Espártaco.

—Te falta otro ramo para Rea.

—No le gustan las flores. Una vez le ofrecí algunas, y casi me las tiró á la cara, llamándome impertinente. . . . Los peones le llaman la señorita alunada.

—¿Y Esmirna; también le llama así?

—No. Dice que es de genio algo vivo, pero de buen fondo. Siempre la defiende.

Espártaco se quedó pensativo.

Hasta la hora de comer, Rea no salió de su cuarto.

—Reunidos de nuevo en el comedor, D. Hermógenes fijó una mirada en su hijo y exclamó.

¿Qué anduvo Ud. haciendo, capitán? Tiene el uniforme destrozado y las manos arañadas.

—Subiendo á los árboles, en busca de nidos y mariposas para Siberia.

—Ejercitándose en él asaltól

—Y batiéndome á pie firme. Hemos descapitado muchos enemigos.

—¡Ola! Talvez hormigas?

—No, hermosas flores, de las cuales habrás visto muestras en tu escritorio.

—Si; las vi, pero no es cosa nueva. Todos los dias tengo flores en mi escritorio, sin saber si la hada de los jardines me las ofrece por ironia, al verme la barba blanca.

—¿Serán las hadas, papá? preguntó Espártaco.

—¿Pues quien se ocuparia en ofrecer flores á un abrojo, sino el capricho de las hadas?

—Y sospechas como se llama esa hada?

—Pienso que será Flora ó Pomona, porque á veces descubro entre las flores, dos fresas colosales, ó un atadito de rojas cerezas.

—Pues no son Flora ni Pomona las que tanto te aman y obsequian. ¿Quieres saber como se llama la hada?

—De mil amores. No gusto de las injusticias y pagaría mi error arrojándome á los pies de mi protectora.

No impongo ese tributo por mi revelacion. Basta que te obligues á darle un beso.

—Está dicho, capitán.

—He aqui el hada, dijo Espártaco tomando entre sus manos la cabeza de Siberia y acercándola á los labios de su padre.

D. Hermógenes se paso la mano por la frente. Veia en la pobre niña, la cara del ingeniero X.....

—Vamos, papá; la promesa de un hombre bueno, no se hace desear nunca. Los inocentes, no deben sufrir por los culpables.

D. Hermogenes besó à Siberia, y se puso muy serio.

Pero la niña, que sintió por primera vez sobre la frente los labios de su padre, se cegó de ternura, y olvidando sus temores, se le abrazó al cuello.

¡Cuántas veces, habia suspirado por aquellas carcias!

Don Hermogenes intentó apartarla, pero no podia hacerlo sin una brusquedad impropia de él, y concluyó por sentar à Siberia en una rodilla.

Espartaco se sentia enternecido y Esmirna aun mas. Solo Rea estaba impassible, indiferente.

—Basta, mi nena; deja comer à papá, dijo Espartaco cogiendo à Siberia en brazos y sentandola à su lado.

—¡Melodrama ridiculo! murmuró Rea.

Largo silencio siguió à esta escena, despues del cual, D. Hermogenes reanudó la conversacion de este modo:

-- Señor capitán, la leccion será provechosa. Es V. un buen estratégico.

—¡Oh! esta batalla no la gané yo; la ganaron la justicia, y el noble corazon de mi padre, y sobre todo, la inocente hada.

Que no haya mas rencores, papá. Paz sobre el sepulcro de los que han delinquido, y amor y compasion para los inocentes.

—¡Amen! exclamó D. Hermógenes con tono solemne

Despues de otro pequeño silencio, D. Hermógenes miró à Rea, y dijo.

—¿Hija, has abandonado á Malte Brum?

—¿Porqué, papá?

— El famoso geógrafo, dice: Toda la naturaleza se na. Nadie vive aislado, indiferente.

Aun en medio de las grandes borrascas; sobre el esuendo de los cataclismos del universo, vibra siempre sa armonia dulce como el pan del hambriento, conmoadora como la ternura, eterna como el infinito; y esa monia incomparable es el amor.

Amad y sereis perdonados. Perdonad y sereis amados.

—No he dejado á Malte Brum, papá, y como prueba recordaré estas palabras.

La lucha es la vida de los mundos.

—Es exacto, pero no la lucha cruel, destructora; la lucha del rey de las tinieblas contra el angel de la luz. El huracan tambien lucha con las montañas y los mares, y sin embargo, trasporta á las primeras el beso o la humilde violeta de los valles, y acaricia el cuello de las plantas marinas, con el perfume de los jarines.

Los brazos luchadores se oprimen, se retuercen, mientras la subita inspiracion del amor no acerca los labios e los combatientes. En esta conjuncion, los musculos e suavizan, y el alma domina las encendidas iras, para escuchar los himnos de la concordia.

Todo es lucha en la existencia fisica y moral del universo, pero lucha generosa. noble y grande, como la bondad de Dios

¡Ay! de los rencorosos! Se devorarán á si mismos!

Rea no contesto, y Espártaco miraba la noble é inspirada fisonomía de su padre, con orgullosa satisfacción.

Esmirna abandonó su asiento, llena de dulces presentimientos.

Siberia contemplaba á su padre con la ingenuidad de la inocencia, y D. Hermógenes pareció sumirse en hondas reflexiones.....

— Buenas noches, papá, dijo Espártaco.

— Hasta mañana, capitán, contestó el padre, como si despertase.

Al siguiente día, muy temprano, el militar llamó á Lorenzo, Francisco y la vasca, y les dió cien pesos á cada uno, como propina.

A las ocho, salía de la estancia seguido de su asistente. Rea apenas se había despedido.

Siberia había ido cogida del cuello de su hermano, hasta que él montó á caballo, y D. Hermojenes, le abrazó fuertemente diciendo.

— Buena suerte y pronto regreso, capitán.

Desde ese día, la frialdad del padre, para Siberia, desapareció; si alguna nube oscurecía su frente bien pronto la disipaba el candoroso acento de la niña,

Francisco aumentaba el reparto de maíz y alfalfa á los puesteros, desde el día de su intervención en la en-

revista de Esmirna y Espartaco, y Lorenzo, carneaba mucho, y flaco.

—Las vacas ajenas, estan criando y poca gordura tienen, decia la vasca, de modo que oyera Lorenzo.

El capataz callaba y se iba del lado de Micaela.

Cuando pescaba cerca á Francisco, la mordaz é im-lacable vasca decia,

—¡Muchos arreos nuevos! Cada mes uno, y caro, y copado, los coches parecen de alquiler. ¡Y que consumo de caiz y de alfalfa! Los puesteros están haciendose ricos con la venta de todo eso.

Francisco sacudia la cabeza, pero se alejaba sin contestar, mientras Micaela se reia gozando el afecto de sus atiras.

Las travesuras verdaderas de los dos galopines, no las conocia Esmirna.

Rea entre tanto, meditaba un nuevo ataque, pero aleccionada por la esperiencia, tomaba precauciones para salir en el blanco.

Tal era el estado de las cosas, cuando Esmirna recibió carta de Martiniano.

El joven estudiante hacia progresos en todo. Su carta era encantadora.

A nadie olvidaba, ni siquiera á Rea, á la cual mandaba respetuosos recuerdos.

Esmirna dió la carta á D. Hermógenes! Yba leyendo con atención para darse cuenta del adelanto del autor, cuando gritó con entusiasmo:

— ¡Aquí está, Esmirna! Bien lo decia yo.

En este párrafo para mi, veo la asidua lectura de Malte Brum. ¡Ah! si este niño se dedica á la geografía será famoso.

Martiniano, en efecto, habia escrito un párrafo para su protector, calculadamente amable.

Daba á su gratitud la forma mas hábil y digna que imaginar pudiera un hombre de gran talento.

Siberia devoraba la carta con los ojos. Sabia que habria un párrafo para ella y esperaba su turno para leerlo.

—Bien! muy bien! exclamó D. Hermógenes al concluir de leer la carta. Vamos, Siberita, ahora te toca á ti. Toma lee tu parte.

La niña se apoderó de la carta.

Al concluir la lectura, no quedó contenta. Esperaba otras palabras, que ella no conocia, pero que presentia su delicadeza femenina.

Martiniano le dedicaba uno de los párrafos mas largos de su carta, pero . . . allí no le decia: «Te quiero» y otras cosas que ella le hubiese escrito á él.

¡Oh! aquel párrafo no valia la pena de guardarlo y Siberia, asi se lo dijo á Esmirna, por via de queja.

—Mi querida Siberia, ¿qué dirian tu papá y tu hermana, si el hijo de una sirvienta se permitiese escribirte de otro modo?

—¿Es malo que martiniano diga que me quiere? Yo se lo dije á él muchas veces. Dile que no me escriba asi: no me gusta.

—¿Porque no le escribes tu esas quejas? Pondrás tu carta dentro de la mia.

Siberia reflexionó un momento y dijo.

— Pues bien; le escribiré; pero yo no se escribir una carta. No importa, la escribiré.

Alguna vez habia pasado por la cabeza de Esmirna, la idea de fomentar aquel cariño de ángeles, para vincularse más á D. Hermógenes, y la ocasión era propicia para empezar.

— ¡Siberia! ¡Siberia! gritó de pronto Esmirna, viendo dejar á la niña, no escribas nada; tal vez ese proceder disguste á tu papá y á la señorita Rea.

Siberia hizo un mohín y se fué sin contestar.

— Seria una Babel esta casa, dijo Esmirna hablando sola. Me amenazan á mi con la muerte, si me caso con su padre, viudo y dueño de sus acciones, ¿qué sucedería si Martiniano y Siberia. No, no; nos matarían á los dos.

— Señora; dijo Francisco acercándose con el sombrero en la mano, desearia decirle dos palabras.

— Hable, Francisco.

— Señora; Micaela no me quiere bien, y cualquier dia puede levantarme un *falso*

— No crea eso Francisco. Micaela es algo tosca, pero tiene un corazón de oro, y es incapaz de calumniar á nadie.

— Así será, señora, pero. . . . cada vez que me.
Yo seré un pobre gaucho ignorante, pero como honrado, no tengo envidia á nadie.

— Está tranquilo, Francisco, yo se quien es Vd.

Mientras duró esta conversacion, Rea estuvo mirando á

los interlocutores, desde la puerta de su cuarto, teniendo cuidado de no ser vista por ellos.

—Yo no se porque nos tiene rabia á mi y á Lorenzo, continuó Francisco sin moverse.

—Esa es una suposición sin fundamento. No conocen á Micaela. A pesar de sus gruñidos, es capaz de dar un ojo por servir.

—¿Qué estás haciendo ahí, Esmirna? preguntó D. Hermógenes acercándose.

—Estaba diciendo á Francisco, que Micaela es un alma de Dios, á pesar de su caracter seco y burlo.

—Vaya un asunto, para una conferencia, dijo D. Hermógenes caminando hacia su escritorio.

—Está bien, señora; yo le hablo á Vd. para que no la sorprenda con algun cuento.

—Vaya no mas, Francisco, y no tenga cuidado.

El cochero se fué sonriendo plazeramente.

Al pasar por delante del cuarto de Rea, la puerta se cerró con apuro.

Francisco era un muchacho de veinte y seis años, taimado, ambicioso y bien parecido. Estaba en casa de D. Hermógenes, desde la edad de catorce años y por lo tanto, gozaba ciertos privilegios, como el de hacer las compras de útiles para coches, y repartir á los puestos el maiz y la alfalfa sobrante.

Segun afirmaban malas lenguas, por cada tonelada de alfalfa, y fanega de maiz que entregaba á los puesteros, vendia y se guardaba el importe de tres, y como la ope-

racion se repetia todos los meses, algunas personas suponian al cochero dueño de seis mil pesos oro.

La vasca sabia estas historias, y se gozaba en martirizar al joven, con indirectas.

Lorenzo, conocia los manejos del cochero, como este los del capataz, y la cadena del delito los mantenía unidos y leales el uno para el otro.

D. Hermógenes regalaba al capataz diez terneras cada año.

Con eso solo, segun él, y con lo *ageno* segun otros, tenia un rodeo de mil vacas elegidas, sin contar las tropillas de caballos y las manadas de yeguas.

Pocos dias habian pasado de la partida de Espartaco, cuando su padre y sus hermanas recibieron carta de él

Estaba en el mismo pueblo donde Esmirna hizo relacion con D. Hermogenes.

Habia asistido á dos bailes y en ellos entabló conocimiento con una jóven simpatica y distinguida, y por eso permanecia allí.

Esto se lo escribia á Rea, que ni siquiera le contestó. D. Hermogenes y Siberia contestaron; el primero haciendo citas oportunas de Malte Brum, y la segunda, diciendole cuantas cosas se le ocurrían.

¡Con que encantador aturdimiento habia escrito á su hermano! Todo iba mezclado y revuelto.

Sus paseos por la quinta; la caza de mariposas, las golosinas que le seguía dando Esmirna, los besos del papá y en fin; lo dulce y lo amargo, lo presente y lo futuro; lo triste y lo alegre, se revolvían en la carta de Siberia, agitados por el espíritu infantil.

La conducta de Rea era completamente reservada.

Se la veía aparecer en todas partes como una sombra, y Esmirna empezó á tenerle mas miedo.

Tenia el aspecto de una persona ocupada en resolver mentalmente un arduo problema.

En la mesa, se detenía el tiempo necesario para comer, y pocas veces hablaba.

Cuando los malvados meditan, no está lejos el crimen, y Rea meditaba.

Espartaco volvió á escribir á su padre y á Siberia, limitándose á mandar recuerdos á Rea.

D. Hermógenes no se ocupaba, al paracer, del brusco cambio del carácter de Rea, se había acostumbrado á sus volubilidades y nada le decía.

Una mañana muy temprano, que Francisco cortaba alfalfa en la quinta, se le apareció Rea de improviso diciendo.

—¿Me conoce V., Francisco?

— Como no? señorita, contestó el cochero algo confuso por tan estraña pregunta.

—¿Sabe Vd. quien soy? volvió á preguntar Rea con tono autoritario.

—La hija mayor del patron, contestó el cochero alarmado.

—Está bien, va vd. á contestarme sin excusas y sin mentir, algunas preguntas.

Francisco palideció y maldijo á la vasca, jurando para su fuero interno cortarles la trenza.

Rea empezó el interrogatorio de esta manera.

—¿Que hablaba V. con Esmirna el sábado de tarde, delante de la puerta del comedor?

—Me quejaba, señorita, de la lengua venenosa de Micaela, que vive sacando el cuero á todo el mundo.

—¡Es mentira! exclamó Rea, con despótico ademán.

Para eso no hablarían con tanto misterio, ni se callarían al ver á mi padre.

— Señorita, le digo la verdad, contestó Francisco mas tranquilo, y devolviendole el crédito á la vasca.

—Oiga, Francisco, es inutil negar. Yo se la clase de sus relaciones con Esmirna, y no es un delito que se quieran y se casen.

Los dos ocupan puestos de confianza en esta casa; son dos sirvientes trabajadores, jovenes y hermosos, y harán un excelente matrimonio, dijo la joven dulcificando el acento y mirando atentamente al cochero.

Francisco se sentia honrado con una sospecha semejante. Su orgullo de varon, y la seguridad de que no se trataba de sus robos le emborracharon.

—¿Como cree, señorita, que un pobre gaucho pueda

ser atendido por una señora tan linda? preguntó él con ese tono presuntuoso de los conquistadores de mujeres, dando á sus ojos una expresión picaresca.

—¡Señoral exclamó Rea frunciendo el ceño. ¡Vaya una señora! Come y educa á su hijo de limosna!.....

Pero no perdamos tiempo, agregó:

¡Porqué asistió Vd. á la entrevista de mi hermano con esa mujer?

Francisco retrocedió un paso, sorprendido por tal revelación.

¿Quién podía haber contado aquel suceso?

La vasca no lo conocía, ¿Habria sido el capitán?

—Vamos, conteste V. pronto, dijo ella golpeando la tierra con un pie.

—Pero, señorita, me hace V. una pregunta.... ¿Como sabe?....

—¿Quién le autoriza á Vd. para hacerme preguntas á mi? Conteste; ¿Le ordenó ella que asistiese á la entrevista.

—No, señorita.

—¡Mientel

El gaucho se puso colorado, al verse tratado con tal violencia y contestó.

—Señorita, yo no soy un negro. Con dejar la casa se acaba todo.

—La dejará más pronto de lo que se figura, si no contesta la verdad. Haré que papá le despida.

—No es necesario. Ahora mismo voy á pedir el arre-

glo de mi cuenta, contestó Francisco echándose la guadaña al hombre

—Su actitud me prueba, que es cierto cuando le pregunté. No necesito saber mas; puede quedarse en casa. De todos modos, ningun mal hay en que se casen. Yo seré la madrina.

Siempre me fué Vd. simpático, Francisco, agregó con acento zalamero.

El cochero bajó de nuevo la guadaña y guardó silencio. Rea salió de la quinta, organizando los últimos detalles de su plan.

— Si uno se agacha demasiado.... murmuró Francisco, recomenzando su tarea.

Rea se encerró en su dormitorio, para pensar con calma.

Siberia dormia, D. Hermógenes estaba sentado en un sillón detras de la puerta de su escritorio, embebido en la lectura. Esmirna, sentada delante de la mesa de escribir, hacia apuntes en un libro de comercio,

La vasca preparaba el café, y Lorenzo arreglaba los bretes que iban á servir para la esquila.

Francisco concluyó su trabajo. Ató la alfalfa, cargó el haz sobre sus espaldas, despues de grandes esfuerzos, y lo llevó á la caballeriza.

Dió á cada caballo una porcion, y se encaminaba á la cocina. cuando vió á Esmirna escribiendo, y al pasar le dijo.

—Señora, la señorita lo sabe todo.

Esmirna miró azorada á D. Hermogenes. El anciano, ni siquiera pestañó; siguió leyendo con imperturbable calma, y Esmirna quedó convencida de que no había oído las palabras disimuladas del cochero.

En su afán de hacer apuntes, no vió que D. Hermógenes la miraba á hurtadillas con marcada atención.

— ¡La señorita lo sabe todo! repetía Esmirna mentalmente. ¿A que se referirá Francisco?

¡Lo sabe todo! . . . Sabrá lo que todos sospechan.

Mis relaciones con D. Hermógenes, pensó Esmirna ruborizándose.

¿Y porque se permite Francisco estas alusiones? ¿Será ese el precio de su oportuno auxilio el día de mi entrevista con Espártaco?

El que contrae deudas de gratitud con los sirvientes nunca las acaba de pagar.

¡La señorita lo sabe todo! repetía á su vez D. Hermógenes.

¿Y que puede saber la señorita, que sea secreto para todos, y no para Esmirna y Francisco? ¿Qué puede haber de íntimo, y oculto entre Esmirna y mi cochero?

¡Lo sabe todo la señorita! ¿El qué? ¿Mis relaciones íntimas? ¿Y qué tiene que hacer con ellas Francisco? ¿Quién le ha dado confianza para andar mezclado en estas cosas?

A este muchacho se le va la confianza á la cabeza. Voy á tener que darle una reprensión.

Y ella; ¿porqué le permite estas libertades? Debió tirarle con el tintero.

Esmirna concluyó de hacer los apuntes. Cerró el libro, se puso de pie, y mientras bajaba la tapa del tintero, observó de soslayo à D. Hermógenes, y le vió engolfado en la lectura.

Cuando ella salió, D. Hermógenes, cerró el libro, se acercó á una ventana, y apoyando los brazos en el alfeizar, dejó vagar las miradas por la estensión, concluyendo por fijárlas en la quinta, á donde habia vuelto Francisco en busca de la guadaña.

El cochero volvia, cuando Micaela y Esmirna iban.

La vasca empezó á recoger alberjas y Esmirna se fué rectamente hacia Francisco.

— No entendí lo que V. me dijo, al pasar por delante del escritorio.

Francisco contó lo ocurrido con Rea, añadiendo:

—Esta señorita tiene *gaulicho* en el cuerpo.

—Francisco, hace V. mal en criticar á sus patrones; es un acto de infidelidad. Cualquiera que sea el caracter de la señorita, respételo; es la hija del patron.

—Si, señora, así lo haré, porque V. me lo manda, pero ella da lugar á que los sirvientes se le paren en una pata.

—Todos tenemos defectos, dijo Esmirna yendo hacia Micaela.

Francisco solo dijo á Esmirna lo referente á la entrevista con Espártaco, callando la parte alusiva á sus relaciones amorosas.

Rea fué testigo oculto de esta entrevista, y D. Hermógenes, testigo casual.

—Señora, señora, dijo Micaela; no se fie, ni dé confianza á gauchos. Son traidores y alabanciosos. En cuanto les dan un dedo se toman toda la mano. No hay uno bueno para remedio; yo los juntaria y les pegaria fuego de muy buena gana.

—No seas gruñona, Micaela. Tu quieres mal á Francisco y á Lorenzo, no se porque.

—¿Yo, señora,? Maldito el caso que les hago. Me gusta verlos rabiar y les suelto algunas pullas por *chacota*.

—¿Y porqué los mortificas? Pueden tomarte ojeriza y hacerte algun daño.

—¡A mil Se guardarán muy bien. La vasca no tiene cola de paja.

—¿La tienen ellos?

—Yo no sé, ni me importa saberlo; cada uno es cada uno, y Dios conoce á todos.

—Bueno, Micaela, modera tu genio.

—Demasiado. Si, si, dijo la vasca emprendiendo la vuelta seguida de Esmirna.

Mientras tomaron el café, Rea estuvo muy alegre
En D. Hermógenes no se notaba diferencia.

Su calma bonachona era la de todos los días. Sin embargo, si Esmirna le hubiese observado atentamente, habría distinguido, bajo aquella apariencia tranquila, un arco mas en la frente, y los labios mas contraídos que

otros días; pero nada de esto podía advertir una mujer sin malicia, entregada por entero á sus ocupaciones diarias y al cariño de su protector.

Ese día Rea, no tenía apuro para irse.

Mientras Esmirna y Siberia salían del comedor, ella se acomodaba como el tigre que va á saltar su presa.

—Hace mucho tiempo, papá, que deseaba hablarte á solas.....

—¿Algun comentario de Malte Brun te preocupa?

Echalo á luz y discutiremos, dijo el padre mirando atentamente á su hija.

—Otro comentario mas importante me preocupa.

—¡Mas importante! ¿Acaso hay nada mas importante que las opiniones del gran sabio?

—Si, señor. Es mas importante el orden y la moralidad que deben observar los sirvientes de un hombre como mi respetable padre.

—¡Canastos! Empiezas con la campanuda gravedad de un joven, que habla por primera vez en un Parlamento. Veamos de que se trata.

—Hay aqui un sirviente y una sirvienta, que mantienen relaciones ilícitas y es necesario casarlos ó despedirlos, por decencia; por ti mismo, que no puedes servir de tapadera á tales hechos,

—Si te reñeres á la vasca, puedes dar por concluido el discurso. Hace mucho tiempo que está en casa, y aun no conozco un hombre capaz de interesarla.

—No se trata de Micaela.

—No sé entonces....

Se trata de Esmirna y del cochero.

D. Hermógenes retiró la silla de la mesa, se le encendieron los ojos, apretó los labios contra los dientes y después de un momento, dijo tan despacio como si contara las palabras:

—Conque, de Esmirna ¡eh! ¿Quién te ha dicho tales disparates?

—Yo he visto, y no tengo telas de araña en los ojos, dijo Rea audazmente, segura de haber dado en el blanco.

— Escucha, Rea, dijo D. Hermógenes con una tranquilidad que desconcertó á su hija, no es propio de una señorita convertirse en espía de sirvientes, y menos, si el espionaje tiene por objeto conocer cosas como las que tu me revelas.

Ese oficio, hija, no es oficio de niña bien educada.

Cuida tu pudor, y no te ocupes del de las mujeres á quienes ningun vínculo te une.

Ademas, no se puede juzgar á nadie por simples apariencias.

—No son apariencias, y sí realidades, y no vistas por mi sola, sino tambien por Espartaco, que sorprendió á Esmirna encerrada con Faancisco y con Lorenzo en el cuarto de Micaela, y por eso se fué tan pronto de aquí. Le dió asco la conducta de esa mujer.

—Tu hermano, no me dijo una palabra de tan extraño descubrimiento. Y en fin, dijo D. Hermógenes cortando la conversacion, no te ocupes de esas cosas; manchan los labios de una señorita.

El anciano hablaba con calma, y Rea no sabía que pensar. Lo único que la complacía era que su padre no mezclaba en sus dichos á Malte-Brum, señal cierta de estar herido en el pecho.

Rea reflexionó. Si la flecha estaba en la herida, sus efectos destructores irían en aumento, y levantándose de su silla se llevó el pañuelo á los ojos diciendo:

—Perdóname, papá, si cometí una falta. Creí que debía vigilar y defender la respetabilidad de nuestro hogar.

—Si no reincides, estas disculpada, contestó D. Hermógenes, sorprendido del cambio de tono y de la sensibilidad de su hija.

Rea se retiró.

—¡La señorita lo sabe todo! murmuraba D. Hermógenes. ¡Es imposible!... agregó, pasándose la mano temblorosa por la barba.

Sería la miseria mas espantosa de un corazón miserable.

Inclinó la cabeza en actitud meditativa, y ora coloreándosele las mejillas ora palidiciendo intensamente, permaneció sentado mucho tiempo.

Inmovil en su asiento, con los codos apoyados en la mesa y la frente en la palma de las manos, se quedó abismado.

—E pur si muove, murmuró poniendose de pie.

Tomó su sombrero suspirando, é iba á ordenar que

le ensillasen el caballo para dar un paseo, cuando vio á Micaela con el mantel en la mano.

— ¿A donde vas?

— A tender la mesa para servir el almuerzo.

— ¡Como! ¿Que hora es? preguntó asombrado, consultando su reloj. ¡Las once! ¿A que hora hemos tomado el café?

— A las ocho, contestó Micaela, tendiendo el mantel.

— ¡Como vuelan las horas, cuando la imaginación batallal murmuró D. Hermógenes, yendo hacia el escritorio.

Allí vio á Siberia, colocando en un florero el cotidiano ramo.

Estaba contenta, feliz, con las mejillas frescas aterciopeladas, y los grandes ojos negros llenos de luz candorosa.

La niña abrazó la cintura de su padre, y él dándole un beso, dijo entre dientes:

— Esta al menos, no me quema el alma!

En ese momento, pasó Rea para el comedor, afectando humildad y tristeza. La seguía Esmirna con aire des-cuidado y natural.

— Señor, á la mesa, dijo Esmirna deteniéndose ante la puerta del escritorio.

D. Hermógenes volvió al comedor, admirado de que todos tuviesen apetito.

El anciano apenas probó la comida, y sus miradas uscaron la faz de Esmirna.

Cuanto mas la miraba, mas inverosimil le parecian las enuncias de Rea.

—¿No está [bien el almuerzo;? preguntó Esmirna á D. Hermógenes.

—Está muy bien, pero hemos tomado el café tarde; no tengo apetito.

Rea se sonrió con disimulo, y Esmirna preguntó.

—¿Se siente mal?

—No; estoy perfectamente. Me vengaré del apetito á la hora de comer, contestó D. Hermógenes mirándole los ojos á Esmirna.

Un relámpago fugaz de amorosa y secreta inteligencia despidieron las pupilas de la madre de Martiniano.

D. Hermógenes, miró á Rea como preguntando.

—¿Cabe la traicion y la bajeza en el alma pura que acaba de asomarse en esos ojos?

Rea no vió la mirada de su padre, si la hubiese visto habria temblado por el éxito de su loca jornada.

—Señor, pruebe estos hermosos nísperos. Verá que sabor especial tienen, dijo Esmirna, poniendo delante de D. Hermógenes una docena de nísperos enormes y dorados, cubiertos con hojas de parra.

—Si, papá, pruébalos; son deliciosos; yo me comí dos docenas, recogidos por Esmirna y anidados sobre una montaña de jazmines blancos como la leche, añadió Siberia.

—¿Quieres probarlos, Rea? preguntó D. Hermógenes.

—Me me gustan, papá.

—Es verdad, me olvidaba que tus gustos son diferentes á los nuestros, dijo el anciano recalcando las palabras.

—Hay otros gustos mas condenables y feos que los míos, replicó la joven con tono agresivo.

Esmirna miró alternativamente al padre y á la hija, como preguntando.

—¿Qué significa esto?

D. Hermógenes se sonrió, advirtiendo la alarma de Esmirna, y se calló.

—¿Son ricos, papá? preguntó Siberia.

—Riquísimos, como de manos de Esmirna, que tiene atenciones delicadas é inspiraciones felices. Parece discípula de Maite Brun.

Rea levanto la cabeza asustada. La cita hecha por su padre, era claro anuncio de que su espíritu ya estaba sereno.

Esmirna dirigió á D. Hermógenes una sonrisa de dulce agradecimiento, y nadie habló una palabra más.

El hondo surco de la frente del anciano disminuyó notablemente.

Esa tarde hizo honor á la cocinera.

Después de comer, Rea pasó por delante de la puerta de la cocina, y dijo á la vasca.

—Micaela; deseo, que cuando concluya sus quehaceres, me cambie el agua del lavatorio. He visto á una *laucha* beber en la jarra, y me causa horror la presencia de esos asquerosos animalitos.

—Está bien, señorita, contestó Micaela sin dejar de ver los platos.

Media hora habría pasado cuando entró Micaela en dormitorio de Rea, llevando un balde de agua.

Lo dejó delante del lavatorio, cogió la jarra, la lavó, rojó el agua en el ecusado, y la llenó con el agua del alde.

Todo esto lo hizo sin decir palabra, y sin mirar á ea se dirigia á la puerta, cuando la joven le dijo.

—Cuanto más la miro, Micaela, mas lástima le tengo.

—¡Lástima á mi!

—Ah! V. lleva muchos años de buenos servicios en esta casa, y cuando debiera descansar siendo ama de laves, le traen una intrusa y se la dan por señora.

—¡Oh! exclamó Micaela, dirigiendo los pasos hacia la puerta.

—Venga. A ver que tal le sienta este collarcito de oro, hijo Rea, tomando de sobre la mesa una cadenita con un relicario.

—Esas cosas, señorita, no sientan bien al pescuezo de una pobre. Cada una debe usar lo que corresponde á su clase.

—¡Ah! si todas pensarán como Vd.! Alguna conocemos V. y yo, que pretende levantarse de la inmundicia para usurpar el rango á las personas decentes.

—Yo no conozco á nadie, señorita.

—Si, la conoce. Bien sabe V. cual es á la vez, querida del cochero y del patron.

Micaela se quedó con la boca abierta, pensando, que aquella señorita era mas desbocada que ella.

Rea aprovechó el asombro de la vasca para ceñirle el collar en el cuello, diciendo.

— Si fuera V. el ama de llaves, no sufriria yo humillaciones.

Sin embargo, estas indecencias no pueden durar, y espero poder ofrecer á V. la posicion que sus servicios merecen.

La vasca se habia repuesto ya de su sorpresa, y sacándose el collar, lo arrojó con groseria sobre la mesa, diciendo.

— Yo estoy bien paga y bien tratada; ni pido mas, ni quiero regalos de nadie.

Tengo mi conchavo y me basta para comprar lo necesario.

— ¿Es posible que desprecie asi un obsequio mio?

— Señorita, la vasca Micaela, no es tan bruta como á V. se le figura, contestó la sirvienta saliendo.

— ¡Miserables gentes! Vienen de Europa llenas de róna, y cuando tienen un peso guardado, son mas orgullosas que las que nacemos entre el dinero y las comodidades.

La tiene comprada la otra. Debí preverlo, dijo Rea, con la cara encendida por el despecho.

— ¡Uf! ¡Qué sueño tengo! entró exclamando Siberia, con su batita medio desabrochada y sentándose en la silla de la cabecera de su cama para sacarse los botines.

Rea ni si quiera la miró.

—No te acuestas, Rea?

—¿Qué te importa?

A la mañana siguiente, Esmirna se levantó con visibiles muestras de haber llorado. D. Hermógenes no se acordaba más de su proyectado matrimonio.

—¡Lorenzo, gritó, él desde el escritorio.

—Ordene, patron, contestó Lorenzo presentándose en la puerta, olvidado de sacarse el sombrero.

—Antes de nada, sácate el sombrero, ó te lo sacaré yo de un tiro.

—Dispense, patron; fué un olvido, contestó el capataz descubriéndose precipitadamente.

—A ver un peon activo, bien montado, para que lleve esta carta, y vuelva hoy mismo.

—Irá Juancito, patron. Es de poco peso, y muy vivo. Le haré ensillar el doradillo tambero, capaz de galopar una semana entera sin parar.

—Que se apronte y venga ahora mismo.

Lorenzo salió corriendo, y diez minutos despues Juancito recibia una carta de su patron, para el capitán Espártaco Ezpeleta.

El muchacho guardó la carta en su cinturón de cuero, salió, montó de un salto en el doradillo, le tocó con el rebenque y el caballo comenzó á galopar al compás del ruido de su abierta nariz.

El muchacho era de pocas carnes; no pasaría de cuatro arrobas, y el doradillo era un veterano invencible para galopar.

— ¡Francisco!

— Ordene, patron.

— Quiero ver como están los coches. Sospeché que no están muy limpios; ha de ser necesario limpiarte el lomo.

Francisco se fué á la cochera y empezó á lavar los coches con un ardor extraordinario.

En pocos minutos los sacó de la cochera para que don Mermogenes los inspeccionase.

El anciano se acercó refunfuñando palabras que Francisco no pudo entender.

El surco de su frente se habia abultado de un modo alarmante, y tenia los labios tan adheridos á la dentadura, que solo se percibian por la excesiva palidez.

Esa mañana, ni él ni Esmirna tomaron té.

Siberia, aunque no sabia cosa ninguna de novedad, andaba asustada, y Rea se iba á su cuarto para frotarse las manos de alegría.

La vasca tenia la cara nublada, y Lorenzo y Francisco, no estaban quietos un instante, yendo de un punto á otro, limpiando galpones, levantando las cosas caidas, rasquetéando los caballos, ensebando arreos... En fin, jamás se mostraron tan trabajadores y activos como aquel dia.

Lorenzo carneó una res de grasa, y estaqueó el cuero á la vista.

—Hoy tenemos sebo en abundancia, dijo la vasca á Lorenzo, volviendo de la ramada con la carne para el almuerzo.

Buena falta hace, para curar las mataduras de los gauchos, si al patron se le paran los pelos.

—¡Mal cólico te mate! murmuró Lorenzo.

—Las agenas no estyn tan gordas, agregó la vasca levantando en alto un pedazo de grano de pecho, y siguiendo su camino.

Esmirna, ni ordenó nada, ni hizo sus asientos en el libro. Andaba bamboleándose como si estuviera ebria.

En el almuerzo nadie dijo una palabra, y con excepcion de Rea, ninguno probó la comida.

Siberia, no apartaba los ojos del anciano. Presentia algo raro, imponente, y su sistema nervioso la tenia azorada.

¡Pobre niñita! Ese dia, ni su padre, ni Esmirna se habían acordado de darle su porcion de mimos, y para ella, eso era un cataclismo.

De tarde, D. Hermógenes montó á caballo y recorrió algunos puestos, volviendo al oscurecer.

Cuando se apeó, vió á su lado á Juancito, y á veinte metros, un caballo que acababa de revolcarse, y corria retozando en busca de la racion de maiz. Era el viejo é incansable doradillo; noble criollo, honra de esa cria que ya empezaban á menospreciar los estancieros importadores de padrillos ingleses.

D. Hermógenes, dando las riendas de su cabalgadura á

Lorenzo, tomó la carta que traía Juancito, rompió el sobre y leyó sin moverse.

Cuando concluyó la lectura, dió un suspiro, y viendo á Esmirna, á sus espaldas le dió la carta diciendo:

— ¡Perdónamel. . . .

Esta escena no fué vista por Rea.

La carta decia así:

‘Mi querido papá:

Cuanto dice esa pobre mujer, es verdad. Me avergüenzo de mi proceder, y te pido perdón.

Confío en tu corazón, para mandarte un abrazo,»
tu hijo - *Espártaco*.

— ¡Dios mío! exclamó Esmirna, es tan noble y bueno como su padre, y sin saber lo que hacia, corrió hácia el interior de la casa.

Por fortuna para Siberia, Esmirna la halló á su paso, y alzándola como una muñeca en los brazos, la cubrió de besos

La calma volvió á todos los espíritus, sin que Rea se diese cuenta de lo que sucedia.

Pocos dias después, D. Hermógenes escribia á Espártaco.

«Mi querido hijo:

Gracias por tu noble franqueza. Eres un hombre honrado; me enorgullece tu conducta.»

Tu padre.

— Dígale que le doy las gracias, dijo una voz, á espaldas de D. Hermógenes.

—Escríbele tu misma aquí, contestó el aludido señalando el papel.

Esmirna escribió:

«Gracias. Le debo la vida.»

E-mirna

—Ahora, basta, agregó D. Hermógenes mojando la goma del sobre en la lengua, y cerrando.

Desde hoy, empezaré á ocuparme del inventario de mis bienes, y en seguida, serás la mujer del viudo Hermógenes Ezpeleta.

De la frente del anciano habia desaparecido el profundo surco, y los labios estaban separados de los dientes.

—Las mas violentas sacudidas, dice Malte-Brun, producen los mas bellos frutos, dijo D. Hermógenes, después de llamar á Lorenzo y entregarle la carta, para que fuese llevada á su destino.

—¿Es urgente, patron?

—No. Puede ir despacio el mensajero, y volver mañana.

Lorenzo se retiró.

—¡Micaela!

—Patron.

—¿Cuánto tiempo hace que no bailas un fandango?

—Desde que salí de mi tierra.

—Pues antes de tres meses, te haré bailar con el hijo del hornero, en la sala de mi casa.

— Bueno, patron; lo bailaré no mas, dijo la vasca con alegre semblante.

—Y no solo eso; estrenarás un vestido y unos aros al uso de Vizcaya, que yo te regalaré.

—Ya lo creo, que los voy á estrenar, y si está aquí Martinianito, me pintara peripuesta, y bailando.

—¡Canastos! Está dicho. ¿Cómo habia de faltar esa noche el pintor.

—¡Oh! lindo es tener el corazon contento; yo tambien me pongo alegre, dijo la vasca riendo, y dejando solos á D. Hermógenes y Esmirna.

—¡Qué vasca del diablo! Es muy viva. Estoy seguro que adivina mis intenciones. Es áspera, mordaz y agresiva, pero es buena, honrada y muy trabajadora, dijo D. Hermógenes.

—Tiene muy buenos sentimientos, señor.

—Lo se, lo se. No saldrá descontenta de mi casa.

Desde ese dia, D. Hermogenes se entregó á la tarea de preparar lo necesario para su casamiento.

La oposicion de Rea, que él conocia en todos sus odiosos detalles, le estimulaba en la tarea, y para un hombre tan rico, nunca se presentan obstáculos; el dinero los allana todos.

Antes del tiempo calculado, D. Hermógenes tenia todo en orden.

La calma de todos, hizo ver á Rea la necesidad de tener otra entrevista con su padre, para administrarle otra dosis de ponzoña.

—Papá, los escándalos continúan entre Francisco y Esmirna.

En la quinta, en la cocina, en el cuarto de la vasca, confidenta de ellos; en todas partes y á todas horas, están juntos los dos.

—Tus escrúpulos te hacen ver visiones, Rea. No te ocupes de tan ruin oficio!

—Pero papá, si es un escándalo. . . . Espartaco no pondrá mas los pies aquí, por eso, y es muy duro para el sensible corazón de dos niñas, verse privadas de la visita de un adorado hermano, por culpa de dos despreciables sirvientes.

—¿Pero estas segura de que Espartaco vió algo impropio entre esa gente?

—¿Como no estarlo, si el mismo me lo contó?

—Siendo así, debe ser cierto. El capitán es un soldado de honor, le creo incapaz de una calumnia. Lo mas acertado es escribirle; pedirá licencia y vendrá por dos ó tres meses á vivir con nosotros, y así nos explicará cuanto vió.

Veremos la importancia de su relato; y si hay motivo, despacharemos á esa gente.

—Si, papá, si. Hazlo y te convencerás de cuanto te dije.

—Muy bien, Rea; quedamos convenidos, y mientras tanto, no te ocupes de asuntos de esa naturaleza; son indignos de personas decentes. Yo le escribiré á Espartaco mañana mismo, y te prometo ser justo.

—Me llenas de contento, papá, dijo Rea abrazando á su padre, antes de salir del escritorio.

—Es tan falsa, tan mala, y de tan bajas pasiones como su madre. Di si quiera no se le parezca en . . . pensó D. Hermógenes.

La joven reanudó sus cartas para Espártaco. Le escribía pidiéndole olvidase las palabras impertinentes y distraídas que le habia dirigido en la quinta.

Que le era imposible estar sin su afecto y que le contestase, como prueba de generosidad, y de olvido.

Espartaco le contestó alabando su resolucion y arrepentimiento, y pidiéndole, amase mucho á su padre y á la *nena*.

Rea dió principio á la comedia, no dejando un instante sola a Siberia. La niña se fastidiaba con tan repentinos cuidados.

A Esmirna, la saludaba con bondad, y la infeliz empezó á creer en el arrepentimiento.

—¡Pobrecital Se habrá desengañado, decia Esmirna á D. Hermógenes.

—No la creas. Cuando su madre se mostraba mas atenta y afectuosa con una persona, era cuando estaba dispuesta á darle un veneno que la matase. Ten cuidado! Esta niña se parece mucho á su madre. Solo en una cosa no se le parece hasta ahora. Ya te dije en que ¡Lo recuerdas?

—Lo tengo bien presente, y ruego siempre á Dios por Rea.

Una carta del banquero, y otra de Martiniano, anunciaron la pronta vuelta á la estancia del futuro pintor.

Francisco partió en busca del niño.

—Ya va á venir, decia Siberia palmoteando.

Le tiraré de las orejas. Ni una vez siquiera me escribió: “Te quiero” Veremos como hace para escapar á mis abrazos.

—Harás bien en tirarle de las orejas, contestaba riendo de gozo Esmirna.

—Dime, Esmirna, ¿á los niños le salen bigotes?

—Mientras son niños, no.

—¿Y Martiniano es niño todavía?

—¿Como no, si tiene catorce años?

—Entonces no tendrá bigote como Espártaco?

—No: ¿Porque me preguntas?

—Dice Micaela, que Martiniano vendrá hecho un hombrecito; vestirá con estravagancia como los hombres notables y.....

—Son locuras de Micaela. Ni Martiniano es notable, ni es cierto que los hombres de talento se distinguan por vestir con estravagancia.

—Ella me dijo, que hay un sabio en Buenos Aires, vestido como storrante, para llamar la atencion.

—El desaseo y las rarezas en el vestir, lejos de revelar talento, revelan falta de él. Es espediente de los que nada saben, el de singularizarse por rarezas..

Nó le hagas caso á Micaela; cuando no tiene á quien criticar, se critica á si misma.

—¿Y que es criticar?

—Señalar las faltas ajenas.

—¿Y contar lo que se ve, es criticar?

—Unas veces si, otras no.

—¿Si yo contase, que Rea habla muchas veces en secreto con Francisco, seria criticar?

—No se que decirte; no soy muy versada en estas cosas.

—Le preguntaré á papà.

—Eso no está bien.

—Entonces me callo. Que hablen cuanto quieran.

¿Vendrá hoy Martiniano?

— No. Mañana.

—¡Mañana! ¡mañana! repetia Siberia saltando en un pie, y dirigiendose al patio.

—¿Estarán urdiendo un enriedo? se preguntó Esmirna, recordando lo que acababa de decir la niña, respecto á Rea y á Francisco.

¿Podrá arrancarle á Francisco promesas de alianza?
¿Qué pueden inventar?

El no sabé que el maldecido Roman durmió aquí. . .

Esmirna se estremeció. ¡Pobre victima! No podia ver una esperanza, sin que la tronchara un temor.

Por una parte, la venida de Martiniano y la proximidad del casamiento, y por la otra, la tortura de las desconfianzas y la guerra sorda de una joven tenaz, la tenian en continua zozobra.

Esmirna no había cometido ningún delito, y sin embargo, vivía sobresaltada como los criminales.

¡Qué día tan largo fué aquel, para la pobre madre!

¡Y qué temprano se levantó al siguiente!

Micaela hizo ese día todos los dulces de su repertorio culinario, regalos á que eran afectos Martiniano y Siberia, pero los ocultó, para gozar la sorpresa de los niños, en el momento que pusiese ante sus miradas una batería de platos.

Serian las cinco de la tarde, cuando se escucharon estos gritos:

— ¡Francisco con el niño!

— ¡El hijo de la señora!

— ¡Martiniano!

Y toda la servidumbre se apiñó.

El primer abrazo de Martiniano fué para su madre, el segundo para su protector, y el tercero para Siberia.

— ¡Picaro, no me escribiste que me querias, le dijo la niña al oído.....

Llevado de la mano por D. Hermógenes y seguido de todos los sirvientes, cruzó el patio hasta llegar delante de Rea, que de pie en el vestíbulo, tendió la mano al niño.

Martiniano se sacó el sombrero, y saludó cortés y respetuosamente á la joven, sin cojer su mano.

Ella hizo un jesto de desprecio y el niño pasó.

Micaela le pisaba los talones á Esmirna.

—Mi querida Micaela, dijo Martiniano reparando en ella, y la abrazó.

La vasca abrió los ojos y la boca, apretó al viajero contra el pecho y un hipo doloroso le impidió hablar.

¡Que aire tan marcial y distinguido tenía Martiniano!

No había crecido mucho, pero era esbelto, y hermoso como un ángel. ¡Bello fruto de un desmayo!

—Ya se que tienes relaciones con Malte-Brum; te felicito, decía D. Hermógenes. El también es pintor; es paisajista de los mejores.

—Verdaderamente, contestó Martiniano, cuando nos presenta cuadros tropicales, su libro huele á flor de café, bananero y coco, y el cálido sol del meridiano parece encender una hoguera en cada hoja.

—¡Venga un abrazo, muchacho! No hablaría mejor un poeta, dijo D. Hermógenes.

Esmirna se moría de emoción.

—¡Y tanto que le castigué!.... murmuró dejándose caer desfallecida en un sillón.

—Martiniano, pintarás algún día una puesta de sol en las selvas tropicales, y ese cuadro será dedicado á la memoria de Malte-Brun.

Las gigantes hojas del plátano, sosteniendo y columpiando el rayo moribundo; las sensitivas, recogiendo en sus pétalos el último beso del viajero eterno; las piñas, dorando una parte de sus escalonadas tachuelas, mientras se sombrea la otra; las campanulaceas, balanceando sus calices como vistosos incensarios, en honor del rey que parte.

La atmósfera trasparente, las inquietudes del colibrí, que enciende su cuello en la postrer lumbre de la tarde; los troncos colosales, las empenachadas palmeras; los lagos quietos como inmensas placas de oro bruñido... ¡Ah! será una maravilla.....

A medida que D. Hermogenes hablaba, Martiniano se enrojecia y animaba, y con la última exclamacion del anciano, se arrojó en sus brazos diciendo:

—¡Lo veol !lo veol Tengo mi primer paisaje. No lo olvidaré jamás. Será dedicado á Malte-Brun.

—Muchacho encantador, pensó D. Hermógenes. ¡Quien fuera su padre!

Ese dia, nadie se ocupó de otra cosa, que de la llegada de Martiniano.

Micaela logró asombrar á los niños, con la profusio de dulces preparados.

Al siguiente dia, D. Hermógenes pidió á Martiniano, su cartera de artista.

El niño no se hizo rogar. Fué á su cuarto, y volvió á la sala con un cuadro envuelto cuidadosamente en papel, y una cartera voluminosa.

La cartera estaba llena de dibujos a lapiz y á pluma, y el envoltorio ocultaba su primer acuarela. Empezaron por los dibujos. Estudio de cabezas, de sombras de lagos, de ruinas históricas, de costumbres americanas; todo

estaba allí, ante los atónitos ojos de D. Hermógenes, Esmirna, Siberia y Rea. La última, á pesar de su estudiado desden, se sentía admirada.

— A ver. Desenvuelve eso. Debe ser un dibujo grande y bello, dijo D. Hermógenes señalando el cuadro.

— Es mi primer acuarela, dijo Martiniano, desatando el hilo y sacando el papel al cuadro.

— Ya se, por carta de mi banquero, que ese trabajo fué muy aplaudido.

— No es ni regular, pero mis condiscípulos son muy amables, y los profesores muy benignos.

El cuadro ya estaba á la vista, sostenido a la altura de medio metro por las manos de Martiniano. Todos se acercaron para verlo.

— Si quisieran Vds. dar paso á la luz, verían mejor, dijo el niño.

— Ponlo sobre esta mesa, arrimado contra el jarron, dijo D. Hermógenes.

Martiniano obedeció, y señaló la distancia á que debía colocarse.

Ninguna de las personas allí presentes tenían competencia para juzgar la obra, pero la pintura, la música y la poesia se sienten.

El efecto que produjo el cuadro, fué emocionante. A Rea le arrancó un jesto terrible, á D. Hermógenes le dejó pensativo, á Esmirna la asustó y á Siberia le hizo batir palmas.

El asunto era bien sencillo.

Sobre una meseta elevada, se veían varios segadores con la hoz levantada. Algunas gabillas de trigo los roteaban, principio de corte de un hermoso trigal, que parecía ondular al impulso de suaves brisas por una parte, mientras por la otra lo devoraba el fuego.

La llama salía de la boca de una culebra, enroscada al tronco de un árbol corpulento y añoso, próximo al sembrado.

La impresión producida por el cuadro, no residía en la ejecución, sino en las circunstancias siguientes:

La primera segadora, de aspecto angustiado, se parecía á Esmirna; el segundo era un joven parecido á Martiriano, y la tercera era Nestoria.

El añoso árbol, formaba con el conjunto de sus hojas la cara de D, Hermógenes.

Estos detalles estaban tan marcados, que con excepción de Siberia, todos los distinguieron al primer golpe de vista.

La sorpresa dolorosa de los segadores, contrastaba con la quietud del árbol.

Esmirna miraba el cuadro con tímido silencio; D. Hermogenes lo contemplaba pensativo, y Rhea con impaciente desagrado.

Siberia, entre tanto, no se cansaba de ponderar la hermosura de los asustados segadores, y la infamia de la culebra, que así destruía tan linda y abundante mies, en el mismo instante en que sus cultivadores se disponían á cosechar el fruto de un trabajo largo y penoso.

—¡Que horribles y malas son las culebras! exclamó la niña. Si yo fuera ese tronco que le sirve de apoyo, me caería para aplastarla.

—Los vegetales obedecen también á leyes superiores; se ajustan á ellas para cumplir su misión, dijo tristemente D. Hermógenes.

Rhea abandonó la sala con expresión iracunda.

—Pero papá, si ese árbol no estuviera ahí, la horrible culebra no despidiría llamas de la boca para quemar la cosecha de esa buena gente! agregó Siberia, y volviéndose á Martiniano, preguntó; ¿Porqué pintaste ese árbol en tan mal lugar?

El pintor se sonrió y repuso.

—El mal, también tiene protectores; sin ellos no existiría.

—¡Protectores el mal! No debe tenerlos, replicó la inocente niña.

Esmirna temblaba, y D. Hermógenes parecía cada vez más preocupado.

—Ya lo hemos visto; devuélvelo de nuevo, dijo Esmirna tartamudeando.

Martiniano envolvió la acuarela.

—¿Qué harás de eso? Preguntó D. Hermógenes.

— Lo conservaré como muestra de un ensayo.

—Deseo que lo vea el capitán, cuando venga.

—¡El capitán! repitió Martiniano.

—Si, el capitán. Es verdad que tu no sabes quien es Espártaco, mi hijo, es capitán de artillería, y no debe tardar en aparecer aquí.

El niño frunció el ceño, y D. Hermogenes viéndolo, agregó.

—El capitán es un hombre honrado, y de nobles sentimientos; bien lo sabe Esmirna.

—¡Bueno, y digno de toda consideracion, agregó la aludida.

Martiniano se tranquilizó, y Siberia dijo.

—Cuando Espártaco vea este cuadro, abrazará al pintor; pero no le gustará la serpiente.

—El Dios de Israel, solo tuvo profetas, el Dios de los cristianos, tuvo tambien profetisas, dijo D. Hermógenes mirando á Siberia.

Esmirna sabia que todo estaba listo para su casamiento; ya no temia á Espártaco, de cuya altura de caracter conservaba una prueba irrefutable, pero su secreta satisfaccion era con frecuencia acibarada por nuevos temores.

Rea, la implabable joven, meditaba algun nuevo ataque, y esta vez iria secundado por un auxiliar temible: por Francisco.

¿De que influencia se valia Rea para disponer del cochero? Lo ignoraba Esmirna, pero veia al gaucho vendido á la joven.

La conducta de Francisco habia cambiado mucho. Se mostraba reservado y altanero, obedecia de mala gana las órdenes de Esmirna, y al mismo Lorenzo, su amigo

mas intimo, no lo trataba con la confianza y compañerismo de antes.

Contestaba una groseria á Micaela, cuando le dirigia alguna indirecta, y se daba humos de gran señor.

A Martiniano, le dirigia la palabra, envolviendo en ella alguna pulla picante, respecto á su origen y posicion.

La soberbia de Francisco, no perdonaba ni á D. Hermógenes, cuando estaba seguro de no ser oido por el anciano.

Cambiaba miradas de secreta inteligencia y amable atencion con Rea, la cual deponia su altanero orgullo, para sonreir al cochero.

—Señora, Francisco está mas soberbio, que un burro gordo, decia la vasca. El gaucho está perdido de vanidad.

—Nunca simpatizaras con Francico, Micaela, contestó Esmirna.

—Los gauchos no me gustan, señora; son desleales, y muy satisfechos. A mi poco me importa; ese perro no me ha de morder, pero yo se quien ha de venir á sufrir por las vellaquerias de ese traidor.

—Yo cumplo con mis deberes, dijo Esmirna, dandose por aludida.

—Hay otras que no los cumplen, y algun dia han de llorar.

—¿A quién te refieres?

—El tiempo lo dirá. Las confianzas y secretos en boca

de gauchos, duran tanto, como el caldo en la espumadera,

—Mis secretos y confianzas con Francisco, pueden decirse á todo el mundo.

—Hay personas en esta casa, que no pueden decir lo mismo. Y . . . cállate la boca, vasca, dijo Micaela golpeándose los labios con la palma de la mano.

—¿Tienes recelo que yo repita tus palabras?

—No señora; sin embargo, en boca cerrada no entran mosquitos. Dices que viene hoy el hijo del patron, y pasado mañana bailaré un *fandango*!

Esmirna comprendió la intencion de Micaela. Aludía al casamiento.

—¿Y como sabes tu esas cosas?

—¿Como no las he de saber? ¿Quien las ignora en esta casa? No me las dijo Vd. por cierto, por no merecerle confianza tal vez, pero no falta quien hable. Si, si; hablan bastante.

—Tu reproche no es justo, Micaela, yo no dije á nadie lo que tengo orden de callar, y no se por donde pueden traslucirse las reservas del patron.

—¡Las reservas! ¿No fué Francisco á traer un escribano? ¿No avisó al cura? ¡Tan bobo que es el gaucho para no darse cuenta de todo, teniendo la obligacion de comunicarlo! Ella y él lo saben y se complacen en decirlo.

—Hace mal, Francisco

—Ya lo se yo; hacia mal muchas cosas, desde mucho tiempo, pero ahora las hace peor. Con su pan se lo coma. No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

—¿Le conoces malas acciones desde antes?

—Yo no conozco nada. Dios conoce á todos.

Micaela tenia la costumbre de decir y no decir, avanzar y retroceder, y de esta táctica no la sacaba nadie.

Esmirna la conocia, y se calló.

Micaela lanzó una carcajada, mirando hacia el dormitorio de Rea.

Esmirna siguió la direccion de las miradas de la vasa, y vió á D. Hermogenes de pie, mirando de hito en hito al cochero, que salia del cuarto de la señorita.

—¿Qué hacias ahí tu? preguntó el anciano.

—Me llamó la señorita

—¿Para que?

—Para darme una carta

—¿A verla?

Francisco empezó á registrarse los bolsillos y exclamó en seguida.

—Creo que la perdi.

—¡La perdiste y acabas de recibirla! A ver la carta, gritó D. Hermógenes metiendo la mano derecha en el bolsillo del pantalon.

—¡Ah! ya la hallé, dijo el cochero pálido como un cadaver.

D. Hermógenes miró la direccion, rompió el sobre, leyó la carta, la rompió en menudos pedazos, y dijo á Francisco.

—Ahora mismo te vas al escritorio para arreglar tu

cuenta, y dos minutos después, te alejas de aquí para siempre.

—Patron....

D. Hermogenes llevó de nuevo la mano al bolsillo, y Francisco, dócil y silencioso, se dirigió al escritorio.

Arreglada la cuenta al cochero, el anciano le señaló la puerta con ademan imperioso.

El gaucho salió mohimo y callado, seguido por su patron, hasta la puerta del cuarto de Rea.

—Señorita, dijo el anciano, la carta para el capitán ya está entregada.

Rea no se movió de su silla y don Hermogenes se retiró.

Francisco montó á caballo, y al pasar al lado de la quinta vió á Micaela de pié mirandole con ojos burlescos, y diciendo.

No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista.

Francisco le dirigió una injuria soez y la vasca le hizo un corte de mangas.

Así se despidieron aquellos dos seres antipáticos entre sí, por carácter, por costumbres y por tendencias.

Esmirna se dirigía al cuarto de su hijo, convertido en taller de dibujo donde hacia muchas horas estaban el

niño y Siberia; él dibujando, y ella dándole un *solo* sobre flores, frutas y mariposas, cuando Lorenzo dijo.

— Buenas tardes, señora.

— Buenas tardes, Lorenzo.

— ¿Se fué Francisco?

— Creo que sí.

— Bien hizo el patron; ya los peones hacían chacota de la señorita.

— ¿De que señorita?

— De la hija mayor del patron.

— ¿Porque se permiten los peones esos atrevimientos?

— ¿Y quien les cierra la *jareta*, señora? Ellos no tienen la culpa; Francisco se jactaba de que la señorita lo quería y cualquier loco de estas . . .

— ¡Cuidado, Lorenzo! Ya V. conoce á su patron. Si llegasen á sus oídos tales conversaciones, sabe Dios lo que sucedería!

— Ya lo creo que lo conozco, es capaz de meterle una bala entre las *guampas* al mas pintado, y quedarse muy tranquilo; y de que no le erra, no hay duda; le vi matar perdices al vuelo, con el revolver.

También se que no se le caen las armas del bolsillo del pantalón.

— Pues, bueno; sabiendo todo eso, silencio! dijo Esmirna, explicándose entonces porque vió á D. Hermógenes meter la mano dos veces en el bolsillo, cuando despidió á Francisco.

Consideraba con horror, que sin ella sospecharlo, pudo

aplazarse su casamiento, pues un movimiento hostil del cochero, hubiera bastado para que D. Hermógenes le perforase el craneo con una bala.

—Ahora se acabarían las chacotas; los peones verán que los dichos de Francisco, eran alabanzas al *ñudo*.

—Haga callar á esa gente, Lorenzo; puede suceder una desgracia.

—Si, señora, lo haré; pero á la señorita le ha de pesar la ida de Francisco, porque ahora hablará peor.

Lorenzo volvió hacia el galpon y Esmirna retrocedió hacia el dormitorio de Rea.

Mucho estrañó Rea, ver entrar en su cuarto á Esmirna. No tenia costumbre de hacerlo.

—Señorita Rea, dijo Esmirna sin sentarse, circulan calumnias que la comprometen, y es mi deber evitarle un disgusto.

—¡Mucho se interesa V. por mi tranquilidad! dijo Rea con sonrisa sarcástica.

—Aborrézcame cuanto quiera; desprécieme, pero no permita V. que los peones murmuren de su honestidad.

—Yo no doy motivos para andar en boca de sirvientes: pero en una casa donde las sirvientas se hacen llamar señoras, nada me causaria admiracion.

—Sea V. razonable, señorita. Un sirviente se jacta de condescendencias. . . .

—Ya sabia yo, que le habian de atribuir al pobre Francisco, toda clase de infamias. Yo no me ocupo de cuentos. Nunca le he dicho á Vd. que reprenda á *su corre*,

ve, y dile; á la tapadera de sus culpables relaciones; á esa vasca sucia y ruin. Le diré mas; si V. está celosa, hace mal en vengarse del mismo á quien concedia favores; eso es innoble.

Esmirna quedó estupefacta, ante la actitud y las palabras de Rea.

O aquella joven era la personificacion de la perversidad. ó estaba loca.

Un prolongado silencio sucedió á las palabras de Rea.

Esmirna fluctuaba entre salir de allí sin decir nada, ó insistir en sus advertencias, y por fin dijo.

—Le traté á Vd. con respeto, nunca le diriji una frase impertinente; siempre halle disculpas en su favor, y sin embargo, me veo despreciada como leprosa. No importa; sufriré, pero creame, tengo deseos de evitarle cuantos dolores la amenacen.

Gracias, noble y generosa protectora; alta y dignisima dama. Quedo muy agradecida, pero no tengo ganas de hablar, contestó con insultante ironia Rea, dando la espalda á Esmirna.

—¡Ah! Esto es demasiado, exclamó Esmirna saliendo de dormitorio.

—Al fin tuvo verguenza una vez, dijo Rea de modo que Esmirna pudiese oirla.

—No te lo doy; se lo llevo á papá, gritaba alegremete Siberia, corriendo con un dibujo en la mano, seguida de Martiniano.

—No esta concluido, Siberia.

—Asi me gusta á mi; no te lo doy.

Siberia llegó fatigada al escritorio y puso el dibujo ante los ojos de su padre, diciendo.

—Ves, papá, que lindo! Esta soy yo.

—Verdaderamente; es un bonito pensamiento.

El dibujo representaba á Siberia con un ramo en la mano, perseguida por un enjambre de mariposas. Un majestuoso lepidoptero, tenia su chupador entre los labios de la niña.

—Es muy ingenioso, pero ten cuidado, Siberia, con este hermoso pavon diurno que se apoderó de tus labios. En el jardin de la vida, huimos con frecuencia de aparentes enemigos, para caer descuidados en manos de sacrificadores.

El pavon que chupa tus labios, representa al artero Cupido, y las mariposas, tus sueños inocentes, dijo D. Hermógenes.

—¿Entonces no son todas mariposas?

—Para ti, por ahora, lo son; ellas como tu, representan las alegrías de la infancia y los inocentes deseos; pero ya es tiempo de ver las cosas en su doble significacion. Esa gran mariposa te hará llorar.

Mucho intrigaron á Siberia las palabras de su padre, pero al volver á mirar el dibujo, se olvidó de todo. Corrió en busca de Esmirna y al verla triste y con señales de haber llorado, se detuvo ante ella, puso el índice en los labios y dijo.

—¿Algun Cupido se posó en tus labios, Esmirna?

—¿Que dices, Siberia?

—¿No ves? Dice papá, que esta enorme y bella mariposa se llama Cupído, dijo la niña mostrándole el dibujo.

—Si lo ha dicho, debe ser cierto.

—¿Y crees tu que me hará daño? ¡Es tan hermosa!

—No siempre lo hermoso es lo mejor.

—Le dirè á Martiniano, que otra vez, no me ponga á Cupido en los labios.

A pesar de la situacion afligida de su ánimo, Esmirna se sonrió del inocente calambur de Siberia, y murmuró viéndola alejarse á la carrera.

—¡Edad feliz! Cuando yo tenia sus años, todo me sonreia. Las flores, los arroyos, el viento, ¡la lluvia, la luz, y hasta las sombras, tenian para mi besos y arrullos, y despues.... Siempre miedo, llanto, dolores, desengaños, y perfidias. He ahí la historia de mi edad consciente. Y sin embargo, fuerza es vivir; el sol tambien tiene eclipses y sigue rodando eternamente....

—Vamos, Martiniano, sacame el Cupido de los labios, pero no lo borres, porque es precioso.

—¿Pero no dices, que lo saque?

—De los labios. Puedes ponermelo en el pecho.

Martiniano ya sabia quien era Eros, y se reia al oir decir á Siberia, que se lo pintase en el pecho.

—Es decir; borró este pavon, y dejó lo demas.

—No; no lo borres, trasládalo á mi pecho; aqui ninguna daño puede hacer, decia ella.

El dibujo fué corregido, y Siberia le aplaudió con entusiasmo.

Espártaco llegó.

Rea trató de apoderarse de él, antes que hablase con su padre, pero D. Hermógenes, instruido por la carta, evitó las conferencias secretas.

Espártaco conoció y admiró el talento de Martiniano, solicitando á Esmirna, por la posesion de tal tesoro.

Martiniano halló muy de su gusto al militar. Se parecia á D. Hermógenes, en la figura y en el trato.

Siberia estaba loca de alegría. Martiniano y Espártaco la hacian feliz.

Faltaban dos dias para el casamiento; el sacerdote llegaría un dia antes del prefijado para la ceremonia, cuyos testigos iban á ser unicamente los habitantes de la casa.

A pesar de los paseos y las emociones de todo el dia, Siberia se levantó casi al amanecer, cosa extraordinaria, y en cuanto sintió á su hermano levantado, le golpeo la puerta del cuarto.

Abrió el joven, y tomando en sus brazos á la niña, exclamó.

—¡Caramba! mi nena, madrugaste mas que yo ¿Que milagro es este?

—Espartaco, he tenido mucho miedo esta noche.

—¿Porqué, mi nena?

—Me pareció oír hablar en la ventana; abrí los ojos, y ví á Rea del lado de adentro y á un hombre negro y muy grande del lado de afuera. Hablaban en voz muy ba-

ja. Yo me asusté, me tapé la cabeza, y no pude dormir mas. Cuando me levanté, ni Rea, ni el hombre estaban allí.

—Habras soñado, mi nenita.

—No no; los ví; los vi bien, dijo Siberia con tal convicción, que Espartaco la creyó.

¿Quien podia ser el visitante misterioso?...

—Escucha, mi nena. Duerme como siempre en el cuarto de Rea, y no digas nada de lo que viste.

—Tengo miedo, Espartaco, dijo la nena, abrazandose á su hermano.

—No tengas miedo; yo estaré cerca de tí.

—¿Y si el hombre me lleva? Dicen que los negros meten los niños en una bolsa, se los llevan y despues se los comen.

—Eso no es cierto; pero de todos modos, yo estaré cerca y el negro nada podrá hacerte. Callate y haz lo que yo te digo.

—¿Y si te llamo, me oirás?

—Sí; pero no llares; tapate la cabeza como esta noche y espera.

—Bueno, lo haré así, pero si el negro viene quitale la bolsa.

—Se la quitaré; te lo prometo, y ahora, ya sabes; no digas una palabra á nadie ¿Hay muchas flores en el jardincito que está frente á la ventana de tu cuarto?

—Algunas rosas, nada mas.

—Vamos á verlas.

—Las hay blancas, rojas y amarillas, y son tan altos os rosales, que no puedo arrancar ni una rosa.

—Yo te ayudaré.

Mientras hablaban, iban acercándose al jardín, que en forma de montículo, circundaba una ventana defendida por gruesos barrotes de hierro.

—Despacio, mi nena, dijo Espártaco. Rea duerme y no debemos hacer ruido.

La niña pisaba en la punta de los pies, teniendo fija la mirada en la cima de los altos y gruesos rosales cubiertos de rosas, unas con la corola abierta y fresca, y otras conservando pocos pétalos, por haber esparcido los otros como lluvia de colores sobre las verdes y apiñadas hojas del rosal.

—Aquellas grandotas y *punzoes* me gustan, decía Siberia en voz muy baja, estendiendo el brazo para indicar con su dedito un enorme rosal, próximo á un lado de la ventana.

—Tedas te las voy á cortar, contestó Espártaco en el mismo tono, marchando muy despacio y con la vista en el suelo.

El capitán veía estampadas en la menuda arena, las huellas de un hombre.

Aquellas señales iban y volvían de la puerta del jardín á la ventana.

Delante de la reja se borraban las unas á las otras, como si la persona á quien pertenecían, hubiese estado mucho tiempo allí, moviendo los pies con inquietud.

—¿Ves? Estas amarillas tambien me gustan, decia Siberia siempre en voz baja, designando la corona de otro gran rosal, enlazada en el primero, formando una gruesa pared de hojas y ramas, mas altas que Espártaco.

—Vamos; prepara tu delantal; ya empiezo la decapitacion, dijo el militar, atacando con su cortaplumas, pedunculo tras pedunculo y produciendo en el delantal de la niña una cascada de rosas.

—No caben mas, Espartaco.

—Me alegro; así no se agotará la cosecha de una sola vez. ¿Que piensas hacer de tantas rosas?

—En el jarron del escritorio de papá, caben todas.

Mientras duró el paseo y corte de flores, Espartaco observó cuanto necesitaba, para realizar sus secretos proyectos.

Con una mano sosteniendo las puntas de su delantal, y la otra en la mano del joven, iba Siberia en direccion al escritorio, cuando vió à su padre de pié en la puerta del cuarto de la vasca, riendo como si le hicieran cosquillas.

Los dos hermanos se acercaron en el momento que don Hermogenes, decia riendo à mas no poder.

—Parece una corvina encerrado en la piel de un elefante.

Espartaco soltó una carcajada, al ver à Juancito de pié, vestido con la librea de Francisco, y à Esmirna y la vasca al rededor del muchacho, plegando é hilvanando aquel inmenso uniforme, sobre el escualido cuerpo del muchacho, á fin de ajustarselo para enseguida cortarlo y volverlo á coser.

Juancito; entre risueño y avergonzado, se encogía como una limaza, cada vez que Micaela, aguja en ristre, intentaba hacerle un *fruncido* en el pantalón, y don Hermógenes reventaba de risa, viendo á la traviesa vasca, hincar la aguja en las carnes del muchacho.

Juancito tenía mucha semejanza con un esparrago; era bajo, delgado, y tan igual, que sus piernas juntas tenían la misma anchura que el vientre, la caja toraxica y la cabeza.

Francisco era muy alto, y mas grueso que don Hermógenes.

Vestir al muchacho con el traje de Francisco, era casi imposible, pero Juancito habia sido elevado á la categoría de cochero, y debia estrenar su nuevo oficio con toda la pompa externa que le correspondia.

—¡Ay! gritó el muchacho llevando la mano á la parte posterior.

—Sos bastante delicado, si, si, dijo la vasca, siguiendo impertérrita la tarea de plegar é hilvanar los fundillos. D. Hermógenes y Espártaco se aljaron riendo.

—Es vasca traviesa, dijo el primero; estoy seguro que le clavó la aguja en una nalga, con toda intencion.

—A juzgar por el grito, y la cara del paciente, no cabe duda, replicó Espártaco sin poder contener la risa.

—Capitan; en medio de las amarguras de la vida, aun hallamos ocasion de reir. Bien dice Malte Brun, la risa en la naturaleza anda persiguiendo al llanto.

—Papá; tu le haces decir al famoso geografo, todas las bellas cosas que bullen en tu rica imaginacion.

—Francamente, me gusta escudar mis necesidades con la autoridad de los sabios, para que el vulgo las acepte; pero ahora no estamos en ese caso.

Tu no perteneces al monton de los necios llamados vulgo

Ahi sale Siberia de mi escritorio. Tendré el jarron atestado de flores. Esta chicuela es una ardilla; no para un momento. Mas de una vez me pone de buen humor.

Habla cuanto se le ocurre, sin asomas de malicia, y á menudo asesta los epigramas mas sangrientos en sus candorosas charlas.

—Es una criatura angelical, agregó Espártaco con enternecido acento.

—No parecen hermanas ¡eh! dijo D. Hermógenes guiñando un ojo.

Espártaco no contestó:

Juancito pasó corriendo por delante de los interlocutores hecho un acordeon, tantos eran los pliegues que llevaba en su uniforme.

—Aventa un poco la ropa, antes de traerla para arreglar, Juancito, porque te has de haber *desgraciado*, decia la vasca en la puerta de su cuarto.

Rea acababa de levantarse. Recorrió la sala, se asomó al comedor y en seguida entró en el escritorio, donde Esmirna escribia en el libro de cuentas.

Se acercó, le puso una mano en el hombro y le dijo.

—Es Vd. una santa. He sido cruel y maia hasta hoy, pero me arrepiento, y para decirle cuanto me atormenta

mi conducta, le pido venga esta noche á mi cuarto de 11 á 12. Estaremos solas; Siberia se duerme tómprano, y sentadas en la ventana le abriré mi corazón. ¿Me prometes ir?

—Si, señorita, si, contestó Esmirna.

—Estaba loca, no se que obstaculo me impedia ver con claridad; en fin, luego hab'aremos; se lo contaré todo, añadió Rea suspirando y saliendo del escritorio.

Esmirna se quedó como quien ve visiones. ¿Habria tocado el arrepentimiento aquel corazón de granito?

Ancho horizonte de paz y de dicha se presentaba á sus ojos.

Talvez la desaparicion de Francisco, la habia desalentado para la lucha. Ademas, habria pensado en los nobles propósitos con que el dia anterior habia ido á prevenirla de un serio peligro.

Esmirna, de gozosa, olvidó el libro de apuntes, y buscó la ocasion de comunicar á D. Hermogenes la fausta nueva.

—¡Malo! Cuando su madre se fué á la capital para infamarme é iniciar la separacion, me acarició, lloró y me hizo mil promesas de enmienda. No te fies de Rea, Esmirna.

—¿Pero que hay de malo en escuchar sus confidencias?

—Encerradas en su cuarto, nada; sin embargo

—Estaremos acompañadas de Siberia.

—Perfectamente. Veremos á donde se dirige su aparente arrepentimiento.

—¿Que objeto tendria el engaño? Solo puede proporcionarle ocasion para insultarme, y en ese caso, la dejaré sola.

—Quien sabe...Es mañosa, obstinada y sin miedo.... En todo caso, el capitán duerme en el cuarto contiguo y el te aprecia, dijo D. Hermogenes pensativo.

—¡Ave Maria! señor; se trata de una señorita....

—Tienes razon. Peligro no puede haber ninguno.... no obstante, Rea odia mas cuando mima, que cuando insulta.

—Iré de todos modos ¿eh?

—Si; nada se pierde.

Espartaco durmió una larga siesta, ese dia.

A la noche, Rea tocó el piano, y estuvo muy amable y decidora.

Espartaco, aparentando jugar con Siberia, no perdía un momento de vista á Rea.

Diez minutos antes de las once, dió las buenas noches é invitó á la niña á irse á dormir.

—Estarás cerca; ¿eh? dijo la niña á Espártaco, sin ser oída por los demas.

—No tengas miedo. Estaré cerca y no diras nada, contestó él del mismo modo.

Rea se fué con la niña; D. Hermógenes se acostó; Es-mirna entabló conversacion con Micaela, y Espártaco se dirigió á su dormitorio.

Se ciñó la espada, salió en puntas de pies, y fué á perderse entre los árboles dela quinta.

A las once y media, los perros ladraron, de ese modo particular que anuncia lejanos ruidos y emprendieron la carrera hacia el campo.

Espártaco salió de la quinta, aplicó el oído al suelo y esperó un momento.

No haría un minuto que se hallaba acostado en la yerba con el oído atento, cuando levantó la cabeza y miró hacia el Norte.

Los perros no habían vuelto, pero ya no ladraban.

Espártaco se dirigió al jardín; saltó la pared del fondo sin hacer ruido y fué á situarse detras de dos rosales.

—Me explico perfectamente su conducta, y veo la constancia con que vela por nuestros intereses. Mi hermano estaba en error; creía cosas absurdas, y su manera de pensar me arrastró, decía Rea.

—Yo los quiero á Vds. como si fueran mis hijos, señorita, y deseo su bien como el mio propio.

—Ahora lo se, pero Espártaco me enardecía con sus arengas de odio. Los militares pretenden arreglar el universo con su espada, y él tuvo intenciones de cortar con la suya las relaciones de Vd. con mi padre.

—Y sin embargo, señorita Rea, si hay un hombre en el mundo en quien pudiera yo tener ciega confianza, despues de D. Hermógenes, ese hombre es el señor capitán.

--Las mujeres no podemos fiarnos de ningun hombre; el entusiasmo de Vd. es peligroso.

Esta conversacion era sostenida en voz baja, pero la

situacion de Espártaco le facilitaba el medio de no perder ni una silaba.

—¡Las doce! exclamó Esmirna. Me voy.

—No; otro ratito; me causa tanto placer nuestra reconciliacion..... dijo Rea, oprimiendo con una mano el hombro de Esmirna, que daba la espalda á la reja.

Un bulto, se acercó cautelosamente á la puerta del jardin, abanzo y pegado á la pared del cuarto de Rea, del lado contrario á los resales que ocultaban á Espártaco.

La noche estaba clara, aunque sin luna, y el capitán vió brillar en la mano derecha del desconocido un largo puñal.

Asomó la cara muy despacio al costado de la reja, como si tratase de saber la posicion respectiva de cada una de las mujeres, y oprimió con nervioso movimiento el mango del puñal.

Espártaco comprendió que aquel hombre venia á cometer un asesinato, y la victima elegida debia ser Esmirna.

El desconocido traia el rostro oculto con un pañuelo negro.

Tomó posesion segura para los pies, buscó la linea recta entre la hoja de su puñal y la espalda izquierda de Esmirna, que estaba sentada en el lado mas á propósito para ser traspasada, y se oyó un ruido seco y un rujido feroz.....

Esmirna huyó asustada y Rea se asió de la reja, como si quisiera hacer pasar su cuerpo al otro lado, mientras dos hombres trataban de herirse en silencio.

De la frente de uno descendía un líquido oscuro, y el otro acometía sin cesar.

Al fin, el herido cayó de bruces y el otro encendió un fósforo para verle el rostro.

—¡Francisco! exclamó Espartaco, envainando su espada.

A la luz del fósforo, Rea vió el puño izquierdo de la camisa de su hermano teñido de sangre.

Cerro muy despacio la ventana, y se acostó sin desnudarse.

Pronto se sintieron pasos de mucha gente en el jardín, y la voz de Espártaco.

—Papá; ¡por Dios! ¿Qué vas á hacer?

—¡Patron! patron! No se pierda; este pícaro está bien castigado, añadió Lorenzo.

A estas palabras siguió un rumor de lucha, y luego el acento bronco, sofocado y terrible de D, Hermógenes.

—Lorenzo, llévatelo al galpon. Me respondes de su seguridad con tu cabeza

Un tropel de pasos se fué perdiendo hasta no sentirse nada.

—¡Vamos! ¡Vamos! Sale mucha sangre de ese brazo, dijo D. Hermógenes con acento alterado.

Nuevo pasos resonaron ante la ventana, y despues en el dormitorio de Espártaco.

Francisco había alcanzado á pegar una puñalada en el brazo izquierdo del capitán.

Cuando D. Hermógenes, Esmirna y la vasca, concluyeron de lavar y vendar el brazo herido, D. Hermógenes golpeó la puerta de la habitación de Rea.

—¿Quién llama?

—Yo; Abre.

Rea abrió la puerta y D. Hermógenes retrocedió exclamando:

—¡Mizar! Un bulto blanco y pequeño se escurrió por entre las piernas del anciano y fué á gritar en la puerta del cuarto del capitán.

—¡Espártaco! ¡Me muero de miedo!

Era Siberia, en camisita. Había aguantado el pavor heroicamente, pero al ver la puerta abierta se tiró de la cama y huyó.

Espartaco dijo á Esmirna, que habriese la puerta á la niña y fuese en busca de su padre.

Esmirna halló al anciano con el rostro oculto entre las manos, delante de la puerta del cuarto de Rea, y á esta, erguida, amenazadora, lanzando miradas de reacor sobre la cabeza de su padre.

—¡Vamos! dijo Esmirna, tomando de un brazo á D. Hermógenes, que se dejó conducir sin volver el rostro hacia su hija.

Rea cerró la puerta con estrépito, y lanzó una tremenda maldición.

A Siberia le hicieron cama en el canapé del cuarto del enfermo.

Cuando Espartaco se durmió, don Hermógenes se diri-

gió al galpon mientras, Esmirna y Micaela quedaron velando al enfermo.

Todos los peonés estaban de pié al rededor del catre de Francisco.

Desde la frente del cochera, un profundo achazo, se prolongaba hasta el nacimiento de la nariz. Tenía una herida de punta en el costado derecho, ancha y profunda y otra en el femur.

La del costado parecia dar paso á la respiracion.

Lorenzo ayudado, de Juancito, y haciendo uso de un trapo quemado, pudo restañar la sangre de las heridas, pero Francisco no hablaba, su palidez era cadavérica. Don Hermogenes lo contempló en silencio, y salió de allí, sin preguntar ni ordenar nada.

Aun llevaba en el cerebro, á su difunta mujer, representada por su hija, cuando en medio de la oscuridad, abrió la puerta de su cuarto. Aun le parecia verla erguida como una estatua, cual si se hubiese presentado entre tinieblas, respondiendo á una evocacion.

Sentia en sus piernas el frio roce del blanco sudario de la muerte. La veia rigida, inmóvil, desafiandole con actitud airada, y buscandole el rostro para dirigirle los dos puntos negros que formaban las cavidades vacias de los ojos.

Habia llamado á su hija y se habia presentado Mizar. En vez de la puerta de una habitacion, se habia abierto la puerta de una tumba.

Volvió al cuarto de su hijo, marchando como un auto-

mata; le vió dormir y se retiró para dirigirse á su dormitorio.

Se recostó en la cama, pero no concilió el sueño.

Su cabeza ardia y su cuerpo quemaba.

La tragedia de aquella noche, inconexa, y ligeramente contada, le aturdia.

Francisco precipitandose sobre la reja puñal en mano. Espartaco cayendo sobre él é hiriéndole de muerte. La cita de Rea con Esmirna, la aparicion espantosa de Mizar, la herida de Espartaco. . . . Todo se revolvía como una tragedia fantástica en su mente.

Al amanecer saltó del lecho y se dirigió al cuarto de su hijo.

—¿Se despertó?

—Ni una sola vez; casi no tiene fiebre, dijo Esmirna poniendo la palma de la mano en la frente de Espartaco. El ruido de un coche hizo asomar en la puerta del patio á don Hermogenes.

—¿Que es eso, Lorenzo?

—Un coche que estaba de aquí unas veinte cuerdas maneado de una rueda, y travados los caballos.

—¿Que marca tienen los caballos?

—La de Francisco, señor.

—Ponga el coche en la cochera y los caballos en la caballeriza.

—¿Un coche! murmura don Hermogenes. Es extraordinario todo esto!

¿Como está el bellaco ese?

—Mas animado, pero no habla.

—Ya le haré hablar yo, dijo don Hermogenes en tono de amenaza.

—No es necesario que lo jures, á no ser por nosotros, ayer noche le haces *cartar el grillo* en una oreja, murmuró Lorenzo, mientras desataba los caballos del coche

Cuando don Hermogenes volvió al cuarto de su hijo. Este estaba despierto, conversando con sus enfermeras.

—¿Como te sientes?

—Perfectamente papá; es un simple arañazo. No vale la pena de hacer pasar la noche en vela á dos hermanas de caridad, dijo Espartaco riendo.

Siberia tenia un solo ojo destapado y miraba con estupor cuanto la rodeaba.

—Hermanas, dijo Espartaco en tono de chanza, voy á levantarme, y temo ofender vuestro santo pudor, sacando mis piernas de bajo de la ropa.

—¿Para que te vas á levantar? dijo don Hermogenes.

—Pero papá, seria ridiculo estar acostado por tan poca cosa. Buen soldado tendria en mi la patria, si las uñas de un gato me hiciesen guardar cama, dijo Espartaco sentandose. Esmirna y Micaela salieron.

—Sin embargo, insistió don Hermogenes.

—¡Que ocurrencia! exclamó el jóven saltando de la cama y metiendo los pies en las zapatillas.

—Espera; no muevas el brazo; te ayudaré á vestir y á lavar. No he sido nunca ayuda de camara, pero creó poder desempeñar bien ese empleo, dijo don Hermógenes presentando los pantalones á su hijo, que se los puso riendo.

—¿Puedes lavarte bien con una sola mano?

—Tan bien como el gato mas ajil y presumido.

— Buen humor tienes, muchacho.

—Para tenerlo malo, sobra tiempo.

El ojito destapado de Siberia, seguia brillando entre el blanco marco que le formaba la sabana

—Fero dime; como fué todo esto? Detállalo, porque tus medias palabras de ayer noche, no me ponen en claro los hechos.

Espartaco señaló con una prolongacion de labios el cuarto de Rea, y reparando en el sofá, exclamó.

—¿Estás aquí tu, mi nenita?

—Sí; estoy enojada. No te quiero mas. Prometiste llamarme cuando volviese el hombre negro, y no lo hiciste ¿Le sacaste la bolsa? ¿Se llevó á Esmirna?

¿Donde está el hombre negro que hablaba con Rea por la ventana?

D. Hermógenes miró á Espártaco, como diciendo: ¿Que significa esto?

—Callate, nenita; estas soñando.

—No sueño, no. Miráme, dijo, y destapándose toda la cara mostro sus dos hermosos ojos bien abiertos.

—Duerme otro poco más; es temprano. ¿No tienes sueño?

—No; yo quiero levantarme.

—Muy bien; ya estoy vestido, dijo Espártaco abrochándose la blusa, y saliendo del brazo con su padre.

En cuanto salieron, la niña se empezó á vestir.

Martiniano ignoraba los acontecimientos de la noche. Su cuarto estaba distante del lugar de los sucesos.

Desde su vuelta à la estancia, le habian dado una habitacion mas grande y con mas luz.

Cuando se levantó, ya Siberia corria por toda la casa, buscándole para hablarle del negro de la bolsa.

El joven artista creyó que se trataba de un cuento infantil, y se contentó con sonreir, pero al ver al capitán con el brazo atado con un pañuelo, le preguntó.

—¿Se ha lastimado Vd. esta noche?

—Si, pero levemente.

—Lo siento mucho, dijo el niño con muestras de profundo pesar.

—Gracias, mi joven amigo. Mañana ya podré hacer uso del brazo. Soy un oficial herido sin hallarme en accion de guerra, no me corresponde el ascenso. Espártaco hacia lujo de jarana.

—Si à ese precio se dieran los grados, nuestro ejército estaría mandado por sargentos, dijo D. Hermógenes.

—Si tu fueras Presidente, papá, los militares nos envejeceríamos sin un ascenso.

—Eso no; seria pródigo para premiar acciones de guerra, y riguroso en observar el escalafon, pero los grados mendigados por los padres para sus hijos; las cartas de recomendacion, las intrigas, las hornadas anuales de oficiales ascendidos, y las peticiones de mujeres bellas, tendrían seis años de negativa.

El militar que acepta grados, por tales medios, no es un militar de honor; es un *mercachife*.

—¿Y tu hijo, no sería nunca general?

—Ni alférez, si no lo merecía.

—Mal Presidente. Tendríamos que derrocarte.

—Mas vale caer, que encanallarse.

—Nos hemos posesionado con entusiasmo de nuestro papel. El soldado está por rebelarse, y el presidente casi se enfurece, dijo Espártaco riendo.

Rea, se habia hecho servir el te en su cuarto.

D. Hermógenes hacia frecuentes viajes al galpon, esperando que Francisco hablase.

El Sacerdote llegó. Era un hombre instruido; sabia algo de medicina, y pidió permiso para ver al herido.

Reconoció las heridas, mando preparar remedios, y un éxito casi inmediato, coronó su saber.¶

Francisco podia hablar, aunque con voz cansada, é interrumpiéndose á cada instante.

D. Hermógenes se encerró con él y dió principio á un interrogatorio lento y minucioso.

Francisco declaró, que la señorita Rea le habia exigido matase á Esmirna. Al efecto ella la haria sentar dando la espalda á la reja, de modo que fuese fácil clavarle el puñal en el costado izquierdo.

Muerta Esmirna, Rea se comprometia á huir con él y á ser su mujer en cualquier forma.

Le habia recomendado pulso firme, á fin de que la muerte fuese instantánea, y la inmolada, no pudiese ni siquiera decir, ¡ay! Que buscase bien el medio del corazon.

Este relato lento y difícil, postró al herido, y mientras se reponía, don Hermogenes confrontó su relato con lo que Espartaco había visto, resultando de la armonía de las acciones y las palabras, la evidente criminalidad de Rea.

Don Hermogenes hizo dar aviso al comisario, y mientras el representante de la autoridad llegaba, Espartaco tuvo una conferencia con Rea.

—Mira en que extremo te han colocado tus inesplicables estravios.

Te hallas complicada en un crimen, humillada con las intimidades de un sirviente, y en visperas de ir á la cárcel, como la mas vil de las criaturas.

Llegaste á calumniar á tu hermano, y le espusiste á morir oscuramente en manos de un facineroso.

Los representantes de la autoridad, llegarán de un momento á otro y serás interrogada sobre el vergonzoso suceso de ayer noche. Te carearán con un cochero, y él te denunciará como instigadora del asesinato de una mujer, con la agravacion de tus promesas de fuga, como precio del crimen.

Es necesario que niegues rotundamente tu participacion en tales hechos, para salvarte.

Tu cómplice no puede vivir; una de sus heridas es mortal; quizá no vuelva á pronunciar una palabra. Niega y te salvas.

Rea escuchaba á su hermano, impasible y friamente. Sus redondos y pequeños ojos seguian atentamente los ademanes de Espártaco. Su fisonomía, ligeramente pálida, parecia de marmol, por la rigidez de sus líneas.

Cuando Espártaco concluyó de hablar, una sonrisa helada contrajo los lábios de Rea, y dando á sus pupilas un brillo acerado dijo:

—¿Y eres tu, oficial del ejército de mi patria, hombre joven, que dice rendir culto al honor, quien me aconseja desmentir á un hombre, porque va á morir y no podrá llamarme perjura? ¿Tu, que has herido de muerte y á traicion, vienes á decirme: *niega, acrimina al moribundo?*

¿Es acaso tu proceder, el efecto de los consejos de tu padre, de ese viejo Caton, que por el hecho de pagar sus gastos puntualmente, cuando el dinero le sobra, se cree intachable?

Espártaco hizo un movimiento de impaciencia, y Rea continuó.

—Te escuché sin interrumpirte; tuve paciencia para no señalarte la puerta; haz tu lo mismo: tengo la palabra.

La moral de los hombres, es una moral espantosa; las mujeres como yo tienen otra mejor.

Armé el brazo de ese loco ignorante, le enseñé donde habia de herir; cayó en una emboscada y fué víctima en vez de ser el verdugo. Esta es la historia.

Si los hechos se hubiesen producido como yo los proyecté, mi palabra se hubiese cumplido; hay mas virtud en cumplir deberes dolorosos, que en ser honrados, cuando no necesitamos robar. Cuanto ha dicho Francisco es cierto, y cuanto le prometí, se lo cumpliré, si no muere.

No profeso la hipócrita moral de las apariencias; pro-

feso la moral pura del sacrificio; la que enseña á beber cicuta, sabiendo que produce la muerte; la que enseña el desprecio de los bienes materiales; la que no falsea la verdad, ni sobre la pira encendida del fanatismo furioso.

Ante los hombres y ante Dios, respondo de mis acciones, por mas deshonrosas que parezcan á los que sacrifican el débil, para salvar al fuerte, haciendo de la mentira un escudo.

Los censores del prestamista, que roban á sus confiados amigos en beneficio de mujeres livianas; los apostrofadores de tiranias, que tratan á sus dependientes como esclavos; y los que dan limosna á un mendigo, para que les sirva de alcahuete; los que alardean de valientes y hieren en la sombra, por sorpresa y á mansalva, no pueden hablar de moral.

Anda; dile á tu padre, que este es mi credo.

Aprendi á odiar la mentira y el disimulo, mas criminal que esos infelices á quienes llaman *asquerosos asesinos* porquematan de frente, puñal en mano; jugando su vida al azar, y sufriendo con ánimo sereno las consecuencias de sus acciones, sin desfigurarlos con relatos mentidos, ni atenuarlas con negativas cobardes. Tengo veinte y cuatro años; soy fuerte, y ni la carcel ni el infierno, tienen poder para hacerme inclinar la frente. Mirame, á ver si descubres en mi rostro una señal de incertidumbre. Mirame, á ver si ves en mis ojos el miedo, dijo la joven con fiera altanería, mirando á su hermano cara á cara y sin moverse.

¡Mujeres! mujeres! . . . murmuró el joven inclinando la cabeza sobre el pecho.

—¡Bellas, y astutas; Angéles unas veces, demonios otras; llorando de compasión ¡un día y aplaudiendo en otro á un corta cabezas!

Rea, por honor á tu sexo, por amor á tu cuna, te exhortó por última vez á que vuelvas en ti. Eres mi hermana, y nada puedo hacer para rechazar tus injuriosas palabras, si no es suplicarte que no deshonres á tu familia.

—¡El hijastro de la sirvienta! ¡El hijo de una dama martir, viene á pedir á su hermana que descienda á la innominial

—¡Dama martir! exclamó Espártaco poniéndose de pie. Heredaste la ponzoña de una vívora!

—¡Mal hijo! gritó Rea, al ver salir á su hermano. Espártaco se alejó.

—¿Qué dice? preguntó D. Hermógenes al ver entrar á su hijo en el escritorio.

—Está loca, suspiró el joven sentandose con abatimiento.

—¡Loca!

—Si, papá; loca. Se adhiere á la declaracion de Francisco, y la confirmará delante del mundo entero

—¡La ley del atavismo! ¡Mizar! ¡Mizar! aun tienes poder para dejar la tumba y sembrar el incendio en mi camino, exclamó el anciano limpiandose el sudor de la frente.

El padre y el hijo guardaron silencio.

El sacerdote, Lorenzo y Juancito, se ocupaban del herido; Esmirna y la vasca hablaban en la cocina.

Martiniano estaba subido a un peral, y Siberia, con el delantal cogido de las puntas, buscaba con los ojos las primeras peras maduras entre las hojas del árbol, para indicárselas al niño á fin de que los arrancase.

—No; mas á la derecha; al lado de esa rama larguirucha que te roza el hombro. Mas abajo; mas arriba. Ahora, junto al puño de la camisa. ¡Ahí está! dijo la niña, viendo á Martiniano tocar una pera amarilla.

—Acercate mas, para que puedas recibirla en el delantal. Si se cae en el suelo se hará añicos, decia Martiniano, buscando la perpendicular para dejar caer la fruta.

—Ya estoy; sueltala, dijo Siberia.

Un golpe seco y una oscilacion del delantal, atestiguaron el acierto del niño.

—¿Ves alguna otra, Siberia?

—No veo mas. Tenemos ocho; para papá, bastan.

—¿Ocho nada mas? Me parecia que ya habia una docena.

—Pues no me comi ninguna, palabra de honor...

—¡Oh! no quise decir eso.

Siberia decia verdad, no obstante tener la boca llena de saliva, por la vista de las primeras peras de diciembre, no los habia probado.

—Bajate. No hay mas, dijo juntando las puntas del delantal.

Martiniano se bajó, con la camisa arrollada,

casi fuera del pantalón y el chaleco subido hasta cerca de la corbata.

Se retiró detrás de unos pies de viña, se arregló la ropa y volvió á reunirse con Siberia, ocupada en colocar las peras en medio de un ramo de jazmines.

—¡Bellísimo! exclamó Martiniano.

Las peras amarillas en medio de flores tan blancas, daban al conjunto la apariencia de un ramo de azucenas con sus anteras gruesas y anaranjadas.

—¿Quedan bien así?

—Como colocadas por un artista eximio.

—¡Qué contento se pondrá papá! Vamos, Martiniano; ayúdame á llevar el ramo.

Trae; yo lo llevaré sin moverlo, dijo el niño cogiendo el ramo y conduciéndolo entre las dos manos, con la gravedad de un sacerdote que levantara el caliz.

Cuando pasaron por delante de la puerta de la cocina, dijo Esmirna, mirándolos.

—¡No saben cuantos sufrimientos se encierran hoy en esta casa! ¡Felices lo que ignoran; de ellos es el reino de la paz!

—Así decía una beata en mi tierra, sin precaverse contra los muchachos que le robaban las gallinas.

—Tienes unas salidas, Micaela.....

—Yo bien se lo que digo; sí, sí. Mientras Vd. dice letanias, otros le sacan el cuero con la lengua, por no poder sacárselo con el cuchillo.

—Esos son mas desgraciados que yo. Tengamosles lástima.

—¡Inocentes! Lástima, que no se los lleve el diablo. No pasa un día sin algun barullo. Y critican á los pobres sirvientes como yo, porque no sabemos ponernos sombrero y guantes, ni hablar á lo fino. Bastante sabemos. si, si.

Ganamos el conchavo con la boca cerrada y las manos limpias.

—Cada criatura tiene su destino, Micaela.

—Y sus mañas tambien, siendo peores las de arriba que las de abajo. Si se levantaran al amanecer, ordeñáran cinco vacas, encendieran fuego, limpiaran las ollas, hicieran el café y después el almuerzo; tendieran la mesa, la sirvieran, y en todo el dia no paráran un minuto, pocas ganas les quedarian de palique en la noche, y de pensar en picardias á todas horas; si, si.

—Si todas las mujeres fueran como tu, el mundo no seria mundo.

—Seria una cancha de pelota, donde cada tanto produciria una disputa, pero no se matarian los jugadores.

Ahi viene el cura, señora. Tiene mas cara de enterrador que de casamentero.

Esmirna volvió el rostro hacia la puerta, se limpió las manos y salió á saludar al sacerdote.

—¿Como va el herido, señor cura?

—Bien; no tardará mucho en entregar el alma á Dios.

—O al diablo, murmuró la vasca.

—¡Pobre! exclamó Esmirna enjugandose una lágrima.

—Sufre mucho; mas vale que Dios lo lleve al descansar.

so eterno. Con una herida como la qua tiene en la caja del cuerpo, no viviria ni un buey, agregó el sacerdote. Seria conveniente prevenir al señor Ezpeleta.

—Para que guarde el maiz y la alfalfa, refunfuñó Micaela, entre dientes.

—Si Vd. quisiera ir al escritorio..... Allí debe estar el patron, dijo Esmirna.

El sacerdote se alejó con las manos cruzadas sobre el abdomen, y Esmirna preguntó á la vasca.

—¿Qué estas murmurando, Micaela?

—Estaba encomendando á Dios el alma de Francisco, para que no le toque toda al diablo.

—Es un acto de impiedad, reirse de los desgraciados.

—Yo no me rio de nadie, señora. ¡Shibe! mandinga! añadió Micaela tirandole al gato con un lienzo de fregar. Es mas atrevido que un gaucho, este maldito. Ya tenia metida la cabeza en la jarra de la leche, concluyó diciendo la vasca, mientras ponía un plato sobre la boca de la jarra.

El ladrido de los perros y el ruido de armas, hicieron asomar á Micaela á la puerta del patio, de donde volvió diciendo.

—¡Ahi está la policia!

—¡Pobre capitán! Quien sabe si lo llevarán preso, exclamó Esmirna palideciendo.

—Si lo llevan, pronto lo han de soltar. La plata tiene mucho poder. Si fuera yo, me pudriria en la carcel, antes que alma viviente se acordase de mi.

—El no tiene delito ninguno; no hizo mas que defenderse, dijo Esmirna con calor.

La vasca la miró con los ojos entornados, y ya movía los labios para hablar, cuando llegó Siberia preguntando.

—¿Porque vienen estos soldados tan mal vestidos y con unas caras tan sucias, Esmirna?

—Es la autoridad, queridita.

—Esa autoridad, da miedo; si ha de tener esa figura, vale mas que no haya autoridad.

—Callate, Siberia; si te oyen los soldados, no les parecerá bien.

—¿Y porque no es limpia siquiera, la autoridad?

¿Porque no se viste decentemente, como Espártaco?

A mi no me gustan esos hombres rotosos, con las barbas llenas de tierra; se parecen al negro de la bolsa.

Yo creia, que la autoridad era bien educada y bien vestida.

¡Que fea es la autoridad! exclamó Siberia haciendo un jesto de repugnancia, al mismo tiempo que se envolvía en la pollera de Esmirna, asustada.

—¡A ver! Guarden las puertas del galpon y no me dejen *dir á naides*, gritaba el comisario, disponiendose á instruir el sumario.

—¿*Pande vas vos guasquitu?* preguntó el sargento, viendo á Juancito ir hacia la puerta.

—Voy á llamar al patron.

—¡*Tomá patron!* contestó el sargento, dando un plañazo con el sable, en las espaldas del muchacho.

Juancito se metió en el grupo de los peones.

El comisario sacó papel de un pañuelo que llevaba atado á la cintura, dió la punta recortada de un cuerno, que le servia de tintero á un vigilante, y sentado en un banco y con otro atravesado sobre las rodillas, dió principio al sumario con letra detestable y ortografía criminal, empezando y concluyendo cada region con dos ó tres ternos.

—¡A ver! ¿Como te llamas vos? Tenés cara de asesino.

De *fijo* que sos el delincuente, repetia á cada declarante el comisario.

—¡Pronto! *Reclaren*; es al *ñudo* que anden *mañeriano*, repetia el representante del orden público y las garantías individuales, en el momento que D. Hermogenes, Espartaco y el sacerdote entraban en el galpon.

El comisario sin moverse, ni sacarse el sombrero, dijo, señalando á uno de los peones!

—Aquí está el criminal!; es este vasco tuerto. No por bueno se le cerró *la puerta del horno*.

—Señor comisario, el que ha herido á ese hombre, fui yo, dijo Espártaco indicando con la mirada el catre donde yacia Francisco.

—Dispense, capitan; no los ha de salvar Vd. con echarse la culpa. Entre estos paisanos esta el criminal, y ha de ser este *crinudo*, agregó señalando con la mano á un peon criollo.

—Me lo ha de probar, contestó el aludido.

—Calláte la boca; ó te ato como á un *Cristo* y te *plancho el lomo á palos*.

El comisario estaba decidido á ver un asesino, en cada hombre de los que estaban en el galpon.

El sacerdote se aproximó al catre del herido, dobló las rodillas y rezó un credo.

Todos los circunstantes, incluso el comisario, imitaron al sacerdote.

Concluida la oracion, el cura se puso de pié, bendijo con la mano aquel cuerpo, y volviendo el rostro hacia los circunstantes, dijo con voz grave y pausada:

—Dios tenga piedad de su alma. Ha muerto!....

Hubo un instante de silencio. Despues, la voz del comisario, indicó como asesino á otro peon.

El sacerdote seguia sus oraciones.

—Señor comisario, dijo D. Hermógenes, tocando ligeramente el hombro al tenaz sumariante, estas diligencias se e-tienden en papel sellado. Si V. tiene la bondad de seguirme, le daré algunos sellos.

—Es cierto; ni me acordaba. Sargento; mucho ojo; que no salga ninguno de esos hombres, *ni el muerto tampoco*, mientras yo vuelvo.

Dicho esto con viril energia, siguió á D. Hermógenes, hasta su escritorio.

El anciano pidió á su acompañante que tomase asiento, mientras el abria un cajon. Tomó tres papeles de cinco mil pesos, y se los dió al comisario diciendo:

—Este es el sello que corresponde.

El funcionario los miró, y guardandolos en su cinto observó:

—Para escribir en este papel, se necesita hacerlo despacio y bien. Haga me el favor de hacer Vd. el sumario; yo lo copiaré en la comisaria.

D. Hermógenes se sentó é hizo el borrador, entregándosele al comisario. Este lo guardó, y apretando la mano del dueño de casa, declaró debidamente concluida su mision.

—¡A ver! Sargento, como acomodan el dijunto para llevarlo, y tengan cuidado, porque es un bandido capaz de reirse del *milico mas vivaracho*.

Todos los presentes abrieron la boca de asombro, ante el repenino cambio de actitud del comisario. En pocos minutos estuvo el muerto colocado en su mismo coche, y la autoridad emprendió su victoriosa marcha.

Tres personas aisladas y silenciosas, sin verse unas á otras, presenciaron la partida del comisario.

Rea, desde un bosque de naranjos; Martiniano, desde la ventana de su cuarto, y Micaela desde el fondo de la quinta.

—Un vivo menos, y un odio mas, murmuró Rea.

—No hay deuda que no se pague, ni robo que dure siempre, murmuró la vasea.

—Lo he visto y comprendido todo. Callemos y marchemos, dijo Martiniano, retirándose de la ventana.

A continuacion de la tragedia no era discreto escribir un epitafio, y D. Hermógenes lo aplazó por un mes.

Rea se mantenía aislada en su cuarto, donde se hacía servir la comida, sin desplegar los labios.

Aquel continuo encierro, y obstinado silencio, hacían concebir á Espartaco sospechas de la locura de su hermana. Solo bajo el imperio de la enajenación mental, cabía la conducta de aquella joven de veinte y cuatro años, rica, bastante bella y acostumbrada al trato social.

Martiniano continuó estudiando; Siberia sus inocentes correrías y graciosas charlas; la vasca sus epigramas; Esmirna sus melancólicas reflexiones; Espartaco sus paseos de la estancia al pueblo; D. Hermógenes sus lecturas; Lorenzo aumentando su rodeo, y Juancito portándose a las mil maravillas en su oficio de cochero.

Ya nadie se acordaba de Francisco, ni siquiera el comisario.

Una tarde, volvía Espartaco á la estancia, por el camino contiguo á la quinta donde á la sazón se ocupaba Esmirna.

Espartaco la vió, se apeó, ató las riendas en un poste, saltó el alambrado y fué hacia ella.

—Se va Vd. á morir trabajando, dijo el capitán.

Ella se volvió rápidamente y dijo:

—¡Qué susto! No reconocí su voz. ¡Cuanto tardó esta vez!

—¿Me echaba Vd. de menos?

—Su presencia me causa alegría y me infunde valor.

—Y sin embargo, he sido con Vd. un mal hombre.

—¿Porque se empeña en evocar recuerdos muertos?

—Para tener ocasion de pedirle un gran servicio, en pago de mi enmienda, y como testimonio de que no me guarda rencor.

—¿Rencores yo? solo tengo uno, que durará tanto como mi vida.

—No lo hubiera creido. Me aparece incapaz de odios pero bien mirado, tiene derecho á odiar á la que tanto daño quiso hacerle.

—Se equivoca, señor capitán. Mis rencores no van hacia donde V. piensa. A ella no la aborrezco, le tengo compasion.

Solo á un ser aborrezco, y si tuviera valor, le mataria lentamente.

El rostro de la bondadosa Esmirna, se habia trasformado, con gran sorpresa del capitán.

La fisonomia dulce, apacible y melancolica de la que sufría siempre sin quejarse, acababa de convertirse en el rostro congestionado de los iracundos, prontos á saltar todos los obstáculos, para acometer á sus oborrecidos.

—¿Pero quien puede producir en su alma de angel de paz, semejante metamorfosis? pregunto Espártaco.

—¡Ah! No hablemos de eso. Hay hombres nobles como los Ezpeleta; y otros bajos como reptiles, contesto Esmirna, tratando de dominarse, y añadió en seguida.

¿Viene Vd. contento, capitán?

—Vengo contento, y mas lo estoy de hallarla á Vd. sola. Tengo algo que pedirle.

—¿Que puede Vd. pedirme, ¡miserable de mí! que valga la millonesima parte de lo que le debo?

—Si empieza Vd. así, no pediré nada.

—¡Siempre generoso y grandel! ¿Que feliz es su padre! viendose reproducido moralmente en V.

—Esmirna, me voy.....

—Quedese. No heriré mas su modestia ¿Que necesita de mí?

—Que junto con mi padre, sea mi madrina de casamiento.

—¡Todavía! No le basta que le deba la vida y la tranquilidad; aun quiere que le deba un gran honor! Acepto, agradecida.

—Falta una condicion, replicó Espártaco.

—Aceptada tambien, cualquiera que ella sea.

—No hablara Vd. mas de gratitud conmigo.

—Ese es un verdadero sacrificio, pero lo prometi y sabré cumplirlo. Me falta saber el nombre de mi futura ahijada. Para merecer ser su esposa, debe poseer todas las virtudes femeninas.

—Su nombre es, Obdulia Signey...¿Que le sucede? ¿La conoce? ¿Es acaso indigna de?...

—Espere. Estaré horriblemente pálida, ¿no es verdad?

—Si. Parece un cadaver.

—No lo extrañe. Obdulia es hermana del ser mas infame, mas abyecto y degradado....

Ella es buena, amable y virtuosa, aunque un poco orgullosa, por efecto tal vez, de su conducta intachable.

—¿Se refiere á Vd. Roman?

—¡A esel exclamó Esmirna con los ojos centellantes de odio. No le nombre jamas delante de mi, ni de Martiniano.

—¡Ah! Comprendo. . . . El no asistirá á la boda de su hermana, dijo Espártaco con firmeza. Pero

—Los detalles, Espartaco, dijo Esmirna dando al capitán su nombre de pila por primera vez, son horribles . . . Dignos de un salvaje.

Es tarde. Guarde Vd. mis palabras, y hasta luego, agregó dirigiendose á la puerta de la quinta, al mismo tiempo que Espártaco vo vía á donde habia dejado su caballo,

—¿Sabe mi padre todo? preguntó el joven volviendo el rostro hacia Esmirna.

—Sí; todo, contestó ella alzando la voz.

—Entonces, no hay que temer, murmuró el militar entre dientes.

El nuevo plazo para el casamiento de D. Herógenes se aproximaba.

Tres dias antes Rea se presento en el comedor, á la hora de tomar el café, saludando á todos con una leve inclinacion de cabeza.

Era la primera vez que se acercaba á su familia, despues de la noche de la catastrophe.

Tomó su taza de café, y después dijo á su padre.

—Deseo saber, si Rea Ezpeleta tiene recursos para vivir sola.

—Mis hijos tienen una renta de 25 mil pesos al mes, cuando no viven en el hogar, contestó el anciano gravemente.

--Des-o salir mañana para Buenos Aires.

—¿Tiene V. el permiso de su padre? preguntó D. Hermógenes con ironía.

—Vengo á pedirlo.

—Hasta ahora, solo pidió V. dinero; sin embargo, concedo las dos cosas. ¿Donde va Vd. á parar?

—En casa de tía Flora.

—Allí recibirá Vd. el dinero, cada último día del mes.

—Gracias, contestó Rea saliendo del comedor.

Cuando la joven se fué, todos se miraron sin hablar, y uno después de otro, fueron dejando el asiento, con excepción de D. Hermógenes y Siberia.

—¿Porqué se va Rea, papá?

—No lo sé.

—No quiero que se vaya.

—Anda, díselo. ¿Te quieres ir con ella?

—Yo no, contestó apresuradamente la niña. Que se quede ella.

—Que se quede ó que se vaya; me es indiferente.

—Voy á decirle que no se vaya.

—Haz lo que quieras.

—Es mejor cortar flores y frutas para papá, que ir á Bueno Aires, dijo la niña besando á D. Hermógenes, y se dirigió al dormitorio de Rea.

—¿Qué buscas aquí?

— Vengo á darte besos y abrazos, para que te quedes con nosotros.

Rea se levantó, tomó á la niña de la mano, la puso fuera de la puerta y cerró.

Siberia se quedó inmóvil, sollozando. De pronto camino hacia la cocina, y viendo á Esmirna, se arrojó en sus brazos repitiendo.

— ¡Es mala, si; es mala!

— ¡Quién, queridita?

— Rea. Me echó de su cuarto y cerró la puerta. Es mala, como la culebra que pintó Martiniano, repetía la niña, con resentimiento.

— Si, si. Bastante, bastante, dijo Micaela mirando á la niña, mientras rallaba un pedazo de pan duro.

— ¡Micaela! dijo Esmirna en tono de reconvención.

— Micaela, Micaela; siempre Micaela, dijo la vasca refregando con mas fuerza el pan contra el rallador. Si hicieran caso á la vasca, no se verían tantas cosas. Hasta que no se acaben los gauchos en el campo, no se han de acabar estas picardías. Si, si.

— Si tuvieras poder, Micaela, en poco tiempo, los estancieros no tendrían peones.

— Traería vascos. Buena gente, mientras no se pone *chiripá*.

-- ¡Entonces el mal está en el traje y no en los que los usan?

— ¡Oh! señora; V. no me comprende. La vasca no habla de vicio.

— Micaela; ¿los negros de las bolsas, se ponen *chiripá*? preguntó Siberia.

—Si, señorita, y llevan las bolsas debajo, contestó Micaela, guiñando un ojo.

Esmirna miró á la vasca y se sonrió.

—¿Porque no les quitas las bolsas Micaela? Cuando yo sea grande se las quitaré todas.

—¡Dios la libre! señorita, Todo el agua de colonia del mundo, le seria poca para lavarse las manos, dijo la vasca riendo.

—¿Entonces, tienen las bolsas sucias?

—No le hagas caso, Siberia; esta Micaela es loca, dijo Esmirna mirando á la vasca con severidad

—¿Es verdad, que se pueden tocar sin ensuciarse las manos? insistió la niña.

—Si no hay tales bolsas, ni tales negros, Siberia. Te cuentan esas patrañas para asustarte, contesto Esmirna con cariño.

—¿Es verdad, Micaela? volvió á preguntar la niña.

—Será como la señora dice; yo por mi parte nunca he visto tales bolsas.

—Vamos, Siberia, dijo Esmirna con fastidio, saliendo de la cocina.

Micaela se quedó riendo.

—Imprudente malicioso! murmuró Esmirna, y como la exclamacion hubiese llegado á los oidos de la vasca, una sonora risotada resonó en la cocina.

Al siguiente dia, Juancito metido en su librea recor-

tada, erguia el escuálido talle en el asiento de un coche de viaje.

Micaela, con cara de despechar niños, y con vestido dominguero, andaba de un lado á otro repartiendo epigramas y diciendo algunas frases en vasco, señal de tormenta en su animo.

— ¿Cuando vuelves, Micaela? preguntó Martiniano.

— Mañana, después de meter *a esa* en el ferro carril, contesto la vasca arrugando la nariz, para indicar el cuarto de Rea.

Martiniano conoció, que Micaela estaba proxima á estallar como una bomba, y se caió.

— Si, si, reptia la vasca despues de algunas palabras en vascuence, y se agitaba de un lado al otro, como si tuviese hormigas en los pies.

Lorenzo y tres peones, acomodaron dos baules y una balija en el coche.

En seguida, apareció en el umbral de su cuarto, la activa Rea vestida de negro.

Su paso firme y majestuoso, el frio desden de sus labios y el brillo profundo de sus ojos de fiera irritada, dominaban al mas audaz.

Todos la esperaban al lado del carruage, cuando llegó seguida de Micaela, cuyo gesto avinagrado contrastaba con la rigidez del rostro de Rea.

Se dispidió sin sonrisas, ni muestras de pesadumbre y sin dejar tras si mas lagrimas, que las de Siberia, olvidada de su enojo del dia anterior.

—¡Adios! dijo Rea á su padre y á Espartaco solamente, y entrando en el coche, se sentó sin mirar á Micaela, que acababa de sentarse á su lado.

Juancito hizo sonar el látigo, y el coche rodó con velocidad.

Rea parecía una reina despidiéndose de sus subditos.

El mismo Don Hermójeas, quedó impresionado por aquel carácter extraordinario.

—¡Tiene fibra de leona! ¡Si no fuera tan mala... dijo, como si hablase consigo mismo.

Espartaco se fué á su cuarto, y Martiniano parecía absorto en hondas meditaciones.

El no tenía papel entre aquella familia: no era la suya.

Esmirna respiraba con libertad. Quedaba libre de miedos, frente á un destino lisonjero.

Ahora miraba en su rededor, y veía en todas partes rostros amigos, dispuestos á servirla y respetarla. Veía el sol, despues de quince años de vida tenebrosa.

Iba á redimirse de una posición oscura, para presentarse á los ojos de su familia, ennoblecida por el casamiento.

Aseguraba el porvenir de su hijo; ya no comería el pan á cargo del extraño.

Sería hijo político de Ezpeleta, y podría presentarse como tal en todas partes.

Dos días más, y levantaría á su hijo del bajo nivel de hijo de una sirvienta.

Al día siguiente de haber partido Rea, volvió el coche conduciendo á la vasca.

Apenas se avistó el vehículo, D. Hermógenes y Espartaco fueron hácia él, como si obedeciesen á una misma y secreta inspiración.

Juancito detuvo los caballos, y padre é hijo tomaron asiento al lado de Micaela, preguntando á la vez...

—¿Que te dijo? ¿Quedó contenta? ¿No te encargó nada para nosotros?

—No probó bocado durante el viaje, ni desplegó los lábios. Ni lloró, ni se rió. Llegamos cuando recién abrian la boletería. Llamó a dos hombres para bajar los baules y conducirlos al salón de equipajes; tomó el boleto, subió á un coche reservado, se encerró y no le pude ver más la cara.

Anduve dando vueltas para despedirme, pero no pude conseguirlo. El tren partió, y no se más.

Fuimos al hotel. De madrugada llamé á la patrona para que despertase á Juancito.

Este muchacho, parece hijo de los siete durmientes, de un cuento referido por mi padre, la noche que velaban el cuerpo de mi madre.

Si, si; los hombres están muy alegres cuando entierran la mujer, dijo Micaela, sin poderse sustraer á la costumbre de comentarlo todo con acrimonia.

Espartaco y su padre, pensaban en la actitud y proceder de Rea en el momento que dejaba á sus espaldas hogar y familia.

Cuando llegaron á la puerta del patio, un tálburi avanzaba á pocas cuadras hácia la estancia.

En el venia el sacerdote. Descendió y despues de saludar á los dueños de casa dijo á Micaela.

—Pero hija, que manera de correr! El cochero ni vé ni oye, por apurar los caballos. Vengo gritando hace una hora sin obtener respuesta.

—Señor cura, yo no oí grito alguno.

—Lo supongo, hija, lo supongo; pero es el caso, que yo me habria ahorrado el viaje del tálburi, si no hubieraz salido ustedes tan temprano del hotel.

—Mas vale asi, señor cura. Si Vd. hubiese venido conmigo, á estas horas talvez desearia ser monja, dijo la vasca adelantándose.

—No he visto una criatura más traviesa, dijo Don Hermójenes,

—Parece desenvuelta, observó el cura.

—Lo parece y lo es, contestó Espartaco.

Desde la llegada del sacerdote, todo fué movimiento en la estancia.

Los puesteros fueron llegando, acompañados de sus familias y los peones se vistieron como en día de carreras.

Esmirna y Siberia se encerraron en el cuarto de Rea, heredado *in totum* por la niña, y Espartaco abria el reperero y cepillaba su uniforme de gala.

Martiniano dejó su taller, llevando con las dos manos una nueva acuarela. Se detuvo en el umbral de la habitación de Espartaco, pidió permiso para entrar y en cuanto el amable capitán dijo:— ¡Adelante! el artista marchó hacia la cama, puso el cuadro sobre ella, recostándolo en las almohadas, y dijo:

— Señor capitán; hace un mes, empecé este trabajo para mi protector, pero no me atrevo á presentárselo, sin oír la opinión de V. Me parece un regalo muy insignificante.

Espartaco ya tenía el cuadro sobre una silla, y lo examinaba atentamente, abanzando y retrocediendo, á derecha é izquierda, en busca de los efectos de luz.

— Joven, dijo á Martiniano, poniéndole una mano sobre el hombro y mirándole fijamente, *Vd. tiene demasiado talento*. Al terminar de decir estas palabras, alzó el cuadro á la altura de la cabeza y empezó á examinarlo de nuevo.

El fondo de la acuarela, representaba un cielo barrascoso. Negras nubes, rasgadas por el huracán, parecían chocarse y fundirse.

Un enorme buitre se cernía bajo aquel cielo negro, inclinando la cabeza como si buscara una presa.

Perpendicularmente, sobre un suelo salpicado de rosales, se veían dos hombres: uno anciano, de nobles facciones, con la vista fija en el ave voladora, ajitaba su sombrero en la mano para espantarla.

El otro, era un bello oficial, con la espada desembaina-

da y teñido en la sangre de otro buitre agonizante á sus pies, que lanzaba la sangre á barbotones, por debajo de las alas abiertas.

Tenia el enorme pico clavado en la tierra, y sus ojos mortecinos, buscaban á una asustada paloma, aterrida de miedo entre los pies del militar.

La fisonamia de los dos hombres espresaba con precision sus pensamientos.

El cuadro era una verdadera leyenda.

¡Demasiado talento! ¡Demasiado talento! repitia Espartaco, sin poder dejar de mirar el cuadro.

¡Terrible alegorial! exclamó, por fin dejandolo sobre el sofá.

—Señor Capitan; ¿lo quemó ó se lo presento á mi protector?

—¡Quemarlo! ¿Joven, está Vd. loco? Es una obra admirable.

—¿Puedo presentarlo?

Espartaco reflexionó un momento, y en seguida contestó:

—Yo lo presentaré á nombre del autor.

—Gracias; dijo Martiniano, estrechando con sus dos manos la del capitán. Me hace V. un servicio impagable. Me faltaba resolucion para ofrecer mi trabajo al padre de la Señorita Rea.

Espartaco vió en estas palabras la intencion de la obra.

El hijo cariñoso, y el protegido obligado, luchaban, y al fin, el amor filial triunfaba.

Espartaco presentó el cuadro á su padre, que hablaba en ese momento con el eclesiástico.

Ante la verdad de la composición, Don Hermogenes se volvió á mirar al sacerdote, temeroso de que descubriese las causas de la muerte del hombre por quien habia reza-do en el primer viaje, pero se tranquilizó viendo al cura colocarse los lentes, mientras decia:

—Es un estudio de buena mano.

Rico en fantasia, brillante en el colorido; correccion de dibujo, perspectiva inmejorable; observacion poderosa...

Esta acuarela, vale tanto como la mejor pintura.....

Señor Ezpeleta. El autor de esta obra, si es viejo, debe tener fama universal, y si es joven, será el rey de la pintura.

—¿Es V. artista, señor cura?

—Soy un pobre aficionado.

—Hoy tendré el gusto de presentarle el autor de esa obra.

—¿Está aquí?

—Sí, señor.

—¡Oh! seré muy feliz en conocer á tan gran maestro.

Don Hermogenes se sonrió.

—Mire V. Se estan viendo las contracciones del cuello de esa ave espirante; se le ven mover las impotentes alas á cada chorro de sangre que brota de la herida.

¿Y donde me deja V. el celaje? Aqui tenemos combate de nubes, furiosos golpes de viento, que rasgan, empujan y amontonan la borrasca.

¡Y el fondo oscuro del suelo! ¿Qué me dice Vd. de esto? Veo pasar sobre la cima de los rosales la sombra bamboleante de las negras nubes y formar la doble oscuridad al pié de cada mata. Todo se mueve y sombrea á la vez: todo es vida en el espacio, como en la tierra, en las figuras animales como en los individuos vegetales. La agonía del vencido, la bravura del vencedor, la prevision del que protege y el miedo del que teme, palpitan, jesticulan, hablan. Hace mucho tiempo, señor Ezpeleta, que no veo un estudio como este.

Es un cuadro monumental en su género.

El sacerdote dió otra recorrida de ojos á la obra, limpió sus anteojos, los guardó, y dijo:

El ejercicio de la pintura, es la mayor delicia de la vida humana, despues del amor de Dios y la caridad.

—La pintura descriptiva, señor cura, cuando se dispone del mágico pincel de Malte-Brun...

—Malte-Brun... Escelente geógrafo, dijo el sacerdote, tratando de recordar

—¡Escelentel ¡Sublime! ¿Quién pintará mejor una aurora boreal, un espejismo, un estratus, una tromba, tratándose de pintura meteorológica?

¿Quién ordenará mejor un tablero de gramineas, ó de musgos, y vestirá con mas galanura las selvas, praderas y montañas?...

Micaela, anunció la comida.

Mientras se sentaban á la mesa los dueños de casa, Lorenzo hacia correr el asado con cuero y el vino, entre peones y puesteros, reunidos en el galpon.

La vasca puso á contribucion su arte, para producir variedad de platos, salsas y postres.

El peso de la conversacion se repartió entre don Hermógenes, Espártaco y el sacerdote, persona instruida y de amena berva.

Este, y don Hermógenes se batian con erudicion, ingenio y galanura. Espártaco vió en su padre proporciones colosales.

El cura no veia al famoso pintor, y concluyó por creer que el señor Ezpeleta, habia presentado una acuarela suya, atribuyéndola á otro, por escapar á los elogios.

—Pronto vendrá, señor cura, dijo Don Hermógenes sonriendo.

—¡Alabad, sea Dios! Ni el secreto santuario de los pensamientos puede ocultarse al talento de Vd., señor Ezpeleta.

—Vd. atribuye á penetracion mia la elocuencia de su mirada, señor cura.

Espártaco hizo salva destapando una botella.

—La soda de Noé, dijo don Hermógenes.

—El vino de las tentaciones, exclamó el cura.

—La pólvora de muchas batallas, observó Espártaco.

—Una copa por el futuro Apeles de mi patria, dijo D. Hermógenes levantándose. Martiniano. acercate, agregó.

El niño fué á colocarse entre el sacerdote y don Hermógenes.

—Ahi tiene Vd, señor cura, al autor de la acuarela,

dijo don Hermógenes poniendo su mano derecha sobre la cabeza del niño.

El sacerdote miró de alto á bajo á Martiniano, y se sonrió con incredulidad.

—Ni mis canas, ni el respeto debido á tan ilustre sacerdote, me permiten *farsear*: este es el artista, repitió don Hermógenes con grave entonación.

El cura abrazó y besó á Martiniano, con entusiasmo, diciendo:

—Hijo mio, Dios te dé su protección, como te ha dado el maravilloso soplo que llevas en la frente. Tu serás honra de tus padres y gloria de tu patria. ¿Como te llamas?

—Martiniano.

—¿De?...

—Ezpeleta, si él y su madre quieren. Es hijo de la que va á ser mi mujer.

Esmirna, se fué de la mesa, llorando de felicidad, y el sacerdote continuó

—¡Martiniano! Basta y sobra para designar á un genio.

La bendición del Señor, sea contigo, exclamó, estendiendo las manos sobre la cabeza del artista.

Siberia se habia escapado con Esmirna.

A las nueve de la noche se revestia el cura en la sala, y cinco minutos despues, entraban; D. Hermogeneés vestido de negro, y Esmirna lo mismo, y mas atras, Espartaco con

uniforme de gala, llevando á la pequeña y encantadora Siberia de la mano, y á Martiniano del brazo.

El militar, y su angelical hermanita, eran los padrinos.

¿Quiénes mejor, que el noble y bravo capitán y la candorosa y bella Siberia, podían ser padrinos de mejor de los hombres y la más dulce y abnegada de las mujeres?....

Siberia había tomado á lo serio su papel. En los ademanes mesurados, y la gravedad de la fisonomía, podía pasar por una persona mayor.

Vestia de blanco; llevaba el cabello suelto y los brazos desnudos.

D. Hermojenes parecía más joven; con el cabello y la barba recortada semejaba mucho á su hijo. El talle ceñido por la levita, le hacía más ágil y joven.

Pero nadie tenía un aspecto más hermoso que Esmirna. Nunca había estado tan bella.

La ceremonia fue breve. Al concluir, el padre y el hijo se abrazaron. La venerable fisonomía del anciano, y la varonil y franca cara de su hijo, acusaban su inmediato parentesco.

Un tinte de melancólica tristeza se reflejó en sus semblantes, cuando D. Hermojenes dijo al oído de su hijo:

—Ella no ha querido estar aquí... Se refería á Rea. Al fin era padre.

—Que sea feliz, murmuró Espartaco en el mismo tono, desprendiéndose de los brazos de su padre.

Un grito de júbilo resonó en la puerta de la sala, lanzado por los testigos del casamiento.

A una seña de Espartaco, Micaela salio y volvió trayendo dos inmensos cartuchos de petalos de jazmines, que derramó sobre la cabeza de los recién casados.

Llevaba la vasca, vrstido de seda, y dos hermosos aros de oro, regalos de D. Hermójenes.

Con su elegante atavío, y su aire desembarazado, Micaela dejó pensativo á mas de un peon; pero el que parecia devorarsela con los ojos, era el hijo del hornero, vasquito de veinte años, fornido y buen mozo, á quien ella hablaba siempre en vascuence.

D. Hermojenes besó á la madrina, y sentandose en la banqueta del piano dijo:

—Micaela, que venga Agustin, y á bailar fandango.

La vasca no se hizo rogar. Entró, llevando de la mano al moceton, que se resistia á seguirla, de vergüenza y miedo de pisar la alfombra con sus zapatillas punteadas de becerro.

Micaela se detuvo en medio de la sala, delante de Agustin, que colorado y confuso, daba vueltas entre las manos á su boina colorada, sin atreverse á dar un paso. Pero al resonar en el piano el aire tradicional de los vasco navarros, y levantar Micaela los brazos, Agustin tiró la boina al techo, dió un salto, y el baile de los inocentes alegrias de Vizcaya, comenzó.

¡Conque olvido del mundo, se agitaban aquellos dos seres. al compás de un aire que llegaba á sus oidos como recuerdo del hogar paterno, vislumbre seductor de la niñez, perdido eco de maternos besos y sueños infantiles!

Habrian bailado así sin cansarse toda la noche, á no haber callado el piano.

Recien entonces volvió en sí Agustín, y recogiendo su gorra apresuradamente, huyó de la sala como huyen los lobos en las montañas de Navarra, cuando los cercan los achones de paja de los cazadores.

Los hurras de los peones aturdieron mas al joven honrero, mientras á Micaela le producian tal entusiasmo, que su cintura seguía el compás de una música imaginaria.

Esmirna, la feliz desposada, veía cruzar ligeras y fugaces sombras por los rostros de D. Hermogenes y de su hijo. Parecian siluetas de Rea. Pensaba, que se interponia el recuerdo de la rencorosa joven entre ella y Ezpeleta, y se preguntaba: ¿cuando concluyen las sombras en la vida de los desdichados?

La madrina, departía amigablemente con Martiniano. El sacerdote habia vuelto á renovar la disputa pictorico geográfica con Ezpeleta, y Espartaco fué á ver bailar el gato, á Lorenzo y la mujer de un puestero.

Allí tambien se apareció Micaela, y probó, que no le era extraño el baile criollo, sacudiendo su vestido lujoso, frente á frente de Juancito, que movia sus delgadas, piernas con maestría increíble.

A las once todo habia concluido, menos el vino de la damajuana destinado á los peones, que aun andaba haciendo gorgoritos en la garganta de los aficionados.

Despues de algunos dias se resolvió el viaje á casa de

D. Ventura. Micaela quedó representando á Esmirna y Lorenzo á D. Hermojenes.

Pintar la sorpresa y alboroto producido por la vuelta de Esmirna, sería tarea irrealizable.

Era la señora de Ezpeleta, el estanciero mas rico del Oeste, conocido en todas partes como hombre bueno, generoso y de saber.

Despues de quince años, Esmirna se volvía á ver rodeada de cuantos objetos acarició en la niñez.

Solo faltaban á la cita, el noble Martiniano y la cariñosa Armenia.

La casa tenía un cuerpo nuevo, al lado del antiguo que Segesto conservaba como una reliquia.

En lo demas, todo existía como en otros tiempos, sin faltar siquiera Sultan, el viejo terra nova, que se acercó moviendo la cola y refregando la enorme cabeza contra el vestido de su antigua dueña.

Los huespedes se alojaron en el edificio nuevo, con Saavedra y Nestoria.

Don Ventura y Segesto, no omitían detalles para tratarlos á cuerpo de rey.

Y Nestoria? ¡buena Nestoria! ¡Cuántas lágrimas vertió! Lágrimas dulces, que la consolaban y fortalecían para seguir siendo buena.

Martiniano, vió su caña de pescar, y su escopetita de otro tiempo sobre una silla, y en el patio, ensillado, gordo y barba al pecho, su *petizo* lobuno, compañero de pesca y cacería; unico testigo de sus coloquios con la abuela.

Al lado del petizo, estaba el picaso de Esmirna, viejo, con las patas gruesas, pero gordo y todavía altivo, conservando la gallarda estampa de sus buenos tiempos.

Fuera del guarda patio estaban dos carruajes.

Acabado el desayuno, emprendieron el paseo con acompañamiento de caza y pesca.

Martiniano se apoderó de su petizo, y se disponía á cojer la escopeta y la caña, cuando se presentó Siberia diciendo:

—Voy contigo á caballito. ¿Me llevas Martiniano?

—Tengo miedo que te caigas.

—No; espera, dijo la niña corriendo á buscar una silla para subir.

Segesto la tomó de la cintura y la sentó sobre el anca del animal diciendo:

—Agarrate á la cintura de Martiniano.

—Espera, gritó Nestoria. Yo voy á pié para sostener á Siberita.

Andrés, lleva en el coche la caña y la escopeta, agregó dirigiéndose á uno de sus sobrinos.

—Yo también voy, dijo Esmirna montando en el viejo picaso.

Don Ventura, D. Hermogenes y Segesto, se metieron en un coche, provistos de útiles de caza y pesca, y de lo necesario para tomar mate y almorzar bajo los sauces.

Espartaco y Natal montaron á caballo y tomaron otro rumbo.

La comitiva llegó al arroyo dividida en dos grupos para no estorbarse la pesca.

El grupo de los niños y de las mujeres, se detuvo al lado de abajo de los sauces, y el de los hombres del lado opuesto. Nestoria y los niños hablaban interrumpiéndose unos á los otros, sin poderse entender.

—Aquí pescó yo, decía Siberia, armada de una caña sin cuerda y golpeando el agua del arroyo.

—Así no se pesca, decía Nestoria, tratando de atar la cuerda y el anzuelo.

—Abue. . . .Madrinita, allí hay patos, dijo Martiniano cojiendo la escopeta.

—¡Cuidado! no tires, gritó la niña, tapándose los oídos.

—¡Andrés! calienta el agua, gritaba Nestoria.

—Martiniano. . . .

—Siberia. . . .

—Esmirna. . . .

Aquel grupo gritaba sin saber porque, ni para que, y sin embargo, todos se divertían, sin hacer nada en realidad.

Esmirna apeada, y silenciosa, miraba en su rededor, como si buscara algo.

De repente, su mirada se detuvo, se fijó un momento, y alzando los dos brazos á la altura de los ojos, vació y se sentó.

En esa posición, veía á Roman, al negro terra nova, la sombra gigantesca del viejo Martiniano, y despues. . .

Su cabeza se apoyó en los brazos, su talle se dobló y un llanto abundante y silencioso cayó en su regazo.

El retrato cortado en pedacitos, los golpes del arria-

dor retumbando en el cuerpo del estudiante; la carrera, los tiros; todo lo veía y escuchaba en aquel momento.

El diorama de su juventud, la foja negra de su historia, volvía á estenderse en la orilla de aquel arroyo.

Una mano se posó en su hombro, haciendola estremecer.

Levantó la cabeza y vió la dulce fisonomía de su madre.

— ¡Sufres! Recuesta tu cabeza aquí. No llores; todo pasó. Y sentadas juntas y abrazadas, las dos lloraron y se consolaron, mientras Andres se descalzaba y se metía en el arroyo, con gran algazara de Silberia, en busca de unos patitos casi implumes, ocultos entre los juncos.

— ¡Que lindo! ¡Nosotros también, Martiniano, decía la niña sacándose sus zapatitos para entrar en el arroyo.

— No; es muy hondo. ¿Nunca ves que le da el agua por la cintura á tío? contestó Martiniano.

— Ya tiene uno! ya tiene uno! Miralo, Martiniano. Es para mí. Tiene las plumitas amarillas, gritaba Siberia en el colmo del entusiasmo, viendo que Andres habia cojido un patito. Al otro lado de los sauces, se sentía un tiroteo continuo.

Mientras Sejesto pescaba. D. Ventura y D. Hermogenes mataban perdices y palomas por d. cenas. Era abundante la caza; en menos de dos horas, tenían cuarenta perdices y ciento veinticinco palomas muertas.

A las once se reunieron los dos grupos para almorzar.

Juancito y un peon de Sejesto fueron los cocineros; su obra se redujo á dos grandes asados.

Sacaron del coche la provision de pan, dulces, queso y vino, y mojando todo esto en el estómago con mates de café y té, quedaron los paseantes en disposicion de continuar la caza y la pesca.

Cuando se disponian á retirarse, aparecieron Espártaco y Natal.

—Mira, Espártaco; ¿los ves? decia Siberia sacándose del seno dos patitos.

—¿Como los cogiste, mi nena?

—Me los dió el señor Andrés. Mira como se mojó.

—Ya está seca la ropa, contestó el gaucho riendo. Mas me mójo cuando me toca lavar ovejas para la esquila.

—Apresúrese V. á cambiar de ropa; esas mojaduras, nunca tienen buenos resultados, observó Espártaco. Andrés volvió á reirse como diciendo:

—Mucho me ha de hacer. Si fuera oficial del ejército....

Del coche de D. Ventura no acababan de salir perdices y palomas.

—¿Quién se despluma todo esto? pregunto Nestoria riendo.

—Nosotros, replicó D. Hermójenes, dando principio á la tarea.

El ejemplo fué imitado por todos y poco despues, se veian mujeres, hombres y niños cubiertos de plumas, mientras Juancito y el peon iban destripando las aves desplumadas.

Esa noche, comieron aves asadas, cocidas, guisadas, fritas, reilenas, y hasta en prematuro escabeche.

Al otro día de mañana, un coche condujo á Obdulia á la casa de Segesto. Esmirna corrió á recibirla.

Obdulia abrazó á su antigua amiga, y le dijo en voz baja, y estrechándola entre sus brazos.

— ¡Perdóname! Yo no sabia... Al fin me contó toda su infamia.... Es un desgraciado.... Si vieras que viejo está, te daría lástima!

— ¡Nunca! exclamó Esmirna apartándose de los brazos de Obdulia.

— Talvez tienes razon; no me mires así. Creeria que tambien á mí me aborrecias.

— Tu eres buena. Vamos; contestó Esmirna ciñendo con su brazo la cintura de Obdulia, y conduciéndola á presencia de su familia.

Segesto, sus hijos y D. Ventura fruncieron el ceño; D. Hermógenes miró atentamente á la joven.

Obdulia tenia maneras cultas, y sin ser bella, era atractiva. D. Hermógenes le acordó sus simpatias.

Martiniano, ignoraba que aquella joven era su tia, y se hallaba confuso ante sus insistentes miradas.

La conversacion recayó sobre las cualidades de artista del joven, y las obras por él ejecutadas.

— Es admirable la virtud fecundante de nuestro sol. En cualquier parte se manifiesta el talento de los argentinos, dijo D. Ventura.

— No tanto, señor Saavedra, replicó D. Hermógenes. No niego la rapidez de Concepcion, la generalidad del despejo. Se descubren vuelos altos, atrevimientos en la creacion, pero estas facultades no tienen gran vigor.

No basta remontarse un instante á las a turas, sino podemos sostenernos en ellas; no basta imaginar un cuadro, si no sabemos darle vida y movimiento. Las abstracciones no tienen el calor, ni la movilidad de lo que palpita.

Si tanta fuese la prodigalidad fecundadora de nuestro sol, tendríamos geógrafos como Malte Bruu, poetas como Pindaro, soldados como Alejandro, políticos como Filipo, oradores como Ciceron y Demostenes, matemáticos como Arquimedes, astrónomos como Copernico, filósofos como Anaxagoras, físicos como Newton y Laplace, políticos como Pericles, legisladores como Justiniano, ciudadanos como Caton, gobernadores como Cincinato, y pintores como Murillo.

—Ché, Andres, estos serán jueces de paz de otros partidos, dijo Natal en voz baja, pegando un codazo á su humano.

—*Pucha que sos morao!* Son municipales de la capital; ¿no ves que tienen nombres de *mitreros!* contestó Andres al oido de su hermano.

—Carecemos de esas estrellas de primera magnitud, pero en cambio, se notan aptitudes generales en el bajo pueblo. En otros países, el populacho es una bestia feroz, replicó D. Ventura.

En nuestra patria, he visto brillar hombres salidos de una estancia. El último de nuestros gauchos, es apto para asimilarse el refinamiento de la civilizacion, sin grandes esfuerzos.

—¡*Tomá tu torta!* Le ha retrucao lindo, exclamó Andres al oído de su hermano.

—Aquí mismo, prosiguió D. Ventura, tenemos un producto de nuestras Pampas, que si sus frutos corresponden á su lozania, confirmará mis opiniones. V. sabe á quien hago referencia, y le suplico nos haga ver el último ensayo do nuestro querido artista.

D. Hermogenes habló dos palabras á Martiniano, y este fué en busca de su acuarela.

D. Ventura, y todos los circunstantes, se apiñaron en frente del cuadro.

—¡Que lindo está el carancho! exclamó Natal, siempre en voz baja, dirigiendose á su hermano.

—No sé, como el milico lo pudo matar con el sable, contestó Andres.

—¿Que vé V. en ese cuadro, señor Saavedra? preguntó D. Hermogenes.

Una reminiscencia historica, de nuestra independenciam.

Estos gruesos y negros nubarrones, son la sombra de la monarquia; los buitres sus ejercitos; el hermoso capitán San Martin; el venerable anciano, nuestros constituyentes, y la paloma, la idea republicana. Es una alegoria de castraña seducion; conmueve y entusiasma.

Espartaco y D. Hermogenes se miraron.

Obdulia miraba mas al artista que al cuadro. Quería hallarle algun parecido con Roman, y se disgustaba viendo que solo se parecia á Esmirna.

Era la hora del almuerzo. En la mesa, D. Ventura y

D. Hermogenes, departian sobre literatura y ciencias; Nestoria y Esmirna sobre el viaje de Martiniano; el niño y Silberia sobre los patitos, el petizo y la pesca; Segesto y sus hijos, del mayor rendimiento de la lana lincoln con relacion á la criolla; y Espartaco y Obdulia, ¿quien sabe de que hablarian?.. .

Despues de almorzar, D. Hermogenes, Espartaco y Siberia, entraron en el carruage de Obdulia y la acompañaron á su casa.

Segesto y sus hijos durmieron la siesta; Martiniano se fué á dibujar la hermosa cabeza del viejo terra nova, y D. Ventura, Nestoria y Esmirna, volvieron al comedor, en busca de las dulzuras de la soledad.

--¿ No le abrazas? pregunto Nestoria, empujando suavemente á Esmirna, hacia su padre.

—No lo merezco, dijo D. Ventura inclinando la cabeza sobre el pecho; he sido cruel.

Esmirna, dudó un momento, pero al fin se acercó á su padre y le beso en la frente.

D. Ventura se estremecio. Era el primer beso filial que recibia, porque cuando Esmirna era niña, le besaba como á tio.

El anciano la estrecho contra su pecho, y asi la retuvo mientras no desaparecieron de sus ojos las huellas de la ternura.

Nestoria se oprimio el costado izquierdo con las dos manos, para contener las sacudidas del corazón, y acercandose al padre y á la hija los estrechó juntos diciendo:

—¡Los tres!...

Así permanecieron largo rato, sin pronunciar una palabra, hasta que D. Ventura, sintiendo rumor de pasos, se sentó y dijo:

—¡Dios es todo misericordia!

Martiniano entró.

—¿Me das un abrazo, Martiniano? dijo D. Ventura abriendo los brazos.

—Veinte mil! exclamó el niño precipitándose sobre el pecho de don Ventura.

—Serás un gran pintor, pero no te envanezcas; la vanidad mancha la gloria.

—Yo solo deseo tener fama para que mamá sea feliz.

—Ya lo soy con tu cariño, alma de mi alma, dijo Esmeralda con voz insegura.

—Ya sabes, Martiniano. Yo soy tu tío.

—Y Nestoria, mi madrina, agregó el niño sonriendo, pero cuando yo gane mucho dinero, nos reuniremos y recuperaré á mis queridos abuelos.

—¡Ah! Me dan ganas de salir gritando por todas partes el secreto de tu origen. ¿Qué me importa á mí del mundo? dijo Nestoria.

—Siempre fuiste discreta, Nestoria.

No se desatan fieras, prontas para devorarnos y devorar á los inocentes, dijo don Ventura.

Largo silencio siguió á estas palabras.

Segesto apareció en la puerta con el mate en la mano.

—Ya está pronto el amargo, Ventura. Nestoria y

ustedes pueden tomar dulce, ya le dije al peon que aprontase el otro mate, dijo Segesto, dirigiéndose á Nestoria.

—¿Tomas mate, Martiniano?

—Nó, madrina; voy á seguir mis dibujos.

—¿No quieres ir á pescar?

—Veremos mañana. Hoy nos falta Siberia; la mejor pescadora de todos, pues no necesita cuerda ni anzuelo.

—¿Y tu, Esmirna? preguntó Nestoria.

—Voy un momento al dormitorio, y vuelvo á reunirme con ustedes.

Todos se sentaron bajo la hojosa copa de un enorme sauce lloron, y el mate dulce y amargo, empezó.

—¡Pero como pinta el muchacho! Dios lo guarde, exclamó Segesto.

—Lo habia de ver el cara de mancarron del estudiante, agregó Andrés.

—Mucho le importaria á él, que no sabe nada; devalde estudió en Buenos Aires, añadió Natal.

—Si, á él no siendo revolcarse con las paisanas, dijo Segesto, nada le interesa.

—Lo que es ahora, observó Andres, ni eso le queda Pacha Bota lo ensilló, y hace con él lo que quiere.

Lo réta como á un muchacho, y hay quien dice, que lo castiga.

—Si oso fuese cierto, seria un castigo del cielo, dijo D. Ventura.

—Es cierto, dijo Andrés; un día que yo pasé cerca del rancho, le oí gritar á ella:

—*Andá, hijo de la tal por cual y traeme una brasa pa encender el pucho*, y él se la alcanzó y se la tuvo en el cuchillo.

—¡Que mujer! exclamó Nestoria.

—¡Oh! es paisana de cuchillo y arriador, y en cuanto pestañeé el estudiante, que siempre pitó del flojo, le ha de hacer un ojal en el cuero: Se lo tiene jurado. Cuando sepa que visita en un rancho, lo ha de sacar de la oreja y marcarle el cachete. Pancha Bota no juega, dijo Andrés.

—¡Como descenden los hombres! exclamó D. Ventura.

—Ultimamente.

—Bueno; basta, dijo Segesto, cortando la palabra á Natal. Me dan ganas de lanzar, cuando oigo el nombre de ese hijo de. . . . Segesto dió un chupacazo á la bombilla, haciéndola sonar como una corneta.

La llegada de Esmirna dió nuevo rumbo á la conversacion.

D. Hermógenes, Espártaco y Siberia, volvieron muy tarde.

Al amanecer, Espártaco despachó á Juancito con varias cartas.

D. Hermógenes tomó por su cuenta á D. Ventura, con quien simpatizaba, y la cacería se repitió.

La bulliciosa partida de pescadores volvió al arroyo, situándose, por indicacion de Nestoria, mas arriba del

monte de sauces, y Segesto y sus hijos fueron á recorrer los pue tos.

Espártaco se habia agregado al grupo de pescadores; pero viendo muchas bandadas de patos, pasó el tiempo gateándolos y haciendo algunos tiros certeros.

El terranova le seguia á la distancia, y apenas sonaba un tiro, se lanzaba á la laguna y volvia con dos ó tres patos en la boca.

Esmirna y Nesteria enseñaron á pescar á Siberia, que al fin sacó un bagre.

Al verlo colear en el anzuelo, arrojó la caña y fué á refugiarse en el regazo de Esmirna.

—¡Coje la caña, Martiniano, gritó Nestoria.

El niño la apretó con la suya, tiró y el terrible bagre; espanto de Siberia, fué á caer entre los otros.

—¿Está muerto, Martiniano? preguntó Siberia corriendo hácia el joven.

—Sí. ¿Lo quieres?

—A verlo Yo lo pesqué, ¿no es verdad?

—Como no! No le temas; tómallo, dijo Martiniano dándole el pececillo.

Siberia lo asó con recelo, y viendo que no se movia, corrió hácia Espártaco gritando:

—¡Míralo! míralo; yo lo pesqué. Es grandote, ¿lo ves?

—¡Mi nena! tú eres una intrépida pescadora! Este bagre debe pesar, por lo menos una arroba, dijo Espártaco tomando el pececillo de manos de la niña.

—¡Que pesado ¡eh! Tiré con mas fuerza!... Si vie-

¡Que lindo es saber pescar! Me enseñó Esmirna, repetía Siberia saltando delante de su hermano, posesionada de nuevo del pez y contemplándolo con aire triunfal.

Cuando iban llegando á donde estaban los pescadores, Siberia vio venir á su padre y á D. Ventura y corriendo hácia ellos gritó:

¡Papá! hemos pescado mucho. Mira que pescado grande. ¡Pesa una arroba!

Los dos ancianos se rieron.

—Has hecho una gran pesca, Siberia; si cada una de tus compañeras pescó otro tanto, necesitamos una carreta para llevar los pescados, dijo D. Ventura.

—¿Los ha visto V. tan grandes? preguntó la niña.

—Tan grandes, nó, pero los he visto mas pesados.

—Este pesaba mucho cuando estaba vivo, repuso la niña, y emprendió de nuevo la carrera hácia el grupo de los pescadores.

—¡Que hermosa niña! Es un ángel. ¡Que hijos tan encantadores tiene V. señor Ezpeleta!

—Si. . . . Muy encantadores, contestó suspirando D. Hermógenes, y pronunció in mente el nombre de Rea.

Juancito volvió, despues de dar exacto cumplimiento á las órdenes de Espártaco, y D. Hermógenes mandó preparar todo para la vuelta á su estancia.

Martiniano, con grau sentimiento de Siberia, se quedaba dos meses con Nestoria.

La despedida, nose pareció á la que quince años antes hicieron las mismas personas á la infeliz y desgraciada

Esmirna; pero ella no habia perdido la memoria, y al subir al coche aclamada y bendecida, dedicó dos lágrimas á los ausentes: Armenia y el colosal Martiniano.

Cuando el valiente gaucho protegiera su espulsión del hogar, era casi huérfana, pobre y despreciada por los mismos que ahora halagaban á la rica señora de Ezeleta.

Por mas bondadosa y olvidadiza que fuese, respecto de los males recibidos, le era imposible sustraerse á estas amargas reflexiones.

Aquel anciano de cabello y barba blanca, que agitaba su sombrero en señal de cariñoso adiós, era el mismo que se revolvia airado, amenazador al lado del lecho de su propia hija desgraciada, para maldecirla y ultimarla.

Solo Nestoria y el bravo Martiniano le habian tenido lástima. Solo aquel gaucho, tuvo bastante grandeza de espíritu para desenvainar el facon contra su mismo padre y hermanos; por ella, que le habia herido de muerte, colocandole en la senda de sus esperanzas, la cuna de un niño de otro.

— ¡Oh ! incomparable Martiniano, exclamó en alta voz, sin pensar lo que decia, y el llanto brotó á raudales de sus ojos.

— ¿Pero, porque lloras? No fuiste tu misma la que le prometió pasar dos meses con su familia, antes de partir para Italia? pregunto D. Hermogenes.

Esmirna enjugo sus lagrimas y no contesto.

Siberia tambien lloraba, porque veia llorar á Esmirna.

— ¡Para Juancito! pára, grito Espartaco, y se arrojó del

coche con la escopeta en la mano. Apuntó, salió el tiro y una hermosa gama dió un salto y un balido, y cayó muerta.

—Dáme las riendas y vé á traer la gama, dijo D. Hermógenes á Juancito.

El muchacho saltó del pescante, y poco despues llegó con la gama al hombro.

—¡Probrecital! ¿Porque la mataste? mira que hermosos ojos tiene, dijo Siberia mirando al animal.

—¡Tontita! Es para ti. Le sacaremos el cuero con las orejas y las patitas, y lo tendrás delante de tu cama.

—Y los ojitos tambien. Espártaco. A mi me gustan los ojos.

Siberia olvidó su llanto y su compasion.

¡Niñez venturosa! Sus penas duran un soplo, y sus alegrías se prolongan tanto como la inocencia.

Cuando Obdulia volvió á su casa, ya estaba Roman alli.

El jóven elegante de otros dias vestia con abandono.

Se afeitaba siempre, y sus mejillas surcadas por hondas arrugas, sus ojos sin brillo, su encia superior sin dientes y su escaso y cano cabello, le daban apariencias de viejo y enfermo.

—¿Se fuéron? preguntó á su hermana.

—Si; solo quedó el niño.

—¿Es muy alto?

—No, pero es esbelto y airoso. Se parece completamente á la madre. Es bello como un ángel, y su inteligencia asombra....

¿Dónde estuviste tantos días? Roman.

—Por ahí.....

—En el rancho. Roman; hace dos años que te estoy diciendo: por vergüenza, por amor propio, debes dejar esa mujer repugnante, y no me haces caso. Estoy cansada y humillada.

—Pero, Obdulita, ¿que te hago yo? Esa pobre mujer no es tan mala como dicen las malas lenguas, y gasta poco. Con seis cigarros paraguayos por día, dos cebaduras de yerba y un puchero, tiene bastante....

—¿Y te atreves á hablar delante de mi, de esa gaucha fumadora y sucia?

—Por eso no te veo con mas frecuencia; te disgustas y me retas sin motivo.....

—¡Sin motivo! Roman tu has perdido el sentimiento de la dignidad, y dentro de poco, no podré recibirte en mi casa. ¿Como presentarte en esa fecha, y con esa conducta, al capitán Ezpeleta?

—Si es un buen muchacho; muy cariñoso conmigo. Si es por tu casamiento, no te enójes, ya hice gran amistad con mi futuro cuñado.

Lo único que me pidió esta vez, por razones que tu sabrás, es que no asista al casamiento, y eso me es muy fácil. Ese día le compró una botella de caña á Pancha, y me paso el tiempo oyéndola bramar.

—No mézcles el nombre de esa mujer, en nuestras conversaciones; te lo suplico por última vez.

— Bueno, Obdulita, voy à echar un trago con el viejo, miétras te se quita el enojo.

—¡Roman! ¡Roman! Eres un mal hijo. Me ves luchar para curar à papá del vicio de la borrachera, y tu vienes à incitarle a beber. Déjalo quieto en su cuarto. Está muy entretenido en leer.

—Bien; te obedezco, pero no me reprendas; me haces daño, Quisiera ver al muchacho. ¿No sale à pasear?

—Sale al arroyo, al fatal arroyo vergüenza de tu nombre.

—No ves? Ya vuelves à maltratarme.

—¿Pero Roman, tu no tienes compostura?

—¿Por que? Si no te parece bien que vea al muchacho, no lo veré; poco me importa. Necesitaria una docena de camisas?

—Las mandaré comprar mañana.

—Yo mismo podria comprarlas.

—No, por que no las comprarías. Eres capaz de emplear el dinero en camisas de mujer, y cigarros paraguayos.

—Si fumo cigarri los.

—Tu si, pero..... No me hagas hablar. Mañana mandaré traer las camisas.

—Como tu quieras. ¿Cuando te casas?

—Cuando Espártaco obtenga el permiso. Ayer escribió al coronel de su regimiento, al jefe del estado ma-

yor y al ministro de guerra y marina. El día ántes vino á casa con su padre y su hermanita.

Papá estuvo muy correcto con ellos. Conseguiré al fin hacerle dejar el alcohol.

Si lo consigo, no me queda mas pesadilla que tu, á quien desespero de redimir.

—Ya vuelves. Hasta mañana. Te felicito por la eleccion. El capitán es un muchacho escelente, dijo Roman saliendo.

—Trata de complacerme, Roman.

El estudiante ya estaba fuera del alcance de la voz de su hermana.

—Está entontecido é insensible. Es hombre perdido, dijo Obdulia al verse sola.

Roman se dirigió al rancho de Pancha Bota, algo contrariado.

En la puerta se veía una gancha alta y gruesa, como de cuarenta años de edad, mal enjestada y fea á mas no poder.

Su traje era pobre y sucio, y su aire provocativo. Tenía un cigarro en la boca, las manos apoyadas en las caderas y la mirada fija en el jinete.

—¿Traes las camisas? le gritó.

—Ahora te diré.

—No: no te bajés si no las traes, porque te deslomo de un asadorazo, grito Pancha, cojiendo el asador y jurando como un marinero.

Roman se apeó con la cabeza agachada y se encami-

nó hacia la puerta, con paso receloso, diciendo tímidamente.

— Fue un peon á comprarlas; mañana las tendrás.

— Pudiste traerme las de tu hermana: no es ella mejor que yo, sin vergüenza, contestó la terrible gaucha, dejando caer el asador en el brazo de Roman, que se atajó à tiempo para no dejarse romper la cabeza.

— Si mañana no estan aqui las camisas, apronta llamo, maula, siguió aullando aquella furia campestre, y el miserable degradado, se humillaba como un perro, contándose feliz en compañía de tal mujer.

Cuando el globo de la dignidad descende, no pára hasta romperse en el suelo.

Roman habia ido descendiendo paso á paso, conaturalizandose con la inmundicia, y ningun poder humano le levantaria del bajo nivel en que se revolcaba.

Nunca fué hombre de energia, cualidad que con frecuencia nos salva de la abyeccion.

A los tres dias de esta repugnante escena, Roman se dirigia á la estancia de su hermana, talvez a llenar otra exigencia de la gaucha.

Ella le vió partir, de pié, fuera del rancho ostentando en su cuerpo una camisa de hombre.

Roman llevaba la cara llena de moretones y la manga derecha del saco á medio despegar.

Los viajeros llegaron sin contratiempo á la estacion.

La vaca se había portado con su honradez y laboriosidad acostumbradas.

Lorenzo había carneado gorilo y de casa, por que Micaela revisaba los cueros estaqueados, y el capataz tenía una delacion.

—¿Cómo te fué, Micaela? No bailaste ningun fandango con Agustin? preguntó D. Hermogenes.

—Me fué bien, patron; y no he bailado el fandango, por no pivotar a Lorenzo de mis ojos, sin los cuales no vivría en gracia de Dios.

D. Hermogenes tomó las palabras de la vaca, como revelacion de que el capataz la requiebaba.

Emirna estaba en su casa. Su autoridad era inmovible, pero no por eso cambió de conducta.

Seria y prudente, cuidadosa y trabajadora, se multiplicaba para mantener el orden, la economía y el trabajo en todas partes.

La paz y la confianza parecían inalterables, entre los miembros de la familia.

Los primeros dias, Siberia extrañó mucho á Martiano, pero despues se acostumbró al trato de una niña de su edad, hija de un habitado de D. Hermogenes, y los dias corrían hermosos y alegres para la niña.

Espartaco esperaba impaciente la licencia solicitada, y mataba el tiempo yendo con su padre de puesto en

puesto, ó de la estancia grande á las estancias chicas, dirigidos por socios habilitados.

A Micaela no le quedaba mas yunque donde descargar el martillo de su crítica que Lorenzo, y cuando no lo podia pescar se fastidiaba.

Por añadidura, tambien le faltaba Martiniano, objeto de uno de sus afectos mas sinceros.

Aquel jovencito, á quien habia visto crecer, siempre hermoso y humilde, no se apartaba de su memoria. Para él jamas tuvo una saeta, hecho bien significativo en una mujer, que era la sátira viviente.

Si Lorenzo se moria ó dejaba su empleo, Micaela no podria vivir en aquella casa. ¿En quien hincaria el diente de la mordacidad?

En cierto modo, la muerte de Francisco y la partida de Rea, eran dos desgracias para Micaela.

Ni sus pañales con Agustin le parecian tan sabrosos, desde que no los sazónaba con media docena de pullas.

Al escuilido Juancito, poco podia decirle; no tenía historia, y se reía como un bobo de las ocurrencias de la vasca.

Micaela debió vivir en tiempos de Voltaire y ser su criada.

D. Hermógenes se ocupaba exclusivamente de leer, Esmirna de administrar los intereses de su marido, las niñas de correr, reir y jugar, Espartaco de impacien-

tarse, y Lorenzo carneaba gordo y huía de la cocina principal.

Al fin, Espartaco recibió contestación á sus cartas, y en vista de ella, partió apresuradamente para la capital.

—Me llama el ministro; de sus manos recibiré la licencia, y volveré pronto, dijo el capitán á su padre.

—Visítala, dijo D. Hermógenes.

Espartaco hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Llegó á la capital, recogió la licencia, agregada á los despachos de sargento mayor con que le agració el ministro, y fué á visitar al banquero de su padre.

Después del saludo, y una breve conversacion sobre dinero, Espartaco preguntó.

—¿Como está mi hermana?

—Bien. Es una señorita muy original.

Cuando me dió aviso de su llegada, fui á presentarle mis respetos y á recibir sus órdenes.

—“Caballero, me dijo, ¿de que fondos puedo disponer en su casa, y en que forma debo girar?”

—Las órdenes de su papá, le contesté, son por 25,000 pesos cada mes. Puede recibirlos por adelantado, si así le place; fuera de esa suma, el banco pagará cualquier giro de Vd.

—Gracias, dijo secamente; no acepto favores de nadie; giraré por 25.000 pesos, en cualquier punto que me establezca.

— Señorita. . . . Soy muy amigo de Hermógenes. . . .

— Pero no lo es Vd. mió.

— Me honro siendo su servidor. Mi señora, pondrá nuestra casa á disposición de Vd.

— Agradezco sus finas atenciones, pero no recibo visitas, ni las hago.

¿Su casa bancaria tendrá corresponsales en todas partes?

— De América y de Europa. Con aviso del punto á donde Vd. se dirija, le daremos una carta-orden, y se pagarán sus giros á la vista.

— Perfectamente, contestó con un tono que significaba: Hemos concluido.

Me retiré, y no he vuelto á ver á su hermana, pero hago preguntar siempre por su salud.

— Tiene algunas rarezas, dijo Espartaco, pero es de muy buen fondo.

— No lo dudo, señor Ezpeleta. Al hacer estas referencias, lo hago á título de información. Por lo demás, la señorita cumple su promesa; ni visita, ni se deja visitar.

Espartaco se despidió, y fué á casa de su tía, preguntando por Rea,

— ¿Cómo se llama Vd., señor? preguntó el portero.

— Dígale que su hermano desea saludarla.

— Ah! el hermano de la señorita! escamó el portero dirigiéndose al vestíbulo. Sigame, señor.

El criado entreabrió una puerta, y dijo.

—Señorita; aquí está su hermano.

—No, está en casa. Cierre Vd. esa puerta, mi jaidero, que está encolerizada Rea.

Espartaco oyó las palabras de su hermana.

El por eso cerró, y mirando á Espartaco con aire atontado, dijo, rascándose en una oreja.

—No... no está... He salido esta mañana temprano...

—¿Cuándo volverá? preguntó Espartaco, fingiendo no haber oído á Rea.

—Quien sabe. Cualquiera día.... Un día de estos....

—Cuando vuelva, dígame que estuvo su hermano á saludarla y que no volverá, dijo Espartaco en voz alta, para que oyese Rea, agregando: ¿Y mi tía?

—¿Su tía.... la tía de la señorita?... ¿La señorita Florida? No me parece que esté en casa.

—Vea V. si está ó no.

El portero abrió otra puerta, temeroso de otra mala resaca, y dijo con tímido acento.

—Señorita; su sobrino.

Una señorita de 57 años, alta y delgada, se abalanzó á la puerta como una pantera.

El portero cerró estrepitosamente y volviéndose á Espartaco dijo:

—Tampoco. No señor; salió ayer á medio día. Es decir; á eso de las cuatro de la tarde. No ha de volver; ella nunca vuelve, decía el pobre hombre en el colmo de su aturdimiento.

Espartaco bajó la escalera, y el portero se consideró dichoso, viendo salir aquel militar, que ni como hermano, ni como sobrino había probado bien en la casa.

Flora, hermana mayor y única de Mizar, tenía pensión del Estado, y de ella vivía, sin salir jamás de su casa.

Era celérica, pero pagaba bien á los sirvientes y con puntualidad.

Cuando Rea le presentó en su casa, no se dignó moverse de su sillón. La joven se instaló sin ceremonias en un departamento que inmediatamente hizo amueblar.

Flora no se ocupaba de su sobrina, y Rea ni pensaba en su tía.

La casa, ni Mizar ni á Flora se les había ocurrido reparar.

Entre las dos hermanas, nunca había reinado gran armonía.

Flora era escasa de visitas de hombres, y Mizar al contrario.

Flora recibió fríamente á su sobrina, suponiendo en ella el defecto culminante de su madre, pero pocos días le bastaron para apercibirse de su error. Rea no se pareció á su madre.

Hecha esta observacion, fué al departamento de su sobrina, para saber la causa de su apuñicion allí.

Rea le dijo toda la verdad, añadiendo:

—Ahora, como si no hubiéramos hablado.

—Pues, dijo Flora enc jiéndose de hombros y volviendo á su departamento. Así se saludaron y así vivieron tia y sobrina, sin ocuparse la una de la otra, hasta que Espartaco fué á visitarlas.

—¡Qué raza de mujeres monomaniácas y malas, se dijo el capitán al salir de la casa. Es necesario no ocuparse de ellas.

Entró en el hotel y pidió le llevasen á su cuarto algo para comer.

Desdobló los papeles que tenía en el bolsillo, y contemplando el diploma de Sargento Mayor, se dijo:

—He aquí un grado como regalo de boda!

Si no fuese tan amigo del ministro, hubiera rechazado este vergonzoso ascenso.

De todos modos, pediré mi absoluta separación del ejército. No quiero ser soldado de esta manera.

Guardó sus papeles, comió y fué á comprar algunas cosas para regalar.

Al otro día, el ferrocarril condujo á nuestro militar al pueblo de.....

Como volvía antes del tiempo calculado, y no había escrito á su padre, se halló sin coche. El dueño del hotel le buscó uno, y antes de amanecer, iba Espartaco camino de la estancia.

—¿Hace mucho tiempo que trabajas de cochero?

—No señor; soy nuevo en el oficio.

—¿Produce este negocio?

—Para uno solo, si señor; para dos no vale nada, y menos para mí, que tengo el coche al tercio.

—¿Y por qué no lo deja?

—No puedo, señor. Este coche es del comisario, y si se lo dejo me toma entre ojos, y no quiero andar á monte-

—Yo ignoraba que tuviese coche el comisario.

—Pues señor, lo traje de la estancia de Vd.

—No me acuerdo.

—Era de un herido, que el comisario *despachó* en el camino para quedarse con el coche. Dicen por ahí; por mi parte, no se nada.

—Esto no puede ser, y V. hace mal en creer y repetir tales cosas, dijo Esparta o con seriedad.

—Yo, mi capitán, me lavo las manos; pero se ven cosas en los Partidos del Oeste.... El comisario hace dos años que está aquí; vino con una mano atrás y otra adelante, y ahora tiene estancia con mucha hacienda; es socio en el hotel y en el reñidero de gallos; tiene este coche y otro más, y.... Estas cosas no se hacen con el sueldo.

—Sea como quiera, V. no es juez.

—No señor; yo lo quiero bien, contestó el cochero castigando los caballos y empezando á cantar un triste.

Quando llegaron á la estancia, Lorenzo reconoció el coche y los caballos de Francisco, pero era demasiado prudente para comunicar á nadie pensamientos peligrosos.

Siberia llevó á su hermano una mañana á la quinta, y con mucho misterio, señaló con su delito algunas brevas maduras. Eran las primeras y queria ofrecerlas á su papá en una canastita adornada con hojas de higuera.

Espartaco trepó al árbol, y despues de muchos esfuerzos, consiguió cojer las brevas.

Siberia colocó la improvisada canastilla sobre el escritorio y D. Hermógenes reconoció una vez más, la consancia cariñosa de una niña, que tal vez no era su hija.

Los preparativos para la boda de Espártaco estaban hechos; solo faltaba fijar el dia y el punto donde debia efectuarse la ceremonia.

Al efecto, Espártaco partió para la estancia de Segeso, para ir allí diariamente á la casa de la novia y convenir todos los detalles del casamiento.

Ellos no tenian los motivos de D. Hermógenes y Esmirna, para llamar al sacerdote á la estancia y casarse en silencio; al contrario, creían acto de egoismo privar á los curiosos de ver el casamiento mas importante, por la calidad y la posicion de los novios, de cuantos se habían celebrado en la pequeña iglesia de.....

La noticia circuló por todo el Partido, y hombres y mujeres, convidados ó no, se prometían estar en el pueblo el dia señalado para la ceremonia nupcial.

El padrino y la madrina, eran D. Hermógenes y Esmirna, que conducirían la novia al pueblo, donde la esperaba el novio acompañado de sus amigos.

Concluido el acto, todos irían al hotel, y después de un régio almuerzo, acompañarían á los recién casados á su casa.

Para volver á buena hora á la estancia, el casamiento se efectuaría á las nueve de la mañana,

De la estancia de Segesto, partieron D. Hermógenes, Esmirna, Siberia y Nestoria, en busca de Obdulia y de su padre.

Espártacô esperaba, acompañado de Mariniáno, D. Ventura, Segesto y sus hijos, y otros vecinos respetables.

A las ocho de la mañana, las calles estaban llenas de gente-

Cuando iban todos hácia la iglesia, dos últimos ginetes se veían á lo lejos apurar sus caballos.

—La concurrencia no cabía en el templo....

Un estruendoso viva, millares de coletes, y una parte de banda de música, compuesta de afilados, dieron la señal de que la ceremonia había terminado.

El sacerdote, dirigió una sóbria y bella locucion á la concurrencia.

Era nuestro conocido cura, y por consiguiente, daba lástima que no fuese todo el auditorio capaz de comprenderle.

Ni fanatismo, ni torpezas fluían de los labios del sacerdote. De moral pura y consoladora; de paz, dulzura y caridad, eran sus frases.

Cuando descendió las gradas del altar, D. Hermógenes y D. Ventura le dijeron:

—Nunca es tan grande y conmovedora nuestra religión, como cuando tiene intérpretes de talento.

El sacerdote se inclinó humildemente.

Se dirigían al hotel, cuando se oyeron estos murmullos:

—¡Pancha Bota! ¡Pancha Bota! *circhando* al estudiante.

En efecto, vestida de zaraza floreada, con un cigarro entre los dientes y arrastrando á Roman del brazo, se dirigía Pancha á la iglesia, creyendo alcanzar la ceremonia.

Espartaco se puso pálido de cólera. Esmirna, no sabía quien era Pancha Bota.

Obdulia comprendió que su hermano venía obligado por aquella mujer, y temiendo algo extraordinario, pidió á su padre en voz baja, hiciese alejar á Roman del pueblo, ó al menos, de donde pudiera ser visto por Esmirna.

El viejo se abrió paso por entre la concurrencia y habló al oído de su hijo, pero sin lograr que Pancha soltase el brazo de este.

Algo oyó ella, y encarándose con el anciano dijo:

—¡Miren al viejo *Mamerto*, reido también á *poroto!*

Pancha Bota puede estar *ande está* la gente, por que *nai des es mejor que nai les*. No nos llamamos el negro de valde, sinó *pú* mirar á los novios y *pa* que el estudiante recrée los ojos en la madrina y el hijo.

Roman quiso complacer á su padre, pero Pancha le clavó los ojos, le oprimó el brazo y se llevó la mano derecha al seno, y el cobarde se sometió.

—¡Oígale el maula viej! ¿Qué se ha creído? Vaya no mas entre los paquetes y dejénos á nosotros, dijo la gau ha, apartando con la mano al anciano y tirando del brazo del hijo hácia el hotel, donde empezaba á entrar la concurrencia.

—Aquí está Pancha Bota, y al que no le guste que reviente, grtó pisando el umbral.

Don Hermógenes dijo algunas palabras al oído del comisario, y este giró rápidamente sobre los talones y se dirigió á la puerta.

—A ver Pancha; “resfala el cuero de la puerta”.

—¡Oches! ¡No seré gente yo!

—Vos sos Pandha no mas, y no “andes macaquian-do,” por que te “meneo lata”, dijo el comisario, llevando la mano derecha á la empuñadura de su espada.

—¡Tan malo! “¡Como está muy lanudo!”.....

El aludido tiró de la espada, sacando la hoja hasta

la mitad, y Pancha arrastró á Roman fuera de la puerta refonfuñando.

Se dirigió á un almacén y golpeando el mostrador con el puño, gritó:

¡—A ver, “esquiner !” dos cuartas de cañi pa festejar el entrevero “de cerda” de dos “guachos.”

Esmirna no se apercibió de la presencia en el hotel de la extraña pareja, porqué Obdulia y su padre, Espartaco, Nestora, Don Ventura, Siberia y Don Hermógenes la tenían rodeada.

La mesa ocupaba todo el salón. En una de las cabezeras tomaron asiento los r cien casados, los padrinos, los miembros de las familias emparentadas con Espartaco; Nestora, Don Ventura y el sacerdote. En seguida tomaron sitio las autoridades, y después el mundo pequeño, entre el cual estaban los hermanos Sejeto.

Los mozos empezaron su oficio, y los convidados, mirándose unos á otros, para empezar á un tiempo, tomaron el primer bocado.

Los cuchillos eran de dos clases; finos los de la cabezera principal, y ordinarios y sin filo, los de la cabezera inferior; pero este inconveniente lo salvaron los interesados sacando los facones “chairándolos” en las cañas de las botas y sirviéndose de ellos para cortar.

Algunos empezaron por cortar todo el pan que les habian servido, en pedazos tan pequeños y largos como

“chauchas”, y otros por mojarlos en el plato y comérselos solos.

A cada plato que concluían, limpiaban el facon en la servilleta y lo volvían á la v. ina, con unif rmidad en tiempo y movimiento, muy semejante al ejercicio de tuego de la infanteria de fusil de chispa.

Las gauchas ricas, estaban cargadas de alhajas; algunas tenian d'amanes en el cuello, en la prominencia del pecho y en la cintura, formando así, una especie de línea de boyas, como si tratasen de indicar el canal de una ensenada traidora.

Llevaban medios guantes de hilo y algunas comían sin sacárselos; otras, á quienes talvez esto irbaban, se los habian sacado y mejaban migas de pan en la salsa del plato con la punta de los dedos, chupándose al engullirse el cocado.

Las botellas se vaciaban rápidamente; sólo el pádre de Obdulia tomaba agua, negándose á probar otra bebida, por “alto de costumbre”, segun decia.

Las gaucha se limpiaban la boca con la punta del pañuelo de manos, teniendo la servilleta sobre las rodillas.

Estos detalles no eran notados por las personas próximas á los anfitriones, embebidas en la chispeante verba del sacerdote, D. Hermógenes y Don Ventura.

— Señores: brindo por la religion cristiana, ‘sin la cual nada es grande, fecundo y duradero, dijo e sacerdote,

—Brindo por el universo físico, donde todo se multiplica, crece y desarrolla, sometido á las leyes del amor que aparta las especies. sin cuya virtud no habría religiones, ni siquiera organismos, dijo Don Hermógenes.

—Brindo por la felicidad del nuevo matrimonio; para que sea fecundo y ame la religión dijo Don Ventura.

A estos tres brindis siguieron muchos otros.

El almuerzo había concluido y cada circunstante se preparó para el viaje á la estancia de Oblulá.

El comisario se aproximó al dueño del hotel y le dijo al oído:

—“No te turbés, cortá grande que el cuero es ancho,” y se fué hácia el grupo de los carruajes.

Partió el coche de Obdulia, en seguida el de Don Hermógenes, siguiendo los demás en el orden que la bondad de los caballos permitía, y más atrás una multitud de jinetes.

Pancha y Roman, salieron de la trastienda del almacén con una botella en la mano.

Desmanearon sus caballos, y mientras Román apretaba la cincha al suyo, Pancha igualó las riendas, metió la muñeca izquierda en la manija del rebenque, pisó en el estribo, y con la botella en la mano derecha, montó á caballo á horcajadas.

Al sentarse en el recado, acomodó la pollera, dándole apariencia de bombachas, dejando descubiertas

dos macizas piernas, envueltas en unas medias puizó. Dió un rebencazo á su caballo y partió al galope, bastante lejos ya del grupo de los ginetes.

Román seguía de cerca á Pancha.

De repente se frenó ella su caballo, y cuando se apareó el de Román, le dió un fuerte rebencazo en el anca y gritó:

— ¡“Qué te venís haciendo el chanchito rengol! ¿Le “tené,” miedito á la rubia? Echámela á mí no más y te la volveré mansita de andar en pelo . .

“Tomá, mojáte los labios á salú” de la madrina, á versi te se vuelve el alma al cuerpo, dijo dando á Román la botella.

El bebió, y bamboleándose la devolvió. Pancha se la empinó con entusiasmo báquico; la tapó, y haciendo sonar la le gua contra el paladar, oprimió la barriga del caballo con los tañones, inclinó el cuerpo hácia delante, y el galope se prosigió.

La comitiva estaba lejos, y á causa de las paradas y tragos de Pancha y Román, pronto la perdieron de vista.

Entonces, el galope tomó celeridad de carrera. Pancha quería alcanzar á los acompañantes, pero sus bamboleos cansaron el caballo, y la noche y la caña la aturdieron de tal modo, que cuando acordó estaba en la puerta de su rancho.

Al reconocer su casa se desató en injurias y juramentos, echando la culpa á Román de todo lo ocurrido,

y, al ir á descargar su rebenque sobre la cabeza del estudiante, se le dió vuelta el recado cayendo ella al suelo como un fardo.

Román, pudiendo apenas tenerse en pié, arrastró á su compañera hasta el interior del rancho, y despues de muchos esfuerzos, encendió lumbre y vió á Pancha sumida en la mayor insensibilidad, á causa del golpe y de la borrachera.

Cerró la puerta, y á la luz de la llama, trató de levantarla y acostarla; pero el peso de aquel enorme cuerpo, la debilidad del estudiante y los vapores de la caña, dieron con él y ella en tierra, yendo las piernas de la mujer á caer en el fuego.

El vestido se inflamó instantáneamente y Ramón se precipitó sobre él para apagarlo, cuando las quemaduras volvieron á Pancha de su letargo y se asió de Román con tal fuerza, que le impidió el movimiento.

Luchando, él para huir, y ella por salvarse, cayeron al fin sofocados, fuertemente asidos y envueltos por las llamas....

—

Los dos caballos estuvieron algun tiempo sin moverse, pero en cuanto descansaron, asustado el de Pancha de la situación del recado, emprendió la carrera corcoveando y espareciendo cojinillos, carona y lomillo, hasta ir á juntarse, seguido del otro caballo ensillado, con los que estaban atados en los palos del guarda-patio y del palenque de la estancia de Obdulia.

El ladrido de los perros, el relincho y la inquietud de los otros caballos, hizo salir de la casa á varias personas, entre las cuales iba el capatáz de la estancia.

—¡Cuidado con los caballos de los coches! ¡Están asustados! gritó

—¿Es leon? preguntó una voz.

—No; son dos caballos, uno ensillado y otro desensillado y con freno; ya los hice entrar al corral. A ver, un farol aquí, agregó el capatáz

Los hombres corrieron hácia el corral con dos faroles.

—¡Ah! Este es el caballo de Don Román. Y este otro es el de Pancha, si no me engaño, volvió á decir el capatáz.

—¡Es claro! dijo Sejesto; ¿qué les habrá sucedido?

—“Se les habrá mamado la chiva” y estarán por ahí “apretando” el pasto, contestó Andrés.

—Vamos á buscarlos; mi deber de autoridad está sobre todo, dijo el comisario en la puerta del corral.

Empezaron á cruzar el campo, y guiados por el rastro, jergas, cojinillos, pedazos de rienda, corona, etc., llegaron al rancho.

Allí hallaron dos rebenques, dos botellas con caña y la señal de un bulto arrastrado hasta la puerta.

Llamaron, y nadie contestó.

—Aquí, muchachos, gritó el comisario. Abajo la puerta.

Seis hombres chocaron á un tiempo contra las débiles tablas y la puerta cayó.

El fuego estaba apagado y Pancha casi desnuda, y boca abajo sobre Román. Este tenía el traje también quemado y las manos asidas al cabello de Pancha.

Su cara estaba oculta por la de ella que tenía los dientes clavados en una mejilla de su compañero.

—No resuelan; están muertos, dijo el comisario acercando el oído á la cara de los quemados.

—¡Qué jamones tenía esta bruta! exclamó uno mirando el cuerpo desnudo de la gaucha.

—Echènle una jerga encima y volvamos á buscar un coche para llevarlos, dijo el comisario.

—Es mejor dejarlos aquí, dijo el capatiz, la patrona se moriría, viendo así á Don Román.

—Si; mejor es dejarlos; al retirarnos para el pueblo los llevaremos, dijo el Juez de Paz.

Volvieron á la estancia y siguió la fiesta hasta las dos.

Los hombres hablaban en voz baja, y las mujeres repetían, que á no ser por los perros, el león y la leona, habrían hecho disparar los caballos y romper algunos coches.

A las siete de la mañana, los que habían acompañado á los nuevos esposos, volvían al pueblo acompañando dos cadáveres.

—“Cosi vá il mondo, fiancciula mia,” murmuraba Don Herógenes, mientras regresaba á casa de Don

Ventura, con la familia de Sejesto, Esmirna y Martiniano.

Espartaco fué el encargado de comunicar á Obdulia y á su padre la fatal noticia, y Nestoria y Siberia se quedaron allí para consolar á la joven.

Ni Esmirna ni Martiniano, supieron lo sucedido en el rancho; y la primera, ni aún supo que Román asistiera al casamiento.

La imprevista muerte del estudiante resolvía varios problemas. Libraba á Obdulia de humillaciones, y á Esmirna de un rencor inextinguible.

La muerte borra los ódios del cerebro de los buenos.

El viejo Signey, perdía una tentación de beber, y Martiniano quedaba sin una sombra penosa.

Siberia se resolvía á quedarse una temporada con Espartaco, pero él no quiso alejarla de su padre temeroso de que su cariño se enfriase, y después de ocho días de paseos y charlas, la niña volvió con su padre y Esmirna á la estancia, con promesa seria de Don Ventura y de Nestoria, de que llevarían á Martiniano después de pocos días.

—Papá ¿cómo se vá á Italia?

—En un buque.

—Yo he visto muchos en Buenos Aires. Tienen unos palos muy altos, y algunos echan humo.

—Esos son buques que marchan con vapor. En uno de esos irá Martiniano.

—¿V nosotros también?

—Nosotros, no somos pintores. Somos estancieros, y nos volveremos á la estancia.

La niña pareció reflexionar, y por una de esas extrañas transiciones que se operan instantáneamente en la imaginación de los niños preguntó:

—Papá, ¿porqué Martiniano le dice abuela á Nestoria?

—¿Le dice abuela?

—Sí; dos veces le llamó abuela en el arroyo, cuando estábamos los tres solos.

—Es una equivocación.

—¿Es verdad que no es abuela Nestoria?

—No, no es abuela.

Esmirna besó á Siveria en la boca.

—¡Juancito! apura un poco.

—Sí patrón, contestó el cochero haciendo sonar el látigo.

—Papá ¿quién era la mujer fea que llevaba del brazo á un hombre, el día del casamiento de Espartaco, y que gritaba. . . .

—Siberita, tu has comido lengua, dijo Don Hermógenes sentando la niña en las rodillas y agregando:

Mira los avestruces. ¿Te acuerdas de la gama?

—¿La que mató Espartaco? Tengo el cuerito en mi dormitorio. ¿Los avestruces tienen cuero como las gamas?

—Tienen cuero, pero no igual al de las gamas. Lo mejor de esas zancudas es la pluma.

—¿Son bravos los avestruces?

—No; cuando seas más crecida te explicaré como se dividen las aves, en tribus y familias.

—¿Hacen nido en los árboles los avestruces?

—Los hacen en la tierra, porque no pueden volar.

—¿Y para qué tienen alas?

—Tienen un rudimento de alas, que les sirve para acelerar y dirigir la carrera.

—¿Corren mucho?

—Más que un caballo.

—Me gustaría tener un cochecito tirado por dos avestruces.

—En algunos jardines de aclimatación, los avestruces africanos tiran de un cochecito, y son tan manejables que á la menor presión de la rienda, giran perfectamente. Los nuestros no sirven para eso, son débiles y muy delicados; el más pequeño golpe les causa la muerte.

—¿Y ván niños en el coche?

—Hasta dos, pueden ir.

—Obdulia me dijo.... ¿Papá te gusta Obdulia?

—Mucho, y á tí?

—A mí también, pero Esmirna me gusta más, dijo Siberia estirando el cuello y los lábios para besar á su madrastra.

—Y aún dices!.... Tiene tu misma bondad, la se-

ducción eterna é irresistible de tu alma, dijo Esmirna abrazando á Siberia, mientras oprimía una mano de Don Hermójenes.

—¿Es verdad que me parezco á papá y á Espartaco, Esmirna?

—Como un sol á otro sol, mi querida. Dáale un beso á papá.

La niña besó á su padre en la boca y en los ojos, mientras le tenía cojidos con sus menudos dedos los lóbulos de las orejas.

—Estas dulzuras se las debo á Espartaco, exclamó el anciano, estrechando á Siberia contra su pecho. No importa... Sea como quiera, ella me hace olvidar todas las dudas.

Hemos llegado, agregó, divisando á Lorenzo y á Micaela, fuera del patio, con la vista fija en el coche.

—Vuelve uno menos, dijo Don Hermójenes al bajar. Se vá disminuyendo la familia, pero ya le sustituiremos, dijo mirando á Esmirna, que se le enrojeció el rostro y bajó la vista.

—Sí, sí. El que siembra reoje, observó la vasca, mientras se apoderaba de una balija.

—Pues ya est tiempo que dés dar principio al trabajo repuso D. Hermójenes, riendo.

—Si tuviera tanta plata como Lorenzo ya esta ri arando.

—¿Le echaste el ojo al capataz para socio?

—No, no, patrón. Me gusta la carne gorda y Lorenzo carne flaco.

El aludido casi dejó caer el baúl que llevaba al hombro; y Don Hermógenes, creyendo, que aludía á las carnes enjutas, de Lorenzo, dijo:

—A flaco, no te ha de ganar.

Micaela volvió el rostro y movió los lábios mirando á Lorenzo, pero al verle pálido y sudando soltó la risa y se callo.

La vasca puso la balija sobre una mesa y recién vió á Juancito con una sombrerera en la mano, y el baulito de la niña al hombro.

—Arre, arre, Juanito; ¿también tienes reloj como los paqu te? ¿Ya sabes repartir la alfalfa y el maiz?

El muchacho serió, sin entender la alusión, y dijo:

—El patroncito Espartaco me dió las albricias.

Micaela hizo un jesto de disgusto,

Acababa de perder una ilusión, por las palabras del muchacho. Se le escapaba una víctima. Había creído que el reloj era el fruto de una rapiña y resultaba bien adquirido.

—Me dá rábia, refunfuñó. Este “vacaray” es tan honrado como yó. ¡Si será pavo!

Al pensar así; sus ojos buscaron á Loronzo, pero este ya no estaba allí.

Los padres de la amigita de Siberia recibieron aviso de llevar la niña.

Esa noche, la vasca durmió en el cuarto de Siberia, para que no tuviera miedo, y se dió tal arte, que entre preguntas y respuestas, supo cuanto había ocur-

rido en el casamiento, pues como Siberia era tan chica, nadie se había reservado de hablar en su presencia.

Siberia decía: Un hombre llamado el estudiante ha muerto quemado y comido por una mujer fea. Estaban en un rancho, y montaban un león y una leona, que casise comieron todos los coches y los caballos de la estancia de Obdulia.

El padre de Obdulia; toma mucho vino, y Martiniano es nieto de Nestoria.

Entre este trocántas delicioso halló Micaela, con algun trabajo y abundante ingenio, noticias interesantes, para su espíritu sagáz y hambriento de novedades, pero estando la señora por medio, no preparé ninguna salsa satírica.

Su sola ambición era, poderse mostrar sabedora de los secretos de Esmirma, y contárselos á ella misma, por vía de reproche á su falta de confianza.

La ocasión no se hizo esperar.

Estaban las dos solas en la cocina.

—¿Cómo está la abuela de Martiniano, señora?

—¿Qué abuela?

—Doña Nestoria.

—¿Quién te ha dicho á tí que Nestoria es abuela del niño?

—¡Bah! Yo no soy ninguna zonza. De valde V. no tiene confianza en mí; las cosas que le interesan las sé y me las guardo, alegrándome de su buena suerte como

de la mía. Por eso me gusta que haya muerto el estudiante. . . .

—¡Muerto Román! exclamó Ermina sorprendida.

—Los herejes mueren todos quemados, señora.

—¡Quemados! ¿Estás en tu juicio, Micaela?

—No digo más. Algun día sabrá cuanto la quiere Micaela.

—Nunca dudé de tu cariño, pero estás diciendo tales despropósitos. . . .

—La suerte que no llegaron los muertos cuando ustedes subían al coche; podía sucederle algo, dijo Micaela como si hablase consigo misma.

—¿Te refieres á unos leones? . . .

—Sí, sí. Bien malos son los leones, sí, contestó Micaela.

—Pero. . . . ¿que sabes tú? . . . Vamos; habla claro.

—La vasca no sabe nada, Dios sabe todo, contestó saliendo de la cocina.

Esmirna preguntó á Don Hermójenes como se habían quemado las pobres gentes, y él, creyendo á Esmirna anterada de todo, le detalló lo sucedido.

Esmirna quedó tan sorprendida del hecho, como de que Micaela lo supiera, pero no dijo nada.

Apesar de su ódio, le causó pena el fin miserable del autor de sus desdichas.

La Providencia le había deparado un castigo análogo á sus culpas.

Vea en los últimos acontecimientos un signo cierto

rido en el casamiento, pues como Siberia era tan chica, nadie se había reservado de hablar en su presencia.

Siberia decía: Un hombre llamado el estudiante ha muerto quemado y comido por una mujer fea. Estaban en un rancho, y montaban un león y una leona, que casise comieron todos los coches y los caballos de la estancia de Obdulia.

El padre de Obdulia; toma mucho vino, y Martiniano es nieto de Nestoria.

Entre este trocántas delicioso halló Micaela, con algún trabajo y abundante ingenio, noticias interesantes, para su espíritu sagáz y hambriento de novedades, pero estando la señora por medio, no preparé ninguna salsa satírica.

Su sola ambición era, poderse mostrar sabedora de los secretos de Esmirma, y contárselos á ella misma, por vía de reproche á su falta de confianza.

La ocasión no se hizo esperar.

Estaban las dos solas en la cocina.

—¿Cómo está la abuela de Martiniano, señora?

—¿Qué abuela?

—Doña Nestoria.

—¿Quién te ha dicho á tí que Nestoria es abuela del niño?

—¡Bah! Yo no soy ninguna zonza. De valde V. no tiene confianza en mí; las cosas que le interesan las sé y me las guardo, alegrándome de su buena suerte como

honradez, cuando le vieron vacilar por el cansancio y caer en el estanque.

Las dos niñas se detuvieron indecisas á la orilla del agua, contemplándola con temor y refrenando un instante sus ardientes deseos, pero fascinadas por la posesión del objeto anhelado, animándose, avanzando y retrocediendo hácia el estanque, tratando de convencerse una á la otra de que ningun peligro había en meterse en el agua para sacar el pajarito, Siberia, más resuelta, se descalzó, se sacó las medias y metió un pié en el agua retirándole en seguida, y mirando á su compañera, á ver si secundaba su resolución.

—¿Está fría?

—No. Entra tú también.

—Tengo miedo á las ranas. No ves como hacen eric, eric?

—¡Qué vergüenza! y ¿cómo yo no tengo miedo? dijo Siberia metiendo los dos piés en el agua, y dando un grito penetrante.

La otra niña huyó, y la intrépida cazadora desapareció para reaparecer con los ojos asustados, los dedos crispados, y la boquita abierta, de la cual se escapó un segundo grito débil, inarticulado como el de un mudo, y volvió á hundirse. . . .

Una sombra cayó en el estanque haciendo estremecer las aguas violentamente y produciendo un rumor sordo, mientras tres personas se tiraban de un coche de camino.

Los tres viajeros se precipitaron dentro de la quinta. El primero salvó de un salto el alambrado, y los otros, un viejo y una mujer, pasaron por entre los alambres.

Cuando el joven se acercaba al estanque para lanzarse en él, un bulto grande, informe, semejando la aparición fantástica de un monstruo acuático, asomó en la superficie, y avanzó lentamente hacia la orilla, llevando entre sus fauces el cuerpo insensible de Siberia.

Era el viejo Terra-Nova que precedía el coche de Don Ventura, Nestoria y Martiniano.

El noble animal dejó la niña en el suelo, miró al niño, movió la cola, sacudió la larga lana y se echó, poniendo la cabeza sobre las patas delanteras y mirando alternativamente, á Siberia, tendida y sin sentido, y á Martiniano, pálido, y sin saber que hacer.

En ese momento llegaron Don Ventura y Nestoria.

El auciano puso su mano sobre el estómago de Siberia, la volvió boca abajo, la levantó un poco, y dijo á Nestoria:

—Cójale los brazos y pónselos mas altos que la cabeza.

En cuanto Nestoria ejecutó la orden, el torax de la niña se ensanchó, sus mejillas pálidas se colorearon, y un suspiro seguido de bocanadas de agua, salió de entre sus labios.

Cuando Siberia se incorporó, Martiniano le llenó la cara de besos.

Déjala; va á vomitar de nuevo, dijo Don Ventura,

poniéndola rápidamente boca abajo y levantándola como al principio.

Martiniano, loco de emoción, abrazó la noble cabeza del Terra-Nova, besándole en el hocico, mientras el perro gruñía cariñosamente y se tendía á lo largo, poniendo una de sus patas delanteras sobre el hombro del niño.

—Tú la salvaste mi viejo y querido Sultán, exclamó Martiniano acariciando al perro.

Siberia se puso de pié, ayuda da por Don Ventura cuando Nestoria acababa de ponerle las medias y los zapatos.

—Tevimos, corriendo con otra niña hácia el estanque, y caer despues, pero estábamos muy lejos, dijo Nestoria. ¿Por qué te metiste en el agua, amor mio?

¡—Míralo! dijo la niña con voz débil, indicando con su dedo, el pájaro, que aún sobrenadaba en el estanque, pugnando por tender sus álas débiles y mojadas.

El pajarito estaba próximo á hundirse en las aguas que le habían protegido contra las niñas.

—Así es la vida, dijo Don Ventura, veni nos á ella como refujados y al fin nos devóra.

—¡Sultán! gritó Martiniano, arrojando uu terror al agua.

El perro se lanzó al estanque y volvió con el pajarito cojido de la punta del ála.

Siberia palmoteó de contenta, á pesar de no poderse tener en pié.

Martiniano cojió el pajarito y se lo dió á la niña, que lo contemplaba con alegría. En un descuido, secas ya las alas, el prisionero huyó, posándose en las ramas de un árbol. Se sacudió las plumitas, y desapareció en el bosque de frutales.

Siberia se quedó muda de pesar, y Don Ventura cojiéndola en brazos, y llevándola al coche, pensó:

—¡Oh ingratitud! ¿porqué disfrazas tu inconsecuencia con el amor á la libertad?...

La llegada de los viajeros, refiriendo el peligro en que estuvo Siberia, conmovió de tal modo á todos, que se olvidaron de la compañera de la niña.

Cuando la echaron de menos, temblando por su suerte, unos volvieron al estanque, seguidos del Sultán, y otros se quedaron buscándola por toda la casa.

—Aquí está! gritó Micaela, desde el cuarto de las niñas, saliendo con la fugitiva de la mano, que lloraba, y hacía esfuerzos por desasirse.

—¿Dónde estaba? preguntó Don Hermógenes.

—Debajo de la cama, llorando como una Magdalena.

Etonces pudo Esmirna regocijarse de la llegada de sus padres y de su hijo.

Mientras Don Hermógenes agradecía á Don Ventura la salvacion de Siberia, y Martiniano acariciaba á las niñas, Esmirna no dejaba un rincon sin enseñar á Nestoria.

Con el brazo izquierdo al rededor del talle de su madre y golpeándole la cintura con la punta de los de-

des, iba conduciéndola de habitación en habitación, y diciéndole á quienes estaban destinadas.

De vez en cuando se detenía, la miraba á los ojos, y un beso resonaba en las mejillas de la infeliz Nestoria.

—¡Cuánto te cuesta la posesión de todo esto! dijo Nestoria suspirando.

--Quince años de lucha y de dolores, durante los cuales, ni un sólo segundo dejé de amarte, contestó Esmirna, y sin saber como, sus dos corazones palpitan juntos.

—Los hombres dicen, que las mujeres somos unas lloronas. No saben que la ternura tiene sus raíces en las lágrimas, dijo Nestoria.

Si yo no pudiera llorar cuando puedo llamarte madre, me caería muerta. ¡Cuánto sufriste por mí! agregó besándole los ojos. Me comprendes y me perdonas, como el noble Martiniano; ¿no es verdad?

¿Que he de perdonarte yo, ángel mío, si soy la causa de tus pesares? ¿Quién me perdonará á mi, que no supe guardar nada de mi corazón, y amé y sigo amando con el alma y con el cuerpo, el único rayo del sol de mi vida.

Recorramos nuestra senda, hija adorada, y amémosnos sin reproches, ya que el amor preside nuestro destino, dijo Nestoria, limpiando los ojos de su hija con el pañuelo.

—¡Micaela! ¡Micaela! gritaba Siberia, marchando há-

cia la cocina, acompañada de Martiniano, dáme unos biscochos para Sultán.

Mirálo como entiendo, repetía la niña poniendo su pequeña mano sobre la enorme y hermosa cabeza del terranotva, atento á todos los movimientos que hacia la vasca.

—Sí, sí, bien lo merece. Tóma. Sultán.

El perro mordió con mucha precaución la punta del biscocho que le alargó la vasca.

—Y es bien enseñado; sabe mas de finuras que Lorenzo, porque este toma solo lo que le dan, y con mucho cuidado, dijo la vasca dando otro biscocho al perro.

—¿Me quieres, Sultán? dijo Siberia acercando la cara al hocico del perro.

Sultán le dio un lequetazo en la mejilla, movió la cola y volvió á mirar á la vasca, esperando nueva ración.

—Bueno, no hay más ¡eh! Luego si sobra, te daré, dijo Micaela dando el último biscocho á Sultán.

—¡Vamos! dijo Martiniano, tocando el lomo del perro y alejándose de la cocina.

El perro le siguió, lamiéndose el hocico, y volviendo la cabeza de cuando en cuando, hasta perderse en las habitaciones.

—Papá, gritó Siberia en la puerta de la sala. ¡Qué grande es Sultán! Me podría servir de caballito.

—Siberia; tú tienes ideas de político; después que te sacó Sultán á la superficie, quieres ginettarlo.

Al decir esto, Don Hermógenes, miró á Don Ventura.

—¡Oh! buenas caidas se llevan algunos de esos ginetes, replicó Saavedra.

—¿Me caería yo de Sultán? señor Saavedra, preguntó la niña.

—De seguro, mi queridita; nunca fué la inocencia un mediano ginete, y en nuestros tiempos ni siquiera monta.

Don Hermógenes sonrió, y Siberia, abandonando el pensamiento de montar en Sultán, siguió su camino con Martiniano, la otra niña, y el perro.

—Es fuerte, dijo Don Ventura; otra niña estaria en cama, despues del susto y el cansancio de la lucha con la muerte.

—Es un roble. Jamás se queja de nada, y no para en todo el dia. ¿Quiére V. que demos un pasco?

—Como V. guste.

—Le haré conocer la casa. No es tan alegre como la de ustedes, pero es cómoda y grande.

—De la nuestra, solo el edificio nuevo se puede tener en cuenta, tratándose de una estancia, por que el viejo, ya V. lo vió; es incómodo y de mala vista, y sin embargo, mi cuñado Sejesto no quiere oír hablar de reconstruirlo.

Dice que allí nacieron sus hijos y allí quiere morir sin remover un ladrillo.

—La costumbre tiene sus exigencias, y su cuñado se somete á ellas. Es un rasgo de consecuencia.

—El es consecuente hasta con la ignorancia.

Nunca permitió á sus hijos aprender á leer y escribir. A duras penas dejó instruir á sus hermanas, porque su padre y su abuelo pensaban:

«El hombre para el trabajo, y la mujer para el estrado.»

—Este es el estudio de nuestro jóven pintor, dijo Don Hermójenes entrando en una habitación grande y con mucha luz.

Y llegamos á tiempo, agregó, viendo á Esmirna, Nestoría, y los niños, rodeando la mesa, de dibujo.

—Estarán viendo la cabeza del perro, y la del picazo de Esmirna, últimos estudios de Martiniano, dijo Saavedra.

—Los veré yo también. Aunque no se pintar un pájaro, soy apasionado por el dibujo y la pintura, dijo Don Hermójenes acercándose á la mesa y mirando los dibujos por sobre el hombro de Esmirna.

—¿Pinta V. señor Saavedra? preguntó volviéado el rostro.

—Estudíé dibujo pero no lo practico.

No tengo grandes facultades para manéjar el lápiz y lo dejé. No me gustan las mediocridades: ó todo ó nada, tal ha sido mi divisa.

Las dos cabezas parecían salirse del papel.

Martiniano tenia tal acierto en los fondos, de los el

objeto dibujado se levantaba como un relieve. Así se veía la cabeza del perro, con sus lanas abultadas y sus ojos móviles, salir de la superficie lisa, como si se moviesen.

La cabeza del caballo, era otra obra correcta.

Faltaban Espartaco y Obdulia, para que Martiniano partiese para Buenos Aires, y de allí para la tierra del arte; la hermosa y poética Italia.

Llegaron al fin, y en tres carruajes se dirigieron al pueblo, Don Hermógenes, Esmirna, Martiniano, Don Ventura, Nestoria, Espartaco, Obdulia y Siberia.

A mí me toca viajar cuando viaja el diablo; ahora que se van los ángeles, no me necesitan, dijo Micaela limpiándose las lágrimas al verlos partir.

Los viajeros casi llenaban un salón del ferro-carril.

Siberia no estaba un momento quieta ni callada.

Preguntas, risas, besos, todo lo repartía y mezclaba con su candorosa y genuina inquietud. Puede decirse sin exajerar, que fué la alegría del viaje.

En la estación 11 de Setiembre estaba el Banquero su señora y sus niños, esperando la llegada del tren.

—Don Hermógenes abrazó fuertemente á su amigo. La señora de Don Raimundo simpatizó en el acto con Nestoria, Esmirna y Obdulia. Las invitó á subir á su carruaje con Siberia, tomando los hombres, y los niños del banquero, los dos restantes.

De los equipajes se hizo cargo un dependiente del Banco.

No hubo forma de ir á ningun hotel. Don Raimundo alojó á todos en su morada suntuosa. Era banquero, de Don Hermógenes, y su amigo desde la universidad, donde juntos habian estudiado hasta el primer año de derecho.

Cartas para el Ministro Argentino en Italia, cartas para miembros del Parlamento Italiano, y para los hombres más eminentes, en ciencias, artes y letras; carta-orden para tres bancos de la península, todo fué preparado por el banquero.

—Irá como un príncipe, había dicho Don Hermógenes á Esmirna, y ningun príncipe ha viajado mejor provisto que Martiniano

Mientras se hacían estos preparativos Esmirna meditaba, como despues de la partida de su hijo, daría comienzo á la obra de reconciliación entre Rea y su familia.

Se informó de cuánto creía necesario para sus nobles fines y esperó.

Don Hermógenes era diariamente visitado por viejos amigos y condiscípulos que no le veían hacía muchos años, sabedores de su llegada á la capital por la prensa diaria, que lo mismo saluda á un millonario, como á un saltinbancó; en su afán de aparecer bien informada.

Entretanto, Esmirna se ponía al córriente de todas las rarezas de Rea, y del género de vida de la uraña é histórica Flora.

Tenía su plan concertado, y esperaba salir bien.

Siberia, nuestra querida Siberia, estaba como en su casa; vivía de día y de noche en las habitaciones del banquero, encantando á los niños y haciéndose adorar de la señora.

—¡Oh! que niña! No parece hermana de Rea, dijo la señora al banquero.

—¡Chís! contestó él poniendo el índice en los labios.

—Es una monada.

—Sí; es cierto, pero ya sabes....

—Delante de ellos no se me escaparía esta exclamación

—¿Y qué me dices de ese pequeño y admirable artista? preguntó el banquero.

—Cuanto se diga es pálido, para su talento, su finura de modales, y su seriedad de hombrecito. Si alguno de nuestros hijos saliese así....

—¿Y porqué no? Son muy chiquitos, pero Alejandrito dá muestras de tener talento....

Un coro de risas infantiles interrumpió esta conversación.

Era Siberia, poniendo en actividad la alegría de sus compañeros, contando como un hombre y una mujer cabalgaban en dos leones que se tragaban de un golpe, unos cien coches con sus caballos y cocheros.

Y era de ver como ella imitaba el bramido de los leones, cantando como gallo y habría su hermosa boca y sus negros ajos, para enseñar la prontitud con que las fieras se habían tragado los coches.

Cuando el banquero y la señora entraron en la habitación en que estaban los niños, Alejandro, un niño de cuatro años se adelantó gritando:

—¡Mamá! ¡mamá! Dos leones se comieron mil coches con unas bocazas así, y el niño imitaba la mímica de Siberia, abriendo los ojos y la boca cuanto podía.

Los dos esposos se rieron y dejaron á los niños comentando la catastrophe contada por Siberia.

—Y los leones bramaban así: ¡iiii! decía una niña de tres años, al mismo tiempo que un niño de dos hacia.

—¡Gua! ¡gua!

Alejandro trataba de imitar el ronco silbido de un vapor, y Siberia hacia: ¡Cocorocoó!

Cada niño atribuía á los leones, un bramido igual á los sonidos que más conocía, ó que más miedo le causaban.

Llegó el día de la partida.

Daba el trasatlántico su primer silbido, cuando atracó, á su costado un pequeño vapor, conduciendo al jóven viajero y sus acompañantes.

Poco tiempo habia disponible y lo ocuparon en abrazos, y en desear al jóven, feliz viaje y pronta y triunfal vuelta.

¡Cuantas dulces recomendaciones salieron de los labios de Nestora y Esmirna, para el que llevaba en su frente el génio, y en su memoria palabras de amor y votos de ventura!

El último beso de Esmirna no pudo recojerlo Martiniano; lo arrebató la brisa en sus frescas alas haciéndolo resonar todo el viaje en los oídos del artista.

Ese día, los huéspedes del banquero, solo pensaron en Mariniano.

El día siguiente á las ocho, Esmirnia, Obdulia y Siberia, salieron en carruaje y se bajaron frente á la casa de Flora.

El portero, viendo un coche lujoso, y al cochero de gran librea, se acercó á las señoras con el sombrero en la mano, y esperó.

—¿La señorita Rec? preguntó Esmirnia.

—Ha mudado de casa.

—¿Dónde vive?

—No sé, señora.

—¿Y la señorita Flora? volvió á preguntar Esmirnia.

—¡Oh! La señorita Flora.... No sé si estará.... contestó el portero con turbación. Ella nunca está y....

Esmirnia dió al criado una moneda, diciendo:

—Necesitamos verla.

—¿Saben ustedes, pero.... Le preguntaré á ella si está....

El portero abrió la misma puerta que abrió para anunciar á Espartaco, y antes de formular su tímida pregunta, Esmirnia y Obdulia se precipitaron en la habitación, llevando á Siberia de la mano.

El portero cerró, y huyó á ocultarse en su chiribitil.

Flora estaba sentada en un sillón de hamaca y al ver aquella gente, presentada de tan estraña manera, frunció el ceño, pero ni se movió, ni desplegó los labios, mirando fijamente á Siberia.

—Señorita; perdone Vd., pero nos es imprescindible hablar á la señorita Rea.

—Yo no soy Rea.

—Pero ella está aquí.

—No vive ya en esta casa.

—¿Podría Vd. darnos la dirección de su domicilio?

—No la sé. Pregúntele al portero.

—Siberia quiere ver á su hermana. dijo Esmirna esperando buen efecto de este recurso.

—Que la vea.

—¿Es decir, que ninguna noticia puede Vd. darnos?

—Ninguna.

Las visitantes se inclinaron, y Flora apretó los labios desdeñosamente

—Llévenos á las habitaciones de la señorita Rea, dijo Esmirna al portero.

—Por aquí. Están vacías, dijo el famulo abriendo una puerta.

Rea ya no vivía allí; tal vez habría huido para evitar la visita de su padre, pensó Esmirna desconcertada.

—¿No sabe V. donde está?

—No señora.

—¿Dice la verdad?

—Como un evangelio. Se fué ayer á eso de las tres, en un coche cerrado.

—¿Conocería V. al cochero?

—No señora; era un cochero de plaza, y esos diablos todos son iguales, hasta en lo atrevidos.

—No hay que hacer; murmuró Esmirna, volviendo al coche.

Obdulia soltó la risa.

—¿De qué te ries?

—De esa vieja inbécil? tiene la cara parecida á la de Pancha Bota.

—¿Quién es esa Pancha?

—Una gaucha que ya no existe, dijo Obdulia con súbita tristeza.

Don Hermógenes, al contar á Esmirna la muerte del estudiante, no dijo como se llamaba su compañera, por eso Esmirna no hizo ninguna observación á Obdulia.

—¡Qué vieja tan fea! exclamó Siberia.

Tiene una cara horrible. Sus ojos parece que van á salir rodando por la alfombra.

Obdulia se rió, y Esmirna pareció no oír.

Todos los esfuerzos hechos para conocer el domicilio de Rea, resultaron inútiles. y Esmirna salió de Buenos Aires convencida, de que nunca conseguiría aplacar el enojo de la rencorosa y resuelta jóven.

Esta imprevista circunstancia, contristó á Esmirna, durante los primeros días de su llegada á la estancia; pero el carácter bondadoso de Don Hermógenes, la tranquila felicidad de Espartaco, el bienestar de Nestoria, el cariño constante de Siberia, y el vislumbrado

porvenir de Martiniano, tranquilizaron su espíritu, y pensó en el nuevo ser que se agitaba en su seno.

El joven viajero, no obstante sus quince años, sus recursos de potestado y su talento, pagó tributo al mar, sufriendo durante tres días una incómoda indisposición.

Muchos cuidados le prodigaban, pero todos impotentes para arrancar su presa al mareo.

Navegaba el buque teniendo á la vista la dilatada costa brasileña, cuando el jóven se atrevió á salir de se camarote por primera vez.

Estaba pálido, y marchaba lentamente, deteniéndose á cada oscilación del buque.

Tenía los ojos sin brillo, la mirada incierta y lánguida, los labios cárdenos, la nariz afilada, y las mejillas ajadas; en la cabeza sentía una presión penosa, y en el estomago la sensación del vacío.

Cuando la popa ascendía sobre la encorvada espalda de las olas, para descender lentamente, el cuerpo de Martiniano experimentaba una languidez enervante.

Sin embargo, el médico le habia aconsejado pasear sobre cubierta, y comer, aunque no tuviese apetito, y el enfermo estaba resuelto á seguir el consejo.

La campana anunció la hora del thé, y el jóven, asiéndose del pasa-manos, bajó la escalera y entró en el salón de cámara, pero el ambiente tibio y encerrado

le hizo volver bien pronto sobre cubierta, á donde le llevaron una bandeja con biscochos, una tetera y una jarrita con leche.

Se hizo servir dos veces, poniendo en práctica los consejos del médico, y le pareció sentirse reanimado.

Con todo, no abandonó su silla hasta la hora del almuerzo.

Un buen síntoma le anunciaba la total desaparición del mareo: el olor de la comida le fué agradable, y en la cabeza sentía fresco, y claridad intelectual.

En los tres mortales días que pasó encerrado, ni siquiera pensó: todo le fué indiferente; si le hubiesen dicho: El buque se vá á pique, no se hubiera movido.

Ni los recuerdos dulces, ni los sueños de ambición de gloria habían existido en el triste camarote: Vómitos, dolor de cabeza, sequedad de garganta, postración general de cuerpo y de espíritu, todo lo había experimentado.

Se tiene en poco la vida, cuando nos postra el mareo. Es un malestar que no se parece á ningún otro.

La campana anunció el almuerzo, y Martiniano bajó al comedor.

Durante los primeros días, todos los pasajeros habían elegido su asiento. Había dos cubiertos sin dueño, uno enfrente del otro, y el jóven se apoderó de uno; el otro, esperaba talvez á otro infeliz mareado.

Ya estaba servido el primer plato, y nuestro viajero alzaba su cuchara llena de sopa, cuándo el asiento vacío fue ocupado.

El jóven miró y la cuchara se le cayó de la mano.

La dama que había ocupado el último asiento se sonrió ligeramente, del descuido, y empezó á comer.

Era jóven y casi bella; vestía de negro, y.... digámoslo de una vez: Era Rea.

¿Porqué estaba allí? se preguntó Martiniano, pasada su sorpresa.

Al principio no se atrevió á mirarla, pero familiarizándose poco á poco con su situación, alzó la cabeza, y sus ojos negros y varoniles hallaron los ojos leonados y redondos de Rea, mirándole fijamente.

Martiniano sostuvo con valentía la mirada de la jóven.

¿A qué temer? se preguntó mentalmente. Estamos en campo neutral; soy hombre; ya he dejado de ser el hijo de una sirvienta; soy el hijo político de Don Hermójenes, y me siento capaz de rechazar un ultraje, venga de donde venga.

Mientras estos pensamientos se revolvían en el cerebro del jóven, Rea seguía comiendo y mirándole con una insistencia mortificante.

La fisonomía grave, tersa y marmorea de la jóven no había sufrido ninguna alteración; tenía su constante sello de altiva tranquilidad y sóberbia indomable.

Martiniano, con la sorpresa primero, y el enardecimiento despues, comía y bebía abundantemente, y en lugar de la sensación del vacío, experimentaba en la cabeza una plenitud valerosa.

Los pasajeros hablaban del Imperio Brasileiro, comentando su enorme extensión, sus riquezas naturales, y las tendencias populares.

Llevaba la palabra un jóven chileno, sentado á la izquierda de Rea.

Era verboso y ocurrente, y á fin de generalizar la conversación, dijo, dirigiéndose á su vecina.

—Una sola cosa horrible hallo en el Brasil: La afición de los hombres, al perfume del ébano femenino.

Los pasajeros se miraron con malicia. y la jóven contestó:

—Mucho más horribles me parecen, los que toman la carencia de educación, por un chiste.

La rociada cayó en buena tierra. El jóven se puso colorado, y los demás se quedaron callados.

El capitán reanimó la conversaci6a con estas palabras.

—La humanidad está llena de manchas.

—La peor mancha es la esclavitud, dijo Rea, mirando á Martiniano.

—La peor mancha es el asesinato, contestó nuestro pintor, sosteniendo con intrepidez la mirada de Rea.

Empezaban á discutirse con calor estas proposiciones, cuando Rea concluyó de tomar café, se levantó y subió á cubierta.

—Después de largas controversias, los pasajeros empezaron á llenar la toldilla, y paseándose, comen-

taban la desenvoltura con que Rea había soplado los humos de gracioso, del joven chileno.

—¿Quién será?

—Se embarcó en Buenos Aires.

—Tiene aire de reina.

—Y es bastante hermosa.

—¿Como se llamará?

—¡Y viaja sola!

—El traje es de viuda.

—Si no fueran los dientes, sería una bella mujer.

—Tiene los ojos pequeños, redondos y penetrantes.
como las hijas del Norte.

—Me casaría con ella, por el tiempo que dure el viaje

—No aparta la vista de aquel jovencito.

—También él la mira con frecuencia.

—¿Se conocerán?

—¿Serán Abelard y Eloisa?

—¡Una Eloisa de colmillo retorcido!

—Parece persona de alta sociedad.

Tal era el resumen de los chuchecos de los hombres, mientras las mujeres pasaban en revista, desde el botín, hasta la cinta del cuello de Rea.

Entre tanto, por más que se miraban, ni ella ni Martiniano parecían dispuestos á cambiar una sílaba, ni un saludo.

Rea, por sus maneras irreprochables, y por sus dignas y serias conversaciones, inspiró interés á los viajeros las viajeras se morían de envidia.

Cuando llegaron á Génova, el jóven chileno y dos ingleses estaban locamente enamorados de Rea.

Asediándola con sus galanterías, la siguieron á Turín y Florencia, y concluyeron instalándose en Roma, donde Rea tomó casa.

Martiniano había seguido el mismo camino, tratando de ir familiarizándose con el idioma, antes de presentar las cartas de recomendación.

Cuando se sintió capaz de expresarse regularmente en la lengua italiana, fué colocado bajo la direccion de un pintor célebre, y dió principio tambien al estudio de anatomía, historia y estética.

En frente del estudio del jóven estaba instalada Rea, viéndolo á cada momento, sin nunca saludarle, ni hablarle.

Los tres apasionados de la jóven, despues de muchas tentativas vanas para visitarla, y de oír de labios del pintor, que no la conocia, desaparecieron.

Martiniano cansado de hacer conjeturas, sobre la actitud de Rea, concluyó por mirar como cosa natural, el hallarla en todas partes, siempre helada, orgullosa, y mirándole.

Por no alarmar á su madre, no le dió noticia de la aparición de Rea á bordo, ni de su residencia en Italia.

— —

Los progresos del jóven fueron pasmosos, y sus relaciones altamente colocadas, se convirtieron en trompetas de su fama.

Fué bautizado por sus discípulos con el nombre de Martinoletto, que él aceptó como bautismo artístico, y con este nombre, la crítica anunció los ensayos del pintor americano.

Los primeros artículos, los leía Martiniano, en la ventana de su estudio.

Rea apareció en el balcón leyendo la misma cosa.

Así pasaron algunos años.

La reputación de Martinoletto crecía, y Rea continuaba en su apostadero.

Un día, los diarios aparecieron llenos de elogios para el autor de un gran cuadro, representando á un anciano de aspecto venerable, con el globo terráqueo á su derecha y el busto de Malte Brun al frente.

Multitud de personas iban á ver la obra. En un papel pegado al marco estaba escrito: "Martinoletto."

Rea contempló á su padre retratado con tanta verdad, que parecía dirigirle la palabra.

Aquel cuadro era la promesa del niño cumplida por el hombre.

Ella, de pié ante el magestoso cuadro, se enrojecía y volvía á palidecer, como si por su memoria fueran desfilando todos los antecedentes de su vida.

¡Oh! la terrible leona, la fría é impassible Rea, debía tener algo en el corazón, porque sin apartar los ojos del cuadro, se estremecía ligeramente. Si el pintor la viera en ese momento, la desconocería.

Aquella frente tersa y blanca, se sonrosaba, los lá-

bios temblaban, y los ojos esparcían fulgores dulces y apacibles.

¿Porqué se respiración era agitada? ¿por qué latía con fuerza y apresuramiento aquel corazón inalterable?

¿Lo sabía ella? ¿Eran repentinas las causas de tan violento cambio?

Cada organismo lleva en sí secretos, que él mismo no conoce.

Ya se había renovado varias veces la concurrencia de visitantes, cuando Rea abandonó el salón.

Volvió á su casa, se acercó al balcón y vió al joven artista pasándose con las manos enlazadas sobre la espina dorsal.

Mientras lo contemplaba, dijo á media voz.

—Ojo por ojo; diente por diente. Ella me arrebató á mi padre; yo le arrebataré á su hijo.

Pensó un momento, y en seguida volvió á salir. Se dirigió al estudio del pintor y penetró en él sin detenerse.

—Martiriano, dijo con nervioso acento, cojiéndole una mano y reteniéndola con fuerza, deseo hablar con Vd. ahora mismo.

Fué tal la rapidez de esta introducción y tanto el asombro del joven, que ni retiró la mano, ni contestó una palabra, durante más de un segundo.

Rea le miraba fijamente.

—Señorita, la mano del hijo de una sirvienta, no debe manchar las blancas y delicadas manos de la hija de un rico estanciero, dijo él retirando la mano que Rea le estrechaba.

—Véngate; no es la primera vez; lo has hecho en la infancia. Dime cuánto quieras, pero escucha; quiero que me escuches, replicó con el breve y enérgico acento de sus decisiones tenaces.

Cuando una mujer de mi carácter plantea un problema, ó lo resuelve ó lo destruye. No hay términos medios; llega al fin hasta por el crimen.

La excitación de Rea daba miedo; sus ojos parecían los de una loca, y Martiniano retrocedió un paso diciendo:

—Cálmese Vd. señorita; el hijo de la sirvienta ha crecido, y no se dejará imponer por nadie.

—Sentémosnos, dijo Rea indicando á Martiniano una silla.

Soy orgullosa; soy resuelta y cruel en la prosecución de mis proyectos; soy capaz de todo, pero tengo una debilidad; me seducen las energías salvajes, y tú me venciste. ¿Recuerdas el cuadro de los segadores?

—Una fantasía inocente, dijo el jóven con sarcástica sonrisa.

—Era la fantasía del réto; la provocación audaz de la paloma al águila; ¿era la muestra de un talento precóz desafiando al porvenir, sometiéndolo á sus imperiosas órdenes. Quise despreciarte y no he podido. Mi es-

piritu luchador se doblegó.... Te seguí para aborrecerte, y no puedo.... Necesito ser domada como las fieras, y tú puedes hacerme enloquecer, irritar, bramar, despedazar y acariciar alternativamente.

—Señorita; sus palabras me sorprenden. Yo casi huérfano, hijo talvez de un bandido, sin nombre y sin fortuna, no puedo aceptar señorío sobre una mujer aristocrática, que combina planes para asesinar.

—¡Martiniano! ¡Martiniano! Aún puedo ser buena; hay en mi, gérmenes de bondad, despiértalos; hiergue el látigo y azota, pero déjame amar lo único amable para mí, porque de otro modo.... El infierno nos tragará á los dos.

Martiniano tenía la sangre del estudiante, y Rea estaba esplendorosamente bella con su irritación de demonio, pero el joven veía aún cernerse en el espacio el ave de rapiña, teniendo á sus piés el jardín y la temerosa paloma.

—Espéro. Vivo allí, dijo Rea señalando su casa con el brazo estendido.

Espéro, repitió levantándose con la arrogancia de un valiente, que emplaza á su competidor, y desapareció.

—Es admirable; no puede haber cosa igual, murmuró Martiniano, y volvió á pasearse por el estudio, en actitud reflexionadora.

—No,... exclamó deteniéndose, el hijo de la sirvienta

no repartirá con Rea, ni una hoja de laurel. Yo soy Martinioletto, nada puede haber de común entre ella y yó.

Marchemos. Vamos llegando á la cupides, y desde allí, se ven muy pequeños los que se agitan debajo.

Rea observaba desde el interior de la sala, y tal vez leía en el rostro de su vecino los pensamientos que le agitaban, porque ora palidecía, ora iluminaba sumente un rayo de esperanza.

La terrible serpiente tenía los colmillos rotos por el amor de un niño. Orfeo, había cedido su lira al ceigo Cupido y la indómita leona estaba adormecida.

Pasaron los días y el pintor no apareció en casa de la jóven.

Rea esperó.

Pasó una semana, y Martiniano parecía olvidado de la entrevista.

Rea aún esperó.

El pintor no se había olvidado; pensaba.

¿Quién era aquella jóven? La hija de Ezpeleta, el caballero á quien debía la posición de su madre, los recursos pecuniarios y las relaciones que le empujaban á él por el camino de la gloria.

Seria un indigno, un miserable, si por satisfacer resentimientos, contribuyera directa ó indirectamente, al envilecimiento de aquella extraviada.

¿Que dirían, su madre, sus abuelos, y Espartarco, y sobre todo, su padre político que en su generoso desprendimiento llegó á ofrecerle su apellido.?

¿Qué dirían sus benévolos críticos, cuando le viesen manchado con la peor de las ingratitudes?

No; todas las salvajes seducciones de una crónica enfurecida, no podrían conducirme á la degradación, murmuró.

En mi patria me despreciarían, aunque volviera á ella bajo el manto de la celebridad; hasta los Sejesto dirían con sugáchesea ironía: *¡Es hijo del estudiante!*

Y sin embargo, aquella virtud adusta para los demás hombres, estaba allí en frente, esperándole á él para convertirse en su sierva; radiante, conmovida, sublime en su misma caída.

Era libre, divorciada de su familia, mayor de edad y hermosa.... Hermosa, sí, con esa hermosura dominante del despotismo aborrecido y envidiado, porque los tronchadores de tiranos anhelan sustituirlos.

— ¡Miserable de mí y aún puedo entrar en este género de reflexiones! ¡Soy un infame! No, no.... ¡Nunca! exclamó con energía, tomando el pincel con mano temblorosa.

— ¡Ah! no puedo pintar, dijo asomándose á la ventana.

Rea estaba en el balcón, y no perdía uno de los movimientos del jóven.

Él no quería mirarla, y sin embargo, la miró.

Una triste sonrisa contrajo los labios de Rea.

Era el último fulgor de una esperanza, el postrer rayo del sol amarillento y triste de los condenados.

El pintor se retiró bruscamente y cerró la ventana con estrépito.

Rea esperó en vano otra semana.

El insomnio la consumía y demacraba.

Una noche se arrajó del lecho, se vistió, y la aurora la halló con el pecho apoyado en la baranda del balcón, la frente abatida y los párpados rojos.

Los postigos de la ventana del pintor estaban cerrados.

A las ocho, Rea salió, tomó un carruaje, y no volvió hasta las cinco.

Hizo subir á sus habitaciones un cajón, pagó al cochero y se encerró.

A las seis se dirigió al estudio del pintor.

Martiniano al verla, hizo un ademán de impaciencia, pero reparando en el extraordinario cambio de la fisonomía de Rea se estremeció.

Había envejecido; sus cabellos empezaban á blanquear, sus ojos hundidos brillaban con esa luz intensa de las altas fiebres, y sus mejillas estaban sombreadas por imperceptibles arrugas.

— Siéntese señorita, dijo Martiniano conmovido. ¿Se siente V. mal de salud?

— No busco remedios. Vengo á recibir una contestación que debió Vd. llevarme, dijo Rea con voz alterada.

— Señorita: ya habrá Vd. reflexionado...

— Sí: hace mucho tiempo, y vengo á traer mis conclusiones.

—Ese tratamiento me indica, que al fin se ha convencido, que nos separa una barrera insalvable.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Rea levantó el brazo y arrojó al rostro del joven el contenido de un frasco.

Martiniano, se llevó las dos manos al rostro y exhaló un gemido.

Rea salió repitiendo:

—¿Para siempre!

Volvió á su casa, sacó del cajón llevado esa tarde varios paquetitos de papel que parecían guardar alguna sustancia delicada; los colocó muy despacio sobre la alfombra formando círculo, puso un sillón en el medio y se sentó.

Entretanto, el infeliz Martiniano, buscaba á tientas la salida del estudio, y fué conducido despues, por un habitante de la casa, al despacho de una botica.

Era imposible reconocer la bella fisonomía del pintor en aquella cara quemada y llena de surcos profundos,

Interrogado si conocía el nombre de su agresor, dijo que nó.

A las ocho, las autoridades se presentaron en casa de Rea, por indicios de un vecino del pintor que la habia visto entrar en el estudio.

Rea ni se inmutó, ni se movió, á la vista de un funcionario público seguido de seis agentes.

—¿Cómo se llama V. señora?

El empleado creyó estar delante de una anciana.

—¿Qué le importa?

—Se sospecha que V cometió un atentado contra el joven Martinoletto.

—Sí; le arrojé á la cara un líquido corrosivo.

—¿Porqué cometió ese terrible delito?

—Porque se me antojó. ¿Porqué penetra Vd. aquí?

—En busca de una criminal. Tenga la bondad de venir conmigo.

—Retírese V.

—Señora, emplearé la fuerza, á pesar mio.

—¡La fuerza! ¿Es ese el único medio de que dispone la justicia para amparar á la sociedad?

No difiere en nada de los que emplea el criminal contra su víctima. En nombre de ese principio *moralizador*, se ahorca, se guillotina y fusila.

—Nos hace Vd. perder tiempo.

—Buenc; en nombre de la fuerza, hemos concluido, dijo Rea indicãdo la puerta.

—Vamos, señora, dijo impaciente el representante de la autoridad, dando un paso hácia la criminal.

—¡Atrás! gritó ella golpeando con el taco de la bot^a uno de los papeles esparcidos alrededor de su sillón.

Aqueilos papeles contenian nitro glicerina, y un estruendo espantoso determinó la catástrofe.

Las paredes aplastaron en su caída, los sangrientos despojos de ocho personas, y un viento huracanado arastró desde las calles de Roma, hasta las orillas del Tiber, estruendo de borrascas.

—¿Qué fué del Martinoletto?

Volvió á su patria ciego, y Esmirna casi perdió la razón al estrecharlo en sus brazos.

FIN

•



